

contexto

LATINOAMERICANO

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO
no.7 / 2008



contexto

LATINOAMERICANO

.....

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO
no.7 / 2008



una editorial latinoamericana

Contexto Latinoamericano es una revista de análisis político publicada por la editorial Ocean Sur. Su propósito es fomentar y divulgar el intercambio de ideas entre los líderes y activistas de los partidos, organizaciones y movimientos políticos y sociales de la izquierda, con la participación de especialistas de las ciencias sociales, comunicadores y artistas comprometidos con la emancipación de los pueblos de América Latina y el Caribe.

contexto LATINOAMERICANO

.....

Director: **David Deutschmann**
Editor: **Roberto Regalado**
Editora Adjunta: **Ivón Muñiz**
Edición/Corrección: **Esther Acosta**
Diseño Gráfico: **Víctor MCM**
Composición: **Miriam Hernández**
Producción: **Lourdes García Larqué**

Consejo Editorial: **Jesús Arboleya** (Ocean Sur), **María del Carmen Ariet** (Cuba),
José Reinaldo Carvalho (Brasil), **Jaime Caycedo** (Colombia),
Gustavo Codas (Brasil), **Héctor de la Cueva** (México),
Javier Díez Canseco (Perú), **Patricio Echegaray** (Argentina),
Saúl Escobar (México), **Gloria Florez** (Colombia),
Eliana García (México), **Fermín González** (Colombia),
Medardo González (El Salvador), **Pablo González Casanova** (México),
Sergio Guerra Vilaboy (Cuba), **Néstor Kohan** (Argentina),
Claudia Korol (Argentina), **Gilberto López y Rivas** (México),
Fernando Martín (Puerto Rico), **Vivian Martínez Tabares** (Cuba),
Hugo Moldiz (Bolivia), **Julio A. Muriente** (Puerto Rico),
Valter Pomar (Brasil), **Renán Raffo** (Perú),
José Vicente Rangel (Venezuela), **Mayra Reyes** (Nicaragua),
Germán Rodas (Ecuador), **María Guadalupe Rodríguez** (México),
Javier Salado (Ocean Sur), **Niko Schvarz** (Uruguay),
John Saxe Fernández (México), **Guillermo Teillier** (Chile)

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de *Contexto Latinoamericano* se expone en *Palabras del editor* y en aquellas notas que así lo indiquen.

no.7 / enero - marzo de 2008

Derechos © 2008 Ocean Sur • Derechos © 2008 *Contexto Latinoamericano*
ISSN: 1834-0679 • ISBN: 978-1-921235-86-3

Redacción: Juan de la Barrera no. 9, Colonia Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México D.F.
tel. (52) 5553 5512 • contextolatino@enet.cu • www.oceansur.com
Informes y suscripciones: info@oceansur.com

Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

Cubierta: Marcha de apoyo al presidente Evo Morales, Bolivia, 30 de abril de 2006
Foto: Christian Lombardi

sumario



• palabras del editor	5
• contexto actual	
El conflicto colombiano: internacionalización y solución política Carlos A. Lozano Guillén	11
Bolivia: la recta final Hugo Moldiz Mercado	15
Pese a la no aprobación de la reforma constitucional en Venezuela Ricardo Daher	28
¿Quién ganó en Venezuela el 2 de diciembre? Antonio Aponte	38
Rafael Correa: su primer año de gobierno Germán Rodas Chaves	45
Elecciones presidenciales en Argentina Julio C. Gambina	57
Los movimientos sociales en el proceso electoral guatemalteco de 2007 Simona Violetta Yagenova	77
Guatemala: la izquierda política y la izquierda social Kajkoj (Máximo) Ba Tiul	89
La integración independiente y multidimensional de Nuestra América Luis Suárez Salazar	103
Antropología, contrainsurgencia y terrorismo global Gilberto López y Rivas	111

sumario

• contexto histórico

Colonialismo, neocolonialismo y socialismo Jesús Arboleya Cervera	121
-----------------------------------------------------------------------------	-----

• contexto analítico

Retos y dilemas del movimiento global y del Foro Social Mundial Héctor de la Cueva	141
-------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Feminismo en la construcción colectiva de alternativas Miriam Nobre y Wilhelmina Trout	148
--------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Movimientos sociales, gobiernos y partidos políticos en el FSM José Miguel Hernández	156
---------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

¿Por dónde anda el «otro mundo posible»? Emir Sader	160
---------------------------------------------------------------	-----

Foro Social Mundial 2009 Carlos Henrique Árabe	166
----------------------------------------------------------	-----

• contexto cultural

Imago y escritura de la mujer negra en el Caribe Nancy Morejón	173
--------------------------------------------------------------------------	-----

• enlaces

La reunión del Consejo Internacional del FSM en Belém do Pará 2007 Ana María Prestes Rabelo	193
----------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Tribunal Internacional de Opinión sobre el desplazamiento forzado en Colombia	196
----------------------------------------------------------------------------------	-----

Reseña de <i>La formación del imperio norteamericano</i> Luiz Bernardo Pericás	204
------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Reseña de <i>Universalismo europeo</i> Luiz Bernardo Pericás	206
------------------------------------------------------------------------	-----

palabrasdeeditor

A casi diez años de la primera elección de un gobierno nacional de la izquierda latinoamericana ocurrida en la etapa abierta a raíz del fin de la bipolaridad –la celebrada en Venezuela en diciembre de 1998– y poco después de un año de las dos más recientes –las efectuadas en Nicaragua y Ecuador en noviembre de 2006–, existen suficientes elementos para evaluar el desarrollo de aquel proceso –ahora poco mencionado– que a finales de los años ochenta e inicios de los noventa fue bautizado con la frase *búsqueda de alternativas*. Esa frase estaba referida a las políticas *diferentes, opuestas* a las políticas neoliberales que la derecha venía aplicando en América Latina desde la década de 1970. En esencia, las alternativas al neoliberalismo constituirían el programa de la izquierda cuando esta lograra ser electa al gobierno nacional.

El concepto de búsqueda de alternativas fue acuñado en medio de la aparente yuxtaposición de acontecimientos tales como la crisis terminal del «socialismo real», la avalancha universal del neoliberalismo, la implantación (por primera vez en la historia) del sistema democrático-burgués en toda América Latina y el Caribe (excepto en Cuba), el avance sin precedentes de la izquierda en la lucha electoral, la campaña ideológica de desvalorización del Estado, la política y los partidos destinada a afianzar el reino indisputado de los monopolios transnacionales, y la proliferación de ideas posmodernas que negaban la existencia de un orden social y la necesidad de luchar para revolucionarlo. Era una yuxtaposición solo aparente, porque sí existía una relación coherente entre esos elementos, que prenunciaban la implantación de un nuevo sistema de dominación mundial y una nueva hegemonía, ambos de carácter neoliberal. En ese contexto, para las corrientes predominantes en la *izquierda política*, el concepto de *alternativa* sepultaba al de *poder*, que supuestamente se había derrumbado junto al «socialismo real», mientras que para las corrientes predominantes en la *izquierda social*, no solo se había derrumbado el concepto de *poder*, sino también la razón de ser de la *izquierda política*.

6 • Contexto Latinoamericano

Durante los últimos veinte años la lucha de la izquierda ha atravesado por varias etapas. Entre 1988 y 1998, se sucedieron el regocijo por el fin de las dictaduras militares, la inusitada conquista de espacios institucionales en las legislaturas nacionales y los gobiernos departamentales y municipales de muchos países, y la frustración provocada por las derrotas sufridas en las elecciones presidenciales realizadas durante esos años. Como resultado de la crisis social provocada por el capitalismo neoliberal, la izquierda logró ser electa al gobierno en Venezuela (1998), Brasil (2002), Uruguay (2004), Bolivia (2005), Nicaragua (2006) y Ecuador (2006), y para algunos también en Chile (2000) y Argentina (2003). Hoy, la tozuda realidad replantea la relación entre *gobierno y poder*, la necesidad de construir una *fuerza política* y de contar con un *programa político*, que no se diluya en un mero programa electoral.

Con mucha frecuencia se escucha que uno u otro gobierno de izquierda «mantiene» las políticas neoliberales heredadas de sus predecesores; que las ha *adecuado, atenuado o moderado* con el fin de paliar sus consecuencias más desgarradoras, pero que no aplica políticas *alternativas: diferentes, de signo opuesto* al neoliberalismo. En realidad, esta crítica apenas roza la punta del *iceberg*. El problema radica en que el neoliberalismo *es* el capitalismo de nuestros días: no hay, ni puede haber otro capitalismo y, por tanto, no hay alternativas *estratégicas* posibles *dentro* de ese sistema social. Esto lo ratifica la experiencia acumulada por los gobiernos de izquierda electos en América Latina durante los últimos diez años.

El ejercicio del gobierno provoca, en una parte de los partidos y movimientos políticos que lo asumen, la tendencia a realizar una afirmación y una defensa más perentoria de su compromiso con la preservación del *statu quo* institucional, de cuya alternabilidad entran a formar parte, y a actuar con moderación para mantener una relación funcional con las grandes potencias mundiales, los organismos financieros internacionales y los demás gobiernos de la región. Mientras tanto, en otra parte de ellos, el discurso y las buenas intenciones dejan a la zaga la construcción de la organización política y la elaboración programática sin las cuales estos no pueden llevarse a la práctica.

En ambos casos, ello obedece a que la elección de gobiernos de izquierda en los últimos años no constituye el resultado de un proceso de democratización, sino de la sustitución de los medios y métodos dictatoriales y autoritarios de dominación que históricamente imperaron en América Latina, por una nueva modalidad de hegemonía burguesa. Las características de este cambio, muy tardío, por cierto, en comparación con los países europeos pioneros del capitalismo, son:

- que esa hegemonía se implanta en una región subdesarrollada y dependiente, como parte de un proceso sin precedentes de concentración de la riqueza y el poder político, y no –como en la Europa del siglo xix y las primeras seis décadas del xx–, en países beneficiados por un intenso desarrollo económico, político y social capitalista, basado en la explotación colonial y neocolonial, que les

permitió acumular excedentes y redistribuir una parte de ellos entre los grupos sociales subordinados;

- que la ideología hegemónica es el neoliberalismo, no como ocurrió en el Viejo Continente, donde ese proceso estuvo influido por el liberalismo político emanado de la Revolución Francesa.

Esas dos características establecen una diferencia fundamental con el concepto gramsciano de hegemonía. En las condiciones estudiadas por Gramsci, la hegemonía abría espacios de confrontación dentro de la democracia burguesa que los sectores populares podían aprovechar para arrancar concesiones a la clase dominante, pero la *hegemonía neoliberal* abre espacios *formales* de gobierno con la intención de que no puedan ser utilizados para emprender ni siquiera una reforma progresista del capitalismo.

Nada más lejos de nuestro propósito que desmeritar los triunfos electorales de la izquierda latinoamericana o hacer pronósticos fatalistas. Por el contrario, tal como Gramsci descifró la hegemonía burguesa de su época y llamó a construir la contrahegemonía popular, de lo que se trata es de hacer hoy lo propio.

Está claro que no existe hoy una situación revolucionaria tal como la definió Lenin, y que resulta imposible –e indeseable– pretender «volver atrás la rueda de la historia»¹ para revivir al «socialismo real», pero sí es preciso definir dónde estamos para empujarla hacia adelante. Es el momento de reconocer que las *alternativas* aún están pendientes, que hay que revivir su *búsqueda* y que estas tendrán que superar históricamente al capitalismo. Se trata, con otras palabras, de avanzar del ejercicio del *gobierno* al ejercicio del *poder*, porque la reforma gradual del capitalismo no conduce a su superación. Baste solo recordar que, en condiciones mucho más favorables a las de la América Latina actual, la socialdemocracia europea «nunca pudo» decidir cuándo y cómo romper con él para empezar a edificar su «socialismo democrático», y en vez de transformar al capitalismo, terminó siendo transformada por este.

Sería erróneo desconocer los avances de los últimos veinte años por el hecho de que sean insuficientes. El apoyo que recibió Lula en la segunda vuelta de la elección presidencial brasileña de 2006 de numerosos sectores de la izquierda y el movimiento popular críticos de su gobierno, y de una mayoría sustancial del electorado, para evitar el triunfo del candidato de la derecha neoliberal, José Serra, indican que sí hay mucho que perder con la eventual derrota de los gobiernos de izquierda que existen hoy en América Latina. Pero esa reacción popular no se repetirá, una y otra vez, si la izquierda se atasca, se empantana y se limita a administrar la crisis capitalista porque no sabe cómo o no se decide a dar el siguiente paso.

¹ Carlos Marx y Federico Engels: «El Manifiesto del Partido Comunista», *Obras Escogidas*, tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1972, t. 1, p. 120.

8 • Contexto Latinoamericano

La asignatura del poder, la fuerza política y el programa no solo está pendiente en aquellos países donde la izquierda no tiene condiciones para plantearse –o simplemente no se plantea–, al menos a corto o mediano plazo, una transformación radical del *statu quo* institucional dentro del cual fue electa al gobierno. Donde más se siente hoy el déficit de esos elementos es en las dos naciones cuyos gobiernos emprendieron las transformaciones más radicales: Venezuela y Bolivia.² Esto se debe a que, mientras más profunda es la transformación social, mayor es la necesidad de hacer un uso adecuado de los mismos.

Sin adentrarnos en un análisis más profundo, que le corresponde a los revolucionarios venezolanos y bolivianos realizar, como hacen Antonio Aponte en el caso de Venezuela y Hugo Moldiz en el de Bolivia, ambos en este número de *Contexto Latinoamericano*, está claro que de esas limitaciones se deriva la derrota sufrida por el gobierno del presidente Hugo Chávez en el referendo constitucional de diciembre de 2007 y la grave crisis política que amenaza al gobierno del presidente Evo Morales.

Pero el tema del poder no solo está planteado para los gobiernos electos entre 1998 y 2006, sino también para el Gobierno Revolucionario de Cuba, el único que por sus orígenes y sistema social encaja en la definición marxista del término. Si bien en la Revolución Cubana se produce la simbiosis entre *gobierno* y *poder*, en su caso el desafío consiste en defender y renovar el socialismo.

Al aproximarse a su cincuenta aniversario, la Revolución Cubana es el acontecimiento más trascendente de ese medio siglo latinoamericano. Su triunfo en 1959 abrió una etapa de luchas de la izquierda que abarcó tres décadas. Su resistencia a partir de 1991 demostró que era posible construir y defender un proyecto propio de país a contracorriente de la avalancha neoliberal. En la actualidad, Cuba se encamina al relevo de la generación fundadora de la Revolución, con la meta pendiente de alcanzar el desarrollo económico, con el reto de satisfacer las siempre crecientes necesidades y expectativas que crea el desarrollo social y, sobre todo, con plena confianza en el socialismo.

En esta tarea crucial, *Contexto Latinoamericano* le augura los mayores éxitos a Fidel –que sigue ejerciendo el máximo liderazgo político y moral–, a Raúl, al nuevo gobierno y al pueblo de Cuba.

² No se alude a Ecuador porque su proceso constituyente, del cual dependerá la dirección y el alcance del proyecto político del presidente Rafael Correa, aún no ha tenido un desenlace.

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana



Ocean Sur, casa editorial hermana de Ocean Press, es una nueva, extraordinaria e independiente aventura editorial latinoamericana. Ocean Sur ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario del pasado, presente y futuro de América Latina: desde Bolívar y Martí, a Haydée Santamaría, Che Guevara, Fidel Castro, Roque Dalton, Hugo Chávez y muchos otros más. Inspirada en la diversidad, la fuerza revolucionaria y las luchas sociales en América Latina, Ocean Sur desarrolla múltiples e importantes líneas editoriales que reflejan las voces de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Editamos los antecedentes y el debate político actual, lo mejor del pensamiento de la izquierda y de los movimientos sociales, las voces indígenas y de las mujeres del continente, teoría política y filosófica de la vanguardia de la intelectualidad latinoamericana, así como los aportes fundamentales de artistas, poetas y activistas revolucionarios. Nuestras colecciones Fidel Castro, Biblioteca Marxista, Proyecto Editorial Che Guevara, Vidas Rebeldes, Roque Dalton, entre otras, promueven la discusión, el debate y la difusión de ideas. Ocean Sur es un lugar de encuentro.

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

.....
: colección :
: contexto :
: latinoamericano :
.....

La revista *Contexto Latinoamericano* ofrece a sus lectores una colección de folletos sobre política, historia, sociedad, economía, cultura, medioambiente, género y otros temas de interés. Valiosas reflexiones en ensayos, artículos, entrevistas y testimonios, dan vida a esta nueva serie de Ocean Sur.

Los gobiernos de izquierda en América Latina

Roberto Regalado

52 páginas, ISBN: 978-1-921235-72-6

¿En qué contexto se produce la elección de los nuevos presidentes de izquierda y progresistas? ¿Qué relación tienen sus gobiernos con las dos vertientes históricas del movimiento obrero y socialista: la que optó por la *reforma* y la que optó por la *revolución*? ¿Significan estas victorias que en América Latina impera un sistema democrático que la izquierda puede aprovechar en beneficio de los sectores populares?



De la resistencia al poder popular

Diálogo con el comandante Pablo Beltrán

42 páginas, ISBN: 978-1-921438-08-0

Contexto Latinoamericano sostuvo un diálogo con el comandante Pablo Beltrán, miembro del Comando Central del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia, que recorre desde los orígenes de esa organización político-militar y sus nexos con el Che Guevara, hasta la situación actual y perspectivas de la izquierda en América Latina, donde el conflicto armado colombiano se mantiene como la única excepción en un entorno caracterizado por la protesta social y la lucha electoral.

La Revolución del futuro

Jesús Arboleya

32 páginas, ISBN: 978-1-921235-37-5

Todavía, casi medio siglo después de que los entonces jóvenes guerrilleros bajaran de las montañas y en el mundo se pusieran de moda sus barbas y sus melenas en señal de rebeldía, en la Revolución Cubana se refleja el dilema que enfrenta el futuro de la humanidad, por lo menos es el dilema de este mundo nuestro, que no es el tercero, sino el único otro que existe.



El conflicto colombiano: internacionalización y solución política

CARLOS A. LOZANO GUILLÉN

Los debates que tuvieron lugar en la Organización de Estados Americanos (OEA) en Washington D.C. y en la Cumbre del Grupo de Río en República Dominicana, en la primera semana de marzo del presente año, con la finalidad de buscarle una solución a la grave crisis que enfrentó Colombia con Ecuador, Venezuela y Nicaragua, a raíz de la violación por parte del gobierno colombiano del espacio aéreo y territorial del vecino Ecuador, con el objetivo de eliminar a Raúl Reyes, miembro del Secretariado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) y llevarse su cuerpo para exhibirlo ante los medios de comunicación como un trofeo de guerra, demuestran la preocupación que despierta el conflicto de esa nación debido a la amenaza regional representada por el Plan Colombia, a la intervención de los Estados Unidos y a su extensión más allá de las fronteras.

Fueron reuniones cruciales y sin precedentes en los últimos años. El presidente Álvaro Uribe Vélez se quedó solo en el escenario americano. Con la excepción de los Estados Unidos, que lo defendió en la OEA, ningún país se puso al lado del agresor; cada uno, a su manera y en su estilo, le exigió a Uribe que le ofreciera disculpas al gobierno de Ecuador y les asegurara a las naciones de América que una situación igual no volverá a presentarse. Uribe Vélez, a pesar de la arrogancia y la terquedad que lo caracteriza, no tuvo otra alternativa en la Cumbre del Grupo de Río, ante la presión de sus colegas, que aceptar la declaración final y ofrecerle el abrazo fraternal al agredido presidente Rafael Correa en representación de su pueblo. Muy solo se quedó el mandatario colombiano, porque no fue aceptada la tesis peregrina de la legítima defensa o de la extraterritorialidad de la «seguridad democrática», inspirada en la doctrina de Bush de la «estrategia global contra el terrorismo».

Fue una solución temporal, que superó la crisis y zanjó la ruptura de las relaciones diplomáticas con tres países, dos de ellos fronterizos y uno con límites marítimos en disputa, porque es evidente que mientras continúe el conflicto colombiano, seguirán estando amenazados los países vecinos. Con razón dijeron los presidentes Chávez y Correa que la paz de Colombia es la paz en las fronteras y la seguridad de los países de la región, aunque también los persistentes lazos de cooperación y sometimiento de la política exterior del presidente Uribe con la Casa Blanca son elementos desestabilizadores, porque el territorio colombiano es utilizado como plataforma de provocación contra Venezuela y otros países que se distanciaron de la férula de Washington. Uribe Vélez es el más firme aliado de la política imperial de los Estados Unidos, a quien le perdonan sus turbias relaciones con la «parapolítica», el paramilitarismo y el narcotráfico, que han salido a flote en las investigaciones realizadas por la Corte Suprema de Justicia a varios congresistas de los partidos uribistas, socios del Presidente de la República. Por ello, el comandante Fidel Castro concluyó que el principal derrotado en la Cumbre del Grupo de Río fue el gobierno de los Estados Unidos, que estaba a la expectativa del desenlace bélico de la crisis, para actuar contra la Revolución Bolivariana.

Estos últimos aspectos seguramente influyeron en la posición de la mayoría de los gobernantes de América Latina y el Caribe, que se distanciaron de Colombia a pesar del reclamo de Uribe Vélez de solidaridad y cooperación en la lucha para «derrotar a los terroristas de las FARC». La petición no llegó de un gobierno decente, sino deslegitimado por los escándalos en los que está envuelto, no solo por la «parapolítica», sino también por los procesos contra su primo Mario Uribe, senador y ex director del DAS (policía política de investigaciones), acorralado por las pruebas de colaboración con los paramilitares de la Costa Atlántica, para el asesinato de dirigentes sindicales y populares.

En este contexto, el conflicto colombiano está «regionalizado», además de que se internacionalizó por el interés que despiertan los temas del intercambio humanitario y la paz en los países europeos. Está claro que el asunto se le salió de las manos al presidente Álvaro Uribe Vélez, porque no ha mostrado interés en las salidas pacíficas y políticas. Al contrario, considera que el diálogo con las FARC afecta su proyecto de «seguridad democrática», que se sustenta en el autoritarismo y la victoria militar. Los «países amigos» son testigos del sabotaje del gobierno colombiano a sus propuestas e iniciativas de diálogo para el intercambio humanitario y la paz. La Organización de Naciones Unidas fue bloqueada en sus esfuerzos y el emisario de su Secretario General para la paz, fue obligado a retirarse porque no se sometió al capricho gubernamental. Y en el caso más reciente, el presidente Hugo Chávez fue despojado de su condición de mediador del intercambio humanitario de forma descortés y abrupta, cuando más se había avanzado en la posibilidad de que en corto tiempo se sentaran los voceros del gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC a negociar el canje.

A estas alturas es inevitable la participación de América Latina y del mundo para superar el conflicto colombiano. Después de medio siglo de fracaso por parte del gobierno de Colombia en sus intentos de aplastar a las guerrillas, no hay otra salida que la solución política negociada, entendida esta como un acuerdo de paz concreto y estable, que permita erradicar las causas políticas, sociales, económicas e históricas que originaron el conflicto. La génesis de la violencia en Colombia se conoce muy bien a partir de estudios sociológicos y políticos de expertos analistas. Así que más que diagnosticarla lo que se requiere es su solución a partir de una negociación y de salidas pacíficas, que no pueden ser las del sometimiento y claudicación como predica el gobierno uribista.

Los largos años de conflicto y la espiral de violencia que lo acompaña son preocupación actual del concierto de las naciones. Es un conflicto degradado, sin ningún atenuante de humanización. El paramilitarismo –criatura del Estado y su principal aliado en la guerra sucia– y el terrorismo de Estado, son las principales expresiones de su degradación. También lo son el secuestro, la desaparición forzada, el desplazamiento, el uso de armas no convencionales, las minas antipersonales, la penalización de la lucha social y popular, y el narcotráfico, que sirve de combustible a los actores armados.

El gobierno colombiano, en su afán de obtener la victoria militar, está pisando peligrosamente el terreno fangoso de la mayor degradación. Los casos más recientes sirven de ejemplo. La muerte de Raúl Reyes y de más de veinte personas, entre guerrilleros y visitantes del campamento en Ecuador, fue una masacre, pues no hubo combate, todo ocurrió mientras dormían y estaban en estado de indefensión, amén de la violación de la soberanía nacional ecuatoriana, porque «todo es válido para derrotar a los terroristas», según el argumento del gobierno de Colombia. También se puede decir lo mismo de la muerte de Iván Ríos, miembro del Secretariado de las FARC, asesinado por uno de sus acompañantes, seducido por la recompensa de cinco millones de dólares que aporta el gobierno de los Estados Unidos. Rojas, el guerrillero que ejecutó a Iván Ríos, le llevó a los militares como prueba de su «hazaña» la mano del jefe guerrillero, que fue presentada por los generales y por el ministro de Defensa Juan Manuel Santos, en macabro espectáculo, como trofeo de guerra.

En este contexto, la acción y el compromiso internacional tienen que ligarse a la actividad nacional, bastante pasiva y mediatizada por el uribismo, que presenta los duros golpes a las FARC como el «fin del fin» y el descalabro total de la guerrilla. Varias veces y en anteriores gobiernos han repetido la misma letanía, sin que se resuelva por esa vía militar el conflicto. En Colombia, la izquierda, en particular el Polo Democrático Alternativo, debe entender que el tema de la paz o de la guerra es fundamental en su accionar político, porque en la medida en que se fortalezca la democracia y se ganen espacios en el goce de las libertades y los derechos fundamentales, será más fácil fracturar el sistema bipartidista de exclusión y librar al país

de proyectos autoritarios y totalitarios como el de Álvaro Uribe Vélez, que busca la segunda reelección y el tercer período presidencial.

La paz de Colombia está en estrecha relación con el fortalecimiento de la democracia. Por eso, el principal obstáculo para la misma es el gobierno de Uribe Vélez. Su proyecto se sustenta en el autoritarismo, en la limitación de la democracia y las libertades públicas, en la exclusión de la participación ciudadana, en el neoliberalismo y la asfixia social, en la guerra y el militarismo y en ser portador de la política hegemónica imperialista, del Plan Colombia y de los intereses de las transnacionales. Por esta razón agencia el Tratado de Libre Comercio y el «capitalismo salvaje».

Uribe Vélez niega la existencia del conflicto. Todo lo reduce a que Colombia es víctima de la agresión terrorista. En este sentido, el Estado es una víctima, y se soslaya su carácter violento y dominante, siempre al servicio de la burguesía y de los intereses estadounidenses. Es un Estado violento que no vaciló en el aniquilamiento de sus opositores; recordemos, por ejemplo, el peor caso, el exterminio de la Unión Patriótica, que dejó más de cinco mil muertos en quince años.

El conflicto existe y es importante su reconocimiento, porque permitiría la ineludible aplicación del derecho internacional humanitario; aplicar el principio de distinción entre combatientes y no combatientes; y lo más importante es que implicaría advertir sus causas, su origen político y social, que podría resolverse por la vía de la solución pacífica, política y negociada. A Uribe Vélez no le interesa reconocer el conflicto, porque así tendrá las manos libres en la lucha contrainsurgente, sin normas ni ataduras legales. Podrá seguir polarizando el país entre buenos y malos; entre amigos de la autoridad legítima y de los terroristas, lo cual le permite tratar a la oposición política y social como terrorista para reprimirla y doblegarla. Con este argumento justifica los crímenes, pues considera que cualquier asesinato político (crimen de Estado) es consecuencia de que la izquierda practica la combinación de las formas de lucha. Es un discurso cínico y degradante.

Con la participación internacional es posible avanzar hacia el intercambio humanitario y hacia la paz. La presión exterior, unida a la movilización nacional, puede imponer pasos seguros en esta dirección. El movimiento guerrillero debe entender también, que es el momento de la política, de sumar fuerzas para imponer en Colombia la apertura democrática y social; de lograr un nuevo orden político, social y económico, que coloque al país en la dirección de los vientos que corren en América Latina. Ello es posible con la lucha y la organización de las masas, con la unidad de la izquierda y de las organizaciones sociales y populares.

CARLOS A. LOZANO GUILLÉN

Abogado y periodista, es director del semanario *VOZ* y miembro del Comité Ejecutivo Central del Partido Comunista Colombiano y de la Dirección Nacional del Polo Democrático Alternativo.

Bolivia: la recta final

HUGO MOLDIZ MERCADO

Bolivia ha ingresado en la recta final de la resolución de su crisis estatal –la cuarta en toda su historia–, que definirá el curso estratégico del tensionado y rico proceso político que enfrenta, cara a cara, a un insurgente bloque interesado en construir «el horizonte inesperado de nuestra época» y a otro bloque, altamente conservador, que tiene la mirada puesta en la restauración de un pasado que solo es posible como tragedia o comedia.

A escasos dos meses y medio de haberse aprobado el proyecto de Constitución Política del Estado en la ciudad minera de Oruro, esta recta final está dibujada, en sus posibilidades y límites, de una parte por la convocatoria a dos referendos que hizo el presidente Evo Morales, y de la otra, por el anuncio de desacato civil y el llamado a un referendo por estatutos autonómicos que la derecha boliviana, agazapada en cuatro departamentos del país (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija), pretende desarrollar en el mes de mayo.

Los dos referendos convocados por el gobierno están directamente relacionados con la Asamblea Constituyente, pues se trata de consultar a la población, en una misma fecha, su criterio sobre el límite máximo de la propiedad agraria –entre un mínimo de cinco mil hectáreas y un máximo de diez mil– y si aprueba o no el texto constitucional que el Movimiento al Socialismo (MAS) y otras diez fuerzas políticas aprobaron en la primera semana de diciembre de 2007, luego de varios meses de bloqueo y presión de la derecha por medio de sus comités cívicos y el ultraderechista Poder Democrático y Social (PODEMOS).

El texto constitucional contiene aspectos que, sin duda, constituyen la razón de la radical oposición de la burguesía: la prohibición de privatizar los recursos naturales y del latifundio; el impulso de la autonomía desde el nivel departamental hasta los territorios indígenas; la revitalización del papel del Estado en la economía y la constitución de la economía comunitaria; la plena garantía de derechos sociales; y la prohibición de instalar bases militares extranjeras en territorio nacional.

A confesión de parte, relevo de prueba. El domingo 2 de marzo, en una concentración en Santa Cruz, el presidente del Comité Cívico, Branko Marinkovic,

dijo que si de referendo hay que hablar, este tiene que ser para definir la sede de la capitalidad¹ –lo cual fue un tema no contemplado que bloqueó la Asamblea Constituyente durante meses– y no sobre el límite máximo de la propiedad agraria.

Branco Marinkovic, de origen croata y militancia de extrema derecha, es uno de los empresarios de oleaginosas más grande de Bolivia y el que más cantidad de tierra no trabajada posee en el departamento de Santa Cruz.

La derecha, por su parte, en una clara señal de su intensa resistencia al proceso de cambio y de sus primeros pasos de ofensiva política frente a un gobierno que a veces se caracteriza por una combinación de iniciativa e inercia, ha convocado para el 4 de mayo, la misma fecha de los referendos constitucionales, a una consulta popular para aprobar el contenido de sus estatutos, redactados por un grupo de consultores, que según ha reconocido un sector de la propia derecha boliviana, de origen más occidental, tiene una tendencia federalista incluso más radical que la vigente en otros Estados federales del mundo, pues reclama para los departamentos competencias y atribuciones nacionales como las relaciones internacionales, la distribución de tierras, la recaudación de impuestos y la administración del tema migratorio interno, entre otros.

El proceso de resolución de la crisis de Estado por uno u otro lado, definida como bifurcación por el vicepresidente Álvaro García Linera, se profundizó en la segunda quincena de febrero luego de fracasar el llamado al diálogo que desde el Poder Ejecutivo, primero, y luego desde el Congreso, hizo el oficialismo a la oposición para alcanzar un acuerdo en torno a la redistribución del Impuesto Directo a los Hidrocarburos (IDH), la Constitución aprobada y los estatutos autonómicos.

La ruptura del diálogo entre oficialismo y oposición estaba dentro de lo esperado, pues en octubre y noviembre del pasado año, a poco de fenecer el plazo dispuesto por la ley para el funcionamiento de la Asamblea Constituyente, el gobierno tampoco pudo concretar su primer llamado al diálogo para forjar un acuerdo suprapartidario que el vicepresidente García Linera impulsó sobre el tema de la Constitución.

Los caminos para el diálogo parecen estar disminuyendo y la posibilidad de un enfrentamiento violento, que es alentado por la derecha y que no resolverá la crisis, se incrementa cada día, a pesar de que el presidente Morales insiste, mediante un llamado a la oposición el 2 de marzo, a sentarse y ponerse de acuerdo.

Todo indica que los reiterados llamados al diálogo por parte del gobierno, al cual, paradójicamente, los medios de comunicación no dejan de criticar por «autoritario», han sido percibidos como debilidad y no como fortaleza por la ultraderecha.

¹ Se refiere al reclamo de los habitantes de Sucre, capital histórica de Bolivia, de que se le devuelva a esa ciudad la sede de todos los poderes del Estado, en particular, el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial, que se encuentran ubicados en La Paz, a lo cual se oponen los habitantes de esta última. (*N. del E.*)

Tanto es así que luego de que el gobierno convocara a los dos referendos, para que el pueblo decida, los partidos de la derecha, los comités cívicos y los más importantes medios de comunicación, en una franca y abierta conspiración, han desatado una campaña nacional e internacional para quitarle al gobierno su esencia democrática y, por el contrario, legitimar los discursos conspirativos y métodos antidemocráticos de la oposición.

Dos apuntes necesarios. Primero, a dos meses de cumplido el segundo año del gobierno del presidente indígena, la hipótesis de estar ingresando en la recta final de la resolución de la crisis estatal tiene un valor más desde la política que desde el calendario. Es decir, esta recta final puede o no durar mucho tiempo, pero lo evidente es que el proceso boliviano se mueve todos los días entre el pacto y la revolución: pacto en términos no equivalentes al diálogo, que a veces pueden ser necesarios para ir construyendo hegemonía, sino de no avanzar hacia la superación de las relaciones de producción y poder capitalistas, y solo quedarse en lo simbólico; revolución, en este siglo *xxi*, como un proceso de construcción de poderes imaginarios y reales de carácter no capitalista o «socialista comunitario».

Segundo, a cada iniciativa de diálogo, incluso de pacto de parte del gobierno, la derecha responde con mayor radicalidad, lo cual parece demostrar que si hay un sector que no pretende «compartir el poder» es la derecha.

Métodos distintos

Por estar situados en ambos extremos de la historia, los métodos y discursos empleados por ambos bloques son diametralmente distintos. El gobierno, respaldado por un duro e impenetrable ejército desarmado de indígenas y campesinos, además de movimientos sociales urbanos menos numerosos y cohesionados, pero no por eso con la mirada hacia la luz final del túnel, trata de abrirse paso con medidas sociales que consoliden los espacios conquistados en la ardua disputa cotidiana. Ahí están, para ir a lo más inmediato, la Renta Dignidad –un bono de 200 bolivianos mensuales (equivalente a 25 dólares)– para los ancianos mayores de 60 años, el Bono Juancito Pinto para los niños en edad escolar hasta el octavo grado, la expropiación de tierra en el sureño departamento de Chuquisaca para distribuir las entre los indígenas guaraníes desposeídos que trabajaban en situación de esclavos en pleno siglo *xxi*, y la promulgación del decreto supremo que pone en marcha la industria del Mutún.

Por contrapartida, apartada del principio liberal de «un ciudadano, un voto» y de otras reglas de la democracia representativa –la relación de mayorías y minorías, y el acatamiento de la ley y del Estado de derecho–, sectores duros de la oposición política –partidaria, cívica y mediática–, han puesto en marcha una ofensiva política que apunta a derrocar al gobierno de Evo Morales, a quien, no obstante haber merecido el apoyo electoral nunca visto en la historia nacional (54%), continúan despreciando por su condición de indio.

La oposición al gobierno de Evo Morales se expresa por vías no partidarias y, por tanto, nada democráticas. Los partidos políticos de derecha, PODEMOS y Unidad Nacional, no han logrado aumentar su respaldo ciudadano y sus perspectivas no son precisamente de las mejores. PODEMOS, el partido de Jorge Quiroga, ha sido rebasado por las posiciones más duras de las élites cruceñas y es poco probable que aun acercándose a la radicalidad de los comités cívicos logre ampliar su espacio político. El caso de Unidad Nacional, de Samuel Doria Medina, es tanto o más catastrófico que el primero. Muchas veces, a pesar de evocar una posición de centro, ha terminado actuando al lado de PODEMOS y de fracciones de la derecha más radical de naturaleza no partidaria.

Y ahí está, precisamente, la preocupación. La imposibilidad o las dificultades de la derecha de avanzar por vías electorales está empujando a que fracciones duras de las clases dominantes se inclinen por opciones no democráticas, y constituyan una amenaza real para el gobierno y la propia vida del presidente Morales. Existe cada vez menos duda de que las organizaciones empresariales y las entidades cívicas de Santa Cruz, Beni y Tarija forman parte de un bloque opositor que se manifiesta, abierta u ocultamente, mediante mecanismos poco democráticos. No es casual que la Unión Juvenil Cruceñista, afiliada al Comité Cívico de Santa Cruz, haga uso de ciertas formas propias del paramilitarismo y que circule el rumor generalizado del entrenamiento militar de los opositores radicales al gobierno en haciendas de la capital oriental.

Lo grave, por tanto, no es la dureza con la que se ejerce oposición, pues forma parte de la política en momentos de irremediable choque de intereses. Lo grave es la naturaleza y la perspectiva con la que se la hace. «Aténgase a las consecuencias» sentenció, con acento de advertencia cerril, el prefecto del oriental departamento de Santa Cruz, Rubén Costas, hace unos cuatro meses y en la última semana de febrero reiteró la advertencia el vicepresidente del Comité Cívico del mismo departamento, Luis Núñez, quien, con un tono de indisimulado racismo, invitó a irse de la región a los hombres y mujeres de origen indígena que no estén de acuerdo con los planes de las élites cruceñas.

La derecha boliviana está caminando progresiva y sistemáticamente hacia posiciones antidemocráticas, de franca subversión y a la puesta en marcha de acciones violentas, incluso armadas, que el gobierno de Morales se ha visto incapacitado de enfrentar. Citemos algunos ejemplos: las armas y municiones encontradas en una hacienda del departamento de Chuquisaca; el armamento incautado en Santa Cruz y devuelto por disposición de un juez cruceño a sus propietarios; los atentados contra el consulado venezolano y uno de los albergues de los médicos cubanos en la capital oriental; la quema y el apedreamiento de casas de dirigentes del MAS en Tarija y Pando; los atentados dinamiteros contra la sede de la Central Obrera Boliviana (COB) y una oficina estatal de la

Asamblea Constituyente en La Paz; la contratación de paramilitares colombianos que posan con el embajador estadounidense y las listas públicas pegadas en las calles de la ciudad de Sucre con nombres de personas no gratas en esa ciudad por su filiación masista e izquierdista, e incluso por solo ser activistas de derechos humanos; y la convocatoria a las armas que dirigentes cívicos de dos departamentos del Oriente (primero del Beni y luego Santa Cruz) hicieron en la última semana de febrero para derrocar a Morales.

La Embajada de los Estados Unidos, como es obvio, está desempeñando su papel. El activo embajador Philip Goldberg, que visita cada quince días a los dirigentes cívicos en Santa Cruz, no ha podido responder a varias acciones que dan señales sobre la conspiración de ese país contra el gobierno indígena. Las denuncias van desde el apoyo financiero que USAID brinda a los prefectos y partidos opositores, su relación con un paramilitar colombiano (cuya foto Evo Morales mostró en la Cumbre Iberoamericana de Chile), su control de dos organismos de inteligencia bolivianos (Getide y ODEP), hasta el pedido que su asesor en seguridad hizo a becarios estadounidenses de espionar a médicos cubanos y funcionarios venezolanos en Bolivia.

Sobre esto, poco o casi nada ha informado el aparato mediático propiedad de una burguesía agroindustrial altamente conservadora, que con su ofensiva ideológica quiere construir, sobre todo en las clases medias, la base social para la fascistización del país. Todo lo contrario, la industria mediática –otro de los ejes de la conspiración– no cesa de construir en el imaginario colectivo la idea de que Bolivia es presa de una ofensiva totalitaria, chavista y dictatorial.

Con estas acciones y advertencias, como la desobediencia civil, la democracia, que suena hueca y contradictoria cuando se comparan palabras y hechos, se va perdiendo como escenario de legítima disputa política e ideológica de los actores por la hegemonía, entendida esta como la construcción o preservación simbólica y real de un sistema de valores y creencias en torno a los cuales se organice el Estado, la economía y la sociedad.

A confesión de parte, relevo de prueba. Incluso el más centrista de la oposición, el empresario Samuel Doria Medina, de Unidad Nacional, ha advertido el domingo 2 de marzo, que los referendos lanzados por el gobierno con suerte se llevarán a cabo en solo tres de los nueve departamentos del país.

La democracia y el respeto a la ley están siendo sustituidos por una violencia que busca pasar de la resistencia a una ofensiva legitimada ante sectores de la sociedad y deslegitimar el uso legítimo de la coerción por parte del Estado.

El gobierno ha promulgado una ley en la que ilegaliza la consulta por los estatutos autonómicos que la derecha boliviana ha lanzado, pero no es suficiente que el vicepresidente García Linera haya advertido que, si se hace, será contra la ley, sino que el Estado tendrá que probar su capacidad de sancionar, como

todo Estado, esas ilegalidades. Si no lo hace, en ese momento el Estado estará a la defensiva y la disputa habrá sido ganada por una derecha que, para ser más precisos, sigue al pie de la letra los mandatos de los mismos que desean la derrota bolivariana en Venezuela y que no pierden la esperanza de la reversión de la Revolución Cubana.

Las perspectivas de la crisis estatal y del gobierno

A dos años de gobierno del presidente Morales, las perspectivas son inciertas. Como señala una politóloga comprometida con los intereses de la derecha: «si se cae se profundiza la crisis, si se queda se profundiza también, pero más lento».²

A pesar de que la industria mediática se ha colocado, junto a la dirigencia cívica, a la vanguardia de la lucha contra el primer presidente indígena de Bolivia, el gobierno mantiene un respaldo ciudadano de cerca del 55% y Evo Morales se mueve alrededor del 60 y 70%, según los sondeos de opinión realizados entre diciembre de 2007 y febrero de 2008.

El importante respaldo político y social del que goza el presidente Morales está relacionado directamente con el cumplimiento del programa construido colectivamente por el pueblo en veinte años de resistencia al modelo neoliberal, particularmente en la denominada «Agenda de Octubre» de 2003 que provocó la renuncia a la jefatura de Estado del entonces liberal Gonzalo Sánchez de Lozada, quien, declarado rebelde por la justicia boliviana, se encuentra refugiado en los Estados Unidos.

La nacionalización de los hidrocarburos, todavía en proceso; la convocatoria a la Asamblea Constituyente, con su texto ya aprobado y sujeto a veredicto popular; y el proceso de recuperación de las empresas estatales, como las mineras Vinto y Huanuni, uno de los yacimientos más ricos en estaño del mundo, explican ese apoyo.

A eso hay que agregar la derogación del artículo 55 del decreto supremo 21060; el incremento de salarios en un promedio del 11% el primer año y en cerca del 7% en 2007; la «tarifa dignidad» en el servicio de energía eléctrica para las familias más pobres; la puesta en marcha de una revolución agraria; y el acceso al crédito de los pequeños productores en condiciones altamente favorables mediante programas de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y el estatal Banco de Desarrollo Productivo (BDP).

También le ha dado réditos al gobierno la aplicación de una política social nunca vista en la historia nacional, en beneficio de los sectores sociales que siempre fueron excluidos. Más de nueve millones de atenciones médicas, más de cien mil hombres y mujeres que recuperaron la vista, casi treinta hospitales instalados y medio millón

² Jimena Costa, en un artículo «mentiras piadosas», difundido por Internet (www.diariocritico.com/bolivia/2008/Marzo/opinion).

de personas incorporadas al programa de alfabetización «Yo sí puedo». Todo esto gracias a la solidaridad del gobierno y pueblo cubanos.

La implementación de una política exterior soberana y digna también le ha significado respaldo en amplios sectores sociales. La Embajada de los Estados Unidos ya no decide la elección de autoridades dentro del país y hay una política de lucha contra el narcotráfico que no arremete y pisotea a los bolivianos, por citar algunos ejemplos.

El dato más importante de la evolución favorable de la crisis estatal es la revalorización de la democracia en el imaginario colectivo, como centro de tensiones y acuerdos. La democracia, concebida como una construcción social y política permanente, ha recuperado el espacio perdido y ha aumentado su prestigio, desde dos puntos de vista centrales: la gente percibe primero, que está mejor representada, y, segundo, que es un espacio de mayor participación.

El gobierno de Evo Morales le ha devuelto a la democracia representativa su verdadera esencia: que los representantes actúen en función de los mandatos de sus mandantes. Es por eso completamente entendible que un 54% de los bolivianos, según el PNUD, se incline por un «Gobierno directo del pueblo».

No obstante, la crisis estatal se mantiene de distintas formas, aunque los espacios de maniobra de los bloques en pugna se van recortando con rapidez y es altamente probable que la resolución estratégica del proceso boliviano, ya sea como victoria o como derrota, se produzca en los próximos meses.

A pesar de la fuerza política y social con la que Morales asumió la conducción de este pequeño país situado en el corazón de Sudamérica, errores de dirección, debido quizá a la heterogeneidad de visiones dentro del gobierno y el MAS, no aceleraron todavía una salida de la crisis estatal a su favor.

La crisis de hegemonía se mantiene. El sistema de creencias y valores en torno a los cuales se organizó el Estado, la sociedad y la economía en los ciento ochenta y dos años de república y veinte años de neoliberalismo ya no desempeña el papel de «cemento» como diría Gramsci, pero al mismo tiempo, a pesar de la revalorización de lo indígena, dentro y fuera de Bolivia, el bloque emergente no ha tenido la suficiente capacidad de construir significativamente en el imaginario de la población un nuevo proyecto de Estado y orden social.

Una manifestación de esta suerte de «empate de creencias» es el temor en sectores sociales, aún subalternos, cuando se habla de la hegemonía indígena-popular o de la construcción de un Estado y una economía social comunitaria, como ha definido el proyecto de Constitución aprobado en diciembre y que será sometido a consulta en mayo próximo.

Como lógica consecuencia de lo anterior, la alta dinámica del proceso boliviano, en el cual, por lo general, los procesos políticos son cortos, no se ha traducido, ni siquiera en germen, en el nuevo bloque histórico en el poder; es decir, en un nuevo tipo de relación entre la estructura y la superestructura, entre el Estado y la

sociedad. La causa más importante es que en el gobierno existe una diversidad de tendencias ideológicas, pues están desde los que apuestan a un «buen capitalismo con los indígenas incluidos» y siguen mirando al Estado como un simple regulador de la economía, hasta los que hablan de un «socialismo comunitario» que no terminan de definir.

Otra de las expresiones de la indefinición estratégica del gobierno tiene que ver con la matriz productiva. Aunque en el Plan Nacional de Desarrollo se apuesta por modificar el patrón de acumulación que ha regido en este país sudamericano desde antes de su fundación, caracterizado por ser monoprodutor y monoexportador (primero de plata, luego de estaño y ahora de gas), la composición de su presupuesto general y la prioridad otorgada a la industria petrolera y minera parece más bien mantener una visión extractivista, pues deja en lugar secundario a la industria transformadora.

El presidente Morales, en su informe de gestión del 22 de enero de 2008, anunció que este año se iba a acelerar la instalación de plantas y fábricas estatales y alentar la constitución de «empresas comunitarias». Sin embargo, no todos los que están en su gabinete, principalmente económico, creen en la necesidad de una mayor intervención del Estado en la economía ni en la importancia histórica de avanzar hacia formas de organización productiva que superen la enajenación del trabajo.

Quizá la base de estas contradicciones esté en el propio Plan Nacional de Desarrollo que define que la matriz productiva estará constituida por dos sectores estratégicos: uno, generador de excedentes (petróleo y minería, además del forestal) y, otro, generador de empleo e ingresos (industria manufacturera), con lo que, en los hechos, se asigna al país la misma condición de la cual se pretende escapar.

Con ese razonamiento y las contradicciones apuntadas, nada distinto al desarrollado en toda la República, se diluye la propuesta de construir un patrón de acumulación diverso que sea resultado de la articulación de la industria extractiva y la industria transformadora, pero también de la complementariedad del sector moderno de la economía con el sector tradicional, como prefiere definir Álvaro García Linera a las formas de organización económicas no capitalistas.

Por eso no es casual ni un accidente que el PNUD en su informe anual de Desarrollo Humano señale que la coyuntura económica y política boliviana «pondrá a prueba ese patrón de dependencia». Al finalizar 2006, Bolivia ha logrado sus mejores indicadores económicos y de seguro que, al margen de lo ideológico-político, ha sido de gran beneplácito para las organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en términos de una disciplina fiscal, aumento significativo del volumen de las exportaciones y un incremento de sus reservas internacionales netas, que se guardan en dólares en la Reserva Federal de los Estados Unidos, cercanas a los cinco mil millones de dólares, una cifra nunca vista en un país pobre como el boliviano. Para aprovechar positiva y estratégicamente los

ingresos generados por la exportación del gas, los cuales podrían aumentar de modo significativo por su anunciada industrialización, se «requiere de su transformación en una economía de muchos sectores y muchos actores productivos».³

«La coyuntura de corto y mediano plazo es excepcional para enfrentar el reto de construir una economía de base ancha a partir del gas»,⁴ apunta el informe del PNUD. Y tiene razón. El gran desafío del gobierno, hasta ahora atendido de manera insuficiente, es aprovechar los altos precios de las materias primas, debido a la creciente demanda de los mercados chino e hindú principalmente, para orientar esos recursos hacia otros sectores de la economía.

Otra manifestación de la crisis estatal es que la base material del poder de las clases dominantes no ha sido afectada. El modelo neoliberal no ha sido sustituido y la gestión económica, por consiguiente, no ha podido escapar de los problemas ni los mecanismos con los que se enfrentan estos. No se puede construir una sociedad no capitalista con los mecanismos y las fórmulas del capitalismo, podría afirmarse a manera de recuperar las enseñanzas del Che. El tema de la inflación es uno de ellos. En diciembre de 2007 se llegó a un 12% del 6% previsto por el gobierno y este año es altamente probable que supere la barrera del 15%, según estiman los analistas.

El gobierno ha enfrentado el problema con medidas de corte monetarista que se muestran insostenibles en el mediano plazo (como la excesiva apreciación del boliviano y la venta de títulos de valor mediante el Banco Central que han arrojado grandes ganancias a la banca privada) y poco o nada se ha avanzado en temas de incremento de la oferta por la vía de una mayor atención a la producción.

La población está preocupada por la posibilidad de que se reedite la experiencia del gobierno del reformista Hernán Siles Suazo (1982-1985), cuando se produjo, con una alta intervención conspirativa del sistema financiero y los empresarios, un proceso hiperinflacionario que terminó con la base política y social de la Unidad Democrática y Popular (UDP) y determinó el adelanto de las elecciones generales que abrieron paso a veinte años de secante neoliberalismo tras el triunfo de Víctor Paz Estenssoro.

Las causas de la inflación tienen que ver con un crecimiento de la economía, derivado de los ingresos del petróleo, que no se traduce en un aumento de la producción ni en el cambio de dirección del patrón de acumulación, pero también con una especulación provocada por los empresarios agroindustriales de Santa Cruz, similar a las experimentadas en el Chile de Salvador Allende y en la Venezuela de Chávez, ya que controlan cerca del 80% de la industria de alimentos básicos como el arroz, trigo, azúcar, aceite y carne. La derecha hace buen uso de esa realidad y la utiliza

³ PNUD: «El estado del Estado en Bolivia», Informe nacional sobre Desarrollo Humano 2006, La Paz, abril de 2007, p. 440.

⁴ *Ibidem*, p. 471.

para golpear al gobierno de Morales, a quien atribuye la elevación de precios y las primeras señales de desabastecimiento.

Y nuevamente volvemos a la indefinición estratégica. Aún cuando el tema de la seguridad alimentaria es de carácter estratégico, sobre todo en momentos en que el imperialismo alienta la producción de la materia prima para el biodiesel, el gobierno ha dispuesto unos seiscientos millones de dólares para que empresarios de todos los tamaños (micro, pequeños, medianos y grandes) puedan enfrentar sus problemas derivados de los desastres naturales, pero no hay ninguna certeza de que sus esfuerzos vayan destinados paralelamente a modificar la estructura de propiedad y, por tanto, a alterar el modelo vigente.

Y el tema del poder

Que el tema fundamental de toda revolución es la cuestión del poder, es algo que no termina de ser precisado por los principales actores del proceso boliviano. La indefinición estratégica se la respira por todos los poros. En el gobierno, en el MAS y en los movimientos sociales se perciben señales contradictorias que van desde el convencimiento de sustituir al bloque dominante, hasta solo proponer su ampliación con los que han estado excluidos durante casi dos siglos.

El vicepresidente Álvaro García Linera se encarga de incorporar elementos de debate y polémica sobre la definición estratégica del gobierno. No se trata de sustituir a un bloque por otro, sino más bien de la puesta en marcha de una concepción estratégica que conduzca hasta su ampliación. Hace más de un año, partidario más del «capitalismo andino» que de un proyecto socialista, el intelectual y político sostiene con claridad: «la lucha por el poder puede tener tres desenlaces clásicos: que el sector emergente desplace directamente, mediante cualquier medio posible, al bloque anterior; que este bloque de poder antiguo logre derrotar, contener, cooptar o aplastar al bloque emergente; o que entre ambos lados se logre redistribuir el poder».⁵ Entonces estamos en que la revolución «democrática y cultural», con un claro eje articulador indígena,⁶ apunta a un desenlace «no clásico». No se trata de que el bloque histórico en el poder se construya sobre la base del desplazamiento de las clases dominantes, sino que más bien ellas asuman la ampliación por la vía de la descolonización.

¿La salida pactada a la crisis estatal boliviana es una respuesta de largo plazo, de profundos contenidos estratégicos, o más bien una respuesta inevitable a una situación de equilibrio inestable de fuerzas? Si la «redistribución del poder» es de largo aliento, está claro que la «revolución democrática y cultural» de Evo Morales es una

⁵ Semanario *Pulso*, edición 399, del 25 de mayo al 31 de mayo de 2007, La Paz, pp. 12-13.

⁶ En *Pulso*, edición 399, García Linera afirma: «apostamos a un proceso de redistribución pactada del poder con un nuevo núcleo articulador: el movimiento indígena».

continuidad de la revolución nacional de 1952. Este enlace del «nacionalismo plebeyo» con la revolución inconclusa de la década del cincuenta colocaría al proceso boliviano, hablando con rigor, más como cambio que como revolución, pero, como es obvio, con características distintas.

En primer lugar, el sujeto articulador ya no sería la pequeña burguesía mestizo-blancoide ni mucho menos la debilitada clase obrera. El sujeto articulador sería lo indígena, aunque con la preservación de sus contradicciones internas de clase. De esta manera se estaría frente a un «nacionalismo plebeyo» en el cual el indígena, excluido de anteriores procesos, llegaría a formar parte del intocado bloque en el poder.

En segundo lugar, el objetivo estratégico ya no sería la modernización de la economía en el sentido de negar la economía tradicional o de cooptarla al comportamiento de las fuerzas productivas capitalistas. Ya no se trata de elegir entre un modo de producción u otro, sino más bien de buscar su complementariedad. Así, la estructura económica boliviana tendría «un espacio para el desarrollo tanto del capitalismo como del poscapitalismo».⁷

Pero volviendo al tema de la factibilidad de la salida pactada o de la continuidad del proceso revolucionario, hay dos posiciones al respecto.

Una, de carácter afirmativo por el pacto. La base de este razonamiento se encuentra en el retroceso que Bolivia ha experimentado con la aplicación del modelo neoliberal incluso dentro de un contexto capitalista. Esto implica reconocer la necesidad de apostar al desarrollo capitalista por la vía de una decidida participación del Estado, ya no solo como normador sino como actor productivo. La idea, por lo demás, es que no habiendo Bolivia cumplido su etapa de desarrollo significativo de las fuerzas productivas, le corresponde, vía articulación con la economía no capitalista, encarar la lucha por la igualdad, la libertad y la justicia.

Esta línea de razonamiento tiene adeptos. El criterio, como es bueno insistir, parte de la premisa de que las banderas reformistas de la década de 1970, reflejadas por la corriente cepalina, constituyen en la actualidad una respuesta a la situación de atraso, miseria e injerencia del imperialismo. Es más, representa una manera adecuada de estructurar una nueva «alianza de clases» en torno a una causa común y respecto de una amenaza común. La causa es la necesidad de un desarrollo nacional como respuesta a la globalización neoliberal.

La otra posición es de carácter negativo frente al pacto y de apuesta por la revolución. El punto de partida es que Bolivia ha vivido otras experiencias nacionalistas que no han llegado a buen puerto y que parecen obligar a transitar por un camino que, aun sin negar coyunturalmente el capitalismo, no tanto como necesidad sino como realidad, apueste a un salto cualitativo en lo estratégico hacia una organización social, económica y política, así como a un nuevo Estado, no capitalista.

⁷ *Ibidem.*

El razonamiento no deja de apoyarse en la experiencia histórica. Bolivia es rica en intentos nacionalistas desde la década de los treinta, para no ir más lejos. Gobiernos como Busch y Toro, en los que se nacionalizó el petróleo por vez primera, así como otros de carácter populista como el de Gualberto Villarroel, terminaron en derrotas. Lo mismo sucedió en la década del setenta con Juan José Torres, el «general del pueblo», quien, al no superar su tendencia nacionalista y al no actuar en correspondencia con las expectativas de la Asamblea del Pueblo de avanzar hacia el socialismo, fue derrocado el 21 de agosto de 1971 por la extrema derecha liderada por el general Hugo Banzer Suárez.

La propia revolución de 1952, que implicó una superación de las relaciones de producción semifeudales y el establecimiento de una línea claramente capitalista en todos los órdenes –la nacionalización de las minas, la universalización del voto y la reforma educativa–, capituló ante el imperialismo apenas cuatro años después, en 1956, con la aceptación a los Estados Unidos de poner en marcha el Plan Eder.

Este tipo de derrotas de los intentos nacionalistas quizá encuentra su explicación en el rechazo que el imperialismo y las clases dominantes le tienen incluso a las más tímidas reformas realizadas dentro del propio capitalismo, y a la imposibilidad de impulsar y construir un proyecto nacionalista a más de dos siglos de que el capitalismo ingresara en su fase superior.

El argumento más importante de la hipótesis de que la Revolución Boliviana debe avanzar en una perspectiva no capitalista, lo que en buenas cuentas significa hacia una sociedad socialista, es que debe superar lo que en 1952 ya se conquistó: el establecimiento de las relaciones capitalistas de producción. Es decir, a pesar de que la revolución de 1952 no cumplió con los objetivos que se había propuesto, como el de impulsar un capitalismo y una burguesía nacionales, le corresponde a la revolución en el siglo XXI construir un proyecto estatal no capitalista.

Ya sea para una salida capitalista con protagonismo indígena o para ir construyendo el «socialismo comunitario», hasta ahora no terminado de construir en términos teóricos, el gobierno está ante el gran desafío de ampliar su reiterado énfasis en lo indígena-campesino mediante la incorporación de un discurso político y simbólico que aliente la adhesión a su proyecto a corrientes democráticas y progresistas de sectores urbanos, a los cuales, dicho sea de paso, el gobierno no les ha afectado con ninguna de sus medidas. Es más, amplias fracciones de clases medias se han beneficiado con el acceso a la medicina cubana y con la relativa tranquilidad recuperada en sus espacios de acción.

El gobierno, los movimientos sociales y el MAS tienen la palabra. La construcción y ampliación de su mayoría y el propósito de establecer un nuevo «sentido común» y de alcanzar, como diría Jean Paul Sartre, «el horizonte inesperado de nuestro tiempo», dependen de la capacidad que tengan, sin negar lo indígena como sujeto histórico del cambio, para estructurar un nuevo bloque histórico.

El gobierno está obligado a dar señales de que Bolivia cambia pese a todo y de que la Revolución, como despliegue de fuerzas creadoras, constituye la garantía para avanzar, después de 182 años de más sombras que luces, hacia una sociedad en la cual se vayan superando todas las formas de enajenación del ser humano. En cambio, la derecha, sin cuya construcción y mente colonizadora frente al «Otro» la situación sería distinta, no tiene otra opción que aferrarse y agarrarse con algo más que uñas a un pasado excluyente que solo los pequeños grupos privilegiados quieren mantener invariable en el tiempo.

La crisis estatal está en su recta final. De ella saldrá victorioso el bloque que más inteligencia, iniciativa y fuerza tenga. La tensión entre democracia y violencia se hará más visible, pero una de ellas se impondrá sobre la otra, de eso no hay duda. La capacidad del gobierno para defenderse está en juego, pero sobre todo para acortar favorablemente los tiempos y administrar con sabiduría los ritmos. Si no lo hace, volviendo al punto de partida de este análisis, los resultados de los dos referendos son impredecibles y quizá seguro anticipo de la irrupción de otro escenario: la convocatoria a un referendo revocatorio o el estallido de la violencia a iniciativa del imperialismo y la derecha.

HUGO MOLDIZ MERCADO

Abogado, comunicador social, docente universitario, escritor, investigador, máster en Relaciones Internacionales y corresponsal de agencias internacionales de noticias. Ha asesorado algunas comisiones de la Asamblea Constituyente de Bolivia.

Pese a la no aprobación de la reforma constitucional en Venezuela

RICARDO DAHER

El año 2007 termina con una frustración para las fuerzas revolucionarias del continente, y al mismo tiempo con la advertencia de que los cambios necesarios no son tan fáciles de realizar, que la resistencia de las oligarquías y del imperialismo será dura, y que es necesario abordar el modo de avanzar en la construcción del poder popular, la participación ciudadana y la reforma de las leyes constitucionales que mantienen el actual modelo de sociedad capitalista.

Como después de toda frustración –en este caso resumida en la derrota de la reforma constitucional en Venezuela–, es necesario analizar las dificultades y redefinir el camino para seguir construyendo un modelo de sociedad solidario. Ya era sabido que los procesos de cambios verdaderos no se producen en línea recta, y que se puede tener retrocesos momentáneos.

La experiencia debe servir para tomar conciencia de lo que está en juego y de las fuerzas que se enfrentan, así como de que junto con los cambios llegan inevitablemente las tensiones.

No por repetirse muchas veces deja de ser cierto: las oligarquías locales y sus socios externos no aceptan perder sus privilegios y recurren a cualquier método para sostenerse en el poder o conservar su influencia en la sociedad. Los únicos límites son la oportunidad, posibilidad y fuerza del adversario.

Desde que los pueblos latinoamericanos comenzaron a ensayar caminos de cambios, han tenido que enfrentar la resistencia de las oligarquías y de su mayor aliado, el gobierno de los Estados Unidos, los cuales apenas consienten en aceptar pequeñas modificaciones transitorias que no derogan sus privilegios y que en el fondo no son más que una administración más racional del capitalismo. Hasta viejos líderes de izquierda que han llegado a puestos de gobierno en algunos países de la región han reconocido que en esta etapa están solo administrando un capitalismo que se autodenomina «humanista».

Pero, si las oligarquías han aceptado, transitoriamente, ceder durante un tiempo esta administración, no lo aceptan de manera definitiva y tratan de asegurarse un rápido retorno a situaciones anteriores, de paso boicoteando al gobierno popular, progresista o apenas progresista, de turno, y tampoco permiten cambio alguno de las reglas de juego, es decir leyes, constituciones, reformas del Estado, etcétera.

Una parte de la izquierda latinoamericana aspiró siempre a construir el socialismo llegando al gobierno dentro de las reglas de juego ya impuestas, y creyó posible realizar los cambios sin tocar las estructuras del Estado ni las leyes constitucionales.

Ahora, una vez en el gobierno y frenados por todo un aparato de leyes, instituciones, normas, estructuras administrativas heredadas, funcionarios ineptos o poco adeptos a cambios, comienzan a plantear transformaciones en el Estado, desde la Constitución hasta la división político-administrativa del país.

En algunos casos se pretende modificar la Constitución de los países, y en otros apenas introducir reformas del Estado que permitan saltar las enormes trabas burocráticas creadas por leyes, reglamentos y funcionarios ineptos, corruptos o comprados, que impiden mejorar la distribución social de la riqueza pública o de los recursos del Estado entre la población más necesitada.

El año 2007 transcurrido fue rico en acontecimientos de este tipo. Venezuela, Bolivia y Ecuador iniciaron el camino de la reforma constitucional. En otros países –como Uruguay, Chile y Argentina– apenas se ha planteado reformas del Estado y cambios legislativos.

En todos los países del continente las oligarquías lograron imponer durante décadas su visión del país y la establecieron como leyes en las constituciones. Cada vez que sentían que perdían poder, realizaban cambios de la Constitución, incluso para ceder soberanía y patrimonio a sus socios extranjeros.

La derecha no descuidó ese aspecto y era muy consciente de que llegado el momento podía perder el gobierno del país por un período, y por ello tenía que asegurarse que las estructuras reales del poder no pudieran ser cambiadas.

Las doctrinas de Santa Fe

En la década del ochenta, la derecha norteamericana elaboró planes de gobierno y estrategias a largo plazo que los entonces presidentes Ronald Reagan y George Bush llevaron a la práctica. Las Doctrinas de Santa Fe I y II elaboradas por un grupo de intelectuales y políticos, sostenían que la apuesta del gobierno de los Estados Unidos para controlar la región, en un momento en que las dictaduras militares se caían, era mediante el control efectivo de los mecanismos de poder que persisten pese a los cambios de gobierno.

Así se incentivaban los lazos con las instituciones permanentes de los Estados, el ejército, la policía, los poderes judiciales, los políticos tradicionales, y el reforzamiento de las leyes que garantizaran *el statu quo*.

La Doctrina de Santa Fe II hasta admitía la posibilidad de aceptar gobiernos de partidos que no eran afines a los Estados Unidos, siempre que el marco legal y constitucional, fuera el mismo, ya que tenía la certeza de que, limitados por las leyes constitucionales y con la estructura del aparato de Estado sin modificar, poco podían hacer para cambiar las cosas.

En el documento se decía textualmente: «Debemos prestar atención a las vulnerabilidades del régimen democrático. Nuestro concepto de régimen significa tanto el gobierno temporal como el permanente. En la democracia, el gobierno temporal es el oficialmente elegido. El gobierno permanente lo forman las estructuras institucionales que no cambian con el resultado de las elecciones: la institución militar, la judicial y la civil».¹

En ese sentido recomendaba: «Los Estados Unidos no pueden preocuparse solo de los procesos formales democráticos sino que deben establecer programas para apoyar la democracia en las instituciones permanentes, en las instituciones militares y la cultura política».

Asimismo establecía que «Construir un régimen democrático requerirá de ir más allá de la forma de la democracia (las elecciones) y de proveer, cuando sea posible, los medios para consolidar las instituciones democráticas locales: sindicatos, grupos empresariales independientes, asociaciones comerciales y organizaciones educativas», que por supuesto compartan las ideas de los Estados Unidos sobre la organización de la sociedad.

El populismo en América Latina

En los últimos años, después del derrumbe del bloque soviético y ante el surgimiento de gobiernos progresistas o populistas en la región, los grupos de poder norteamericanos han redefinido a su enemigo. Ya no apuntan solo al control financiero sino que han vuelto a subrayar la necesidad del control directo de los recursos naturales esenciales, como el petróleo, el gas, fuentes de energía y agua.

«El populismo o gobiernos populistas se han convertido en una amenaza a los intereses norteamericanos»,² según advirtió hace cuatro años el entonces jefe del Comando Sur de los Estados Unidos, general James Hill. Desde entonces el concepto se usa para desprestigiar cualquier movimiento popular contra las políticas neoliberales y de sumisión.

¹ Véase en Internet (http://www.geocities.com/proyectoemancipacion/documentossantafe/documentos_santa_fe.htm).

² Consúltese en Internet (<http://www.visionesalternativas.com/militarizacion/articulos/geoestrat/26.htm>).

Detrás de Hill, el presidente George Bush, su secretaria de Estado, Condoleezza Rice, y una pléyade de alcahuetes latinoamericanos, desde el empresario Carlos Slim, hasta los ex presidentes Vicente Fox (México), Alejandro Toledo (Perú) y Julio María Sanguinetti (Uruguay), han insistido sobre los «peligros» del nuevo populismo.

Un análisis menos superficial del «populismo» puede atribuirle tendencias izquierdistas o derechistas, y la historia está plagada de ejemplos. Los pensadores marxistas latinoamericanos de los años sesenta, condenaban el populismo a veces de forma tan general que perdían de vista que en determinadas circunstancias podía ser un fenómeno político positivo para los pueblos.

Entonces se entendía que el concepto populismo definía a un movimiento político que consideraba al pueblo como una unidad, sin diferenciar sectores sociales ni clases, y que con una base también nacionalista, pretendía distribuir cierto bienestar entre el pueblo, conducido por un líder carismático, con lo cual restaba poder político a la oligarquía dominante.

En general coincidía con un proceso de desarrollo industrial nacional, de impulso a la burguesía local y las capas medias, con apoyo de los sectores obreros y campesinos que recogían algo de ese desarrollo. Sin embargo, los considerados procesos populistas en la región, nunca pretendieron salir del marco del capitalismo y pocas veces impulsaron la participación de la sociedad en todos los órdenes.

De allí que algunos procesos tuvieron cierto carácter progresista, mientras otros condujeron una política de derecha.

Para otros analistas, el populismo histórico latinoamericano correspondió a una fase de las transformaciones del Estado capitalista, en la cual la burguesía agroexportadora y la burguesía minera y comercial perdieron el monopolio del poder político en provecho de las clases sociales urbanas (burguesía industrial, clase media, proletariado industrial, militares e intelectuales).

Estos planteamientos surgen en el marco de la crisis del capitalismo mundial de los años treinta, de la Segunda Guerra Mundial, y, por consiguiente, con el desarrollo de industrias sustitutivas en Latinoamérica y el surgimiento de una burguesía nacional y un nuevo proletariado.

Representantes destacados de esta corriente son los gobiernos de Juan Domingo Perón en Argentina, Lázaro Cárdenas en México y Getúlio Vargas en Brasil, o los movimientos políticos dirigidos por Víctor Haya de la Torre en Perú o Jorge Eliécer Gaitán en Colombia.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 significó un estímulo poderoso para el pensamiento político latinoamericano. Los procesos populistas anteriores fueron enfocados de otra manera y volvieron a adquirir importancia por cuanto representaban movimientos importantes de masas.

De la democracia representativa a la democracia participativa

En los últimos años, Latinoamérica ha comenzado a sacudirse los gobiernos neoliberales que, bajo las formas de la democracia representativa, continuaron las políticas económicas iniciadas por las dictaduras de los años setenta y ochenta.

En este proceso de cambios se han buscado nuevas formas de participación ciudadana, pero salvo Cuba, aún no se ha construido un modelo de democracia participativa en la región. Hasta ahora se ha insistido en los modelos y estructuras copiados de Europa.

Cuando salieron de las dictaduras militares a principios de los años ochenta, los pueblos latinoamericanos confiaron en los esquemas de la democracia representativa –con ciertas mejoras en comparación con la experiencia anterior a esa etapa–, pero al poco tiempo se fueron desencantando al comprobar que se mantenían las mismas clases dominantes, que la brecha económica se ampliaba y que se desmantelaba el aparato del Estado y los esquemas de seguridad social heredados de gobiernos populistas o nacionalistas construidos en la primera mitad del siglo xx.

Así, los modelos de democracia representativa han sufrido duros golpes en los últimos años en Sudamérica, donde los partidos políticos tradicionales se han apartado de sus pueblos, y han quedado cautivos de una cúpula que gobernaba para sus intereses.

La sociedad ha buscado nuevas formas organizativas reclamando intervenir en las grandes decisiones del Estado, desde movimientos contra las privatizaciones, por los derechos de las minorías, hasta reformas constitucionales o en defensa del agua.

El fracaso de la democracia representativa en otorgar participación a los ciudadanos, quedó especialmente de manifiesto cuando los pueblos recurrieron a las protestas para sustituir presidentes antes de que concluyeran sus mandatos. Desde 1992, fueron destituidos por lo menos siete presidentes en la región, en países como Venezuela, Brasil, Argentina, Perú, Ecuador y Paraguay.

En otros países los gobiernos han tenido que dialogar con las organizaciones sociales para presentar leyes o modificarlas, ante el fracaso de la representatividad de los partidos políticos.

En todos los países latinoamericanos crecen las organizaciones sociales que reclaman participación y poder de decisión, desde el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil, hasta organizaciones por la defensa del agua en El Alto, Bolivia.

En esta nueva etapa de relación entre organizaciones sociales y el Estado, surgen experiencias de gobiernos comunales o locales. En algunos países se comienzan a incorporar estas estructuras al aparato del Estado, con el propósito de lograr la participación y control ciudadano.

El experimento tendrá idas y venidas, pero es auténtico y propio, y enfrenta desde ahora las críticas y sabotajes de las oligarquías locales y de los intereses foráneos.

En varios países hay inversiones extranjeras enfrentadas a movimientos sociales que cuestionan la validez de las mismas. Grupos ecologistas o minorías sociales denuncian la depredación del medio ambiente o la falta de inversión social para los verdaderos dueños de esos recursos.

Además, se busca desarrollar modelos de participación popular, descentralizados y basados en las comunidades. Es un camino que recién empieza y ya está siendo cuestionado por las potencias extranjeras –los Estados Unidos en primer lugar, pero también Europa–. Nuevas experiencias de democracia participativa se están desarrollando en Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, y, en grado menor, también en Brasil, Uruguay, Nicaragua, y Argentina, mediante los movimientos sociales.

Todo por hacer

En este proceso de construcción de la democracia participativa, a excepción de Cuba, está casi todo por hacer.

Calumniada e ignorada, Cuba desarrolló mecanismos de participación ciudadana en un verdadero ejemplo de democracia participativa con elecciones en la base, revocación de mandatos, control ciudadano, etcétera.

Ahora Venezuela ha iniciado un proceso donde coexisten –no precisamente en forma pacífica– el modelo en construcción y la vieja estructura del aparato de Estado y de la democracia representativa.

Cuando en Venezuela se reformó la Constitución en 1999, se desató una campaña internacional contra la Revolución Bolivariana.

Al decir del vicepresidente del Parlamento Latinoamericano, y diputado venezolano, Amílcar Figueroa, «el proceso constituyente del 99 dejó a la nación venezolana una formidable ampliación de la democracia. La inclusión a la vida política del país de miles de ciudadanos, en épocas anteriores condenados a que su práctica se restringiera únicamente a ejercer cada cinco años el derecho al voto fue, sin dudas, un logro muy importante. En general, se produjo una ampliación de los derechos políticos y civiles del conjunto de la población como el resultado de un proceso vivo, pleno de entusiasmo revolucionario y mucha fuerza creadora. La Constituyente fue, pues, el primer paso del Gobierno bolivariano. Se estableció para que el nuevo concepto de la “democracia participativa y protagónica” sustituyera al viejo de la “democracia representativa”». ³

³ Amílcar J. Figueroa: *La Revolución Bolivariana: nuevos desafíos de una creación heroica*, Editorial Tapial, Caracas, Venezuela, 2007, p. 33.

Venezuela construye un aparato estatal paralelo

Las transformaciones que el gobierno de Hugo Chávez inició tras la victoria electoral de 1998 y la reforma constitucional de 1999, enfrentaron desde un principio la resistencia de la burguesía y la burocracia estatal.

Solo después de superado el golpe de Estado de abril de 2002 y el paro petrolero del año siguiente, el gobierno bolivariano comenzó a buscar el modo en que la ciudadanía participara del proceso y para ello comenzó a construir una estructura paralela a la del Estado.

Así surgieron las Misiones que atienden problemas concretos, entre ellas, las educativas: Robinson (liquidar el analfabetismo), Ribas (concluir la secundaria) y Sucre (acceso a las universidades); Barrio Adentro para la salud con distintos niveles de atención, desde consultorios donde viven los médicos, hasta policlínicos, hospitales y centros de alta tecnología; las Mesas Técnicas de Agua para resolver los problemas del acceso al agua potable y saneamiento; las Mesas Técnicas de Tierras que buscan tierras improductivas en el campo para una reforma agraria, o tierras abandonadas en las ciudades para construir viviendas en cooperativas; y la Misión Negra Hipólita que atiende y saca de la calle a mendigos, niños abandonados, alcohólicos y drogadictos, a los que capacita para trabajar, estableciendo cooperativas. También existen organizaciones de base para temas de medio ambiente y atención a la mujer, entre otros.

Ahora el presidente Chávez ha planteado otras misiones con el fin de comenzar a resolver el problema de la vivienda y de los asentamientos irregulares.

En los últimos meses se han desarrollado los Consejos Comunales que, electos por los vecinos, deciden planes de desarrollo local y administran los fondos proporcionados por el Estado para esos fines.

Estos consejos constituyen la base del poder popular y de una nueva sociedad socialista, democrática y participativa. Todavía falta definir su inserción en la estructura legislativa del país y su relación con la Asamblea Nacional (parlamento).

Una de las carencias organizativas de la Revolución es la escasa participación de los estudiantes universitarios en el proceso. Por ello, se ha planteado la necesidad de educar a técnicos comprometidos con el país y su gente, y se ha formado la Universidad Bolivariana, que recién este año graduó como técnicos a poco más de mil jóvenes.

Los sindicatos están en pleno proceso de transformación por lo que aún no son decisivos ni abarcan a todos los trabajadores. El proceso de industrialización del país apenas comienza, y una clase obrera fuerte y organizada es todavía un sueño de la izquierda venezolana.

El Estado está promoviendo las cooperativas de todo tipo y existen muchas líneas de créditos y subsidios. Una encuesta del pasado año reveló la «existencia» de más de ciento cincuenta mil cooperativas en el país, aunque se considera que la mitad no tiene todavía funcionamiento real.

Los programas sociales de la Revolución abarcan a millones de personas. En los tres primeros años de la misión «Barrio Adentro», se han realizado, aproximadamente, doscientos millones de consultas médicas y ya existen unos seiscientos centros de diagnóstico de alta tecnología en el país.

Además, las amas de casa de los barrios reciben una pensión del Estado por medio de las misiones Madres de Barrio. Lo novedoso es que los propios vecinos deciden quiénes tienen derecho a este subsidio.

Toda esta nueva estructura paralela de poder popular podía haberse desarrollado más e «institucionalizado» de haberse aprobado la reforma constitucional en diciembre de 2007.

Mucho se ha escrito sobre las carencias y errores cometidos por las fuerzas revolucionarias y progresistas en el pasado referendo constitucional. Se ha apuntado desde escasa movilización, en especial de los aspirantes al nuevo Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), falta de información a los votantes, carencias en la explicación de la reforma, desidia de algunos dirigentes que no deseaban una reforma que les quitaría poder para depositarlo en la ciudadanía organizada, hasta incluir propuestas que iban más allá de lo planteado por el presidente Chávez y que podían haber esperado a otras instancias.

La construcción del Partido Socialista Unido de Venezuela

El conjunto de estas causas muestra que la población confía más en el presidente Chávez que en las estructuras políticas que lo respaldan y, de paso, acentúa la necesidad de construir una herramienta política para conducir el proceso revolucionario.

La construcción del nuevo partido enfrenta enormes dificultades, y esa no es una característica solo del proceso venezolano. La construcción del partido de la Revolución, incluso en Cuba, no estuvo exenta de problemas —el caso de Aníbal Escalante, por ejemplo—, y no se resuelve sin participación y discusión.

El Congreso de formación del PSUV fue aplazado varias veces y algunas fuerzas de izquierda, que respaldan al presidente Chávez, se mantienen al margen. Consideran que aún no están sentadas las bases para un proceso unitario y que faltan definiciones conceptuales del nuevo partido.

Las discusiones sobre estos temas realizadas en las asambleas constituyentes del partido no abarcaron a todos los aspirantes y hubo una enorme brecha entre el número de estos y la cantidad de militantes que han participado en las diferentes instancias.

De todas maneras, con sus dificultades y carencias, más lento de lo previsto, el proceso sigue su marcha y se acelerará y consolidará en la medida que crezca la participación, se acentúen los controles ciudadanos y el gobierno prosiga dando respuesta a las necesidades de la población.

Parece necesario que todas las fuerzas revolucionarias revisen sus planes de «sobrevivencia» y preparen una estrategia unitaria para las próximas instancias ya que, en el correr de este año, se efectuarán elecciones locales con lo cual se pondrá a prueba, de nuevo, el respaldo del proceso y la confiabilidad de los denominados «mandos medios».

El proceso revolucionario venezolano se desarrolla en condiciones muy particulares, pues se mantiene dentro de un esquema capitalista y con las lacras propias del sistema burgués. Las nuevas formas de relación socialista intentan abrirse paso dentro del capitalismo, pero conviviendo con él. En la sociedad se mantiene el modelo de consumo burgués y el Estado está afectado por las prácticas de corrupción heredadas.

Como sostiene Amílcar Figueroa en su libro *La revolución bolivariana: nuevos desafíos de una creación heroica*:

La realidad indiscutible es que en Venezuela el Estado fue un alcahuete de la llamada burguesía nacional, así como también de otras instituciones, como la Iglesia Católica, que se acostumbró a recibir una cuantiosa subvención de cada gobierno de turno. En general, las clases y sectores hegemónicos de la sociedad burguesa fueron ampliamente subsidiados por el Estado.

Por supuesto, resulta natural que tales sectores conspirasen y conspiren hoy contra la instauración del socialismo. Pero el problema no se reduce a cada uno de ellos en particular, sino que esa sociedad en su conjunto generó una cultura que perdura intacta en nuestros días también en los diversos sectores populares, y se expresa en la corrupción de una buena porción del funcionariado público.

Además, este fenómeno corre parejo con el altísimo nivel de consumo de la Venezuela de hoy. Cifras como la compra de 113 567 automóviles nuevos en solo tres meses, abril, mayo y junio de 2007, técnicamente puede interpretarse como consecuencia del incremento del gasto público, a su vez resultado del reparto más justo y equitativo de la riqueza nacional. Pero también podemos afirmar que el problema de fondo es que, antes que superar, hemos incrementado los patrones de consumo de la sociedad burguesa.⁴

Sostenida en el triunfo del no y el surgimiento de un nuevo «líder», el ex ministro de Defensa Raúl Isaías Baduel, la oposición buscará meter otro palo en la rueda de la Revolución, aunque para ello tuvo que aceptar la vigencia de la Constitución de 1999.

Pese a que ahora ve una oportunidad para avanzar por medio de las instituciones democráticas, la oposición no descarta todas las formas de combate y en ese camino tiene un socio poderoso, el imperialismo norteamericano.

Si bien los Estados Unidos parecen estar muy complicados en Irak y el resto del Medio Oriente, es también cierto que mantienen estrechos vínculos con especialistas en desestabilizar países y con los denominados, según el documento de Santa Fe II,

⁴ *Ibidem*, p. 46.

sostenedores permanentes del poder, es decir los grupos económicos, las fuerzas armadas o muchos de sus oficiales, el poder judicial y sectores de la Iglesia.

Los Estados Unidos están ampliando su cuerpo de diplomáticos en regiones conflictivas del continente –especialmente en Estados o provincias que se proclaman contra los gobiernos progresistas–, envían militares a participar en maniobras «humanitarias», instructores contra el narcotráfico, financian organizaciones de todo tipo, y realizan chantaje económico a los países.

El 2008 será el último año de George Bush en la presidencia de los Estados Unidos y parece posible que su partido sea derrotado en las elecciones presidenciales de noviembre.

Es previsible entonces que, con el propósito de evitar esta derrota, el gobierno estadounidense realice alguna maniobra peligrosa para torcer esa tendencia, o bien para dejarle al nuevo gobierno una situación tan complicada que el retroceso no sea posible, tanto en el Medio Oriente como en su antiguo «patio trasero».

América Latina está todavía dejando atrás la etapa neoliberal, aunque persiste con fuerza en los gobiernos de Colombia y México, entre otros. Las fuerzas de la reacción intentarán derrotar no solo los procesos más avanzados de Cuba, Venezuela y Bolivia, sino también otros procesos que, sin salir del esquema capitalista, busquen una tibia distribución de la riqueza y pretendan mantener la soberanía sobre sus recursos naturales.

La izquierda revolucionaria deberá avanzar en la construcción de un modelo alternativo, socialista, pero a su vez impedir el triunfo de las fuerzas reaccionarias en aquellos países que, al menos, no se alinean decididamente en el campo imperialista neoliberal.

RICARDO DAHER

Periodista uruguayo, ha trabajado en diversos medios en su país (diarios *La República*, *La Juventud*, semanario *Manos*, revista *Caras y Caretas*, etcétera) y en el exterior. Actualmente, colabora en la revista *Liberación* de Suecia.

¿Quién ganó en Venezuela el 2 de diciembre?

ANTONIO APONTE

«Perdió Chávez, ganó el NO»; «ganó la oposición»; «ganó la contrarrevolución»: son respuestas correctas, pero se quedan en la superficie.

Para entender el movimiento de la política venezolana, para pronosticar, para seguir avanzando, debemos intentar una mayor profundidad en el análisis del referendo de diciembre de 2007.

Empecemos, entonces, por preguntarnos qué fuerzas, cuáles ideologías, cuáles proyectos pugnan por la hegemonía social.

Venezuela es un país rentista desde hace cien años. Esta condición ha construido una sociedad *sui generis*, en la cual las clases sociales giran alrededor de la renta petrolera. Así, las oligarquías se forman y se nutren, no fundamentalmente de la plusvalía de los obreros, sino de la transferencia de la renta. Lo mismo podríamos decir de los trabajadores, y de los excluidos: su condición social depende de su relación con la renta petrolera.

En Venezuela es más importante la captura de la renta, que la apropiación del trabajo. Veamos, rápidamente, cuál es el cuadro de las clases principales de esta sociedad:

- una oligarquía antigua, contrarrevolucionaria, heredera de las riquezas tradicionales, y vinculada con el imperio capitalista;
- junto a ella una neoligarquía formada en el período revolucionario, que vive la dicotomía existencial de estar obligada a mantener un discurso revolucionario que contradice sus nuevos intereses económicos;
- la clase media alta, transculturizada, cocinada en los valores del capitalismo gringo, consumista, superficial, apátrida;
- una clase media baja, proveniente de los excluidos, o de la clase campesina, que abarca a pequeños comerciantes informales, taxistas, empleados públicos de menor rango, que viven en una franja de alta inestabilidad social (un día se acuestan propietarios y al otro día amanecen literalmente en la calle, damnificados, indigentes);

- los obreros, en plena lucha por encontrarse con su ideología, quienes se debaten entre la puja por la renta y el papel histórico que deben cumplir en este período revolucionario; en ese sector está surgiendo una dirigencia que cada día es más consciente de su papel, aunque persiste la mafia dirigente tradicional, encargada de impedir que las luchas obreras vayan más allá de lo reivindicativo inmediato;
- los campesinos, pocos, clase que ha sido desplazada a la ciudad en busca del sueño de la renta que les alivie las miserias y el abandono del campo;
- y, para finalizar, una gran masa de excluidos, marginados de todo beneficio social.

Una característica propia de la sociedad venezolana es que la riqueza se genera, fundamentalmente, en PDVSA, empresa del Estado, donde, con pocos obreros, se captura plusvalía internacional. Por ello, el problema central de la Revolución es cómo se invierte la renta petrolera.

Así, los proyectos de país los determina la respuesta que se de a este asunto.

Hay quienes postulan que no es definitorio en qué se invierte la renta, por lo tanto, se puede crear capitalismo con ella, siempre y cuando se mantenga la propiedad sobre las grandes empresas estatales generadoras de riqueza. Proponen, de esta manera, una suerte de *socialcapitalismo*. Sería un sistema híbrido, en el cual se conviviría con un capitalismo «controlado» cuya naturaleza voraz y expansionista y su manifestación política han sido supuestamente anulados.

Por su parte, otros consideran que el socialismo es, ante todo, un problema de creación de «conciencia del deber social», de rescate de la armonía social perdida por el espíritu egoísta del capitalismo, y que esa «conciencia del deber social» debe tener su soporte real en la propiedad social de los medios de producción administrada por el Estado, pues la *propiedad no-social*, en cualquiera de sus formas, es base material para el capitalismo.

Como puede apreciarse, la inversión de la renta no es meramente un asunto económico, por el contrario, se trata, en lo fundamental, de un asunto de formación de conciencia. Y la conciencia, en este país, tiene una forma *sui géneris* de generarse: no se desarrolla donde se produce la riqueza, ya que no proviene de la plusvalía nacional, sino de una captura de plusvalía internacional.

Por ello, si se rodea a la propiedad social administrada por el Estado de un cordón capitalista, este creará conciencia capitalista en la sociedad, se expresará políticamente, yugulará al socialismo, y se terminará por privatizar las empresas estatales, por llevarlas al campo capitalista. La historia nos dice que en los sistemas híbridos, cuando el socialismo ha sido permisivo con el capitalismo, este termina por imponerse y absorberlo. Por tanto, es necesario invertir la renta para formar una economía de propiedad social administrada por el Estado, que sea generadora de conciencia del deber social: economía y conciencia que son la base del socialismo.

Así, los proyectos en pugna se diferencian por el uso que proponen para la renta petrolera y se pueden clasificar en dos grupos.

El primero apuesta al proyecto capitalista, que agrupa a las oligarquías –tanto la vieja como la nueva–, dentro y fuera del gobierno y se presenta con dos variantes: la francamente capitalista, atada al imperio gringo, privatizadora de las grandes empresas estatales, segregacionista, contrarrevolucionaria, que desprecia a los humildes y cuenta con la clase media alta; y la capitalista vergonzante, de reciente formación, que nació en la Revolución Bolivariana, postula el *socialcapitalismo* del que antes hablábamos, impulsa a sectores francamente capitalistas y evita las formas de propiedad social.

El segundo defiende la propuesta revolucionaria, la socialista, que propone la utilización de la renta para la creación de la base material –la propiedad social– y espiritual –la conciencia del deber social–, que sustente el socialismo.

Con estos elementos, analicemos más profundamente, los resultados del 2 de diciembre, cuando triunfó el «NO». La marcha de la Revolución, el rumbo de la sociedad venezolana, el destino del continente, dependen del riguroso análisis que se haga de estos resultados, de sus causas para corregirlas y, tal como hacía el Libertador, crecerse frente a la adversidad: solo de esa manera transformaremos el revés en victoria.

Debemos aceptar con valentía que algo estamos haciendo mal, cuando hemos perdido millones de votantes, a pesar de las misiones, de los consejos comunales, de los microcréditos, los bancos comunales, las mesas técnicas, el aumento del consumo, la creación de los MERCAL, las obras de infraestructura, el extraordinario liderazgo del comandante Chávez, etcétera.

Podríamos buscar en los hombres, y sustituirlos, pero estaríamos así sustituyendo únicamente los instrumentos del error; no basta. También podríamos ignorar las fallas; sería un suicidio en primavera, o asustarnos y retroceder en el camino del socialismo, volver al pasado por las trochas de la conciliación con el capitalismo, entonces, asesinaríamos la esperanza.

La causa profunda de los errores cometidos que nos llevaron al tropiezo del pasado diciembre debemos buscarlos en la ideología hegemónica hasta ahora.

En la Revolución ha prevalecido la ideología de la pequeña burguesía, que se caracteriza por una acertada percepción del capitalismo: lo diagnostica como el origen de la miseria espiritual y material de la sociedad; pero, al mismo tiempo, tiene inmenso terror a superarlo de la única manera con que se puede, con el socialismo auténtico, el de la propiedad social de los medios de producción y la conciencia del deber social.

Esta ambigüedad, este navegar en dos aguas, hace que la pequeña burguesía busque «fórmulas de cambio» que dejan intactos los pilares del capitalismo; en esa ambigüedad se desgastan los procesos, no avanzan, finalmente se disuelven y ter-

minan por restaurar el capitalismo franco, el que se une a las formas más avanzadas del capitalismo mundial, la globalización.

Esta suerte de soluciones a medias, de querer construir una realidad nueva sin sustituir la vieja, esta fantasía de convivencia de los dos sistemas, de cohabitar las dos conciencias, nos lleva a cometer errores y a descuidar el objetivo principal de la Revolución: instalar en la sociedad la conciencia del deber social, organizar esa conciencia, darle base material.

De este modo, fallamos en la construcción de la base material, cuando no sabemos convivir con las formas capitalistas sin convertir esa convivencia en un modelo estratégico; nos equivocamos en la construcción de los instrumentos organizativos, al no hacerlos vehículos para la formación de la conciencia, sino territorios para el ejercicio del egoísmo; erramos en la creación de una nueva cultura, pues adoptamos las viejas manifestaciones culturales reproductoras y perpetuadoras de los valores que sustentan al capitalismo, obstáculo principal de la Revolución.

Esta ideología, que nos condujo hasta aquí, ¡fracasó!; es necesario sustituirla por la ideología revolucionaria, preñar a la sociedad de socialismo, y no puede haber preñez a medias.

¿Cómo se expresará esta situación en los próximos días? La política revolucionaria en este período estará signada por la lucha entre el proyecto de la oligarquía emergente y el proyecto socialista.

La oligarquía emergente busca construir un nuevo pacto político con la oligarquía tradicional, que tenga como base económica un *capitalismo social*. Se aúpa así la formación de nuevos empresarios, y se estimula a los empresarios ya existentes; se crean formas de propiedad *no-social*. En la práctica, las metas socialistas se sustituyen por una presunta democratización del capital.

Por esa vía surge un problema de imposible solución: si la Revolución no avanza en la construcción del socialismo, si se estanca en el capitalismo, no pueden de ninguna manera resolver los problemas sociales que el capitalismo crea, a lo sumo, podrán disimularlo con la alta renta petrolera e inevitablemente se desgastarán.

Ese camino ambiguo del *socialcapitalismo*, no nos permite derrotar definitivamente a la oligarquía, porque las ideologías de ambas –tanto de la nueva como de la vieja–, son en el fondo la misma, no son contradictorias. En lo político, esto se manifiesta en formas y convenciones legales permisivas, donde la oligarquía tradicional se refugia luego de cada derrota para acumular fuerzas antes de emprender una nueva arremetida.

De esta manera, la Revolución está condenada a una situación de desgaste, con períodos de calma y conciliación con la oligarquía tradicional, seguidos de momentos de combate que van agotando poco a poco, la opción socialista.

En resumen, el *socialcapitalismo*, no es viable, fracasa estratégicamente, no crea las bases espirituales para avanzar. Este proyecto está destinado a abrir paso a un capitalista franco, o al socialismo verdadero, no hay otra alternativa en Venezuela.

En las elecciones del 2 de diciembre ganó la contrarrevolución, salió derrotada la Revolución. Ahora la lucha principal se libra dentro de las filas del bolivarianismo: es una pugna entre el proyecto socialista auténtico, y el proyecto híbrido *socialcapitalista*, conciliador, restaurador, y, en definitiva, capitalista.

ANTONIO APONTE

Periodista, escritor y político venezolano, autor de varios libros y numerosos ensayos sobre el proceso político venezolano, es columnista del diario *VEA* de Caracas, donde tiene la sección permanente «Un grano de maíz».



FIDEL CASTRO

antología mínima

«Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria».

—Che Guevara

Finalmente, la voz de uno de los más grandes políticos y oradores de nuestros tiempos, Fidel Castro, reunida en esta antología que compila sus más representativos discursos, desde los años cincuenta hasta la actualidad. Esta edición nos muestra a Fidel Castro en sus propias palabras.

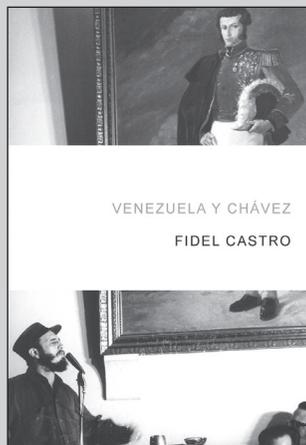
En la actualidad, con la ola de transformaciones políticas y sociales en América Latina, las palabras de Fidel sobre el pasado, el presente y el futuro de nuestro continente suenan más vigentes que nunca.

Incluye discursos clásicos como *La historia me absolverá*, discursos en la Asamblea de la ONU, el mensaje que leyera por la muerte del Che Guevara, la «Batalla de las ideas», e interesantes reflexiones sobre la Revolución cubana después de Fidel, incluyendo el mensaje al pueblo cubano de febrero de 2008.

ISBN 978-921438-01-1, 560 páginas + 26 páginas de fotos

www.oceansur.com ▪ info@oceansur.com

COLECCIÓN FIDEL CASTRO



VENEZUELA Y CHÁVEZ

Este libro compila, en un solo volumen, las palabras pronunciadas por Fidel en diversas ocasiones, en discursos, cartas y actos públicos, entre 1959 y 2006, dedicados al pueblo venezolano, en los cuales resaltan los lazos históricos y de solidaridad que existen entre ambas naciones desde su misma formación. Es precisamente a la unidad, soñada por Bolívar y Martí, a la cual se refiere este libro, en las reflexiones, advertencias y premoniciones de Fidel.

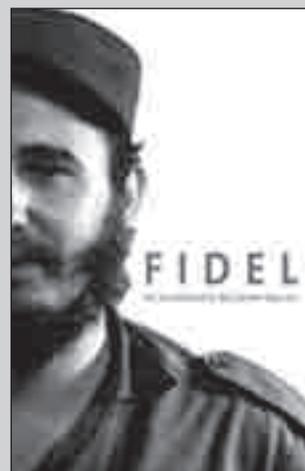
336 páginas, ISBN 978-1-921235-04-7

FIDEL EN LA MEMORIA DEL JOVEN QUE ES

“Dicen que con los años los hombres se vuelven más conservadores, y es en parte cierto. Como la regla, el joven es desinteresado, altruista, arrojado; pero todo depende de las ideas. Nosotros hemos tenido el vigor de las ideas que hemos defendido...”—Fidel Castro

Este libro recoge, por primera vez en un solo volumen, los excepcionales testimonios que en contadas ocasiones el propio Fidel ha dado sobre su niñez y juventud. Incluye entrevistas sobre momentos claves de su infancia, su vida universitaria y sus primeros contactos con la realidad latinoamericana, así como fotografías poco conocidas.

183 páginas, ISBN 978-1-920888-19-0



FIDEL Y LA RELIGIÓN

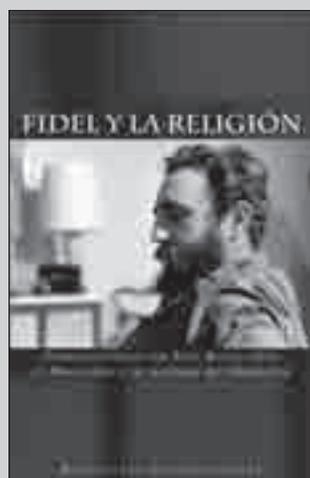
Conversaciones con Frei Betto sobre el marxismo y la teología de la liberación

En un íntimo diálogo de 23 horas con el teólogo de la liberación brasileño Frei Betto, Fidel Castro ofrece revelaciones sobre su formación personal y discute con sinceridad su visión sobre la religión.

“Hay 10,000 veces más coincidencias entre el cristianismo y el comunismo que entre el cristianismo y el capitalismo”.

—Fidel Castro.

330 páginas, ISBN 978-1-920888-77-0



Rafael Correa: su primer año de gobierno

GERMÁN RODAS CHAVES

Introducción

Hace un año que se inició el gobierno del presidente Rafael Correa Delgado. Su elección respondió, en gran medida, a la búsqueda de los ecuatorianos de una alternativa a la espiral de crisis que regímenes anteriores –en el contexto de lo que constituye el proyecto neoliberal– provocaron en la estructura nacional, en particular durante los últimos diez años, y que condujeron a la inmensa mayoría de los ciudadanos a una situación de injusticia y pobreza sin precedentes. El poder real atribuyó esta circunstancia, tangencialmente, a la conducta impropia de ciertos sectores de la banca, mientras que, con habilidad, descargó todas las baterías e inculpaciones sobre el orden político en la perspectiva evidente de distraer la atención respecto a los fenómenos estructurales que generaron la situación inferida¹ y con la finalidad de proteger a la bancocracia corrupta y a los grupos económicos que habían propiciado la crisis ecuatoriana.²

En un panorama como el señalado, se produjo el desenlace que la institucionalidad requería: la búsqueda –y el encuentro rápido y oportuno– de un ciudadano que con ideas progresistas y nacionalistas pudiera favorecer una propuesta política y que, por otro lado, castigara el pasado mediato fomentado al calor de la vigencia de los partidos políticos, los cuales, en su mayoría, fueron ciertamente actores de todo

¹ Si bien la crisis se desbordó a partir de la situación provocada por un sector corrupto de la banca, no es menos cierto que dicha circunstancia constituyó un hecho adicional al manejo irracional del Estado por parte de los grupos hegemónicos que, a su turno, han festinado los recursos naturales, han servido a los intereses de los grupos transnacionales, han hipotecado el Ecuador a los acreedores internacionales, entre otras realidades históricas.

² Grupos económicos y sociales que hoy intentan rearmar su presencia en la vida nacional aupados, particularmente, por el Partido Social Cristiano –léase Jaime Nebot–, y el sector político liderado por Álvaro Noboa, debido a lo cual todo tipo de crítica, proveniente desde la izquierda, respecto al gobierno deberá tener la suficiente inteligencia para diferenciarse de los objetivos de la extrema derecha ecuatoriana.

tipo de farándula mediática y corresponsables, por acción u omisión, de una confusa democracia, cada vez más restrictiva y menos participativa y que, además, aupó un andamiaje social y económico restrictivo para la mayoría de los ciudadanos.

Empero, esta lectura inducida sobre la ciudadanía, dejó de lado la atención sobre las causas reales de la situación colectiva y, por ende, ha pospuesto las rectificaciones de fondo que requiere el sistema constituido. Parecería que el país, atosigado por una tormentosa realidad, va en busca de una catarsis a su propio drama, sin la comprensión pertinente para impedir que episodios similares se repitan, más allá de las buenas intenciones del gobierno, de sus posturas democráticas y de los anhelos por un Ecuador distinto.

Una mirada a la situación externa más cercana

Cualquier intento de aproximación que pretenda evaluar el gobierno ecuatoriano del presidente Rafael Correa, debe incluir, necesariamente y además, la comprensión del entorno latinoamericano que en estos momentos vive la región, pues los sucesos que en ella vienen ocurriendo en el último período han generado expectativas tanto dentro de sus países como en el conjunto de la población latinoamericana, cuyas tendencias a favorecer cambios en sus latitudes se debe al hecho de que el modelo económico vigente ha demostrado falencias y el desarrollo de toda forma de injusticias.

Este asunto –que no solo debe partir de la suposición de una trascendencia histórica particular derivada de nuevos ejes en la correlación de fuerzas–, exige una observación adicional respecto a Latinoamérica para saber si la región vive un proceso de transformación real o si se trata de una transición *casa adentro* inducida por el propio modelo económico prevaleciente que, ante el riesgo de desmoronarse de manera absoluta, pudiese permitir ciertos arreglos de forma a los entornos de su estructura, en la perspectiva de que el péndulo político –que lo impulsa con denodado esfuerzo y con inverosímiles especulaciones ideológicas– fuese a favorecerle más adelante, luego de inculpar a la izquierda de los fracasos o de los desajustes programáticos en el ejercicio del gobierno.

Lo afirmado denota la urgencia para que las fuerzas de izquierda, democráticas, nacionalistas, patrióticas y progresistas, vinculadas a los gobiernos llamados del cambio, aprehendan tal realidad y sean capaces de asumir su papel con determinación por la transformación real.

Por ello, para juzgar si las variaciones estructurales de un sistema tienen el carácter de tales, será menester medirlas no solamente desde la óptica de los impactos políticos que se producen en una sociedad determinada, sino a partir del apareamiento de nuevos arquetipos económicos y sociales que modifiquen desde la base cualquier estructura societal.

La realidad de países como Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, e incluso Venezuela y Bolivia, ha demostrado, por el contrario, que más allá de reformas importantes a su sistema político –la presencia de políticas sociales para atender las demandas represadas de la población–, no ha sido posible, aún, instituir cambios fundamentales –que superen el discurso–, en sus economías y en sus niveles de relación con la *aldea globalizada*.

Tal argumentación, sin embargo, no pretende desdibujar la búsqueda social y colectiva de nuevas formas tanto en el ejercicio político, como en el cuestionamiento colectivo de la sociedad al orden estructural del neoliberalismo, cuyas reglas han provocado injusticias sociales aceleradas, tratos preferenciales a estratos económicos particulares y el ahondamiento de la crisis económica regional. Frente a estas circunstancias, los afanes de cambio readecuaron, mediante los procesos electorarios pertinentes, el tablero político de Latinoamérica, lo cual de por sí tiene una importancia sustantiva en la vida de nuestros pueblos y en el propio destino de la región.

Los linderos actuales del cambio, en todo caso, también han definido los límites de los nacionalismos y del progresismo en ciernes en algunos de los países señalados, como han consignado las dificultades en un mundo donde los intereses transnacionalizados desempeñan un papel todavía sustancial, en cuyas esferas, además, las fuerzas armadas han permitido modificaciones restringidas en tanto, a contrapelo, han generado interferencias sutiles a las posiciones radicales, bajo pretextos como el control del narcotráfico, de la migración o de las guerrillas, según fuera el caso y la necesidad particular.

En el entorno internacional descrito –con la brevedad indispensable– se articuló, también, el triunfo y, luego, el gobierno del presidente Correa, cuya presencia en el imaginario latinoamericano va de la mano con los vientos de cambio que, se dice, viven otros países. Ojalá las transiciones anunciadas tengan objetivos comunes –no solo la formulación de *slogans* similares– y se trate de un momento de real metamorfosis estructural, por la cual tantos hombres y mujeres han dado su vida a la par que estructuraron una forma de pensamiento, difícilmente superado hasta hoy, que corre el riesgo de diluirse en ambigüedades como aquellas que se expresan en lo que se ha dado en conocer como socialismo del siglo xxi.

El cambio político: ¿reto fundamental del gobierno de Correa?

Desde la campaña electoral, el entonces candidato presidencial Rafael Correa articuló su discurso alrededor de la necesidad de modificar la estructura política del país, cuyo arquetipo respondía no solo a los vicios estructurales del proyecto neoliberal en ciernes, sino además a la manipulación que de él se hacía por parte de algunos de los sectores políticos vinculados con el proyecto de desarrollo de la globalización del neoliberalismo cuyos entretelones permitieron, también, toda clase de corruptelas.

La población ecuatoriana, por su parte, consideró que los males endémicos hacia los cuales había sido arrastrada, estaban sustancialmente vinculados a la existencia de formas inadecuadas de representatividad, y favoreció con su opinión, tanto la aprobación del sí en referendo³ que dictaminó la reunión de una Asamblea Nacional Constituyente, como la conformación de dicha Asamblea en cuya composición el gobierno obtuvo un triunfo electoral⁴ que le ha permitido contar con alrededor de ochenta asambleístas de los ciento treinta elegidos, a partir de cuyos resultados Correa ha puesto en marcha el proyecto de recomposición del andamiaje político, desde el inicio de las actividades de la Asamblea Constituyente el 29 de noviembre de 2007.

Antecedentes de la Asamblea Constituyente

No obstante las observaciones que infieren que nunca ha estado en riesgo el orden estructural del país, es importante señalar que la convocatoria a la Asamblea Constituyente ha tenido un largo trecho y ha debido sortear una serie de dificultades, pese a no haberse demostrado abiertamente el compromiso gubernamental con las modificaciones estructurales.

En este panorama, se ha podido entrever la edificación de una estrategia que busca la acumulación de fuerzas a favor del régimen y la estructuración en el imaginario social del cambio radical del Ecuador mediante la Asamblea Constitucional. Es evidente que se avanza en la composición de una nueva variante de poder político –particularmente hegemónico– articulado a propósito de la movilización social en el marco de ajetreos tácticos de mediano plazo.

A pesar de esta realidad, hay que advertir que la tesis de la Asamblea Constituyente, expresada en el segundo decreto presidencial el mismo día de la toma de posesión, provocó reacciones contrarias en los sectores políticos tradicionales del país. Si por una parte se promovió el entusiasmo en las filas de centroizquierda a propósito de la referida convocatoria a la Asamblea Constituyente, en los grupos de centroderecha y en la derecha radical se generó una corriente de oposición a tal propuesta, actitud que devino desde estos sectores debido a su posible pérdida de control político sobre la institucionalidad nacional, así como por el cuestionamiento a la acumulación de control político del gobierno sobre la estructura del Estado.

La preocupación del *establishment* respecto al proceso de consulta popular sobre la conveniencia o no de la Asamblea fue evidente, más aún cuando el entorno jurídico y político de la nueva Constitución no había sido pactado por las fuerzas

³ El referendo fue ampliamente ganado por el sí, en el 85%, el 15 de abril de 2007.

⁴ El proceso electoral para designar los asambleístas se realizó el 30 de septiembre de 2007 y en tal elección el Movimiento País, vinculado al gobierno, obtuvo una votación mayoritaria irrefutable.

del poder real con el gobierno. La determinación política de convocar –luego de la consulta ciudadana que se preveía habría de ganar el gobierno– a una Constituyente, suscitó diversos reparos, así como varias maniobras y contrapuntos se gestaron en los espacios de la institucionalidad, especialmente fabricados desde el Congreso Nacional, para impedir la consulta popular, al extremo que por oponerse y dilatar la convocatoria a tal proceso político fueron destituidos por el Tribunal Electoral más de la mitad de los congresistas, en medio del beneplácito popular que desde hacía tiempo había encontrado en el Congreso al actor causante de los desastres del país.

Al calor de estas circunstancias, que permitieron una notable acumulación de popularidad del presidente Correa y golpes políticos a sus contradictores, el gobierno ha fabricado el escenario necesario para avanzar en las reformas políticas, en cuyo espacio las limitaciones de un proyecto de reformas económicas estructurales seguramente también serán evidentes –más allá de algunas reformas, especialmente tributarias y fiscales–, a contrapelo de la enorme expectativa ciudadana que supone –a manera de falacia permitida por los diversos sectores del poder– que desde esta nueva instancia institucional se superarán todas las dificultades del país.

El proceso de la conformación de la Asamblea Constituyente ha demostrado, asimismo, el fraccionamiento de la izquierda tradicional (a pesar de la participación electoral conjunta del Partido Socialista y Pachakutik a propósito de la integración de la Asamblea Constituyente), de los movimientos sociales y de la autodenominada nueva izquierda (la del gobierno), que no obstante la aparente voluntad colectiva de coincidir en la construcción de un nuevo modelo político no han sido capaces de estructurar, cuando menos, espacios electorales comunes y propuestas concertadas de transformación radical de la sociedad.

Ojalá la Asamblea Constituyente, reunida desde el 29 de noviembre de 2007, se establezca como el espacio adecuado para vertebrar reflexiones y acciones conjuntas de la izquierda política y social, cuyos retos en tal instancia asumen un valor cualitativo trascendente, no solo por su representación en la Asamblea, sino además por el papel histórico ineludible que desempeña el proceso institucional en ciernes.

La dispersión electoral de la izquierda a propósito de la campaña electoral para designar a los asambleístas, fue provocada, entre otras causas, por los niveles de hegemonismo del régimen, que con su actitud, o mejor dicho con la proveniente de algunos elementos del gobierno y de su partido, intentaron imponer un modelo político a su conveniencia, mientras que el resto de la tendencia, obligada además a recolectar firmas de apoyo para su participación electoral, se dispersó estructuralmente, grave asunto que no preocupa, al menos por ahora, al gobierno y a sus aliados, muchos de ellos adscritos, todavía, al espacio de la superestructura del viejo arquetipo societal ecuatoriano.

En todo caso, no es posible desconocer que Correa ha logrado desarmar el modelo político desde una postura nacionalista (que no es lo mismo que de izquierda),

y que su ejercicio puede abrir –si la organización social y política de las izquierdas presionan– caminos para confluencias más radicales en el cambio al que aspira el país, por cuanto los resultados eleccionarios de los últimos diez años han demostrado que en el Ecuador existe una voluntad ciudadana de transformación. Si bien no se optó electoralmente por la izquierda (*que frente a particulares circunstancias no evolucionó en forma adecuada para constituir alianzas políticas y sociales y formular, en conjunto, elementos propositivos que expresaran capacidad no solo discursiva por tales cambios*), sí se denotó la disposición del conglomerado social ecuatoriano por enrumbarse hacia caminos políticos y económicos distintos a los prevalecientes.

Esta situación se debe articular en un efectivo instrumento de transformación que dé cuenta de la democracia plena, de la unidad en medio de la diversidad y –sin sectarismos– del reconocimiento de la realidad histórica que demuestra que la lucha de las fuerzas contestatarias al sistema sembró, en gran medida, los anhelos de transformación de amplios sectores de ecuatorianos expresados, en estos momentos, mediante la simpatía al discurso del gobierno de Correa.

Inicial lectura sobre los resultados de la conformación de la Asamblea Constituyente

Independientemente de las reflexiones anteriores y de la coyuntura, es menester aproximarnos a una valoración de lo que ha representado la elección de los asambleístas constitucionales, como expresión de la política central del gobierno en el último período –esto es en su primer año– y cuyos resultados proclamaron una mayoría absoluta de los asambleístas oficialistas en lo que será el espacio para redactar la nueva Constitución.

La elección de los ciudadanos y ciudadanas que integrarán la Asamblea Constituyente, ocurrió en medio de un proceso de dispersión política y orgánica de las diversas tendencias ideológicas y de una diáspora de los denominados movimientos de independientes. Las normas estatutarias de la elección de asambleístas permitió tal realidad, más allá de los supuestos mecanismos estatales que favorecieron la promoción de sus propuestas como ofertas, antes que el debate reflexivo de temas vinculados a los factores estructurales y supraestructurales de nuestra sociedad que pudiesen ser modificados.

Si bien la atosigante publicidad del régimen para definir los resultados a su favor contribuyeron a una victoria absoluta de Correa, y no precisamente de sus candidatos, es evidente que gran parte de la base social del país volvió a optar por la posibilidad de que el modelo social del Ecuador se modificara a favor de sus intereses, y supere las asimetrías sociales y económicas que han provocado diferencias extremas en la sociedad.

En este contexto, la amplia mayoría gubernamental obtenida deja a Correa y a su gobierno como los responsables fundamentales de lo que se pueda hacer o se deje

de actuar en la transformación del país. Empero, ante tal panorama, el resto de la izquierda política y social también deberá asumir el reto de incidir, desde la gestión de propuestas, en el nuevo marco constitucional y legal.

El proceso electoral al que he aludido, asimismo, advirtió la circunstancia de la crisis del modelo político que ha funcionado en los últimos veintiocho años, en cuya realidad los partidos políticos no pueden dejar de sentirse como responsables de tal crisis.

Y cuando me refiero a los partidos políticos es evidente que debo señalar que en tal realidad debe ser cuestionada la conducta de la izquierda que habiendo sido, en gran parte, absorbida por el sistema, hipotecó en su trajín las posibles acciones contestatarias y la necesaria reflexión respecto del modelo prevaleciente, asunto que –justa o injustamente– la vinculó al conjunto de las formas políticas que han sido rechazadas, en esta oportunidad, por la gran mayoría de la población.

No obstante esta valoración general, es evidente, también, que muchos sectores del poder real, en este orden de cosas, estuvieron siempre interesados por aplanar, desde lo ideológico, el pensamiento político y la discusión doctrinaria a propósito de favorecer, en el entorno de la dispersión, las tesis hegemónicas del mundo que favorecen las actuales circunstancias políticas y económicas del sistema.

Todas estas realidades son las que el gobierno de Correa, su partido y la mayoría de la Asamblea Constituyente deben aprehender para impedir cualquier deformación sectaria y todo tipo de reduccionismo que permita, desde la intolerancia, el advenimiento de un hegemonismo, todavía asaltado por imprecisiones ideológicas y por visiones de coyuntura.

Dentro del propio Movimiento Patria Alternativa y Soberana⁵ se muestran algunas ambigüedades, pues la adscripción al denominado nuevo socialismo –todavía en clara estructuración– no es sino la confirmación de una forma de adhesión a una generalidad teórica que ha promovido cuestionamientos al socialismo científico, forma de pensamiento que no puede ser negado de un plumazo en la historia de las ideas, más allá de la absoluta necesidad de la renovación que demanda toda forma de concepción filosófica y doctrinaria.

El reconocimiento de todas estas circunstancias, particularmente en la mayoría de la Asamblea, es imperativo, más allá de que se abran innumerables expectativas que los asambleístas deben procesar a la hora de cambiar las condiciones de la realidad nacional, con cuyo compromiso se han identificado, lo cual supone transitar por cambios cualitativos y no por variaciones epidérmicas que provocarían nuevas frustraciones al conglomerado nacional.

⁵ Patria Alternativa y Soberana es el nombre de las agrupaciones sociales y políticas que apoyan el proyecto de Rafael Correa y cuya conformación social, política y económica, no solo demuestra diversidad, sino además contradicciones, amortiguadas todas ellas por el nivel de liderazgo de Correa.

De todas formas, las dudas subyacen por las imprecisiones del proyecto político, económico y social del gobierno que no dan cuenta, aún, de cambios estructurales, sino de la construcción de reivindicaciones puntuales, locales y regionales cuya armazón puede dejar una «patria nueva» no precisamente estatuida como tal por las modificaciones de fondo, sino por el cúmulo de parches que la vuelven distinta, maquillaje político que debe ser superado a la hora de elaborarse las leyes que deben dar cuenta de los preceptos constitucionales y que, por lo tanto, son fundamentales para la vida del Ecuador.

Perspectivas del nuevo gobierno, a propósito de sus primeros doce meses de acción

Luego de las giras internacionales del electo presidente Correa, así como por la composición del gabinete ministerial, es evidente que el nuevo gobierno ecuatoriano ha tomado un giro en el manejo de su política internacional favorable a una realidad: la presencia de los regímenes progresistas existentes en América Latina.

Ojalá los temas referentes al Plan Colombia –cuya finalidad en el marco de la geopolítica estadounidense ha sido convertir al Ecuador en un vaso comunicante con la política colombiana–, no tengan el espacio y la directriz que les interesa a los grupos vinculados con el terrorismo de Estado en la región. Es preciso decir, respecto a esto, que el gobierno de Correa⁶ ha demostrado una inicial voluntad de no inmiscuirse en el conflicto colombiano y de exigir al gobierno de Uribe el mínimo respeto al Ecuador en esta materia.

En el marco de las apreciaciones generales, valga señalar que los contactos iniciales con los regímenes progresistas del continente abrigan la expectativa de que el gobierno de Correa acelere un comportamiento favorable a la integración sudamericana y posibilite acuerdos políticos, sociales y comerciales de interés entre estos países para favorecer procesos complementarios de unidad.

Por los antecedentes expuestos bien puedo afirmar que los proyectos del Área del Libre Comercio de las Américas (ALCA) y los Tratados de Libre Comercio (TLC)

⁶ Cuando me refiero al Plan Colombia, no hago alusión expresa y única a la base de Manta, cuya permanencia en el Ecuador tendría su tiempo contado, más allá de la preocupación en referencia a que los Estados Unidos pueden ser, a estas alturas, los más interesados en abandonar el Ecuador –luego de haber construido toda la infraestructura física y la influencia militar necesarias en el país– y desplazarse a otros países de la región bajo la argumentación perversa de haber sido obligados a tal conducta, lo cual, a su vez, beneficiaría el comportamiento en materia internacional del gobierno, o bien este asunto podría estar encubierto gracias al aperturismo a favor de la República China, a quien se le ha ofertado, asimismo, el uso de Manta en el entorno del proyecto geoeconómico que interesa, por doble vía, a China y a Ecuador y bajo cuya realidad pudiese darse otra variante: que los chinos y los estadounidenses ocupen –con perspectivas distintas– la base de Manta.

–constreñidos en el propio suelo estadounidense por el triunfo de los demócratas en el Congreso, entre otras razones– no tienen mayor expectativa en la agenda gubernamental de Correa, quien optará a favor del unísono para instrumentar acciones comerciales en el futuro, mirando hacia la cuenca del Pacífico, lo cual queda demostrado por sus aproximaciones recientes con la República de China, tema de enorme valor si se conjuga con una política que vertebré tales relaciones a manera de enlace con las aspiraciones colectivas de algunos de los países latinoamericanos y si en esta misma perspectiva se proyecta, además, el acercamiento con los países africanos.

En este contexto Correa deberá, necesariamente, despojarse de los comportamientos de protección que todavía exhibe frente a los grupos empresariales que han festinado los recursos naturales vinculados, en particular, a la explotación y comercialización del petróleo.

Para evitar lo referido –en lo cual el Socialismo tiene una obligación ineludible pues tangencialmente aparece⁷ todavía como partido cogobernante– la izquierda política y la social deberán coincidir en acciones que impidan toda claudicación, ambivalencias o titubeos. Es menester impulsar en este período luchas ineludibles (soberanía y autodeterminación) con las cuales se identifica el pueblo ecuatoriano, que no puede ser testigo –por omisión de la izquierda real– de nuevos fracasos que, a la postre, se endilgarán perversamente al conjunto de tal corriente ideológica, a no ser que ella vertebré una respuesta histórica desde las esferas adecuadas y dé al traste con los despropósitos planteados desde la hegemonía.

Conclusión

El primer año de gobierno del presidente Rafael Correa ha significado un período para que se desmonte el viejo esquema político que fue presentado como el único gestor de la crisis nacional. La ciudadanía ha apostado porque la nueva asamblea constituyente se convierta en el espacio desde el cual no solamente se estructuren las definiciones conceptuales del cambio –mediante la redacción de una nueva Constitución– sino además se elaboren las leyes⁸ indispensables para la configuración del nuevo orden institucional.

⁷ En la configuración de las responsabilidades de gobierno la militancia del Partido Socialista Ecuatoriano ha sido relegada, formalmente, de manera evidente, no obstante en el imaginario colectivo la percepción es distinta.

⁸ El marco legal que pondrá en vigencia la asamblea constitucional, será, en todo caso, el factor sustantivo del trabajo de tal cuerpo colegiado, pues la legislación es la que operativiza el funcionamiento del Estado y regula la estructura de la sociedad, más allá de la importancia de la nueva Constitución, cuyos contenidos pueden quedarse en el espacio declarativo. En este caso, la elaboración de las leyes definirán, en lo concreto, el carácter del país que se halla en construcción.

Las acciones para desmontar la estructura política le han permitido al gobierno transitar por un período de apoyo ciudadano que podrá mantenerse si el régimen es capaz de favorecer, en el plazo inmediato, readecuaciones constitucionales y legales que den cuenta de un comportamiento para atender los requerimientos fundamentales de la sociedad, a propósito, además, de impedir que los grupos hegemónicos pudiesen mantener niveles de influencia en el arquetipo económico, político y social del Ecuador.

En este contexto, bien puede avizorarse que la nueva Constitución tendrá un amplio margen de apoyo de los ecuatorianos cuando sea sometida a referendo, mecanismo mediante el cual, conforme está previsto, deberá ser aceptada o rechazada la nueva carta magna que, seguramente, contempla la realización de nuevas elecciones luego, para reconstituir el Congreso y designar nuevas autoridades locales y regionales, en cuyo evento electoral el gobierno puede obtener significativa participación.

El proceso eleccionario del que hablo, empero, debe ser, también, el instrumento para potenciar la unidad de las diversas corrientes políticas y ciudadanas que promueven la transformación social, pues una acción electoral al margen de ellas solo significará la búsqueda de hegemonismos y la percepción de prácticas intolerantes puestas en juego a nombre de favoritismos de coyuntura que inhabilitarán cualquier proceso unitario y la necesaria acumulación de fuerzas en el contexto de un proceso que se anuncia como diferente, pero cuyos vicios de intolerancia pueden, en el mediano plazo, orillar a sus actores al margen de los cambios cualitativos que demanda el Ecuador de hoy.

Dichas así las cosas, el país vive un momento de enorme expectativa no solamente referida a las transiciones políticas, sino contextualizadas en una realidad que no puede ser desaprovechada si de verdad se anhela transitar por la modificación de los patrones estructurales que hasta hoy han agobiado a la patria.

Cualquier fractura respecto a todas estas circunstancias ensombrecerá los anhelos de cambio y la pertinencia histórica del régimen, más allá de las traiciones a un sentimiento popular por dotarse de un destino histórico distinto al que ha prevalecido hasta hoy.

La responsabilidad, entonces, está en manos del gobierno, pero además, se halla en la conducta transformadora que anima a la izquierda política y social cuyos retos son infranqueables con cualquier forma de fracaso a riesgo de perder una oportunidad ineludible en medio de disputas de baja monta, de percepciones infantiles que dan cuenta más de la coyuntura que de la estrategia o que esconden, entre las piruetas políticas, las concesiones al poder real. Este, seguramente, buscará todos los atajos para apuntalar el orden establecido, aquel que –como en todas partes del orbe– ha hipotecado al género humano a la degradación de la propia especie en medio del vocinglero de los trápalas que no aman ni respetan las libertades, la de-

mocracia, el pluralismo, la identidad de los pueblos, la justicia, la soberanía, la autodeterminación, la equidad, los derechos de los excluidos y la razón de una vida más humana e igualitaria.

GERMÁN RODAS CHAVES

Escritor e historiador ecuatoriano, es docente de la Universidad Andina Simón Bolívar y secretario general de la Coordinación Socialista Latinoamericana.

NUEVOS TÍTULOS DE OCEAN SUR



ENCUENTROS Y DESENCUENTOS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Una mirada desde el foro de São Paulo

Roberto Regalado

Examina el impacto del fin de la era bipolar en la izquierda latinoamericana, el cierre de la etapa de la historia de América Latina caracterizada por el choque entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, el inicio de otra etapa en la cual predominan la movilización social y la competencia electoral.

El autor, fundador y participante del Foro, hilvana su historia y la de los partidos y agrupaciones que lo integran, desde su fundación hasta finales del 2007.

301 páginas, ISBN 978-1-921438-07-3



APROXIMACIONES AL MARXISMO

Una introducción posible

Néstor Kohan

Una síntesis que ayuda a acercarse al marxismo y su metodología de estudio, fundamental para los jóvenes y estudiantes que buscan entender por qué es hoy relevante el marxismo, y especialmente, el socialismo como una realidad posible. Incluye un diccionario básico de categorías marxistas, cronología del socialismo, un breve análisis de las principales biografías de Marx y Engels, y sugerencias de lecturas.

211 páginas, ISBN 978-1-921235-82-5



CON SANGRE EN LAS VENAS

Apuntes polémicos sobre la revolución, los sueños, las pasiones y el marxismo desde América Latina

Néstor Kohan

Una selección de ensayos y entrevistas sobre temas económicos, culturales, políticos y sociales que invitan a la reflexión respecto al presente y futuro del pensamiento político en América Latina. Rescata la tradición y las ideas de grandes revolucionarios latinoamericanos, en un ejercicio de memoria histórica indispensable para enfrentar los retos por venir. Un libro que resulta alentador.

320 páginas | ISBN 978-1-921235-76-4

Elecciones presidenciales en Argentina

JULIO C. GAMBINA

Introducción

No hubo sorpresa en el resultado electoral para la renovación presidencial en octubre de 2007 en la República Argentina. Todos los consultores y comentaristas confirmaban anticipadamente el triunfo del oficialismo (Cristina Fernández de Kirchner y Julio Cobos) que compitió mediante una alianza del kirchnerismo alineado en el Frente de la Victoria con disidentes del partido Radical. Casi nadie arriesgaba un escenario de segunda vuelta.¹ La fórmula ganadora asegura la continuidad del proyecto político inaugurado por Néstor Kirchner en mayo de 2003, aunque puede significar correcciones que se definirán en una «mejora institucional» como dijo en campaña la actual presidenta, quien apuntaba a mejorar la calidad institucional del régimen político en función de las limitaciones derivadas del proceso político heredado de la crisis de 2001; pero también, puede significar una mayor precisión en el alineamiento referido a la política internacional, muy asociado a las necesidades económicas de la Argentina de obtener el beneficio de país de destino de inversiones internacionales y fuertemente condicionado por el clima político regional y el agotamiento de la iniciativa política del gobierno estadounidense para la región; y claro que en materia de política económica, con un conjunto de asignaturas pendientes a dos puntas: desde el bloque de poder el reclamo por un mayor compromiso de la política del gobierno con la obtención de ganancias, y desde el bloque de clases subalternas la demanda por la redistribución progresiva del ingreso y la riqueza. Esas reivindicaciones cruzadas anticipan una nueva dinámica al conflicto de clases.

Si en 2003 el consenso electoral de Néstor Kirchner fue del 22%, ahora se duplica con poco más del 45% de los votos positivos para el binomio encabezado por Cristina Fernández de Kirchner. Un dato no menor lo resalta: el más elevado porcentaje

¹ El régimen electoral en la Argentina establece que la fórmula ganadora debe obtener más del 45% de los votos o más de 40% y 10 puntos de ventaja sobre el segundo.

de ausentismo (28%) en todo el proceso electoral desde 1983.² (Véase el Cuadro no. 1.) Habla del desinterés creciente de una parte de la población que no espera nada del parlamentarismo ni del sistema constitucional de democracia representativa, pese al carácter obligatorio del voto. Este consenso electoral y los datos de la economía (turno gubernamental creciendo al 9% acumulativo anual) configuran el cumplimiento, en un inicio, del objetivo del discurso de Kirchner³ por «reconstruir un capitalismo nacional», normal, que podemos traducir como un sistema capitalista funcionando con crecimiento económico y consenso de una parte importante de la sociedad.

Si Eduardo Duhalde, presidente entre enero de 2002 y mayo de 2003, se propuso «restablecer el orden»,⁴ Néstor Kirchner lo estabilizó y «normalizó», con lo cual cerró un ciclo de crisis evidente explicitado en la pueblada de 2001. La movilización y organización popular fue disputada por el kirchnerismo y una parte de ese fenómeno se incorporó directamente o en alianza con el gobierno, y desalentó la reconfiguración de una iniciativa política alternativa sustentada en la organicidad del movimiento popular.

Entre 1997 y 2002-2003 se generaron algunas premisas para la conformación de una alternativa política, con posibilidad incluso de formular propósitos más allá del capitalismo. En las elecciones legislativas de octubre de 2001, antes del estallido de la crisis, la izquierda partidaria tuvo el mayor consenso electoral del ciclo constitucional emergente desde el fin de la dictadura genocida en 1983 y al mismo tiempo fue muy importante el «voto bronca» expresado en impugnaciones, votos anulados y abstenciones, que denota, al mismo tiempo, el crecimiento de la izquierda y su insuficiencia para expresar políticamente al arco social de la protesta. Principales dirigentes de los partidos de izquierda fueron ungidos legisladores. En días inmediatos previos al levantamiento, más de tres millones de personas participaron de la consulta popular que ofrecía un programa para asegurar «Ningún hogar pobre en la Argentina».⁵ La dinámica del movimiento piquetero durante 2001 y 2002 y el

² Entre 1976 y 1983 la dictadura genocida, mediante un golpe militar, suspendió el funcionamiento constitucional del régimen electoral. Desde diciembre de 1983 se vive el período histórico de mayor duración del régimen constitucional, con lo cual se alejan las posibilidades de golpe de Estado, una recurrencia entre 1930 y 1983.

³ Primer mensaje de Néstor Kirchner a la Asamblea Parlamentaria en mayo de 2003.

⁴ El «desorden» remite al ciclo de resistencia de los años noventa y que tuviera su máxima expresión en la pueblada de diciembre de 2001 y las movilizaciones populares que siguieron en 2002 y 2003.

⁵ Impulsada inicialmente por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), pudo aglutinar a un diverso campo de organizaciones sociales y políticas bajo la denominación de Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO).

surgimiento de las «asambleas populares» en torno a la crisis,⁶ alimentaron el momento de búsqueda de alternativas del movimiento en su conjunto. Se puede pensar en varias iniciativas que intentaron hacer confluír un abanico de movimientos más allá de las comentadas, pero la insuficiencia de articulación de una subjetividad para el cambio impidió la materialización de una alternativa política popular.

Algunas expresiones de la resistencia incluidas en la reflexión anterior, se sumaron al proyecto del gobierno de Néstor Kirchner, con la intención de disputar desde «adentro» de la fuerza política en desarrollo por el kirchnerismo, la propia orientación gubernamental. Otros proyectos políticos debaten dentro de cada uno de ellos, el nuevo escenario político generado en la Argentina, y el centro de la discusión es el modo de generar las condiciones para abrir espacio a una alternativa política popular.

Crisis del régimen político

En el trayecto político desde la crisis de 2001-2003 hasta la actualidad, en rigor desde antes, se verifica la crisis del régimen político en la Argentina, que se manifiesta en la débil expresión electoral de los partidos tradicionales, PJ⁷ y UCR.⁸ Fueron catorce las fórmulas (Cuadro no. 1) que se presentaron a elecciones presidenciales. En cinco de las primeras seis pueden encontrarse políticos afiliados al PJ o de fuerte tradición peronista,⁹ del mismo modo que en las tres primeras se encuentran personajes asociados al radicalismo y su historia. Sin perjuicio de lo dicho, el triunfo del kirchnerismo se asienta en el peronismo, su aparato político supérstite y la burocracia en los gobiernos municipales y provinciales, especialmente en el mayor distrito electoral, la Provincia de Buenos Aires. En las cuatro primeras fórmulas aparecen expresiones

⁶ El movimiento piquetero se integró a partir del problema del desempleo y de una organización territorial. Corta calles y rutas para reclamar por sus ingresos y medios de vida. Las asambleas fueron consecuencia de la organización urbana de los vecinos que confluían en un conjunto de reivindicaciones económicas y sociales.

⁷ Partido Justicialista: partido hegemónico en la política de Argentina desde su surgimiento en 1945, con especial peso en el movimiento sindical, donde desplaza de la dirección y orientación ideológica del movimiento obrero a socialistas, comunistas y anarquistas, los originarios organizadores del movimiento desde fines del siglo XIX y líderes hasta 1945. Se denominan peronistas a los seguidores y peronismo al movimiento político que lo contiene.

⁸ Unión Cívica Radical: presente en la política de Argentina desde el surgimiento en la crisis de 1890. De su seno surgió el primer Presidente electo por el voto popular en 1916. Hasta la aparición del peronismo era expresión de las demandas populares mayoritarias, con importante inserción en sectores medios, profesionales y universitarios. Desde la reforma universitaria de 1918 es hegemónico en el ámbito de la Universidad pública. Se denominan radicales a sus seguidores y radicalismo al movimiento político que lo contiene.

⁹ Salvo la número 2, la 1, 3, 4, 5 y 6 incluye algún peronista.

políticas que remiten a la tradición y presente de los dos partidos tradicionales,¹⁰ en conjunto colectaron el 92,46% de los votos, otorgándole una singularidad a la crisis de representación política. Se trata nada menos que del límite por construir alternativas renovadoras del régimen político local.

Una incógnita lo constituye la futura configuración del sistema de partidos que hacen al régimen político. Kirchner anunció en varias oportunidades el propósito de instalar una fuerza política más allá del peronismo y por ello impulsó para esta ocasión una concertación con radicales disidentes; se destaca que en la provincia de Mendoza, de donde es oriundo el actual vicepresidente, no pudo asegurar la continuidad de su proyecto gubernamental en el distrito mendocino, lo que presenta debilidad política a la referencia radical en la convergencia presidencial.¹¹ El proyecto adjudicado a Néstor Kirchner apunta más allá del radicalismo disidente y tiene aspiración de agrupar un espacio político mayor atrayendo sectores del progresismo e incluso de la izquierda argentina. Se trata de un objetivo manifiesto desde hace tiempo y consignado como un propósito que deberá desarrollarse en el nuevo tiempo, ahora fuera de la responsabilidad gubernamental. Es una tarea que oscila en el epicentro en las fuerzas que remiten al peronismo o en otras identidades y tradiciones políticas. En ese marco y con un PJ intervenido es muy probable que Néstor Kirchner se sienta presionado o motivado para normalizar el Partido Justicialista bajo su conducción y así, asegurar el control político de la principal estructura partidaria (pese a la crisis) con el objeto de facilitar el accionar de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. En sí mismo constituye una novedad política, pues sin hablar de la reelección de Néstor Kirchner, la situación gestada sugiere la construcción novedosa de un poder compartido entre dos dirigentes políticos para un período histórico más allá de la actual gestión de gobierno.¹²

En la oposición que disputó la presidencia, tampoco queda claro el tema. Elisa Carrió (23%), con la mitad de los votos de Cristina Fernández de Kirchner, concentra

¹⁰ Debe mencionarse que Elisa Carrió, segunda en las elecciones, iniciada políticamente en la UCR ya se presentó por fuera del radicalismo desde 2003 y formó un nuevo partido político, el ARI, que en esta ocasión compartió fórmula con el Partido Socialista.

¹¹ En la provincia de Mendoza triunfó el candidato del kirchnerismo a expensas del radicalismo, liderado este por Julio Cobos, aliado del gobierno nacional por el que fue electo vicepresidente de la Nación. Son muy pocos los radicales disidentes que obtuvieron cargos de visibilidad en el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

¹² El antecedente puede rastrearse en 1973, con Juan Domingo Perón proscripto para presentarse en las elecciones de marzo de ese año. El peronismo encumbró para disputar la presidencia a Héctor J. Cámpora y el lema de campaña acuñado fue: «Cámpora al Gobierno, Perón al Poder». La diferencia actual radica en que la sociedad entre Néstor Kirchner y Cristina supone la división de responsabilidades políticas para un proyecto de gobierno y de poder más allá del actual turno constitucional de gobierno. La Constitución de la Argentina tiene prevista una sola reelección continua en un cargo ejecutivo nacional, pero permite múltiples elecciones discontinuas.

la mayor visibilidad entre los opositores, debido a una coalición que la aleja de su origen en la UCR (primero) y del ARI¹³ (segundo) para articular una propuesta donde convergen sectores de la derecha y el *establishment* (poder económico y eclesial), con sectores del Partido Socialista. Roberto Lavagna¹⁴ (17%) quedó relegado a expresar la alianza entre sectores más orgánicos del radicalismo y del peronismo, sin una identidad política que augure perspectiva potencial. Similar reflexión puede hacerse de Alberto Rodríguez Saá¹⁵ (8%) sostenido por sectores del peronismo tradicional, que incluyen en su seno la disminuida presencia del ex presidente Menem.

Resulta prematuro definir el espectro resultante, que a priori parecía definirse en la sustitución del bipartidismo (PJ-UCR) por nuevas coaliciones de centro con orientaciones a izquierda o derecha, que quizá sean el fenómeno más significativo del momento y con posibilidad de definir el escenario político en el futuro cercano. Ni el kirchnerismo ni la coalición cívica (Carrió) pueden fungir como expresiones del nuevo equilibrio entre dos coaliciones más volcadas a derecha o izquierda, lo que anuncia continuidad a la variabilidad de las fidelidades y la configuración de alianzas políticas para definir el curso de la evolución del sistema político, social y económico.

Nuestra hipótesis es que aun con la fuerte y contundente expresión de los votos para el oficialismo o las principales fuerzas que compitieron en esta elección presidencial, la crisis de representación continúa y habilita a pensar en escenarios abiertos y con posibilidad para considerar proyectos alternativos que radicalicen la situación política en la Argentina. En rigor, lo sustentado supone concebir la política más allá de la institucionalidad y del régimen parlamentario. Supone pensar en la dinámica de construcción de poder popular en el marco del conflicto social y la lucha de clases. Implica animar formas de participación democrática en la toma de decisiones para la estructuración de sujetos conscientes que asuman la responsabilidad de gestar organicidad popular para la transformación social y política.

Lo que queda claro es que más allá de ambas propuestas de las coaliciones en formación, no emerge aún una derecha explícita con posibilidades de disputar hegemonía política (3,33 % entre cuatro fórmulas),¹⁶ aunque ambas coaliciones contienen

¹³ Afirmación para una República de Iguales: partido que surge en noviembre de 2001 como forma de expresar su disidencia y alejamiento de la fuerza política que había llevado a la presidencia a Fernando de la Rúa, quien renunciaría un mes después debido a la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001.

¹⁴ Ex ministro de Economía de Eduardo Duhalde entre abril de 2002 y mayo de 2003, y ministro de Economía de Néstor Kirchner entre mayo de 2003 (continuidad entre administración Duhalde y Kirchner) y diciembre de 2006, encabezó una fórmula con el apoyo de la UCR y sectores del PJ asociados al liderazgo de Eduardo Duhalde. Lavagna había sido parte de la función pública durante el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989).

¹⁵ Gobernador de la provincia de San Luis.

¹⁶ En el Cuadro no. 1, las cuatro listas posicionadas en los lugares 6, 7, 13 y 14.

en diverso grado expresiones de ese proyecto de derecha; y que la izquierda en sus diversas variantes (4,21 % entre seis fórmulas)¹⁷ confirma un papel testimonial, verificado a través de la historia, con escasas excepciones en momentos eleccionarios.

Cuadro no. 1
Resultados elecciones presidenciales 2007

No.	Fórmula presidencial	Partido (P) Alianza (A)	Votos positivos	%
1.	Cristina Fernández de Kirchner-Julio Cobos.	(A) Frente para la Victoria	8 204 464	44,92
2.	Elisa Carrió-Rubén Gius- tiniani	(A) Confederación Coalición Cívica	4 191 361	22,95
3.	Roberto Lavagna-Gerardo Morales	(A) Concertación UNA	3 083 577	16,88
4.	Alberto Rodríguez Saá- Héctor Maya	(A) Frente Justicia, Unión y Libertad	1 408 736	7,71
5.	Fernando Pino Solanas- Ángel Cadelli	(A) Partido Socialista Auténtico	292 933	1,60
6.	Jorge Sobisch-Jorge Asís	(A) Unión Popular y otros mo- vimientos	284 161	1,56
7.	Ricardo López Murphy- Esteban Bullrich	(A) Recrear para el Crecimiento	264 746	1,45
8.	Vilma Ripoll-Héctor Bidonde	(A) Movimiento Socialista de los Trabajadores	138 601	0,76
9.	Néstor Pitrola-Gabriela Arroyo	(P) Obrero	113 004	0,62
10.	José Montes-Héctor Heberling	(A) Frente PTS-MAS Izquierda Socialista	94 777	0,52
11.	Luis Ammann-Rogelio de Leonardi	(A) F.R.A.L. Frente Amplio hacia la Unidad	75 692	0,41
12.	Raúl Castells-Nina Pelozo	(P) Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados	54 893	0,30
13.	Gustavo Breide Obeid- Héctor Vergara	(P) Popular de la Reconstruc- ción	45 113	0,25
14.	Juan Mussa-Bernardo Nespral	(P) Confederación Lealtad Popular	12 832	0,07

Mesas totales: 73 444. Mesas escrutadas: 70 932. Porcentaje: 96,58.

Electores totales: 27 090 236. Votantes: 19 452 594. Porcentaje: 71,81.

Fuente: Dirección Nacional Electoral, Ministerio del Interior, fecha de consulta: 17/01/08 (http://www.resultados2007.gov.ar/paginas/f_top.htm).

¹⁷ En el Cuadro no. 1, las seis listas posicionadas en los lugares 5, 8, 9, 10, 11 y 12.

Una novedad pasa por la cuestión de género, con dos mujeres encabezando las dos fórmulas que lograron la mayor cantidad de votos, pues reúnen la voluntad de dos tercios del electorado con opción positiva. Es parte de los cambios que se vienen operando en la sociedad y que se manifiestan en un creciente protagonismo de las mujeres, en la protesta social, en el campo laboral y, por cierto, en la política.

La cuestión económica local y global

El proyecto del gobierno se consolidó en el marco de un sistema mundial del capitalismo en expansión que favoreció –política económica local mediante– los datos macroeconómicos de la Argentina. La devaluación cambiaria al inicio de 2002 y sostenida en el gobierno de Kirchner ha sido clave a la hora de definir la recuperación de la producción local y sus efectos en la combinación de superávit gemelos en materia comercial y fiscal, amén de la recuperación sostenida de la recaudación tributaria y previsional como en la recomposición del *stock* de reservas internacionales.¹⁸ La opción de política económica local ha sido funcional a la apropiación de las condiciones de crecimiento del sistema mundial del capitalismo en este ciclo general. Pese a la subsistencia de la problemática social (el desempleo se mantiene cercano al 10%, bajos salarios que no alcanzan para superar la línea de pobreza, precariedad laboral manifiesta en más del 40% de los trabajadores y un cuarto de la población bajo la pobreza), la tendencia a la baja del nivel de esos guarismos en el punto más elevado luego de la devaluación de 2002, contribuyó a potenciar políticamente la bonanza económica que lubricó el consenso electoral.

Luego de las elecciones ganadas de medio tiempo (legislativas en 2005) se especuló con un tiempo para la redistribución progresiva del ingreso, que no se materializó estructuralmente (no existió reforma tributaria, ni financiera, ni productiva). La idea vuelve a ser puesta en cuestión y en duda, especialmente si se analiza el carácter del mensaje electoral y los escenarios elegidos para difundir las propuestas de la entonces candidata, tanto como las designaciones del equipo ministerial y de colaboradores del poder ejecutivo. Es quizá el nudo principal de crítica a la gestión de Néstor Kirchner, especialmente acentuado por el fuerte crecimiento económico de la Argentina, que consolidan un determinado patrón de producción concentrado y transnacionalizado, y de consumo favorable a los sectores de medianos y altos ingresos.

¹⁸ El superávit comercial ronda los 10 000 millones de dólares anuales, con tendencias de mayor crecimiento de las importaciones que de las exportaciones y por ende disminución del superávit. El superávit fiscal se consolida por encima del 3% del PIB en el período, con una recaudación fiscal de 2007 que está en el orden de los 200 000 millones de pesos. Con una paridad cambiaria estabilizada entre 3,15 y 3,20 pesos por dólar y las reservas internacionales superando los 47 000 millones de dólares a comienzos de 2008.

El discurso electoral se sustentó en la búsqueda de inversiones externas para sostener la *performance* de crecimiento económico y se privilegiaron reuniones en el exterior y el país con sectores del gran empresariado. Resaltó el mensaje «no es pecado ganar dinero», que legitima el objetivo principal del capital. En materia de colaboradores se destaca la continuidad mayoritaria del equipo ministerial de la gestión de Néstor Kirchner. Muy pocas variantes pueden mencionarse más allá del enroque de funciones de algún funcionario, y básicamente la novedad proviene por la creación de un nuevo ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, encabezado por Lino Barañao, un científico con trayectoria de gestión pública en el área de actividades científicas y tecnológicas.

Claro que el ministerio solo administrará el 1,86% del gasto previsto en el presupuesto público nacional para 2008. Sus declaraciones públicas iniciales han generado las primeras polémicas en la comunidad científica, especialmente por la ratificación de una orientación de la investigación que se asocia a las necesidades del mercado y del mundo empresarial. No solo es una cuestión de cuánto dinero se afecta al área, sino del destino de esos recursos. La designación del ministro ha generado expectativas en ámbitos académicos e intelectuales, por su tradición en la actividad científica y su vínculo con experiencias de militancia social en el campo de las ciencias. Como ocurre con variadas acciones políticas del kirchnerismo, tal el caso en materia de derechos humanos o de alineamiento internacional, esta es una más de las contradictorias señales que dificultan una simplificación en la caracterización del gobierno.

Otra novedad ocurre en el área económica, con la designación de Martín Lousseau, con funciones en la gestión pública (áreas financieras y de gobierno) desde 2003 y con fuertes lazos con principales referentes económicos del oficialismo y la oposición. El empresariado hegemónico en el sistema económico local recibió con beneplácito la designación. Se destaca entre sus colaboradores y como secretario de Industria, Fernando Javier Fraguío, con antecedentes inmediatos en funciones directivas en IVECO Argentina S.A. (que produce vehículos industriales y pertenece a FIAT Argentina) desde 1995, y director general y administrador delegado entre 2004 y 2007. Vale mencionar que al frente de la Embajada de Argentina en Francia no se designó a un diplomático o político asociado al oficialismo, sino que se seleccionó para el cargo a Luis Ureta Sáenz Peña, presidente de la firma Peugeot en el país. La industria automotor explica parte importante del crecimiento económico e industrial del último tiempo, del patrón de producción y consumo,¹⁹ y existe una fuerte

¹⁹ Argentina produjo en 2007 unos 550 000 automotores. Más de la mitad de ellos tuvieron destino en el mercado mundial. Por su parte, más de la mitad de las ventas en el mercado interno se explican con importaciones. Es un caso emblemático del carácter transnacional que adquiere la economía de la Argentina. Se produce en forma creciente para el mundo y se inserta al mercado local como destino de la producción externa.

apuesta a la continuidad y ampliación de las inversiones externas. Debe consignarse que en la gestión de Néstor Kirchner existieron algunos enfrentamientos con empresarios europeos, principales gestores de las empresas públicas privatizadas y del empresariado hegemónico en la Argentina, y las designaciones asociadas a firmas externas como Fiat y Peugeot son señales explícitas para inducir asociaciones virtuosas con el capital externo.

Otra de las prioridades apunta a la normalización de la inserción internacional del capitalismo local, tarea iniciada con el canje de deuda pública en cesación de pagos en mayo de 2005. El apoyo al nuevo titular del FMI, Dominique Strauss-Kahn, pretende el restablecimiento de relaciones luego de las críticas proferidas por Néstor Kirchner al Fondo (más allá de la cancelación de unos 25 000 millones de dólares a ese y a otros organismos internacionales) y la búsqueda de solidaridad para la renegociación con el Club de París por unos 6 500 millones de dólares y con los acreedores de deuda pública que no aceptaron el canje de 2005 (unos 26 500 millones de dólares entre capital e intereses). Asegurar el crecimiento económico y continuar la reinserción de la Argentina en el capitalismo mundial parece ser uno de los ejes del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y para ello se requiere frenar el potencial conflicto social y generar condiciones adecuadas para la recepción de inversiones externas. Esa es la razón para sostener la propuesta de un «pacto social» básicamente entre empresarios y trabajadores, mediado por el Estado, que aspira a darle continuidad al acuerdo empresarial sindical para contener los precios durante los años 2006 y 2007, especialmente los salarios, en tanto precio de la fuerza de trabajo. Es una aspiración para darle base social a un proyecto capitalista en el país y una estrategia que apunta a la conciliación de clases para «normalizar» el funcionamiento del capitalismo local. El capital hegemónico sigue presionando para la baja del costo de producción que asegure elevadas tasas de rentabilidad. Se trata de una reivindicación sostenida por el capital transnacional en el sistema mundial y que se manifiesta en la Argentina bajo la modalidad de los convenios colectivos de trabajo, que siendo parte de una conquista histórica de los trabajadores en la relación entre el capital y el trabajo, en las condiciones actuales del capitalismo en el país, donde solo el 20% aproximadamente de los trabajadores están bajo las disposiciones de esos convenios, y más del doble se encuentran en situación irregular (sin seguridad social), son negociaciones que contribuyen a deteriorar la relación de ingresos entre trabajadores y empresarios, agudizando la regresiva distribución funcional del ingreso. Debe incluirse en el análisis la negativa gubernamental para otorgar personería a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y favorecer a la tradicional Confederación General del Trabajo (CGT), como representativa para la negociación.²⁰

²⁰ No puede entenderse la reestructuración regresiva de los años noventa del siglo xx sin la complicidad de la burocracia sindical de la CGT, lo cual fue, precisamente, la causa del surgimiento de la CTA y de otras expresiones de sindicalismo antiburocrático.

Inserción internacional

Entre las dudas sobre el futuro se encuentra la alineación internacional, ya que junto al acercamiento con el FMI y las señales al mundo empresarial transnacional, avanzan algunas iniciativas de integración regional que no son bien vistas por el poder económico mundial y local, pero también deben mencionarse algunas contradicciones con la hegemonía global debido a la situación política en América Latina y el Caribe. Entre las iniciativas de integración regional sobresale la creación del Banco del Sur cuyos principales mentores son Argentina y Venezuela. Por ahora se involucran siete países y existen posibilidades de incorporación de otros. Las pretensiones de la entidad financiera son variadas e incluyen la perspectiva de una moneda regional, expresada por Rafael Correa, presidente de Ecuador, en la firma de la carta fundacional del Banco del Sur. En la idea original manifestada por Hugo Chávez aparecía el proyecto de un Fondo Monetario del Sur. La discusión sobre los alcances de la entidad y los mecanismos de gestión, especialmente el sistema de decisiones y los aportes de capital concentran las diferencias más importantes de gobiernos que intentan articular sus políticas, pese a las contradicciones que suponen la perspectiva radicalizada sostenida por Venezuela, Bolivia y Ecuador y el carácter neodesarrollista sustentado desde Brasil, Argentina, Uruguay o Paraguay, con el agravante de las obstaculizaciones consecuentes del gobierno brasileño, a pesar de ser miembro fundador. No pasó inadvertido que la suscripción del acta fundacional se realizara en el último día de gestión de Néstor Kirchner y aprovechando la presencia de seis de los fundadores presentes en Buenos Aires para la asunción de Cristina Fernández de Kirchner.²¹ El acto expresó una voluntad de integración regional contraria a los intereses estadounidenses o europeos. Por supuesto, tendrá que consolidarse desde la operatoria y está demostrado que es más fácil denunciar discursivamente el neoliberalismo que generar un nuevo orden de relaciones sociales en la economía. Los hechos validarán o no esos enunciados, especialmente en una coyuntura de crisis económica que anticipa la recesión estadounidense en ciernes.

Al mencionar las contradicciones con la hegemonía global aludimos en este período a dos episodios ocurridos en el primer mes de gobierno de Cristina. Uno fue suscitado a propósito del proceso judicial en los Estados Unidos a tres venezolanos y un uruguayo acusados de extorsionar a Antonini Wilson (venezolano residente en Miami) para que no revele el destino de 800 000 dólares incautados en la Argentina cuando pretendió ingresarlos al país en plena campaña electoral y en un avión alquilado por funcionarios del gobierno de Argentina. El fiscal de los Estados Unidos

²¹ El ausente era Tabaré Vázquez, presidente uruguayo. El conflicto entre Uruguay y Argentina a propósito de la instalación de las fábricas de pastas de papel en el Río Uruguay constituye uno de los problemas más importantes que limitan la integración regional alternativa.

sugirió que eran fondos para la campaña de Cristina Fernández de Kirchner. La nueva presidenta contestó que se trataba de una «operación basura» de los Estados Unidos. Es una crisis presentada en la primera semana de gobierno y que afecta las relaciones con Washington, manifestada en ciertas restricciones al funcionamiento del embajador estadounidense. No obstante, existen esfuerzos desde la diplomacia de Washington y la Embajada en Buenos Aires para normalizar la relación. Aun lejos de constituir un posicionamiento antimperialista, el episodio dificulta un mayor vínculo de Argentina con el país líder del capitalismo global. Recordemos que mientras Néstor Kirchner confrontaba discursivamente con el empresariado europeo, Cristina era asidua visitante de Europa y especialmente de los Estados Unidos, por lo que se descontaba un mejor vínculo con el poder económico y político mundial. El otro acontecimiento está asociado al operativo de canje humanitario de prisioneros en Colombia liderado por Hugo Chávez, donde Néstor Kirchner, actuó como uno de los garantes internacionales de la operación. Aun cuando el resultado recién se manifestó una semana después del accionar de la delegación internacional en tierra colombiana, está claro que Álvaro Uribe expresa el proyecto de los Estados Unidos en la región y que aquel había dado por terminado intempestivamente el papel de Chávez como mediador entre las FARC y su gobierno para el canje de prisioneros. El gobierno de la Argentina se posicionó al lado de una propuesta de solución política de la situación en Colombia, en confrontación con la propuesta violenta expresada por el Plan Colombia sostenido por el presidente Uribe y los Estados Unidos. Claro que las declaraciones del gobierno argentino fueron de salutación a todas las partes involucradas para mostrarse distantes de los grandes protagonistas constituidos entre las FARC y el gobierno de Venezuela.

La inserción internacional de la Argentina muestra una diversidad de facetas. Por un lado, existe un comercio ampliamente diversificado en el último tiempo y unas relaciones económicas crecientes con Venezuela, a la sazón único financista externo del gobierno argentino. También existen claras señales hacia los Estados Unidos, tal como la aprobación en junio de 2007 de la legislación antiterrorista. Era una exigencia del gobierno estadounidense y del Grupo de Acción Financiera Internacional (GAFI), organismo creado por el Grupo de los Siete en 1989 para supuestamente atender los temas de lavado de dinero y financiamiento al terrorismo internacional. El GAFI había señalado a la Argentina como «país no confiable para las inversiones» si no sancionaba la Ley Antiterrorista. El propio FMI presionó para la aprobación de esa legislación.

Este complejo entramado de relaciones internacionales será puesto en tensión en la nueva etapa iniciada con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. De hecho, los propios acontecimientos de la agenda política regional aceleraron los tiempos de las definiciones. Es una interrogante que no puede responderse con especulaciones y sí con el desarrollo de los acontecimientos y acciones de los sujetos involucrados,

pues resulta clave en ese sentido el papel de las organizaciones populares y de aquellos proyectos que piensan más allá de la normalización capitalista, sobre todo en momentos en los cuales nuevamente reaparecen dificultades para la economía estadounidense que pueden cambiar el ciclo económico del sistema mundial. Hemos criticado ampliamente, en otras ocasiones, los análisis catastrofistas que imaginan «derrumbes capitalistas» ante la emergencia de dificultades en el capitalismo mundial o en ámbitos geográficos decisivos para su desarrollo. El ciclo de expansión económico y del capitalismo de los últimos años no fue obstaculizado por el ciclo recesivo de la economía estadounidense en 2001, con un crecimiento anual de su PIB del 0,8%. Es inminente el ingreso de los Estados Unidos en una recesión, lo que hace morigerar las expectativas de crecimiento económico de ese país para 2008, de un 2,6% al 1,8%, aún lejos de los alicaídos guarismos de 2001. La mención apunta a considerar la gravedad de la crisis actual, donde se destacan pérdidas de Merrill Lynch por 24 500 millones de dólares, del Citigroup por 22 100 millones de dólares, con un total registrado para una decena de bancos por 133 000 millones de dólares según la agencia de noticias Bloomberg,²² todos destacados operadores del concentrado sistema financiero internacional y principales impulsores de las políticas hegemónicas de los últimos años. No solo se trata de las crisis de la globalización en países «emergentes» de Asia, África o América Latina, sino de crisis en el centro imperialista. Pero al mismo tiempo, se trata de señalar la capacidad del Estado de la mayor potencia capitalista para transferir su crisis al mundo y más aún, la insuficiente construcción de un movimiento político popular en los Estados Unidos para poner en discusión la perspectiva de una crisis capitalista en el corazón del imperialismo.

Hemos afirmado la importancia de la política económica local para insertarse en el ciclo de crecimiento mundial y por lo tanto es un punto a reconsiderar en la perspectiva de mutación de la situación mundial. Un razonamiento adicional apunta a considerar la bonanza de la economía latinoamericana y caribeña en su conjunto, motivado sí, en políticas económicas nacionales, pero enmarcadas en un clima de época que merece ser considerado. Es cierto que además de los Estados Unidos existe la demanda de China e India, que inciden en la fijación de precios de los productos que la región produce y exporta y en la variación de los términos del intercambio, pero convengamos que esos países lejos están de reemplazar el papel que en el sistema mundial ocupan los Estados Unidos. Es un llamado de atención para pensar en políticas económicas locales que necesitan una mayor articulación regional de carácter alternativo, con el propósito de soportar mejor los impactos de una crisis originada en la vanguardia capitalista.

²² Un rojo de 133 000 millones, en *Clarín*, jueves 24 de enero de 2008, p. 15.

Mapa político sobre el futuro

El mapa político cambió y si bien denota una clara hegemonía en la coyuntura para el kirchnerismo, resaltan, no obstante, las dificultades para expresarlo en grandes ciudades como la capital del país donde ganó Elisa Carrió; Rosario, con renovado triunfo de una coalición liderada por los socialistas y encabezada por Hermes Binner²³ que triunfó como gobernador de la provincia de Santa Fe; Mar del Plata, donde la propuesta del anterior intendente (radical disidente y pro Néstor Kirchner) y otras fórmulas afines al gobierno perdieron ante una lista municipal; también en la provincia de Córdoba, mediante el triunfo de Roberto Lavagna; y en San Luis donde ganó el peronismo ortodoxo encabezado por Alberto Rodríguez Saá. Son distritos donde no pudo liderar la propuesta de Cristina Fernández de Kirchner y son lugares de concentración de trabajadores y sectores medios, población de privilegio en la orientación política del gobierno y principales destinatarios de algunas de las iniciativas económicas que explican la reanimación del consumo en sectores de medianos y altos ingresos. La importante colecta de votos nacionales no impide el análisis preocupado de la hegemonía kirchnerista sobre el acontecer en estos distritos electorales. Si bien el sentido común de una sociedad se define por el que imponen las clases dominantes, en la tradición argentina emerge el peso cultural de trabajadores y sectores medios con los que se construyeron los bloques políticos que dieron hegemonía a radicales y peronistas.

Con catorce propuestas presidenciales, la mayoría coaliciones, queda expresada la diversidad y rearticulación del mapa político en el país. Existe un estallido de las identidades partidarias y una rearticulación de alianzas. Hay una gran variación de opciones del electorado y puede mencionarse el particular caso de Mauricio Macri (referente de la derecha empresarial), elegido jefe de Gobierno en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en las elecciones capitalinas de junio pasado con un 60% de los votos y su virtual desaparición electoral para las elecciones a presidente en octubre en el mismo distrito; claro que Mauricio Macri no era candidato y se cuidó de manifestar apoyo explícito a otros candidatos de la derecha. Eso significó obtener una limitada presencia de legisladores nacionales en la elección de octubre de 2007. Algunos piensan que ello puede reducirlo a una referencia municipal, obviando la dimensión nacional que puede adquirir la política del territorio de asiento de la Capital Federal.

No resulta fácil calificar al electorado, si reconocemos una importante volatilidad más asentada en valores que transmiten las personas «candidatas» y las campañas de los medios de comunicación (empresas privadas con intereses económicos propios)

²³ Primer gobernador socialista en la Argentina. El Partido Socialista viene ejerciendo la intendencia de la ciudad de Rosario (segunda del país) desde 1989. Binner fue electo Intendente en dos oportunidades entre 1995 y 2003.

que en el perfil ideológico y político de sus partidos o coaliciones. Argentina es parte de la dinámica social emergente en la región latinoamericana y constitutiva del fenómeno (pueblada de 2001), pero con limitaciones serias para definir una voluntad popular orientada hacia la izquierda, y menos aún para prematuras calificaciones hacia la derecha por algunos fenómenos, incluso de masas (movilizaciones Blumberg²⁴ contra la inseguridad).

Claro que las primeras señales en el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la vidriera política de la Argentina, expresan una alianza entre el gobierno de la derecha de Mauricio Macri y los legisladores que responden a Elisa Carrió. Una alianza en disputa por la búsqueda de constituir y liderar la oposición en la Argentina. Un tercero en discordia lo constituye el gobernador de la provincia de Santa Fe, el socialista Hermes Binner, de buenas relaciones con el gobierno y aliado electoral de Carrió en octubre pasado y un conjunto de manifestaciones políticas que expresan un arco de centroizquierda e incluso de izquierda. Otra de las novedades –si adicionamos complejidad a nuestra reflexión–, puede transitar por una sociedad política de la derecha entre Mauricio Macri y Daniel Scioli, ex vicepresidente en la gestión de Néstor Kirchner y asumido gobernador del mayor distrito electoral, la Provincia de Buenos Aires, en diciembre de 2007.

Con la asunción de Mauricio Macri puede materializarse una aspiración de la derecha argentina para institucionalizar su proyecto e intentar su nacionalización de cara a futuras renovaciones presidenciales. Es probable una fuerte asociación entre ambos gobernantes. Daniel Scioli expresa el poder económico en el gobierno y ambos llegaron a la política de la mano de Carlos Menem, quien en los años noventa potenció las políticas neoliberales. El gobierno Macri intentará generar una situación de polarización, buscando construir la proyección política hacia 2011. Ello potenciará una respuesta del gobierno nacional intentando la articulación de una coalición política de unidad contra el macrismo. Vale consignar que en el debate no se incluirán cuestiones decisivas sino problemas de la política local y quizá aspectos relativos a la seguridad, tema de elevada sensibilidad para los sectores medios de la zona metropolitana. Es un hecho el carácter metropolitano de Buenos Aires y por eso es previsible el desarrollo de un accionar conjunto entre ambos dirigentes políticos de la derecha en Argentina. Vale mencionar que el Gran Buenos Aires que incluye a la ciudad capital y el conurbano bonaerense es una zona de importante concentración de la población y de la actividad económica, con fuertes bolsones de pobreza y demandas de empleo. El tema del conflicto y de la represión pasa a ser una cuestión de consideración.

²⁴ Juan Carlos Blumberg fue un candidato a gobernador por la Provincia de Buenos Aires escasamente votado. Expresión de la derecha y llegado a la política por liderar un movimiento masivo de represión al delito luego del secuestro y asesinato de su hijo Axel. Su accionar logró reaccionarias modificaciones a la legislación penal en la Argentina.

Entre Cristina Fernández, Néstor Kirchner, Mauricio Macri, Elisa Carrió y Hermes Binner aparece un juego de alianzas y confrontaciones para la disputa del gobierno nacional en la Argentina de los próximos años. Son parte de la renovación sistémica ocurrida en el último período. Al decir «renovación sistémica», no pretendemos negar el papel asumido en el ciclo anterior por cada uno de ellos, entre los cuales podemos destacar asociaciones explícitas con las principales iniciativas políticas del período de la convertibilidad, como la privatización petrolera anunciada y defendida en el Parlamento por destacadas personalidades que integran el gobierno actual y el kirchnerismo. Está más claro aún el carácter de socio privilegiado de Macri con la década de 1990, sus negocios y la cultura de promoción de la iniciativa privada con impacto directo en algunas familias del poder económico de la Argentina, entre las que sobresale el grupo Macri, liderado por su padre. Carrió fue parte del proyecto político inicial de la Alianza (1999-2001) de sucesión de Menem, dándole continuidad al régimen de convertibilidad (un dólar = un peso) y su impacto regresivo en la sociedad. Binner ha construido desde un poder regional, cuidándose de no involucrarse en las internas nacionales que definieron las políticas de gobierno en el período previo.

Queremos apuntar centralmente a que ninguno de ellos aparecía en forma directa en la cúspide del escenario político nacional al momento de la crisis manifestada hacia 2001. La consigna «que se vayan todos» levantada por el movimiento popular en la pueblada de 2001 le cerró el camino a la vieja guardia de la burocracia política y habilitó el juego de una nueva camada para otro ciclo político y quizá económico. La duda apunta a pensar si el país que pretendió cambiar la dictadura genocida en 1976 y afianzado bajo la política de convertibilidad (1991-2001) con privatizaciones, flexibilización laboral y subordinación al capital externo y el imperialismo, cierra su ciclo con la crisis estallada en 2001 y se abre uno nuevo de construcción del capitalismo en la Argentina, desde la consolidación de las reformas estructurales regresivas generadas en el ciclo anterior, un capitalismo que asume como patrimonio propio, aún con la crítica, las reformas privatizadoras y flexibilizadoras con sus impactos en la composición social de la estructura económica. No se trata de un nuevo «modelo» de capitalismo, sino de estabilizar estructuralmente y dotar de una efectiva legitimidad democrática a un bloque de clases en el poder con hegemonía del capital transnacional.

Eso lleva a pensar en los actores sociales y políticos del nuevo ciclo, tanto para la consolidación del capitalismo local, como para su transformación con perspectiva socialista. No es que esté planteada la contradicción entre capitalismo y socialismo como una opción realista en la coyuntura política actual, pero estamos convencidos que esa es la discusión que reabrió en el continente la formulación de una propuesta de «socialismo del siglo XXI» sostenida desde Venezuela y crecientemente instalada en la región, más allá de los debates que genera. El tema, por lo tanto, merece ser

considerado para analizar esa posibilidad de discusión, aunque sea en una parte del movimiento popular argentino.

La izquierda social y política (en sentido amplio) ganó visibilidad en las calles en la pueblada de 2001 y luego (2002-2003), pero no la expresó en el plano electoral en las posteriores ocasiones (2003, 2005, 2007) en una sucesión descendente de su aceptación para insertarse en el régimen parlamentario, claro que con algunas excepciones, tal como Patricia Walsh,²⁵ legisladora en la Ciudad de Buenos Aires, Claudio Lozano²⁶ y Miguel Bonasso²⁷ como diputados nacionales porteños. Es que la crisis no solo afectó a los tradicionales PJ y UCR. Hubo sectores del ARI, del Socialismo y del Partido Comunista²⁸ que apoyaron diversas expresiones electorales a lo largo del año y en diversos distritos municipales y provinciales y en las propias elecciones nacionales de octubre pasado. Puede aparecer contradiciendo una lógica tradicional de organizaciones «ideológicas». Estos estuvieron en listas propias o alianzas de carácter opositor, o acompañando al gobierno. Fueron seis las fórmulas presidenciales de la izquierda, lo cual confirma la dispersión electoral de una franja política, a la que debemos adicionar un conjunto de organizaciones sociales y políticas, y propuestas que anidan en la cultura de izquierda que sostiene la abstención electoral. Más allá de las razones de cada quien, los que participan o se abstienen forman parte de la dispersión. Todas las fórmulas presentadas por la izquierda tienen relativa incidencia en el movimiento obrero y popular y menos capacidad para captar voluntad ciudadana en votos. Es un tema con validez no solo para la cuestión electoral general, sino que muchas veces se pone de manifiesto en la disputa de la propia institucionalidad del movimiento popular, en sindicatos, centros estudiantiles u organizaciones territoriales y otros ámbitos del movimiento popular. La capacidad argumentativa o de movilización no es condición suficiente para su expresión institucional. Es una asignatura pendiente en la reflexión de la izquierda, y creo, más allá de la Argentina, que expresa retrasos considerables en la disputa de hegemonía política con relación a otras experiencias en nuestra América.

Es que no es un tema nuevo en la Argentina, país con fuerte tradición política e ideológica en el diverso campo intelectual y político a la izquierda del sistema, pero con enormes dificultades para expresarla en espacios de gobierno y poder. La hegemonía de la izquierda en el movimiento obrero fue desplazada por el peronismo desde 1945, y aun protagonizando experiencias alternativas en los últimos años,

²⁵ Dirigente política de la izquierda, independiente, sin afiliación partidaria, se presentó en una lista del trotskismo.

²⁶ Diputado reelecto por una fuerza política con existencia en el distrito capital, integra la Mesa nacional de la CTA.

²⁷ Diputado que renovó su banca como parte del kirchnerismo.

²⁸ Tal como aparece en el Cuadro no. 1, el PC integró la alianza electoral FRAL con el Partido Humanista.

como parte de la Central de Trabajadores Argentinos,²⁹ y liderando procesos de lucha reivindicativa de los trabajadores al margen de la burocracia sindical, incluso de la CTA, manifiesta incapacidad hasta ahora para expresarlo en el plano político general.

Existe un debate dentro de la izquierda sobre cuál es el lugar que debe ocupar en el actual escenario político, y cubre un abanico de posibilidades que incluyen desde un tradicional papel testimonial hasta los que consideran la imposibilidad de un destino de liderazgo en la sociedad para la izquierda y privilegian la alianza con el gobierno, claro que desde un diagnóstico que ubica a este en el arco de la centroizquierda, categoría difícil de encasillar por cierto. El abanico señalado contiene diversidad de posiciones, entre las cuales se destacan por lo menos tres. Por un lado, señalamos un conjunto de grupos, quizá pequeños en su mayoría, y personalidades con actuación en la cultura y el movimiento popular, que impulsan un sentido de no participación en la disputa institucional. Se asocia a esas posiciones un descrédito que existe sobre la participación política y, especialmente, una actitud crítica hacia los propios partidos de la izquierda, en algunos casos abonado por la propia prédica de ex militantes de la izquierda partidaria que reniegan de las prácticas en esas organizaciones. Otra posición se asume entre aquellos que podríamos definir como testimoniales. Se registran en este plano agrupamientos de la más diversa identidad de izquierda, sean partidos de larga trayectoria en dicho espacio cultural de la política, o fracciones explícitas, o con posiciones disímiles dentro de cada una de estas organizaciones partidarias. Finalmente, existen grupos con identidad de izquierda, algunos provenientes de la lucha guerrillera (peronistas y marxistas), socialistas y comunistas, que adhieren o promueven alianzas, de distinto grado, con la propuesta política del kirchnerismo. El tema es más complejo si se considera, para este caso, las diversas opiniones sobre el escenario político latinoamericano y el diagnóstico de cada grupo sobre lo que pasa en la región y el alineamiento internacional del gobierno argentino. El asunto es que el kirchnerismo no expresa la lógica dominante de la década de 1990, pero tampoco el antimperialismo que algunos le adjudican. A priori digamos que todas las valoraciones de esta clasificación en tres corrientes, suponen argumentaciones realizadas desde un campo cultural comprometido con las transformaciones sociales, incluida la perspectiva socialista.

En todo caso, desde nuestra perspectiva, el problema que debe resolverse es la propia construcción política del poder popular bajo la hegemonía de la izquierda

²⁹ Surgida en 1990 con la confluencia de sectores del peronismo contrarios a la hegemonía del menemismo y expresados en la oficialista CGT, sectores socialistas, socialcristianos, socialdemócratas, de izquierda y comunistas. Varios agrupamientos y personalidades de la CTA se fueron sumando al proyecto del kirchnerismo entre 2003 y la actualidad. La CTA ha podido contener en su seno la tensión de sectores afines al gobierno, con otros en disputa o claramente opositores.

(marxista y nacional popular) y su capacidad para generar alianzas que la acerquen o no al gobierno, tal como ocurrió, más allá de las consideraciones que sobre esos procesos se tenga, en Uruguay, Nicaragua o Brasil. Es una cuestión de hegemonía en las alianzas políticas. No pasa el tema por negar alianzas o coaliciones transitorias, sino que pasa por definir el rumbo y la dirección de cada proceso político. Se puede discutir sobre el rumbo en los tres países mencionados, pero no cabe duda que las alianzas para gobernar fueron formuladas desde posiciones hegemónicas de la izquierda, lo cual va más allá de las medidas concretas de esos gobiernos y de los límites impuestos por las alianzas que los condicionan.

Interrogantes hacia adelante

Queda un escenario abierto al futuro, con varios interrogantes. El primero apunta a la evolución del sistema mundial y su impacto en Argentina. La crisis de las hipotecas en los Estados Unidos no ha terminado y eso agrega incertidumbre para una economía que no termina de ser reconocida por el *establishment* global, pues son los que aseguran inversiones para sostener la imagen de bonanza y crecimiento. Otro dato preocupante se presenta con el precio creciente del petróleo para una Argentina que puede empezar a ser importador del estratégico insumo en el presente turno presidencial (2007-2011). La contrapartida de lo mencionado es la perspectiva de continuidad de precios internacionales favorables de las *commodities* producidas y exportadas por la Argentina: soja, trigo, maíz, entre las principales.

La segunda interrogante destaca el fenómeno de la conflictividad social por la distribución del ingreso y la riqueza; por la apropiación social de la bonanza de la economía en los últimos años. Una conflictividad que también se consigna en la constitución de sujetos que pretenden ser representación de sectores sociales. El gobierno intentará con su «pacto social» condicionar aumentos salariales y constituir su base social, pero existe una realidad de protesta sindical que actúa por fuera de los protagonistas del pacto y no reconocida por el Estado, que defiende la existencia de una sola Central de Trabajadores, la Confederación General de Trabajadores. La protesta social es también una realidad que puede reconocerse entre sectores pequeños y medianos del empresariado, el cooperativismo y formas no lucrativas de organización económica que no se sienten expresados por los sectores hegemónicos. De hecho, la Central de Trabajadores de la Argentina lidera un movimiento que articula a esos otros sectores sociales en una propuesta de «paritaria social»³⁰ con un

³⁰ Participan activamente en la construcción de la iniciativa junto a la CTA, la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios (APYME); la Federación Agraria Argentina (FAA) y el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC). Es una articulación de sectores de trabajadores y empresariales no hegemónicos con pretensión de darle organicidad a una alternativa desde las prácticas del movimiento social.

diagnóstico de la crisis que supera el consignado por el gobierno por quedar restringido a los trabajadores regularizados. La propuesta de paritaria social reconoce el problema del 40% de los trabajadores en situación irregular y a la franja de trabajadores sin empleo o subempleados, y eleva a la consideración de la sociedad y del gobierno una propuesta universal de solución del tema del empleo y la pobreza, como forma de discutir el fenómeno de la distribución del ingreso y la riqueza. Cabe consignar que se trata de una propuesta diferente de la sostenida por un pacto social de parte del gobierno y al mismo tiempo es una propuesta política de articular sectores sociales organizados para la constitución de un proyecto político, largamente buscado por la CTA y sus socios en el emprendimiento.

Un tercer aspecto está dado por los desafíos políticos sistémicos de reconstituir la representación política en el sentido de bi-coaliciones (en el mismo sentido que se expresa mundialmente) que reemplazan el bipartidismo existente en el ciclo político de los últimos años, y el lugar de la derecha y la izquierda. Más aún, un problema a discernir, como hemos dicho, es la posibilidad de constituir una alternativa política en la Argentina. En el marco de la situación latinoamericana, especialmente con los procesos que se viven en Venezuela, Bolivia y Ecuador, donde las reformas constitucionales pretenden otorgar nueva base de sustento político a proyectos transformadores, incluso socialistas en la propuesta bolivariana, en Argentina el tema sigue siendo una asignatura pendiente de la izquierda plural y diversa expresada por movimientos y partidos. La cuestión política es clave y no solo se trata en la región de cambios institucionales en el ámbito de los Estados. El movimiento obrero en Uruguay es promotor del Segundo Congreso del Pueblo para darle sentido a una propuesta histórica del movimiento popular con el objetivo de aflorar cambios profundos en la sociedad uruguaya. En la Argentina, la CTA está impulsando un movimiento por una constituyente social con la pretensión de organizar desde abajo, en forma asamblearia un programa y un sujeto articulado para las transformaciones necesarias. Son dos tipos de iniciativas convergentes, unas desde los gobiernos con sustento popular y otras desde el movimiento social, especialmente de los trabajadores para darle horizonte a la lucha y protesta que se extiende en nuestros países.

Por un lado, se trata de procesos sociales que han generado propuestas que hoy se constituyen en el gobierno y otros, de movimientos que son parte de la búsqueda por construir poder popular y hacer avanzar un proceso que supere la crítica al neoliberalismo y al capitalismo.

El tema es de importancia por lo señalado al comienzo sobre el consenso político al Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. La interrogante es cuánto puede durar el consenso. Recordemos en ese sentido, que en otras condiciones, Carlos Menem fue reelecto en 1995 y solo dos años después comenzó un proceso de resistencia popular que desembocó en la pueblada de 2001. No se trata de imaginar cuánto dura el consenso a la nueva Presidenta, sino de pensar en la dinámica y la iniciativa

política para modificar la situación y correlación social de fuerzas. Si una parte de la organización y movilización popular pudo ser absorbida por la hegemonía política construida en este período, la pregunta apunta a pensar en las iniciativas a promover para generar un escenario favorable a las demandas del movimiento popular con vistas a resolver las acuciantes necesidades insatisfechas y la promoción de una sociedad por la liberación. La conflictividad social es convergente con datos de mejora de la macroeconomía, queda como una asignatura pendiente la construcción de alternativa política y en ese sentido es que se validan iniciativas políticas que se ensayan desde las clases subalternas para enfrentar el actual ciclo político y social.

JULIO C. GAMBINA

Profesor de las universidades públicas de Rosario y de Buenos Aires, presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP (entidad miembro de CLACSO), presidente de ATTAC-Argentina y miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina.

Los movimientos sociales en el proceso electoral guatemalteco de 2007

SIMONA VIOLETTA YAGENOVA

Analizar el desempeño de los movimientos sociales guatemaltecos en una coyuntura tan particular como el proceso electoral que se desarrolló durante el año 2007, implica situar para el debate la compleja y tensa relación entre estas fuerzas sociales y los partidos políticos, en un contexto de crisis de la hegemonía neoliberal, de una manifiesta debilidad de la izquierda partidaria, y de una creciente insatisfacción con el proceso de transición democrática y el agotamiento del tiempo de la paz.

El proceso electoral de 2007¹ que tuvo como ganador en segunda vuelta al ingeniero Álvaro Colom del partido de la Unión Nacional de la Esperanza (UNE), quien se ha proclamado afín a la corriente socialdemócrata, se caracterizó por sus altos niveles de violencia;² una campaña mediática exorbitante financiada por los grandes capitales y el crimen organizado; el predominio de opciones políticas ultraconservadoras y neoliberales dentro de las cuales un ex militar candidato del Partido Patriota, alcanzó el segundo lugar en la primera vuelta electoral, lo que provocó temores de un retorno a la «mano dura» y al militarismo; la participación, por primera vez, de una mujer indígena como candidata presidencial, la Premio Nobel Rigoberta Menchú, evidencia concreta de la irrupción del movimiento indígena en el escenario electoral; así como la descentralización de las mesas electorales al ámbito comunitario debido a una serie de reformas realizadas a la ley electoral y de partidos políticos.

Las fuerzas políticas que se autoidentifican como de izquierda o de centroizquierda no lograron articularse de cara a este proceso electoral, por lo cual la preferencia

¹ La primera vuelta electoral se realizó el 9 de septiembre y la segunda el 4 de noviembre de 2007. Se inscribieron un total de dieciséis partidos de los cuales catorce presentaron binomios presidenciales. De estos catorce, tres se identificaron como de izquierda (URNG-MAIZ; ANN) y de centroizquierda (Encuentro por Guatemala) y como socialdemócrata la Unión Nacional de la Esperanza (UNE).

² Se reportan un total de cincuenta y siete asesinatos de afiliados/as de los partidos políticos, especialmente de la UNE.

hacia una u otra o ninguna de las opciones políticas de parte de quienes pertenecen a los diferentes movimientos sociales, agudizó temporalmente divisiones y barreras ya existentes. La expectativa que generó la postulación de Rigoberta Menchú se fue diluyendo en la medida en que sus pronunciamientos públicos frente a las demandas de los diferentes movimientos sociales fueron esquivos y no se comprometió claramente con su agenda. El que su compañero de fórmula del binomio procedía del ámbito empresarial alejó a otros potenciales simpatizantes de su candidatura.

Durante la campaña electoral, se obviaron las demandas, planteamientos o propuestas de las fuerzas populares, debido a que estas no lograron importantes niveles de articulación para construir plataformas comunes, ni tampoco se constituyeron en fiscalizadoras de los escasos e incompletos planes de gobierno presentados por los binomios presidenciales.

Sin embargo, el posicionamiento y participación de los movimientos sociales en este proceso electoral dejó entrever importantes diferencias que son consecuencia de un proceso de reflexión y búsqueda que ha avanzado de manera desigual entre movimientos, y que tiene como trasfondo visiones distintas referentes al Estado, la democracia y la posibilidad de transformación del modelo existente. Estas diferencias y matices se hicieron palpables al observar cómo se situaron frente a la posibilidad de forjar alianzas con partidos de izquierda, en cómo asumieron que integrantes de sus organizaciones se postularan a cargos de elección popular y en sus valoraciones sobre la importancia de este proceso electoral dentro del marco de sus estrategias de lucha a corto y largo plazo.

Los movimientos sociales en la época neoliberal y de la posguerra

La comprensión del porqué los movimientos sociales³ se posicionaron de manera distinta frente a este proceso electoral, requiere que se sitúen para el debate algunas reflexiones sobre su accionar en la época de la posguerra, período durante el cual libraron intensas luchas y esfuerzos para democratizar al Estado.

Con la firma de la paz, en diciembre de 1996, se abrieron muchas expectativas de que los Acuerdos de Paz podrían constituirse en un nuevo pacto social que abriera el camino a la refundación del Estado-nación y sentara las bases para consolidar el incipiente y débil proceso de democratización iniciado a mediados de la década del ochenta. Durante el período de 1996 a 2003, el accionar de las distintas fuerzas sociales estuvo enmarcado, en gran medida, por la exigencia de que se cumplieran

³ Se hace referencia, especialmente, al movimiento campesino, sindical, de mujeres, indígena, magisterial, de pobladores y estudiantil. Para más información sobre cómo se conceptualiza la categoría de movimiento social, puede consultarse Simona V. Yagenova (coord.): *Guatemala: aproximación a los movimientos sociales del año 2005*, FLACSO, 2007.

los Acuerdos de Paz. Podría decirse, sin lugar a equivocación, que el principal peso del cumplimiento de estos acuerdos recayó sobre las organizaciones sociales que diseñaron para ello estrategias de las más diversas: elaboraron propuestas de contenidos sobre las políticas, programas, proyectos y acciones tanto del Estado como de la sociedad civil; prepararon anteproyectos de leyes; impulsaron actividades de cabildeo, de incidencia política y de sensibilización para que sus iniciativas tuvieran eco en las élites gobernantes quienes, finalmente, demostraron escasa voluntad política y limitada capacidad para cumplir con dichos acuerdos.

La aceptación tácita de las reglas del juego de la democracia formal, sumada a la carencia de una visión estratégica a largo plazo y de alianzas, no permitió que –durante el período de posguerra– los movimientos lograran acumular un poder social contestatario, cuestionador del orden social existente, que les diera suficiente fuerza para las negociaciones políticas con el Estado. Se partió de la premisa de que mediante la negociación y la búsqueda de acuerdos políticos se podría avanzar en la transformación del Estado y el cumplimiento de sus demandas históricas.

Un factor fundamental que contribuyó a ello fue el progresivo debilitamiento de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), cuyos dirigentes no tuvieron la capacidad de implementar reajustes tácticos y estratégicos que le permitiesen convertirse en un sujeto político contestatario al sistema en la época de posguerra. Su alejamiento de las luchas populares, disputas internas entre sus líderes históricos, e incapacidad de construir un pensamiento crítico que le permitiese situarse como referente alternativo en un contexto de una ofensiva neoliberal, contribuyó a que se desdibujara la perspectiva estratégica del cambio revolucionario. La pérdida de perspectiva del proyecto histórico, debido a la crisis de las izquierdas en el país, influyó decisivamente para que las múltiples luchas sociales no lograran trascender ni acumular en una dirección más audaz de cambio social.

Las primeras señales de crisis de la estrategia de lucha en la época de la posguerra por parte de los movimientos sociales se percibió a partir del año 2003,⁴ que puede caracterizarse como el principio del fin del tiempo de paz. Los factores que denotan esta crisis fueron: el estancamiento de los Acuerdos de Paz en sus puntos más sustantivos y el que progresivamente dejaran de ser reivindicados por los diferentes actores sociales como ejes principales de sus demandas; un incremento cuantitativo y cualitativo de la protesta social y el surgimiento de fuertes críticas frente a los espacios de diálogo y negociación con el Estado; el renacer de categorías de análisis crítico frente al capital y al imperialismo que en los años anteriores habían sido sustituidas por el lenguaje «neutral» de la cooperación internacional; un mayor

⁴ La autora considera la hipótesis de que el año 2003 fue clave para los movimientos sociales y cuando se comienzan a observar cuestionamientos más a fondo sobre lo sucedido en el campo popular y social durante la época de posguerra.

distanciamiento de los movimientos sociales frente a los partidos de izquierda, quienes tuvieron resultados desastrosos en el proceso electoral de 2003; y, por último, la victoria electoral de un gobierno eminentemente empresarial subordinado a los intereses de los Estados Unidos, que ejerció el poder durante el período de enero de 2004 a enero de 2008.

Hoy, al concluirse la gestión presidencial del Gobierno encabezado por Oscar Berger, los movimientos sociales se enfrentan a un contexto económico, político y social, en el cual los problemas estructurales, nunca abordados o resueltos democráticamente, se agudizan en el marco de la globalización neoliberal. La persistente aplicación de políticas públicas que subordinan los intereses colectivos a los de una minoría privilegiada es un reflejo de que la estructura de oportunidad política que existía incluso después de la firma de la paz para avanzar en el proceso de democratización del Estado-nación se ha ido estrechando a favor de los intereses políticos y económicos de las élites y del proyecto hegemónico de los Estados Unidos. Se trata, en efecto, de un modelo de Estado que, dentro del marco de la globalización neoliberal, se asigna como función principal garantizar las condiciones político-jurídicas que permitan a las elites transnacionalizadas, contar con las mejores condiciones para su proyecto de acumulación.

Dentro de este contexto, se ha instalado un proceso de reflexión, de análisis y de búsqueda de cómo dar pasos más contundentes para avanzar en el cumplimiento de sus diversas y múltiples demandas, así como para defender los derechos conquistados. Sin embargo, la dispersión sectorial y las dificultades para consensuar agendas comunes que permitan abordar de manera sistemática y por orden prioritario las demandas de los diferentes movimientos, le otorga suficiente campo de maniobra política a las élites para dialogar de manera separada con las diferentes fuerzas sociales, fragmentar la integralidad de las demandas, neutralizar potenciales conflictos y, sobre todo, imponer su propia agenda política.

El proceso de construcción de la unidad de acción todavía se enfrenta a una serie de dificultades, debido, en parte, a la naturaleza distintiva de las organizaciones, diversidad de intereses, identidades, prácticas y experiencias organizativas. Es importante reconocer que los movimientos sociales no han escapado del impacto que ha tenido el neoliberalismo en las formas de pensar y actuar. La fragmentación social generada por este modelo, en una sociedad profundamente marcada por las secuelas de la violencia contrainsurgente del Estado, se reproduce en el ámbito del campo popular y social, donde prevalecen las identidades particulares en desmedro de la construcción del sujeto popular colectivo.

No obstante, el reconocer el fin del tiempo de paz y que se asiste a una nueva coyuntura política marcada por la ofensiva de las empresas transnacionales y la suscripción de los múltiples tratados de libre comercio, ha contribuido a que hoy se debata dentro de algunos movimientos sociales, la necesidad de redefinir estrategias

de lucha. Esta redefinición de estrategias abarca temas como las alianzas, formas organizacionales novedosas que permiten acumular fuerzas, el cómo enfrentarse a las empresas transnacionales desde una perspectiva de defensa de territorios, el repensar la participación en los espacios de diálogo con el Estado, y sobre qué tipo de relación debe existir entre los movimientos y los partidos políticos de izquierda.

Tras cuatro años de políticas neoliberales y una agudización de las condiciones socioeconómicas de la población, el poco avance de las demandas planteadas por los movimientos sociales, un recrudecimiento de los ataques a activistas sociales y la criminalización de la protesta, ha contribuido a que surja un cierto grado de pesimismo frente al proceso de democratización⁵ iniciado hace ya veinte años. El considerar que la democratización se encuentra estancada y en retroceso, fue un elemento de peso en las decisiones que se tomaron frente al proceso electoral de 2007. Debido a que las redefiniciones estratégicas están lejos de haberse concluido, su desempeño frente al proceso electoral de 2007 refleja, en algunos casos, determinadas inconsistencias que son producto de una búsqueda no acabada, y de decisiones políticas coyunturales insuficientemente maduras.

Posicionamiento de los movimientos sociales frente al proceso electoral

Teniendo lo anterior como una referencia contextual, es necesario plantear que el desempeño de los movimientos sociales frente al proceso electoral de 2007, es un reflejo de múltiples tensiones y búsquedas que tienen como trasfondo distintas lecturas de las oportunidades políticas que se pueden crear dentro del modelo político existente. El reconocer que el estrecho marco de oportunidad política creado por los Acuerdos de Paz se había desvanecido, dejando intacto y robustecido el poder de las élites oligárquicas, motivó no pocos debates en torno a cómo dar saltos cualitativos en los distintos ámbitos de lucha y análisis de los posibles escenarios que se podrían crear con los resultados del proceso electoral de 2007.

Se pueden identificar por lo menos tres posiciones distintas frente a este proceso político, que –es necesario aclararlo– no son acuerdos tomados a nivel de movimientos sino de organizaciones integrantes de los mismos:

- a) apertura a participar en una alianza con partidos políticos de izquierda o de centroizquierda;

⁵ La percepción de que el proceso de democratización está estancado o retrocediendo es una opinión sostenida por diferentes dirigentes e integrantes del movimiento sindical, indígena, de mujeres y campesino, tal como reflejó una encuesta realizada por el Área de Movimientos Sociales durante el año 2007, dentro del marco de una investigación denominada «Los movimientos sociales frente al Estado, la democracia y los partidos políticos», que se publicará en 2008.

- b) rechazo a cualquier alianza con partidos políticos bajo el argumento de que los movimientos sociales deben mantener su «autonomía» y no permitir ser utilizados o cooptados por partidos políticos;
- c) no asumir un posicionamiento frente al proceso electoral, dejando libres a los/as afiliados a emitir sus votos a favor de su candidato de preferencia.

Tres son los casos específicos en que se lograron construir acuerdos políticos entre partidos políticos de izquierda con organizaciones sociales: URNG-MAIZ; Encuentro por Guatemala-WINAQ; y la Alianza Nueva Nación.

La constitución del Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ), cuyo lanzamiento público había sido suscrita por destacadas personalidades, movimientos sociales y el partido URNG, generó importantes expectativas de poder constituirse en un frente político amplio de izquierda. Sin embargo, este proceso esperanzador, poco a poco se fue desgranando debido, en gran medida, a prácticas políticas excluyentes, debilidades en el proceso de conducción, disputas por candidaturas y la incapacidad de trascender de una visión eminentemente electoral a una perspectiva estratégica de lucha. Si bien se adhirieron algunas organizaciones del movimiento sindical, campesino, de mujeres, indígena, de pobladores, y juveniles a su proceso de constitución, las desavenencias, actitudes patriarcales y excluyentes hacia la participación de las mujeres y de los pueblos indígenas, le fue restando dinamismo y potencial de crecimiento al proyecto de MAIZ. Finalmente, su participación electoral fue protagonizada por URNG y militantes afines pertenecientes a diferentes movimientos sociales, aunque fueron escasas las organizaciones que se declararon explícitamente a favor de esta opción electoral.⁶ Los resultados no fueron muy alentadores dado que apenas sobrevivió el proceso electoral con siete alcaldías y dos diputaciones, y retrocedió en cantidad de votos, comparado con el proceso electoral del año 2003.⁷

La Alianza Nueva Nación (ANN), encabezada por el ex comandante guerrillero de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), Pablo Monsanto, se fue construyendo sobre la base de una alianza que incluyó a ex militares, empresarios, militantes históricos y algunas organizaciones pertenecientes al movimiento sindical, campesino y de pobladores.⁸ A pesar de identificarse como un proyecto de izquierda, el haberse abierto a una alianza con militares provocó no pocos rechazos en el ámbito de su propia militancia y de organizaciones de Derechos Humanos. Declaraciones públicas poco

⁶ Organizaciones que se expresaron públicamente a favor de URNG-MAIZ fueron el Frente Nacional de Lucha (FNL), la Union Sindical de Trabajadores de Guatemala (UNSITRAGUA); el Bloque Antimperialista, HIJOS, la Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG), entre otras.

⁷ Siete alcaldías de 332 y dos diputaciones de 158, en total.

⁸ Organizaciones como la Coordinadora Nacional Sindical y Popular (CNSP), la Federación Sindical Obrera y Campesina (FESOC), y el Centro de Investigación y Educación Popular (CIEP).

afortunadas que criticaron el posicionamiento de los pueblos indígenas frente al proceso revolucionario y los partidos de izquierda le merecieron una severa crítica de diversas organizaciones indígenas apenas una semana antes de la primera vuelta electoral.⁹ Decisiones respecto a candidaturas en las cuales relegaron a militantes históricos e integrantes del movimiento popular por empresarios o familiares, y críticas de falta de democracia interna, entre otros, contribuyeron a agudizar contradicciones internas y provocaron que, después de la primera vuelta electoral, en la cual no alcanzó suficientes votos para mantenerse inscrito como partido político, muchos afiliados y simpatizantes históricos se retiraran del proyecto de la ANN.

La postulación de la Premio Nobel de la Paz, Rigoberta Menchú, como candidata presidencial por el partido Encuentro por Guatemala (EG) aliado coyunturalmente con el movimiento político indígena Winaq,¹⁰ constituyó un tercer caso. A diferencia de los dos anteriores, EG, encabezado por Nineth Montenegro, diputada, fundadora del GAM (Grupo de Apoyo Mutuo) y activista de derechos humanos, no había participado en procesos electorales previos y cumplió los requisitos legales apenas unos meses antes de las elecciones generales. La candidatura de Rigoberta Menchú, altamente valorada por distintos sectores nacionales e internacionales, se enfrentó, sin embargo, a una serie de dificultades, entre las cuales se destacan concepciones diferentes sobre cómo ejecutar la campaña electoral, ambigüedad en sus planteamientos públicos de cara a las demandas más sentidas de los movimientos sociales y los pueblos indígenas, debilidades en sus discursos y planteamientos públicos, y contradicciones entre dirigentes del Encuentro por Guatemala y Winaq que contribuyeron a que no se llevara a cabo una campaña política de calidad y trascendencia. Los movimientos sociales que apoyaron este proyecto político, se identificaron, sobre todo, con la candidatura de Rigoberta y provinieron tanto del movimiento

⁹ Una severa condena recibió Pablo Monsanto por parte de la Coordinación y Convergencia Maya Waquib Kej una semana antes de las elecciones generales del 9 de septiembre, en la cual lo califican como racista y oportunista: «La coyuntura electoral desnuda la ideología colonial y racista de algunos candidatos a la presidencia en las próximas elecciones. Nos referimos a las declaraciones del supuesto comandante Pablo Monsanto, en *El Periódico* el día domingo 02 de septiembre, en el que se dice ser revolucionario por más de 30 años, lo que nunca ha compartido es que su participación en el movimiento revolucionario la hizo en las mejores condiciones y escondido desde otros países. Las declaraciones de Monsanto, son iguales a las opiniones de la clase dominante y el ejército en relación con los pueblos indígenas, que se expresan con racismo y paternalismo, ideología de herencia colonial. No cabe duda que la participación de este personaje con una postura ideológica ambigua es motivada por ambiciones personales que se manifiesta en el caudillismo, el oportunismo y el hegemonismo que han afectado en diferentes momentos a los procesos sociales. Estas declaraciones irresponsables de Pablo Monsanto, lo colocan en una línea de derecha utilitarista». (Comunicado público, 5 de septiembre de 2007.)

¹⁰ El movimiento político Winaq lo conforman intelectuales y organizaciones indígenas, quienes habían tomado la determinación de participar políticamente en este proceso electoral para elegir a Rigoberta Menchú como candidata.

campesino, indígena, de Derechos Humanos,¹¹ de mujeres y víctimas de la guerra. La expectativa de que la candidatura de una mujer indígena iba a convocar a los pueblos indígenas al voto demostró ser equivocada. Su apoyo electoral en la región occidental del país fue aún menor que el recibido por URNG-MAIZ, aunque se ganó una alcaldía y cuatro diputaciones en el Congreso de la República. Tras la realización de la primera vuelta electoral, se dio por finalizada la alianza entre Winaq y Encuentro por Guatemala.

Debido a que organizaciones de diferentes movimientos optaron por participar en estas tres alianzas, sea de manera implícita –votando por ellos–, o explícita –postulando candidaturas nacionales o locales–, no es posible afirmar que los movimientos se mantuvieron alejados de las opciones políticas de izquierda o de centroizquierda. Hubo, sí, distintos grados de identificación y de participación, que indica una nueva búsqueda de cómo cerrar las brechas imaginarias entre las luchas sociales y políticas.

Un caso particular lo constituye el movimiento campesino, cuyas organizaciones¹² fueron las que tuvieron un mayor protagonismo en esta campaña electoral. Dirigentes nacionales y regionales participaron como candidatos/as a puestos de elección popular, tanto por ANN, URNG-MAIZ y EG-WINAQ. Esta decisión habría que interpretarla a raíz del III Congreso Campesino realizado en diciembre de 2006 y de la III Cumbre Continental de Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Abya Yala¹³ (en marzo de 2007), en los cuales uno de los temas del debate fue la recuperación del territorio y la lucha por el poder local. En el III Congreso –de redefiniciones estratégicas–, se tomaron resoluciones en torno a la importancia de avanzar en la conquista del poder político, sobre todo desde el ámbito local dentro del marco de una estrategia de recuperación y defensa de los territorios. Un aspecto que ha influido en esta determinación es una lectura crítica, pero esperanzadora, de las experiencias exitosas de la izquierda en el sur de América Latina.

A pesar de que en estas elecciones muchas mujeres optaron por cargos públicos tanto en partidos de derecha como de izquierda, el movimiento de mujeres, que es diverso y heterogéneo en sus identidades políticas,¹⁴ mantuvo un perfil relativamente

¹¹ Las organizaciones que apoyaron la candidatura de Rigoberta Menchú fueron la Coordinadora Nacional Indígena y Campesina (CONIC), Moloj (organización de mujeres mayas), la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala (CONAVIGUA), la Asociación de Abogados Mayas, Naleb, entre otras.

¹² Dirigentes/as de las principales organizaciones de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas (CNOOC) participaron como candidatos/as a cargos municipales y diputaciones. Ejemplos pueden citarse en el caso del Cuc, Kabawil, Conic, UVOC, CCDA, Codeca, FESOC, etcétera.

¹³ El lema central de la III Cumbre fue: «De la resistencia al poder».

¹⁴ Ana Silvia Monzón: «Los movimientos de mujeres y los partidos políticos: una relación tensa, conflictiva y desigual», ponencia presentada en un foro público organizado por FLACSO, en noviembre de 2007.

bajo. A diferencia de otros años electorales, no se logró construir una plataforma de demandas comunes a los partidos en contienda, ni se respaldó públicamente a las candidatas feministas surgidas del mismo movimiento. A pesar de ello, tal como lo planteara la feminista Ana Silvia Monzón, sí puede considerarse un hito el que dos mujeres funjan como candidatas a presidenta y vicepresidenta de partidos políticos y que en el seno de URNG-MAIZ surja un colectivo feminista crítico frente a las prácticas excluyentes y patriarcales. A su vez, como resultado de la persistencia de las mujeres feministas de izquierda surgió un Núcleo de Lucha contra el Patriarcado en el seno del Movimiento Amplio de Izquierda-MAIZ, que en el actual proceso electoral –en alianza con la URNG– respaldaron la candidatura de una feminista, Walda Barrios, a la vicepresidencia, y explicitaron en su plan de gobierno la «lucha contra el sistema patriarcal». Este hecho, junto a la candidatura presidencial de Rigoberta Menchú, ha marcado un hito en la historia de la participación política de las mujeres en el país, que todavía es incipiente.

Menos contundente fue la apertura de organizaciones magisteriales, de Derechos Humanos, de pobladores o personas de tercera edad, a participar en una alianza con partidos de izquierda. En el caso del movimiento sindical, se observó una variedad de posiciones que iban desde planteamientos de autonomía, o de participar en alianzas hasta mantenerse al margen dejando a sus afiliados/as la decisión de votar a favor de su candidato de preferencia.

Podría decirse que la participación de integrantes de diversos movimientos sociales como candidatos/as de partidos de izquierda y centroizquierda en este proceso electoral, obedeció más a decisiones individuales que organizacionales o de movimiento. Las implicaciones de ello se hicieron ver en el débil apoyo que recibieron estas candidaturas, y en que no se lograran construir acuerdos políticos entre organizaciones, movimientos y partidos de cara a plataformas mínimas. En este sentido, la incursión de hombres y mujeres del movimiento popular en el escenario de lo político electoral no obedeció a una estrategia o a un repertorio táctico de lucha, a pesar de que es un debate que se libra en la actualidad.

A diferencia de eventos electorales pasados, cuando se agudizaron las contradicciones entre organizaciones por su afinidad a una u otra opción política, en esta ocasión se observó mayor tolerancia y respeto. Esto fue consecuencia de un temor de que los incipientes procesos de articulación en el campo popular, podrían debilitarse o enfrentar retrocesos a raíz de la coyuntura electoral. En aras de preservar la unidad y evitar conflictos internos, dado que sus afiliados se identificaron con diferentes proyectos políticos, muchas organizaciones optaron por no integrarse a alianzas, ni declarar su apoyo directo a candidato alguno.

La experiencia de alianzas entre los movimientos sociales y los partidos políticos en esta contienda electoral, que se está procesando pausadamente, dejó planteado para el debate un tema que no se ha discutido desde tiempos atrás: el del instrumento

político que se requiere para dar pasos más contundentes hacia la transformación del Estado guatemalteco.

Los movimientos sociales y su desempeño frente a la contienda electoral

Previo a la primera vuelta electoral, los diferentes movimientos sociales mantuvieron un perfil relativamente bajo, y no se percibió mayor beligerancia o cuestionamientos frente a las distintas opciones políticas participantes en esta contienda. Si bien se propiciaron algunos foros públicos con los candidatos presidenciales, no se presentaron plataformas comunes que les permitiera interpelar el contenido de los pocos planes de gobierno que se dieron a conocer. Por el otro lado, fue notorio el desinterés de los candidatos por participar en estas actividades. La interpelación de candidaturas adquirió mayor importancia en el ámbito municipal, donde integrantes de diversos movimientos organizaron foros-debates y seminarios con la intención de presentar sus demandas y de desnudar los programas políticos de los contendientes.

De cara a la segunda vuelta electoral, disputados entre el ex general Otto Pérez Molina del Partido Patriota y el ingeniero Álvaro Colom de la UNE, los partidos de izquierda y centroizquierda optaron por no respaldar a ninguna de las dos opciones políticas, en tanto que los movimientos sociales expresaron, por lo menos, cuatro posiciones diferentes: un llamado al voto nulo; un llamado a no votar; un llamado al voto en contra del Partido Patriota; y, por último, un llamado a votar a favor de la UNE.

El llamado al voto nulo se basó en la premisa de que ambas opciones son de derecha, no están comprometidas con la agenda de los movimientos sociales ni con una transformación del sistema, por lo que se debería ir a votar, pero anulando el voto. Otros hicieron un llamado a no votar o al voto nulo,¹⁵ argumentando que el abstencionismo y la anulación del voto, era lo políticamente correcto, dado que se trataba de opciones de derecha, y un alto grado de abstencionismo restaría legitimidad a los ganadores finales, lo cual crearía mejores condiciones para la lucha popular posterior.

¹⁵ Campaña alternativa de Pueblo: «El verdadero dilema está en: a) votar por uno u otro candidato que representa intereses personales y vinculados a los ricos, mafias y castas militares del país y del extranjero, y con ello legitimar las políticas que el próximo gobierno impulse, que sabemos serán contrarias a los intereses de las grandes mayorías; o, b) rechazar a ambos candidatos con el voto nulo o la abstención, y con ello restar legitimidad a cualquiera de los dos que salga electo, con lo cual nuestras luchas como pueblo se abren con mejores y mayores posibilidades. Este es el verdadero dilema para la clase trabajadora, los sectores populares y los pueblos indígenas». Comunicado público, 31 de octubre de 2007.

Si bien muchos coincidían en que ninguna de estas opciones políticas era favorable para los movimientos sociales, no compartían el llamado al voto nulo o el abstencionismo. Las razones principales se sustentaron en que los futuros escenarios políticos entre uno y otro candidato no eran los mismos, y que una posible victoria electoral de un ex militar, cuyo plan de gobierno se sustentó en profundizar las políticas neoliberales, una mayor subordinación a la política exterior del Imperio y una remilitarización del Estado, implicaría retrocesos en los espacios políticos conquistados y nuevas amenazas para la lucha social, en un contexto de reconocida debilidad de los movimientos. El voto en contra, se argumentaba, no era lo mismo que votar a favor de la UNE, sino el votar en contra de retrocesos y de una opción neoconservadora que pondría en riesgo las conquistas de los movimientos sociales. Pocas organizaciones hicieron un llamado a votar a favor de la UNE, el magisterio nacional y una coalición de organizaciones de emigrantes en los Estados Unidos.¹⁶

Más allá del debate interno que se instaló en las diferentes organizaciones sociales sobre cómo proceder ante la segunda vuelta electoral, se observó un mayor dinamismo en su desempeño durante los dos meses previos al 4 de noviembre, mediante pronunciamientos públicos, foros, cuestionamientos a los planes de gobierno de ambos candidatos, así como una campaña disuasiva y sutil de no votar por la opción del ex militar, especialmente protagonizados por organizaciones de Derechos Humanos, pro-justicia y víctimas de la guerra.

En fin, para los movimientos sociales, el año 2007 sin duda puso a prueba su capacidad de acción en una coyuntura compleja si no decisiva. La victoria electoral del ingeniero Colom, si bien fue recibida como un alivio porque desdibujó temporalmente la amenaza de un retorno al neoconservadurismo, abre una coyuntura política de múltiples retos para las organizaciones populares, quienes necesariamente tendrán que dar pasos más contundentes para fortalecerse y consolidarse. Si algo demostró su desempeño en esta contienda electoral fue que la falta de definiciones estratégicas y los débiles niveles de articulación, les restó dinamismo y fuerza para convertirse en un factor decisivo en este proceso político. Las debilidades de los partidos de izquierda y su persistente afán de subordinar a los movimientos sociales a su dinámica y concepción de hacer política, contribuyó a que se perdiera

¹⁶ Comité Ejecutivo de la Red por la Paz y el Desarrollo de Guatemala (RPDG): «Por lo anterior, y por muchas razones más, los guatemaltecos y las guatemaltecas en el exterior, a quienes se nos ha privado del ejercicio del voto, hacemos uso de nuestra voz para pedir a nuestros compatriotas, tanto los que reciben nuestras remesas como a la población en general, que nos representen en el país y, el 4 de noviembre, realicen tres acciones: 1) asistan a las urnas; 2) ejerzan un voto válido; y 3) garanticen que Colom obtenga muchos más votos que Pérez. No deseamos que hayan dudas del resultado: hay que sepultar con votos el intento de remilitarizar el país. Solidariamente con nuestras grandes mayorías». Comunicado público, 31 de octubre de 2007.

la oportunidad de recuperar confianzas y avanzar en la construcción de una visión estratégica más a largo plazo.

A pesar de ello, es innegable que los movimientos sociales, hoy por hoy, libran importantes luchas, construyen prácticas contrahegemónicas y constituyen una fuerza social con profundos anhelos de cambios, pero que no se logran capitalizar políticamente. Entonces, el cómo trascender de la resistencia a la construcción de transformaciones más contundentes pasa, necesariamente, por erigir un instrumento político en el que puedan confluir las múltiples y diversas identidades populares, que tenga una conducción horizontal y colectiva, un accionar multidireccional, tanto en el ámbito social como político, un instrumento que permita trascender los límites de la democracia burguesa y se defina como feminista, socialista, pluricultural, y antimperialista. Quizás es mucho que desear, pero de los sueños se construyen realidades, ¿o no?

SIMONA VIOLETTA YAGENOVA

Coordinadora del Área de Estudios de Movimientos Sociales, FLACSO-Guatemala.

Guatemala: la izquierda política y la izquierda social

KAJKOJ (MÁXIMO) BA TIUL

Este artículo tiene el objetivo de presentar la realidad compleja de Guatemala y la propuesta para la refundación de un movimiento de izquierda que se oponga al proyecto neoliberal que postula el capitalismo proveniente, principalmente, de los Estados Unidos. En él se aborda esa cara multicultural y desigual del país, lo difícil que ha sido hasta ahora el encuentro entre la izquierda partidista y la izquierda social, y las perspectivas para la construcción de un nuevo movimiento de izquierda. Se trata de un breve análisis de lo que acontece en la vida política, social y económica guatemalteca, ante el nuevo gobierno al cual, dicho sea de paso, se le ha etiquetado como una corriente de izquierda, cuando en realidad, es un proyecto que venera el capitalismo, la propiedad privada y el neoliberalismo, aunque haya manifestado que ha llegado el «momento de los pobres y excluidos».

Al mismo tiempo, proponemos la recomposición de la izquierda y que tome en cuenta las diferentes expresiones, sobre todo aquellas que se están articulando en las comunidades rurales, en contra del neoliberalismo y sus megaproyectos que ponen en riesgo la vida y la seguridad de la mayoría pobre y extremadamente pobre del país.

Guatemala una realidad compleja: multiculturalidad y desigualdad

Breve descripción de los pueblos que habitan en Guatemala

Guatemala, país centroamericano, con una población mayoritariamente indígena –maya, xinka y garífuna–,¹ es considerada como «nación, pluricultural, multiétnica

¹ Los *garífunas* o *gariguna*, son descendientes de africanos, traídos de las Antillas por los españoles, para trabajar como esclavos, principalmente en los viñedos, los cuales estaban en su mayoría en manos de religiosos dominicos. Aunque desde la firma de la paz, se les

y plurilingüe».² Los pueblos indígenas que, en su mayoría, son descendientes de los mayas, viven en todo el territorio nacional, principalmente en la región del altiplano y del norte.³ Solo los mayas conforman más de veinte pueblos, entre ellos: Kiche, Kaqchikel, Ixil, Mam, Q'eqchi, Poqomchi, Poqomam, Qanjob'al, Chuj, Uspanteko.

Los mayas heredaron de sus antepasados conocimientos en arquitectura, escultura, danza, astronomía, medicina, agricultura, religión, política, etcétera. Muchos de estos conocimientos fueron destruidos con la invasión española de 1524, posteriormente con la colonización y poco tiempo después con los procesos de independencia y la etapa liberal, pero el pueblo maya mantuvo en la clandestinidad su saber, que ahora está siendo reivindicado como una forma para lograr su autonomía. La cosmovisión de los mayas tiene como centro la búsqueda de la armonía y el equilibrio, con la comunidad, la familia, la naturaleza, el ser humano y con la divinidad; y sobre esta misma concepción se desarrolló su organización política, social y económica. La reciprocidad, la solidaridad y el consenso son fundamentales para la convivencia entre todos.

Los xinkas por su parte, es el pueblo indígena que se ubica en la región oriental del país. Sus orígenes aún se desconocen, aunque algunos estudiosos, consideran que posiblemente sean descendientes de los Zoques-Mixes mientras otros plantean que son de origen Pipil.⁴ La organización social-político-religiosa de los xinkas, está vinculada a la forma comunal de la tenencia y propiedad de la tierra, alrededor de la cual giran las relaciones familiares, la protección de la naturaleza, la organización política y religiosa.

Los garífunas, habitan actualmente en parte de los municipios de Livingston y Puerto Barrios, en el departamento de Izabal. Sus raíces son africanas, arawak, del Caribe francés e inglés. Proceden de la isla de San Vicente. La religiosidad y el parentesco son aspectos centrales de su identidad. La mujer desempeña un papel importante en la vida de la comunidad y el culto a los antepasados es vital.⁵

Menos estudiados en Guatemala, son los ladinos; algunos argumentan que no existe tal identidad, pues son mestizos, aunque ahora hay esfuerzos intelectuales

consideró como indígenas, actualmente está todavía en discusión si se le puede aplicar dicha categoría, tomando en cuenta las demandas de los afrodescendientes en el continente latinoamericano.

² Véase el Acuerdo Sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, firmado entre el gobierno de Guatemala y la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala, México, 1995.

³ Consúltese PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2005, «Diversidad étnico-cultural: la ciudadanía en un Estado plural».

⁴ Véase Ministerio de Cultura: *Perfil de los pueblos Maya, Garífuna y Xinka de Guatemala*, 2001.

⁵ *Ibidem*.

para estudiar la identidad ladina –como los de Claudia Dary e Isabel Rodas–, puesto que la categoría «mestizo» es universal.

Como puede apreciarse, Guatemala es una nación donde conviven diferentes pensamientos y formas de ver el mundo y la vida, y diversas concepciones sobre el poder y sobre las relaciones de poder. Esta realidad guatemalteca requiere no solo la construcción de un nuevo Estado basado en un mero mecanismo simbólico de inclusión, que tenga como postulado la democracia liberal representativa o participativa, sino la construcción de un proyecto democrático basado en la plurinacionalidad del país,⁶ que tiene como objetivo lograr el derecho a la autonomía y la libre determinación de los pueblos, como verdaderas naciones, con su propio territorio y su autogobierno.⁷

La desigualdad y la exclusión social

La realidad multicultural de Guatemala se ve opacada por las acciones folclóricas del Estado, al aplicar diferentes políticas encaminadas no al fortalecimiento de la identidad de los pueblos indígenas, sino a la utilización simbólica de las culturas. Si bien existen diferentes propuestas de políticas públicas para resolver la situación de los pueblos indígenas, no tocan las estructuras del Estado que tiene más de 200 años de anquilosamiento y se construyeron sobre la base de la desigualdad y la exclusión social, que tiene como fundamento la discriminación y la xenofobia.⁸

Al mismo tiempo la situación de pobreza y extrema pobreza en la cual vive la mayoría de la población guatemalteca, principalmente indígenas y ladinos pobres, tampoco son tomados en cuenta al elaborar políticas sociales, aunque en el discurso los diferentes gobiernos y sus funcionarios están de acuerdo con los informes vertidos por organismos internacionales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Latinobarómetro, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), entre otros, que consideran a Guatemala uno de los países de América Latina en donde la inflación ataca, principalmente, a los más desposeídos.

⁶ Consúltense Máximo Ba Tiul: *Del multiculturalismo a la autonomía*, Congreso de la Red Latinoamericana de Antropología Jurídica (RELAJU), Ecuador, 2005 y México, 2007; Demetrio Cojti: «Elementos para un modelo guatemalteco de Estado multinacional», en *Nuevas perspectivas para la construcción del Estado multinacional*, Guatemala, 2007.

⁷ Declaración Universal de los Derechos de los Pueblos Indígenas.

⁸ Véase CODISRA: *Política Pública para la Convivencia y la eliminación del Racismo y la Discriminación en Guatemala*, octubre de 2006; Consejo de Organizaciones por la Observancia y Verificación de los Derechos de los Pueblos Indígenas en Guatemala: *Informe sobre las Recomendaciones de los Relatores Especiales de la ONU y del Comité para la Discriminación Racial*, julio de 2007.

Aunque sectores del pueblo ladino se encuentran entre las clases pobres, la asimetría que existe entre los indígenas y los ladinos en relación con la situación socioeconómica es considerable.⁹ El informe de Desarrollo Humano de 2005 del PNUD expresa que «más del 80% de la población indígena, se ubica en los estratos bajo y bajo extremo. Mientras que su participación en el estrato medio es del 5% y el sector alto es inexistente».

Sumado a esta desigualdad económica, está la poca o nula presencia del Estado en los campos de la salud y la educación. En este último es importante señalar que la propuesta de Reforma Educativa elaborada en el marco del proceso de paz para la población desarraigada por el conflicto armado y las organizaciones indígenas, fue dejado en segundo plano por los últimos seis presidentes de Guatemala, y en contraposición se fortalece y se impulsa la reforma propuesta por la oligarquía guatemalteca en el proyecto denominado Foro Guatemala.

La participación política de los pueblos indígenas y de los pobres, en partidos políticos y en comités cívicos –las dos formas de acceder a puestos de elección popular reconocidos por la Ley de Partidos Políticos–, cada vez está más limitada, aunque para algunos analistas y líderes se ve mayor, por el grado de mercantilización para acceder a cuotas de poder. Aquí podemos citar como ejemplo las últimas elecciones del año 2007, cuando por primera vez se manifiesta abiertamente la intervención de la oligarquía organizada en diferentes gremios y cámaras, y el narcotráfico y el crimen organizado, como financistas de los diferentes partidos políticos y comités cívicos, incluso del partido ganador en esta contienda electoral,¹⁰ la Unidad Nacional de la Esperanza (UNE) que ahora es el partido oficial.

Durante el gobierno de Alfonso Portillo (2000-2004), del Frente Republicano Guatemalteco, se aprueban las tres leyes de participación ciudadana: 1) el Consejo de Desarrollo; 2) el Código Municipal; y 3) la Ley de Descentralización. Estas tenían como objetivo, lograr una de las recomendaciones de los Acuerdos de Paz: mejorar la participación de la ciudadanía en la toma de decisiones políticas y económicas, desde lo local hasta lo nacional. Lamentablemente, hasta ahora estos espacios se han politizado a favor de los diferentes partidos políticos.¹¹ Asimismo la creación de lo que se suele denominar «ventanillas indígenas» o «ventanillas sociales», como espacios para paliar en parte el problema de exclusión, desigualdad y racismo, hasta ahora sigue siendo instituido dentro del Estado, pero sin mayor presupuesto, sin mayor incidencia y sin políticas claras a favor de los pobres y más pobres en el país.

⁹ PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2005, «Diversidad étnico-cultural: la ciudadanía en un Estado plural».

¹⁰ Véase Instituto de Estudios Estratégicos por la Democracia (IDE), *El Observador*, no. 9, octubre de 2007.

¹¹ Máximo Ba Tiul: Informe sobre el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, CIFCA, Bruselas, 2007.

Esta situación nos hace pensar que la construcción de una nación y de un Estado que vele por las mayorías y no responda a la oligarquía, está aún muy lejos de construirse, toda vez que los sectores sociales y el movimiento de izquierda, carecen de propuestas políticas que les permitan articularse bajo un proyecto común, como camino para la creación del nuevo sujeto político histórico guatemalteco, que ahora no solo es el estudiante, el campesino, el proletario, sino también el migrante, el indígena, el ladino pobre, el minero, el trabajador de maquila, la trabajadora de casa, etcétera.

Elecciones de 2007: el difícil encuentro entre la izquierda partidista y la izquierda social

Desde la contrarrevolución de 1954, encabezada por el Movimiento de Liberación Nacional, bajo el apoyo financiero de los Estados Unidos, se inicia el conflicto armado interno que duró treinta y seis años y terminó con la firma de la «paz firme y duradera». Las causas que generaron el conflicto armado tenían su origen en factores económicos, sociales y políticos de carácter estructural,¹² que hasta ahora no han podido resolverse, puesto que la situación social, económica y política de la mayoría de la población guatemalteca sigue siendo mala.

Los efectos del conflicto son claramente estudiados en el Informe de la Comisión sobre el Esclarecimiento Histórico (CEH) de las Naciones Unidas, por el informe de la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) de la Conferencia Episcopal de Guatemala, y por otras investigaciones de diferentes instituciones tanto nacionales como extranjeras. Estos se contabilizan con más de 250 000 muertes, 45 000 desaparecidos, 400 aldeas arrasadas, y más de un millón de desplazados y refugiados.

Después de esta etapa que ha dejado una huella imborrable en la población guatemalteca, sobre todo en quienes vivieron el «horror y terror» del Estado, podríamos evaluar los éxitos y fracasos de la izquierda guatemalteca en todo el período, aunque a decir verdad, los sentimientos siguen siendo encontrados, por ejemplo algunos y algunas mayas intelectuales, manifiestan su profundo rechazo a la izquierda, porque consideran que esta los utilizó al no tomar en cuenta su forma de vida, su modo de pensar y su estructura organizativa de manera real y consecuente, como lo sucedido en la desarticulación de la Coordinadora de Organizaciones Mayas de Guatemala (COPMAGUA)¹³ o por ciertos actos de irresponsabilidad de algunos cuadros al

¹² URNG: *Línea política de los revolucionarios guatemaltecos*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1988.

¹³ Kajkoj (Máximo) Ba Tiul: *El movimiento Winaq, la controversia: ni a la izquierda ni a la derecha*, documento de debate sobre las izquierdas, FLACSO y Fundación Friedrich Ebert, Guatemala, 2007. Bastos, Santiago y Manuela Camus: *Entre el Mecapal y el Cielo*, FLACSO-Guatemala, 2003.

abandonar a comunidades enteras y someterlas a una situación de indefensión ante el Ejército, las Patrullas de Autodefensa Civil y el mismo Estado,¹⁴ –ese fue el caso de las comunidades Poqomchi de la región de Alta Verapaz, en 1981.

Esta situación necesariamente habrá que discutirla a profundidad, como en el diálogo que tuviera la ahora diputada por Encuentro por Guatemala y el Movimiento Winaq, Otilia Lux de Coti con quien en aquel momento era el decano de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Rafael Landívar: «quién los ha utilizado más», le preguntaba el decano, ella respondía «la derecha, pero también hay que reconocer que la derecha ha dado más espacios».¹⁵ En efecto, durante los gobiernos militares y hasta ahora, la participación indígena dentro de la institucionalidad del Estado, tal vez no ha sido muy cuantitativa y tampoco cualitativa, pero siempre ha estado presente. Cabe recordar, por ejemplo, a los hermanos Tetzahuic, como representantes del FIN durante el gobierno de Lucas García; a los señores Mauricio Quixtán y Manuel Salazar, en la Asamblea Nacional Constituyente durante el gobierno de Mejía Víctores; y así, sucesivamente, hasta ahora, pero estos solo son acciones folclóricas hacia lo indígena y que no resuelven los problemas estructurales de la discriminación y del racismo.

En el comunicado de 1985, la Comandancia General de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), manifestaba que «era necesario luchar todos juntos, indígenas y ladinos, para terminar con esa injusta desigualdad y discriminación de nuestro pueblo. Debemos evitar que los poderosos sigan utilizando la discriminación como un instrumento del poder político, para marginar e instrumentalizar, oprimir y explotar a la población indígena y dividir a los guatemaltecos».¹⁶ Ya en 1982, el Ejército Guerrillero de los Pobres reconocía en su documento «Los Pueblos Indígenas y la Revolución Guatemalteca» el carácter multinacional de Guatemala y concluía que luego de la toma del poder por las fuerzas revolucionarias, será en los organismos clasista y étnico-nacionales revolucionarios de dirección del Estado, donde, de común acuerdo, libre y voluntariamente, los pueblos indígenas y el pueblo ladino, decidirán la configuración económica, social y política que habrá de tener la nueva patria multinacional.¹⁷

De esta manera, la relación entre etnia y clase comenzaba a configurarse como una propuesta para la transformación social, económica y política del Estado y de la nación guatemalteca, que por decisiones políticas, ya a principios de 1990 se comenza-

¹⁴ Máximo Ba Tiul: «Re' Jin Aj Kajkoj» («Yo Soy de Kajkoj»), tesis de Licenciatura en Antropología, Escuela de Historia, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2003.

¹⁵ Diálogo en el que estuve de observador, después del Foro del Movimiento Winaq, en la Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 2007.

¹⁶ URNG: ob. cit., p. 97.

¹⁷ Ejército Guerrillero de los Pobres: «Los Pueblos Indígenas y la Revolución Guatemalteca», 1982 (fotocopia).

ba a prefigurar en el incipiente proceso de paz, precisamente por eso, los acuerdos de paz fueron considerados como líneas mínimas para iniciar esa transformación o refundación en Guatemala, como se quiso demostrar en el Plan de Gobierno de la URNG que presentara en las elecciones recién pasadas.

Para las elecciones de 1995, las izquierdas inician nuevamente un proceso para ver las posibilidades de configurar un partido que tomara en cuenta todas las demandas de las organizaciones que conformaban la izquierda social de ese entonces: sindicatos, movimiento indígena, movimiento de mujeres, movimiento de pobladores, movimiento de derechos humanos, etcétera; para ello se habían aglutinado espacios organizativos como el Octubre Revolucionario, Ciudadanos por la Democracia, Movimiento Cívico Democrático y un sector de partidos de derecha como el Partido Revolucionario, el Partido Desarrollo Integral Auténtico, el Partido Laborista y la Unión Reformista Social; estos últimos como posibilidades con el objetivo de que la izquierda pudiera tener ya un espacio jurídico legal para su participación, al que accedieron muchos líderes de izquierdas, incluyendo cuadros de dirección de la URNG, quienes aceptaron utilizar la personería jurídica del Partido Revolucionario, solo que transformado en Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG).

La confluencia indiscriminada de partidos, originó cierto desorden en los propósitos. La amplia gama de asistentes comenzó a asumir posturas radicales que hicieron difícil seguir manteniendo el consenso inicial.¹⁸

El origen de este primer movimiento después de muchos años de no participación abierta, parte, por un lado, de una evaluación de los partidos políticos que buscan renovar sus instituciones; de inquietudes de participación en sectores políticos de izquierda, hasta entonces excluidos; y del movimiento social, que por primera vez se plantea seriamente el camino de la participación político-electoral, para buscar una alternativa a sus propias aspiraciones y a las de la sociedad guatemalteca.¹⁹

Por su parte, el movimiento social comienza a tener sus crisis, porque sus máximos líderes empiezan a participar en puestos de elección popular con lo cual muchos en las bases no estaban de acuerdo, toda vez que no había suficiente claridad sobre la forma de tomar decisiones, los ejes del plan de gobierno y otras situaciones que son importantes en momentos electorales. Por otro lado, comenzaban a sentirse nuevamente las diferencias que había entre los frentes que conformaban la URNG y que había sido motivo por el cual no se daba la articulación como un cuerpo unitario durante la guerra. Además, en el proceso de paz, ciertos sectores del movimiento social, como, por ejemplo, los indígenas y las mujeres, veían que los comisionados

¹⁸ Véase Álvarez Bobadilla, Marco Tulio y Columba Sagastume Paíz: «Perspectivas de la izquierda en Guatemala, el caso del Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG)», materiales de *Estudio y Trabajo*, no. 27, Friedrich Ebert, Guatemala, 1998.

¹⁹ *Ibidem*, p. 14.

en la mesa de negociación no defendían los temas tal y como emanaban de las propuestas elaboradas por las mismas organizaciones y sus bases.

Esta situación, poco a poco, fue haciendo mella dentro de las estructuras organizativas tanto político-partidarias como la URNG, como dentro del movimiento social, lo cual repercutió en el momento en que la URNG se convierte en partido político y comienza a hacer sus propuestas para participar, ya no utilizando otra figura partidaria sino como partido. Las pugnas dentro de la izquierda repercuten en las elecciones subsiguientes; en la de 1999, se pensaba que con la conformación de la Alianza Nueva Nación, la izquierda podría lograr oxigenarse, pero en vez de eso, comienza a dividirse de modo acelerado: la URNG encabezada por Gaspar Ilom y Rolando Moran, ANN por Pablo Monsanto, y luego aparece en el escenario político Encuentro por Guatemala de Nineth Montenegro, quien antes militaba en la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA).

En las elecciones del año 2002, el movimiento de izquierda participa partidariamente de forma mucho más desarticulada; ya Pablo Monsanto se separa de URNG en definitiva y Nineth, por su parte, decide fortalecer y convertir a Encuentro por Guatemala en partido político. Esta situación imposibilita la construcción de una verdadera alianza de izquierda, lo cual es bien aprovechado por el actual Presidente al proponer, ante la población y la comunidad internacional, a la Unidad Nacional de la Esperanza (UNE), como un partido socialdemócrata e identificarlo como una corriente de izquierda, al igual que Encuentro por Guatemala, en contraposición con el Movimiento Winaq, que se autoidentificaba como un movimiento sin ideología.²⁰

La propuesta de crear para estas elecciones el Frente Político y Social de Izquierda (FPSI), que posteriormente se transformaría en el Movimiento Amplio de Izquierda (MPSI), muestra la necesidad de una amplia articulación de la izquierda para lograr un proyecto, una visión de país, una ética frente a la vida, el poder y las relaciones con la naturaleza: esa es la perspectiva de muchas personas, organizaciones y movimientos. «Con miedos y desconfianzas pero con esperanza, muchas mujeres respondimos al llamado»,²¹ así como respondieron algunas organizaciones y comunidades indígenas, de derechos humanos y organizaciones campesinas.

No nos detendremos a analizar las dificultades que ha tenido la izquierda para articularse como partidos y con las estructuras sociales del país, pero sí podemos analizar los resultados de las elecciones pasadas, donde solo se pudo llevar dos diputados de la URNG, cuatro de EG-Movimiento Winaq, y se le puede anticipar nuevamente como una simple presencia dentro del legislativo sin muchas posibilidades de incidir.

²⁰ Kajkoj Ba Tiul: *El movimiento Winaq, la controversia: ni a la izquierda ni a la derecha*, ed. cit.

²¹ Véase Dolores Marroquin: «Emancipación humana: ¿principio o fin de la izquierda guatemalteca?», *El Observador*, no. 10, Instituto de Estudios Estratégicos por la Democracia, diciembre de 2007.

Después de las elecciones, las dificultades de la izquierda para asumir su responsabilidad han sido notorias, así como las del movimiento social. Por ejemplo, unos pocos días después de terminar los balances electorales, un grupo de miembros de la URNG inscribió en el Registro de Organizaciones Políticas del Tribunal Supremo Electoral (TSE) a la asociación con fines políticos Movimiento Amplio de Izquierda o Movimiento Alternativo de Izquierda, bajo el argumento de que había quienes intentaban robar el nombre. La reacción del Movimiento Político Social de Izquierda (MPSI), la colectiva Feminista de Mujeres de Izquierda y el Bloque Antimperialista, tres de las cuatro organizaciones que han conformado MAIZ, fue de condena y de rompimiento inminente. La desconfianza se impuso toda vez que permanecen vicios del pasado: autoritarismo, falta de transparencia y una actitud conspirativa.²²

Mientras tanto, otros sectores del movimiento social comenzaron a hacer negociaciones con los dos partidos políticos que llegaron a la segunda vuelta: la Unidad Nacional de la Esperanza y el Partido Patriota. Por ejemplo está el caso de la Coordinadora de Organizaciones Sociales (COS), con su campaña «no vote por militares»; inmediatamente el general Otto Pérez Molina, candidato por el Partido Patriota, las vinculó al otro partido, lo cual no era exagerado, porque tanto Orlando Blanco como Carlos Barreda, quienes se habían perfilado entre los pocos analistas que debatían el proceder del Estado sobre acciones políticas, económicas y sociales, ahora son parte del equipo de gobierno del nuevo presidente. Por su lado, el movimiento campesino y el movimiento indígena –que se habían dividido con el surgimiento de la candidatura de Rigoberta Menchú y su movimiento Winaq en alianza con Encuentro por Guatemala–, al no encontrar ninguna expectativa de ganancia, más que derrota, también inician el calvario de la negociación, en su mayor parte con la UNE, sin mayores resultados, porque desde el anuncio de la conformación del gabinete de este nuevo gobierno, que se hizo sentir como socialdemocrático en su discurso,²³ al afirmar que «había llegado el tiempo de los pobres, de los indígenas y de los excluidos», en su equipo solo aparece un indígena como ministro de Cultura, quien no está vinculado a ninguna estructura del movimiento indígena, y ningún espacio le fue asignado a los campesinos, como lo demuestra los recientes comunicados de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CONIC), el Movimiento de Mujeres Indígenas Tz'ununija y otras organizaciones, quienes se sienten engañados y olvidados por este nuevo gobierno.

Como se manifiesta en el Editorial, de *El Observador*, no. 10, si bien es cierto que no se trata de buscar responsables, porque no estamos para eso, sí hay que decir que una buena parte de la responsabilidad de lo que está sucediendo con la izquierda

²² Consúltese Jorge Mario Salazar Monzón: «Frente Político Social de las Izquierdas en Guatemala: un horizonte difuso», *El Observador*, no. 10.

²³ Discurso de toma de posesión del ingeniero Álvaro Colom, en Internet (www.guatemala.gob.gt).

guatemalteca y su relación con el movimiento social (campesino, mujeres, indígenas, afrodescendientes, de la tercera edad, jóvenes, homosexuales, lesbianas, pobladores, etcétera), recae en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca y en su ligereza por convertirse en partido político después de 1996, pues no solo obvió las necesarias discusiones internas para profundizar en el hecho, sino optó por seguir autodenominándose vanguardia y asumiéndose como la única izquierda posible. La URNG desechó y desestimó el hecho de que otras expresiones de izquierda iban aglutinándose fuera de su membresía, al mismo tiempo que las diferentes expresiones sociales que antes habían estado bajo su égida, adquirirían su propia dinámica y escapaban al formalismo del sistema político-electoral con lo cual obligaban a una relación distinta a la de los tiempos de la guerra. Por el contrario, ya como partido político la URNG fue anquilosándose y perdiendo el norte del proyecto político de izquierda guatemalteca, en un contexto donde afloraron nuevamente en su seno las viejas pugnas por cuotas de poder entre los principales dirigentes de las cuatro organizaciones que la conforman.²⁴

Por otro lado, el movimiento social también padece los mismos vicios de la izquierda formal que hoy se constituye como izquierda partidista. La acelerada oenegización del movimiento ha permitido la construcción de un modelo desvinculado de las comunidades, que está emergiendo como el nuevo movimiento social y de izquierda. El desarrollo de actitudes caudillistas y empresariales dentro de las organizaciones encuentran en la cooperación al desarrollo y la famosa «cooperación solidaria» la forma de agenciarse un salario sin compromisos políticos y sociales con los más pobres. Esto implica que el movimiento social carece también de un proyecto político articulado. Sumado a esto, encontramos la construcción de gobiernos que aunque quieran llamarse de izquierda tipo Chile, Costa Rica y ahora Guatemala, promueven la derechización de ciertos personajes de izquierda que al vincularse en puestos institucionales de segundo nivel o con pocas posibilidades de incidir, solo se dedican a avalar las políticas neoliberales del Estado.

Perspectivas para un nuevo movimiento de izquierda

Las diferentes propuestas de izquierda que se están construyendo en América Latina, nos plantean nuevas formas de articulación de la izquierda guatemalteca y esto se convierte en un reto. La oposición al neoliberalismo está adoptando diferentes formas políticas, económicas y sociales. Se pueden distinguir tres tendencias: la de los proyectos locales alternativos, propuestos por intelectuales que trabajan con las ONG; la de la reforma pragmática, que propone el regreso a la intervención estatal para así frenar los excesos del libre mercado; y por último la radical, o revolucionaria, que se opone al libre mercado, a las privatizaciones y a los planes de austeridad

²⁴ Véase «Introducción», *El Observador*, no. 10.

para abogar por formas colectivas de propiedad, por una mayor equidad social y por el desarrollo del mercado interno.²⁵

Al mismo tiempo, Petras afirma que los principales protagonistas del cambio se encuentran en las zonas rurales y pertenecen a una nueva generación de hombres y mujeres sin tierra que han desarrollado una sofisticada forma de ver el mundo y que comparten un estilo de vida y un modo de hacer política basados en la igualdad de condiciones y en la participación directa en las asambleas populares,²⁶ como las movilizaciones comunitarias en contra de las concesiones mineras a cielo abierto, de las hidroeléctricas, de los megaproyectos, de la venta de los recursos naturales vía reservas forestales, programas ecoturísticos, etcétera.

Por eso, no es casual que una de las primeras giras del nuevo mandatario, fuera al área rural, en una de las regiones donde el conflicto armado azotara con intensidad, nos referimos a Ixcán, Playa Grande, Quiché,²⁷ donde la organización cooperativista durante los años 1970 y 1980, como fruto de la colonización de las tierras en 1960, fuera una base social muy fuerte para el movimiento revolucionario, y que, por esa razón, fuera reprimida por el Estado y actualmente forma parte de la red de comunidades indígenas que se oponen a la hidroeléctrica. Además, es la región en donde se construirá el mega proyecto Franja Transversal del Norte, carretera que unirá México con Guatemala, para tener vía libre al Atlántico, uno de los proyectos contemplado dentro del Plan Puebla-Panamá, el Plan Maya-Jaguar y el Plan Nuevos Horizontes, vinculados a los Tratados de Libre Comercio con los Estados Unidos.

De esta manera, según muestra Harnecker la izquierda guatemalteca deberá ser «el conjunto de fuerzas que se opone al sistema capitalista y su lógica de lucro, que lucha por partir de los intereses de las clases trabajadoras, libre de la pobreza material y de las miserias espirituales que engendra el capitalismo. La izquierda no se reduce, entonces, a la izquierda que milita en partidos u organizaciones políticas de izquierda, sino que incluye a actores y movimientos sociales. Estos son muchas veces más dinámicos y combativos, identificados con esos ideales, pero que no militan en ningún partido u organización política».²⁸

Marta sigue afirmando en su libro que solo la unión de los esfuerzos militantes de las más diversas expresiones de la izquierda permitirá cumplir cabalmente una segunda tarea: construir una confluencia mayor de todos los que sufren las consecuencias del actual capitalismo salvaje en un gran bloque social antineoliberal. Para ello se necesita de una madurez tanto de la izquierda política como de la izquierda

²⁵ James Petras: *La izquierda contraataca, conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*, Akal, Cuestiones de Antagonismo, Madrid, 2000.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Ubicado en la parte nororiental del país.

²⁸ Marta Harnecker: *La izquierda después de Seattle*, Siglo Veintiuno de España Editores, 2002.

social, sin reivindicarse de una forma victimizante, sino como verdaderos y claros sujetos políticos.

Un claro ejemplo nos lo está demostrando el Movimiento Indígena de Bolivia que en alianza con el Movimiento al Socialismo (MAS), está enfrentando a la oligarquía de la famosa región de la Media Luna, con tal de hacer valer los derechos de los de abajo; o la propuesta de la CONAIE, en su asamblea reciente, en donde emancipan su derecho a la plurinacionalidad de la nación ecuatoriana.

Para ello necesitamos, según Raquel Gutiérrez, salir de la paradoja de la cercanía al poder, expresada con claridad por el presidente de la CONAIE, Leonidas Iza, cuando explicaba la ruptura de la alianza política que esta organización hizo con el presidente Gutiérrez: «Nunca hemos sido más débiles que cuando estuvimos en el gobierno». Y en este asunto de la cercanía con el poder, si los movimientos sociales no tienen una serie de ideas estratégicas básicas de por dónde avanzar, su acercamiento al poder, sus alianzas con otros partidos o incluso la formación de instrumentos políticos desprendidos de y controlados por los propios movimientos como se ha ensayado en Ecuador y Bolivia, no darán los frutos esperados.²⁹

La pregunta que le queda ahora por responder al movimiento de izquierda guatemalteco, tanto en su forma político-partidista como en su forma social, es si tendrá la claridad para iniciar un proceso de reconstitución, ¿estarán las posibilidades abiertas para que los líderes y las lideresas de ambas izquierdas puedan entrar en un debate profundo y sanar las herida que dejó el conflicto armado?, ¿habrá voluntad política para aceptar que la nueva izquierda está en las comunidades rurales, en las mujeres, en los jóvenes que deambulan buscando formas de subsistencia y formas para salir de la pobreza y no en los llamados movimientos nacionales ubicados en la gran ciudad?

Con todo esto quisimos reflexionar que «otro mundo es posible», pero con otra imagen de la izquierda, con un proyecto político renovado y con un nuevo liderazgo. Sobre todo ahora que en Guatemala se estará realizando el Foro Social Américas a finales del año 2008, se necesita de una izquierda amplia, responsable, seria y solidaria.

KAJKOJ (MÁXIMO) BA TIUL

Antropólogo, con maestría en Ciencias Sociales por FLACSO-Ecuador, articulista, ensayista e investigador sobre temas relacionados con movimientos sociales, indígena, y de izquierda. Docente Universitario, asesor de comunidades indígenas, actualmente coordina la creación el Centro de Estudios Estratégicos de los Pueblos Indígenas.

²⁹ Raquel Gutiérrez Aguilar: «América Latina: notas para entender qué significa, hoy, izquierda» (fotocopia).

nuevos títulos de Che Guevara

publicados en conjunto con el Centro de Estudios Che Guevara



OTRA VEZ

Diario del segundo viaje por latinoamérica

Prólogo de Alberto Granado

Graduado ya de medicina, Ernesto Guevara emprende un segundo viaje por Latinoamérica, que cambió su vida para siempre. Texto sugerente y lleno de claves que nos permiten entender la vida y obra del Che, al mostrarnos la búsqueda de un camino que lo conduce a la revolución, donde se perfila ese gran amor por la humanidad y una estatura moral de inmensas dimensiones.

200 páginas + 32 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-78-7

PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA: CONGO

Prólogo de Aleida Guevara

La participación del Che en la guerrilla congoleña en 1965, resulta expresión de una práctica internacionalista consecuente con sus tesis tercermundistas. En este escrito de madurez, entrelaza la descripción de esta experiencia local, con el análisis de perspectiva mundial.

304 páginas + 42 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-79-4



MARX Y ENGELS

Una síntesis biográfica

Texto hasta ahora inédito, escrito por Che Guevara después de la contienda internacionalista del Congo. Es una biografía en la que se refleja la esencia humanista de los fundadores del marxismo, así como el contexto y las reflexiones que sobre sus obras hiciera el Che.

Este libro incluye una lista de lecturas sugeridas por Che, imágenes y facsímiles de los manuscritos originales del Che.

74 páginas, ISBN 978-1-921235-25-2

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

REFLEXIONES SOBRE EL CHE



CHE SIN ENIGMAS **Mitos, falacias y verdades**

Germán Sánchez

Un aporte a una visión objetiva del Che Guevara. Analiza las diversas biografías sobre el Che, la imagen que la prensa ofrece al público, abordando temas que con frecuencia se han tergiversado en los medios y los textos académicos. El autor, comprometido intelectual y actual embajador de Cuba en Venezuela, nos da a conocer importantes propuestas de análisis y evaluaciones sobre la extensa obra y la intensa vida del Che, con el ánimo de mostrarlo sin enigmas ni distorsiones.

178 páginas, ISBN 978-1-921235-77-1



CHE EN LA MEMORIA DE **FIDEL CASTRO**

Fidel Castro

Una biografía clásica. Fidel Castro escribe con franqueza y emoción, acerca de su histórico compañerismo revolucionario. Fidel crea un vivo retrato de Che Guevara —el hombre, el revolucionario, el intelectual—, revelando diversos aspectos sobre su inimitable determinación y carácter. En estas memorias políticas se incluye el discurso que dio Fidel al regreso en 1997 de los restos del Che a Cuba, y ofrece una franca evaluación de la misión boliviana.

164 páginas + fotos, ISBN 978-1-921235-02-3

La integración independiente y multidimensional de Nuestra América

LUIS SUÁREZ SALAZAR

Introducción

En los últimos años y sobre todo a partir del comienzo del segundo lustro del siglo **xxi**, han florecido diversos enfoques optimistas en relación con las posibilidades más o menos inmediatas de profundizar o ampliar, según el caso, los diferentes proyectos y procesos de «integración económica» que en la actualidad se están desarrollando en el espacio geográfico, humano y cultural que, a fines del siglo **xix**, José Martí denominó Nuestra América.

Con independencia de sus diferentes historias, fundamentos teórico-prácticos, institucionalidades, superpuestas pertenencias, fortalezas, debilidades, amenazas y oportunidades orientados de Norte a Sur y de Este a Oeste, estos son: el Sistema de Integración Centroamericano (SICA), la Comunidad del Caribe (CARICOM), la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), la Comunidad Andina de Naciones (CAN) y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

En tales enfoques optimistas han influido, entre otros factores, los progresivos cambios políticos que desde finales del pasado siglo, pero sobre todo en el primer lustro de este siglo se han venido produciendo en diferentes países «nuestroamericanos», así como el fracaso de las negociaciones dirigidas a suscribir el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), como una de las tantas expresiones de lo que he llamado «la ralentización del nuevo orden panamericano» impulsado desde comienzos de la década de 1990 por las clases dominantes, los poderes fácticos y los gobiernos temporales estadounidenses (demócratas y republicanos), en consuno con sus correspondientes contrapartes canadienses, latinoamericanas y caribeñas, así como con las diversas instituciones del Sistema Interamericano.

Sin dudas, entre las causas de tal lentificación se encuentran las multiformes acciones emprendidas por diversos gobiernos y por otros actores sociales y políticos latinoamericanos y caribeños de raigambre popular (en lugar destacado, los «nuevos» y «viejos» movimientos sociales) con vistas a impulsar diversos proyectos

antineoliberales o anticapitalistas y antimperialistas de desarrollo económico, social, político, ecológico-ambiental e ideológico-cultural, al igual que, consecuentemente, nuevos paradigmas para la que pudiéramos llamar *la integración independiente y multidimensional* (política, ecológica, económica, social y cultural, así como en los campos de «la seguridad» y «la defensa») de la que en 1953 Ernesto Che Guevara llamó «nuestra Mayúscula América».

Expresiones recientes de ese optimismo han sido las alabanzas asociadas a la ampliación, institucionalización y profundización del ALBA, a la aún inconclusa ampliación y reforma del MERCOSUR, así como a la fundación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), acordada entre los mandatarios de esa región en la Cumbre Energética (calificada por el presidente Hugo Chávez como «la Cumbre perfecta») realizada en la República Bolivariana de Venezuela el 16 y 17 de abril de 2007.

Asimismo se consideran los elogios vinculados a los relativos avances obtenidos en la institucionalización de un Mercado y Economía Única entre los países integrantes de la CARICOM (CSME, por sus siglas en inglés) y en la anunciada revitalización del Sistema Económico Latinoamericano y Caribeño (SELA). Esa organización intergubernamental (integrada por veintiocho Estados y gobiernos) ahora está enfrascada en el encomiable (pero difícil) empeño de lograr la convergencia y la articulación de la heterogénea e insuficiente institucionalidad político-jurídica que ha caracterizado (y todavía distingue) los diversos proyectos y procesos integracionistas referidos en el primer párrafo de este artículo.

Lo mejor del pensamiento sociológico *nuestroamericano*

Sin negar en lo más mínimo la importancia de esos acontecimientos, estas reflexiones van dirigidas a contrastar la teoría y la praxis de todos esos proyectos y procesos con el legado de lo que he denominado *lo mejor del pensamiento sociológico nuestroamericano*. Es decir, de aquellas vertientes del pensamiento político, jurídico, económico, social, antropológico y militar latinoamericano y caribeño que, a lo largo de los últimos doscientos años, han propugnado la imperiosa necesidad de lograr la unidad (y, a partir de la década de 1950, «la integración económica») de ese continente como única vía para que este pueda avanzar en la edificación de lo que Fidel Castro denominó, desde los primeros años de la década del sesenta, «su verdadera y definitiva independencia» frente al imperialismo estadounidense.

Demás está decir que esas aproximaciones hunden sus raíces en el pensamiento libertario y unitario de los que José Martí calificó como «los tres héroes» de las luchas por la «primera independencia» frente al colonialismo español (Bolívar, Hidalgo y San Martín), al igual que de aquellos de sus antecesores (Francisco de Miranda) y epígonos (entre ellos, Francisco de Morazán y el propio José Martí) que dedicaron sus correspondientes vidas a pensar e impulsar lo que –parafraseando una feliz

síntesis de Alfredo Guerra Borges— ahora podríamos denominar *el desarrollo independiente, integral e integrado* y, por tanto, autosustentable, simétrico, equilibrado y orgánicamente interdependiente de todos o de buena parte de los Estados y territorios actualmente ubicados al sur del Río Bravo y de la península de la Florida.

Como se conoce, tanto a lo largo del siglo xix, como a partir de los primeros decenios del siglo xx, las vertientes radicales de ese pensamiento sociológico latinoamericano y caribeño se nutrieron de las corrientes más progresistas del pensamiento universal, incluidos los postulados «jacobinos» de la Revolución Francesa de 1789 y las diversas lecturas del marxismo, en particular, de sus interpretaciones antidogmáticas, creadoras y revolucionarias impulsadas, entre otros «nuestroamericanos», por Julio Antonio Mella, Juan Carlos Mariátegui y Ernesto Che Guevara.

Sus ideas hoy alumbran a muchos de los propugnadores del llamado «socialismo del siglo xxi» y, de manera concomitante, de la que llamo “la integración neosocialista” de «nuestra Mayúscula América». Esa integración se contrapone, de manera más o menos radical, según el caso, a los esquemas de «integración neoliberal» que florecieron en la última década de siglo xx y a los eclécticos proyectos de «integración neodesarrollista» que han venido impulsando algunos gobiernos y fuerzas sociales y políticas (entre ellas, los llamados «empresarios antineoliberales») inspiradas en los manifiestos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) conocidos con los títulos de *Transformación productiva con equidad* (1993) y *Regionalismo abierto* (1994).

Una mirada crítica a la «integración económica»

Desde los referidos enfoques de lo mejor del pensamiento sociológico «nuestroamericano», lo primero que salta a la vista es que la mayor parte de los proyectos de «integración económica» que se desarrollan actualmente aún están bastante distantes de las utopías unitarias y libertarias de los «tres héroes» de las luchas por la independencia de América Latina frente al colonialismo español, y también del ideario de todos sus epígonos, incluidos los prohombres caribeños que, en diferentes momentos de la segunda mitad del siglo xix y la primera mitad del xx, propugnaron la Confederación de las Antillas (compuesta, en lo fundamental, por Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Jamaica) o una Federación que uniera entre sí, al menos, a la mayor parte del piélago de islas y territorios continentales (Belice, Guyana y Surinam) que componen las mal llamadas «Indias Occidentales».

Ello ocurre, entre otras razones, porque esos y otros pensadores y luchadores por la denominada «independencia política y económica» de América Latina y el Caribe combatieron de manera decidida contra todas las fuerzas centrífugas, endógenas y exógenas, que provocaron y, al final, cristalizaron la balcanización de los treinta y tres Estados nacionales o multinacionales, independientes o formalmente independientes que integran Nuestra América en la actualidad.

En los conceptos de esos próceres, mártires y pensadores de la unidad latinoamericana o caribeña, para evitar tal balcanización y fortalecer las fuerzas centrípetas que, pese a todo, existían en la región, era imprescindible –además de eliminar todo vestigio del colonialismo (empresa que aún no ha concluido)– fundar instituciones político-jurídicas federativas o supranacionales capaces de lograr y preservar la independencia del continente frente a todas las potencias externas (incluso los Estados Unidos) y de edificar la imprescindible unidad de la que Simón Bolívar llamó «la América antes española» (incluidas Cuba y Puerto Rico) y del que otros próceres caribeños denominaron «el archipiélago de la Antillas».

A pesar de su heterogénea y a veces complicada institucionalidad, ninguno de los proyectos y procesos integracionistas actualmente en curso entre los países situados al sur del Río Bravo y de la península de la Florida (ni siquiera el ALBA) ha logrado construir una eficiente institucionalidad supranacional (mucho menos, federativa) capaz de neutralizar en forma constante las múltiples fuerzas centrífugas que –según ha demostrado la experiencia histórica– por lo general actúan en las institucionalidades intergubernamentales, sobre todo en aquellas sometidas a las reglas de la unanimidad o del consenso entre sus miembros.

En esa realidad han influido (y todavía influyen) muchos factores internos y externos de diferentes signos que es imposible tratar exhaustivamente en el limitado espacio de este artículo. Sin embargo, quiero resaltar, en primer lugar, que, con la única excepción del ALBA, todos los proyectos y procesos de «integración económica» (sobre todo comercial) ahora en curso, así como sus antecesores «desarrollistas» (el Mercado Común Centroamericano, el Caribbean Free Trade Agreement y el Pacto Andino) se han emprendido por Estados y gobiernos temporales controlados, en mayor o menor medida, por los representantes políticos, económicos, militares e intelectuales de aquellos sectores de las clases dominantes latinoamericanas y caribeñas históricamente responsables de la balcanización y «desintegración» del continente, en particular, por las burguesías industriales, financieras y comerciales aliadas con sectores de las reaccionarias oligarquías agrarias y primario-exportadoras, así como subordinadas, en mayor o menor medida, a los monopolios, oligopolios y empresas transnacionales y multinacionales imperialistas, cuyas casas matrices radican en los Estados Unidos y, en el caso del MERCOSUR, en la llamada «Europa del Gran Capital».

El desarrollo desigual y distorsionado

En consecuencia, ese retardatario «bloque histórico» (como lo llamó Antonio Gramsci) ha promovido «modelos de acumulación y desarrollo» que no han sido capaces de superar los elementos estructurales (económico-sociales, ecológico-ambientales) y supraestructurales (políticos, jurídicos e ideológico-culturales) que han determinado y determinan lo que Andrés Gunder Frank denominó «el

desarrollo del subdesarrollo» en América Latina y el Caribe; o lo que es lo mismo, lo que Che Guevara definió como el «desarrollo desigual y distorsionado» de las economías y las sociedades de ese continente.

En su opinión y en la de algunos de sus seguidores intelectuales (entre ellos, ciertos cultores de la llamada «teoría de la dependencia», como Ruy Mauro Marini y Agustín Cuevas), ese fenómeno estaba (y está) determinado por la incapacidad histórica demostrada por las llamadas «burguesías nacionales» latinoamericanas y caribeñas para modificar radicalmente su dependencia estructural y, en muchos casos, funcional de las principales potencias imperialistas y, en particular, del imperialismo norteamericano.

Como han demostrado, entre otros, Theotonio dos Santos en lo que corresponde a América Latina y Tania García Lorenzo en lo que atañe al Caribe, tal dependencia estructural y funcional –agudizadas como consecuencia de la nefasta irresolución de «la crisis de la deuda externa», al igual que de la contrarrevolución y la contrarreforma neoliberal generalizadas en todo el continente en la década de 1990– determinan la incapacidad de los Estados y gobiernos de esas regiones para controlar sus «excedentes económicos» y, por tanto, para lograr la convergencia de sus correspondientes políticas económicas, internas y externas. Estas, generalmente, están subordinadas a los «ciclos económicos» de «onda» corta y larga, de tonalidad recesiva o expansiva que –según Carlos Marx y algunos de sus continuadores, como Ernest Mandel– caracterizan el funcionamiento de lo que Raúl Prebich llamó «el centro» y «la periferia» del sistema capitalista mundial. Sin dudas, lo anterior está en la base de los profundos déficits ecológicos, económicos, sociales, políticos, jurídicos, democráticos, ideológicos-culturales, institucionales y en el campo de «la seguridad» que han padecido y todavía padecen el SICA, la CARICOM, la CAN y el MERCOSUR.

En esas condiciones resulta prácticamente imposible lograr la armonización de aquellas variables macro-económicas, macro-sociales y monetario-financieras que –según demuestra la experiencia histórica– resultan imprescindibles para obtener avances cualitativos en los procesos de «integración económica» que actualmente se están desarrollando en el continente.

También resulta muy difícil movilizar «la voluntad política» que requieren esos empeños por parte de aquellos Estados y gobiernos temporales (México, Centroamérica, Panamá, República Dominicana, Colombia, Perú y Chile) que han unido su suerte, de manera total o parcial, a los intereses geopolíticos y geoeconómicos de los Estados Unidos mediante la firma (y en la mayor parte de esos casos, la ratificación) de diversos tratados bilaterales o plurilaterales en el campo de «la seguridad» y de los mal llamados Tratados de Libre Comercio impulsados en los últimos tres lustros por diferentes administraciones estadounidenses, como «locomotoras» o sucedáneos del ALCA, según el caso.

Esos y otros avances político-económicos, político-militares e ideológico-culturales de la que Ruy Mauro Marini denominó «la integración dependiente de América

Latina al imperialismo norteamericano» y a la cual John Saxe-Fernández ha definido como «la macro y micro-regionalización neomonroísta del hemisferio occidental», entorpecen enormemente cualquier avance cualitativo en la anhelada integración independiente y multidimensional de los Estados de América Latina y el Caribe; las acciones emprendidas por aquellos gobiernos que, en los marcos del SELA, impulsan o aceptan la búsqueda de convergencias institucionales entre los proyectos de integración en curso; e incluso las de aquellos gobiernos o fuerzas sociales, políticas o intelectuales que, dentro de sus correspondientes ámbitos geográficos, propugnan o acatan la reformulación de un nuevo «modelo de desarrollo» que garantice la consolidación de la CSME, la imprescindible reforma del MERCOSUR, la fundación de UNASUR o el avance de otros proyectos de «integración sectorial», como PETROCARIBE, PETROANDINA, PETROAMÉRICA, TELESUR, o, más recientemente, el Banco del Sur.

A modo de conclusión

Es esencial aclarar que el autor de estas reflexiones no tiene una aproximación «pessimista» frente a esos emprendimientos, ni mucho menos, desconoce la importancia de tener una actitud política proactiva que permita modificar en el futuro más o menos próximo todas o algunas de las tendencias negativas (debilidades y amenazas) que inciden en la integración independiente y multidimensional latinoamericana y caribeña. Solo persigue reiterar que –según lo mejor del pensamiento sociológico «nuestroamericano», así como las evidencias históricas acumuladas– cualquier avance en el desarrollo independiente, integral e integrado (incluida la profundización y ampliación de los proyectos «gran nacionales» que impulsa el ALBA) necesariamente pasan por lo que José Martí llamó «la segunda independencia» (frente a los Estados Unidos) y por «la refundación» de las Repúblicas y los Estados nacionales y multinacionales de Nuestra América.

A su vez, ambos procesos están vinculados a la modificación del carácter social y de clases de esos Estados; a la construcción de democracias socialmente incluyentes y políticamente participativas; a la eliminación de todas las discriminaciones de género, «raza», generación y preferencias sexuales existentes; en fin, al despliegue por parte de sus gobiernos de estrategias de desarrollo *desde y hacia adentro y desde y hacia abajo* que conviertan a los seres humanos (en particular a los grupos sociales de raigambre popular) en los principales protagonistas y beneficiarios de ese complejo proceso, así como que sean consistentes con la preservación de la naturaleza y la biosfera.

Como también han apuntado los cultores de lo mejor del pensamiento sociológico «nuestroamericano», todo ello implica la construcción de la correlación de fuerzas sociales y políticas, además de las condiciones objetivas y subjetivas que posibiliten realizar todos los cambios reformadores –que, como ha insistido Atilio

Boron, no es lo mismo que «reformistas»– y revolucionarios que demandan la mayor parte de los países de ese continente, ya que, en última instancia, sin reformas o revoluciones que trastocuen las deformadas bases del capitalismo dependiente, periférico y *subdesarrollante*, pre o posneoliberal, que todavía caracteriza a la mayor parte de sus treinta y tres Estados-nacionales y de sus diez territorios todavía coloniales (entre ellos, Puerto Rico), no habrá una genuina integración independiente y multidimensional de «nuestra Mayúscula América».

LUIS SUÁREZ SALAZAR

Escritor, investigador social, ensayista y profesor universitario, graduado en Ciencias Políticas con postgrado en Filosofía, y doctor en Ciencias Sociológicas de la Universidad de La Habana, ha publicado cerca de cien artículos y ensayos. También es autor, coautor, compilador y editor de más de dos docenas de libros. Algunas de sus obras han recibido importantes reconocimientos, tales como Mención de Honor del Jurado del Segundo Premio Internacional de Ensayo Pensar a Contracorriente, Premio de la Crítica Científico-Técnica de la Academia de Ciencias de Cuba y Mención Honorífica del Premio Libertador al Pensamiento Crítico, otorgado por el Ministerio de la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela.

En cada acontecimiento de la historia contemporánea se esconden la guerra de clases, la lucha entre la dominación y la rebelión; entre el poder, la resistencia y la revolución. Cada documento de cultura es un documento de barbarie. Debajo de la superficie, laten y palpitan las rebeldías de los pueblos sometidos, la voz insurrecta de las clases subalternas, los gritos de guerra de las explotadas y los condenados de la tierra.

Esta colección, de autores jóvenes para un público también joven, pensada para las nuevas generaciones de militantes y activistas, se propone reconstruir esas luchas pasándole a la historia el cepillo a contrapelo. La contra-hegemonía es la gran tarea del siglo XXI.

historias
**DESDE
abajo**



Guerra y Revolución en España

Valeria Ianni

La Guerra Civil Española, pelea entre la república y el franquismo, fue una batalla decisiva que significó el último aliento de la Revolución rusa de 1917, y el preludio a la escalada del fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Este breve escrito rescata las aspiraciones sociales radicales de los pueblos de España y su brutal represión en manos del franquismo. Da muestra también de los vínculos de la solidaridad internacional que se desarrollaron durante este periodo.

142 páginas, ISBN 978-1-921235-80-1

La Guerra de Vietnam

Agustín Prina

Una breve narración de la epopeya de Vietnam y sus combatientes. Narra las victorias sobre Japón, Francia y Estados Unidos; la lucha armada y política de esta pequeña nación y su indomable espíritu. Rescata las enseñanzas políticas de Ho Chi Minh y el general Giap. La influencia sobre las juventudes occidentales, en el movimiento anti-bélico en Estados Unidos y en el mundo, en el cine, el arte y la cultura, son también revisados en este texto.

188 páginas, ISBN 978-1-921235-79-5



El Nazismo

La otra cara del capitalismo

Patricia Agosto

Una breve historia del ascenso y caída del nazismo, el mayor régimen criminal y genocida que ha conocido la humanidad. Ofrece una mirada en profundidad más allá de Hitler. Analiza las causas internas e internacionales que llevaron a la consolidación del nazismo, y hace una radiografía de las fuerzas que se enriquecieron en medio de los campos de concentración y exterminio. También analiza las fuerzas sociales y de resistencia que se opusieron a este atroz régimen.

192 páginas, ISBN 978-1-921235-94-8

Antropología, contrainsurgencia y terrorismo global*

GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS

El 5 de octubre de 2007, el *New York Times* publicó un artículo de David Rohde («El Ejército enlista a la antropología en zonas de guerra»), sobre la considerada por los militares estadounidenses como «nueva arma crucial en las operaciones contra-insurgentes»: un equipo integrado por antropólogos y otros científicos sociales para su utilización permanente en unidades de combate de las tropas de ocupación de los Estados Unidos en Afganistán e Irak. El corresponsal informa que este singular involucramiento de las ciencias sociales en el esfuerzo bélico estadounidense constituye un exitoso programa experimental del Pentágono que, iniciado en febrero de 2007, ha sido tan recomendado por los comandantes en el teatro de la guerra que en septiembre de ese año el secretario de Defensa Robert M. Gates autorizó una partida adicional de cuarenta millones de dólares para asignar equipos similares a cada una de las veintiséis brigadas de combate en los dos países mencionados.

En el mismo artículo, se destacan las reacciones críticas por parte de un sector importante de la academia estadounidense que no duda en considerar el programa como «antropología mercenaria» y «prostitución de la disciplina», comparándolo con lo ocurrido en la década del sesenta, cuando se utilizaron antropólogos en campañas contrainsurgentes en Vietnam y en América Latina (Plan Camelot).

Ya en su sesión anual en noviembre de 2006 y con la presencia de cientos de sus integrantes, la American Anthropological Association condenó por unanimidad «el uso del conocimiento antropológico como elemento de tortura física y psicológica», ante el alegato de que los torturadores de la prisión Abu Ghraib, en Irak, pudieron ser inspirados por la obra de un antropólogo, a partir de la idea de que «hombres árabes humillados sexualmente podrían llegar a ser informantes comedidos».¹

* Artículo elaborado a partir de trabajos publicados por *La Jornada* durante los meses de noviembre y diciembre de 2007.

¹ Matthew B. Standard: «Montgomery McFate's Mission. Can one anthropologist possibly steer the course in Iraq?», *San Francisco Chronicle*, April 29, 2007.

En julio de 2007, el antropólogo Roberto J. González escribió un excelente artículo, en el cual detalla críticamente las contribuciones de antropólogos en la elaboración de dicho manual. González demuestra, incluso, que algunas de estas «contribuciones» no son innovadoras desde el punto de vista de la teoría antropológica y más bien parecen «un libro de texto introductorio de antropología simplificado –aunque con pocos ejemplos y sin ilustraciones».²

La antropología mercenaria estadounidense se caracteriza por la beligerancia y el cinismo con que justifica la estrecha colaboración entre antropólogos y militares en guerras imperialistas y violatorias de los más elementales derechos humanos y los principios fundacionales de la Organización de Naciones Unidas. Una de sus más aguerridas defensoras y autoras intelectuales es la antropóloga estadounidense Montgomery Macfate, quien se impuso la tarea de «educar» a los militares y cuya misión en los últimos cinco años ha sido convencer a los estrategas de la contrainsurgencia de que la «antropología puede ser un arma más efectiva que la artillería». Macfate ignora las críticas –que, por otra parte, le exasperan– de sus colegas en la academia, a quienes considera encerrados en una torre de marfil y más «interesados en elaborar resoluciones que en encontrar soluciones». Ella es ahora la «comisaria política» de los militares, una de las autoras del citado manual de contrainsurgencia, creadora del programa Sistema Operativo de Investigación Humana en el Terreno, iniciado por el Pentágono, y consejera de la Oficina del Secretario de Defensa. Todo un éxito del *american way of life*.

En realidad, la participación de antropólogos en misiones coloniales e imperialistas es tan antigua como la propia antropología, la cual se establece como ciencia estrechamente ligada al colonialismo y a los esfuerzos por imponer en el ámbito mundial las relaciones de dominación y explotación capitalistas. Un clásico sobre el tema es el libro de Gérard Leclercq, *Anthropologie et colonialisme* que en su introducción asienta: «El nacimiento común del imperialismo colonial contemporáneo y de la antropología igualmente contemporánea puede situarse en la segunda mitad del siglo XIX. Trataremos de poner en evidencia la relación de la ideología imperialista, de la que la antropología no es sino uno de sus elementos, con la ideología colonial, y las razones por las cuales una investigación “sobre el terreno” se hacía necesaria y posible por la colonización de tipo imperialista».³

Hay que recordar en México el papel protagónico que desempeñaron los antropólogos en la elaboración de las políticas indigenistas desde el momento en que Manuel Gamio, padre fundador de la disciplina en este país, definió la antropología

² Roberto J. González: «¿Hacia una antropología mercenaria? El nuevo manual de contrainsurgencia del Ejército de Estados Unidos FM-3-24 y el complejo militar-antropológico», *Anthropology Today*, Vol. 23, No. 3, June 2007.

³ Gérard Leclercq: *Anthropologie et colonialisme*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1972, p. 15.

como «la ciencia del buen gobierno», con lo cual se inició un maridaje entre antropólogos y el Estado mexicano que fue roto en parte cuando el movimiento estudiantil-popular de 1968 creó las condiciones para que las corrientes críticas se manifestaran y denunciaran la complicidad de la antropología mexicana posrevolucionaria en el afianzamiento del *colonialismo interno* que rompió la rebelión zapatista. El grotesco maquillaje cultural de la antropología contrainsurgente no cambia la naturaleza brutal de la ocupación imperialista ni ganará la mente y los corazones de la resistencia y de los millones de estadounidenses que se manifiestan de manera creciente contra la guerra.

El nuevo manual de contrainsurgencia estadounidense

Como expresión del grado de comprometimiento de la alta burocracia académica en los esfuerzos belicistas del imperialismo estadounidense, la Universidad de Chicago publicó en julio de este año una edición de bolsillo –de chaqueta militar, naturalmente– del nuevo *Manual de contrainsurgencia no. 3-24*. Esta abierta complicidad de los círculos de educación superior con la maquinaria de guerra de los Estados Unidos, provocó un alud de críticas de los intelectuales independientes estadounidenses, quienes con rigor analizaron el texto coordinado por el general David H. Petraeus y condenaron el vergonzoso papel desempeñado por las autoridades universitarias que consintieron en editar un manual destinado a la persecución, tortura y asesinato de seres humanos y a la ocupación militar de países en los «oscuros rincones del mundo» donde los Estados Unidos pretende hacer prevalecer sus intereses.

Uno de estos críticos es David Price, autor de un demoleador artículo traducido al español y publicado por *Rebelión*: «Prostitución de la antropología al servicio de las guerras del imperio», en el que demuestra el plagio realizado –en particular en el capítulo tercero del *Manual...*– de autores como Victor Turner, Anthony Giddens, David Newman, Susan Silbey, Kenneth Brown, Fred Plog, Daniel Bates, Max Weber, entre otros. Este capítulo, considerado por Price como central, fue escrito por la antropóloga Montgomery Mcfate, quien –recordemos– es una de las más fervientes partidarias de la utilización de la ciencia antropológica en la contrainsurgencia a partir de equipos de antropólogos «empotrados» en las unidades de combate en Afganistán e Irak. Price destaca esta carencia de ética intelectual debido a que «las pretensiones de integridad académica constituyen el fundamento mismo de la estrategia promocional del *Manual...*», que ha sido alabado por los mercenarios intelectuales del Pentágono en los medios masivos de comunicación y en periódicos y revistas como el *New York Times*, *Newsweek* y otras publicaciones estadounidenses. También, el *Manual...* ha provocado una reacción de alborozo en los medios militares de otras altitudes. El general brasileño Álvaro de Souza Pinheiro, por ejemplo, lo considera «el documento doctrinario de contrainsurgencia más bien elaborado que el mundo occidental ha visto hasta hoy en día» e informa que «gran parte de los

ejércitos de la OTAN ya está en proceso de reformulación de sus documentos similares, teniendo como base el reciente manual norteamericano».⁴

Seguramente que la Secretaría de la Defensa Nacional mexicana, por medio del Plan México, está analizando tal novedad editorial para poner al día sus viejos manuales de guerra irregular y mejorar sus campañas contrainsurgentes en Chiapas y otros estados de la república, ahora con el auxilio de antropólogos empotrados –a la moda Mcfate– que ayuden a «comprender» a los militares las culturas de los «nativos» que se rebelan contra el orden establecido.

La lectura del *Manual...* es obligatoria para entender la mentalidad de los intelectuales de la guerra «contra el terrorismo». El prefacio firmado por el general Petraeus (ahora a cargo de las fuerzas expedicionarias de los Estados Unidos en Irak) y por el general James F. Amos, del tristemente célebre Cuerpo de Marines, muestra que los militares estadounidenses se tornaron si no marxistas por lo menos *dialécticos* pues descubren que: «El Ejército y el Cuerpo de Marines reconocen que cada insurgencia es contextual y presenta su propio conjunto de retos». Por ello, una campaña de contrainsurgencia requiere que «Soldados y Marineros [así, con mayúsculas en todo el texto] utilicen una mezcla de tareas de combate con habilidades más frecuentemente asociadas con agencias no militares [...]. Se espera que Soldados y Marineros sean constructores de naciones lo mismo que guerreros. Ellos deben estar preparados para ayudar a restablecer instituciones y fuerzas locales de seguridad y asistir en la reconstrucción de los servicios básicos. Ellos deben de ser capaces de facilitar el establecimiento de la gobernabilidad local y el imperio de la ley. La lista de estas tareas es larga; hacerlas involucra una cooperación y coordinación con muchas agencias intergubernamentales (de los Estados Unidos), de la nación huésped y del ámbito internacional [...]. Conducir una campaña de contrainsurgencia exitosa requiere de una fuerza flexible, adaptable, dirigida por líderes ágiles, bien informados y astutos culturalmente».

El análisis de este prefacio a la luz de la ocupación neocolonial de Irak descubre que estos «constructores de naciones» han sido quienes sin justificación alguna llevaron a cabo una guerra violatoria del marco jurídico internacional contra un Estado independiente y miembro de la Organización de Naciones Unidas, que ha ocasionado la muerte de 650 000 iraquíes, la destrucción de la infraestructura básica de servicios públicos, el éxodo de millones de habitantes hacia el exterior, el saqueo y destrucción de su patrimonio cultural, el asesinato premeditado de sus escritores, docentes, médicos y abogados. La potencia ocupante estableció un gobierno pelele de colaboracionistas al que eufemísticamente llama «gobierno de la nación huésped», el cual se sostiene solo por la letal astucia cultural de Soldados y Marineros y el imperio de la ley de los Estados Unidos.

⁴ Consúltense *Chile Press*, 2 de abril de 2007.

Por cierto, 2007 fue el año más mortífero para las tropas de ocupación con 858 soldados estadounidenses muertos hasta el seis de noviembre y 3 855 acumulados desde 2003 (61 996 muertos y heridos por causas hostiles y no hostiles). ¿Será que el *Manual* no está funcionando, que los Soldados y Marinos no leen, que los antropólogos empotrados no hacen bien su trabajo? ¿Será, tal vez, que la insurgencia es más dialéctica que la contrainsurgencia?

Manual de terrorismo global

Un supuesto básico del *Manual de contrainsurgencia no. 3-24* es que los Estados Unidos tienen el derecho de intervenir militarmente en el ámbito mundial, lo cual se contrapone con los principios y leyes del marco jurídico internacional que dieron origen y constituyen el fundamento de la Organización de Naciones Unidas. Así, el *Manual* sostiene que su doctrina «por definición es amplia en perspectiva y contiene principios, tácticas y procedimientos aplicables *en todo el mundo* [...]. Esta publicación tiene como propósito ayudar a preparar a los jefes del Ejército y del Cuerpo de *Marines* a conducir operaciones de contrainsurgencia en *cualquier parte del mundo*».

Para justificar esta extraterritorialidad castrense –como ya mencionamos– los estrategas utilizan una entelequia jurídica denominada «*nación huésped*», cuyo gobierno «invita» a los Estados Unidos a la contrainsurgencia contra su propio pueblo, aunque dicha *autoridad* sea impuesta con posterioridad al derrocamiento del gobierno legalmente constituido y la ocupación militar del país por las fuerzas expedicionarias estadounidenses. Ya en la anexión del archipiélago de las Filipinas en 1898, los Estados Unidos libraron su primera guerra de contrainsurgencia del siglo xx contra la rebelión encabezada por Emilio Aguinaldo, con el pretexto –según el presidente estadounidense William McKinley– de «educar, elevar y cristianizar a los filipinos». ⁵ También, en la guerra contrainsurgente de los Estados Unidos en Nicaragua contra el general Augusto C. Sandino –quien derrotó una y otra vez a los *marines* estadounidenses– los yanquis emplearon la táctica de enfrentar «nativos contra nativos» al crear la Guardia Nacional encabezada por Anastasio Somoza García, quien finalmente asesinó a Sandino en 1934.

Otra de las ideas-fuerza del *Manual*... es que al poseer los Estados Unidos una abrumadora superioridad militar convencional, sus enemigos luchan por medio de una guerra no convencional, «mezclando tecnología moderna con antiguas técnicas de insurgencia y terrorismo [...] En contrainsurgencia, el lado que aprende y se adapta más rápidamente –el que tiene mejor organización para aprender– usualmente gana. Contrainsurgencias han sido llamadas competencias de aprendizaje. Entonces, esta publicación identifica que “aprender y adaptar” es un imperativo moderno de contrainsurgencia para las fuerzas de los Estados Unidos».

⁵ Timothy K. Deady: *Parameters*, Spring, 2005.

A partir de esta premisa, el *Manual...* concluye: «Irónicamente, la naturaleza de la contrainsurgencia presenta retos a los sistemas tradicionales de lecciones-aprendizaje; muchos aspectos no militares de la contrainsurgencia no llevan por sí mismos a un aprendizaje táctico rápido [...] Realizar tareas no militares en contrainsurgencia requiere conocimiento en muchas y diversas materias complejas. Estas incluyen gobernanza, desarrollo económico, administración pública, y el imperio de la ley. Comandantes con un conocimiento profundo en estas materias pueden ayudar a sus subordinados a entender ambientes desafiantes y poco familiares y adaptarse más rápidamente a situaciones cambiantes».

Se ofrecen definiciones a modo de insurgencia y contrainsurgencia: «insurgencia es una lucha político-militar organizada y prolongada ideada para debilitar el control y la legitimidad de un gobierno establecido, de una fuerza ocupante o de otra autoridad política, mientras se incrementa el control insurgente». Otra definición de insurgencia afirma que esta es «típicamente una forma de guerra interna, una que ocurre primariamente dentro de un Estado, no entre Estados, y una que contiene al menos ciertos elementos de guerra civil. Contrainsurgencia son las acciones militares, paramilitares, políticas, económicas, psicológicas y cívicas llevadas a cabo por un gobierno para derrotar a la insurgencia».

En el caso de Irak se observa que el «gobierno establecido» no tiene legitimidad ni control puesto que es una autoridad subordinada a la potencia ocupante. Asimismo, ante su fracaso contra la resistencia patriótica, los Estados Unidos han provocado la guerra civil, enfrentando a sunitas contra chiítas mediante atentados terroristas perpetrados por sus agencias de inteligencia, fortaleciendo la independencia de facto de los kurdos y debilitando al máximo la unidad nacional.

El gran «descubrimiento» del *Manual...* es su barniz antropológico: «El conocimiento cultural es esencial para emprender una exitosa contrainsurgencia. Las ideas americanas [sic] de lo que es “normal” o “racional” no son universales. Por el contrario, miembros de otras sociedades frecuentemente tienen diferentes nociones de racionalidad, conducta apropiada, niveles de devoción religiosa, y normas concernientes al género».

El verdadero proceso de aculturación de los soldados estadounidenses va más allá de los manuales, según palabras de un veterano de la guerra de Irak: «He sido un asesino psicópata porque me entrenaron para matar. No nací con esa mentalidad. Fue el Cuerpo de Infantería de Marina quien me educó para que fuera un *gangster* de las corporaciones estadounidenses, un delincuente. Me entrenaron para cumplir ciegamente la orden del Presidente de los Estados Unidos y traerle a casa lo que él pidiera, sin reparar en ninguna consideración moral. Yo era un psicópata porque nos enseñaron a disparar primero y a preguntar después, como lo haría un enfermo y no un soldado profesional que solo debe enfrentar a otro soldado. Si ha-

bía que matar a mujeres y a niños, lo hacíamos. Por tanto, no éramos soldados, sino mercenarios».⁶

Inteligencia en la contrainsurgencia

Si en cualquier tipo de conflicto bélico el trabajo de inteligencia es indispensable, en la contrainsurgencia es particularmente vital, señalan los militares estadounidenses. Por ello, el capítulo clave del *Manual de contrainsurgencia no. 3-24* versa precisamente sobre las características de la inteligencia en esta guerra *asimétrica*. Igualmente, dado que las conflagraciones que libran los Estados Unidos tienen lugar en espacios culturalmente *extraños*, el *descubrimiento* castrense es la colaboración de científicos sociales en las campañas imperialistas contra los movimientos revolucionarios y de resistencia nacional.

La antropóloga contrainsurgente Montgomery McFate lo explica de esta manera: «En un conflicto entre adversarios simétricos, en el que ambos son equivalentemente iguales y usan tecnología similar, comprender la cultura del adversario es en gran parte irrelevante. La guerra fría, con toda su complejidad, enfrentó entre sí a dos poderes de herencia europea. En una operación de contrainsurgencia contra un adversario no occidental, sin embargo, la cultura es importante».⁷

Ya que los comandantes y estrategias militares requieren «profundizar en las culturas, percepciones, valores, creencias, y procesos de toma de decisiones de individuos y grupos», el Pentágono integró equipos de expertos en economía, antropología y ciencia política, quienes desempeñan un papel en lo que técnicamente se ha llamado «Preparación de Inteligencia del Campo de Batalla», que consiste en el proceso continuo y sistemático de análisis de la amenaza posible del enemigo y el ambiente en una región geográfica específica. Los científicos sociales no son más que un instrumento de guerra, ya que las decisiones finales las toma el personal militar.

El *Manual...* describe el tipo de información que recaban estos singulares mercenarios académicos: «Por ejemplo, grupos tribales y familiares en Irak y Afganistán cruzan las fronteras nacionales en países vecinos. Las relaciones tras fronterizas permiten a los insurgentes contar con refugio seguro fuera de su país y les ayudan al tráfico tras fronterizo. El área de intereses puede ser grande en relación al AO [área operativa]. Muy frecuentemente esta puede estar influenciada por varios factores, tales como: redes de familia, tribales, étnicas, religiosas y otras que van más allá del área de operaciones; relaciones de comunicación y económicas hacia otras regiones; influencia de los medios de comunicación en la población local, el público de los

⁶ Jimmy Massey. Citado en *Cubadebate/Rebelión*.

⁷ *Military Review*, March-April, 2005.

Estados Unidos y los socios multinacionales; apoyos logísticos, financieros y morales del enemigo».

Los antropólogos-militares definen –con la ayuda del plagio ya denunciado– conceptos como sociedad, grupo étnico, tribu, redes, instituciones, roles y estatus, estructura y normas sociales, cultura, identidad, sistema de creencias, valores, actitudes y percepciones, lenguaje, poder y autoridad, fuerza coercitiva, capital social, participación política, entre otros. Todo ello para conocer lo que realmente interesa a los militares: los insurgentes, sus objetivos, motivaciones, apoyo o tolerancia de la población hacia ellos, sus capacidades y vulnerabilidades, formas de organización, líderes y personalidades claves, actividades y relaciones políticas, libertad de movimiento, sustentos logísticos, financieros y de inteligencia, nuevos reclutas, armamento y capacidades militares, entrenamiento, etcétera. Especial atención merece la estructura organizativa de los insurgentes: si es jerárquica o no, si los miembros están especializados, si los líderes ejercen un control centralizado, o se permite acción autónoma e iniciativa propia, si el movimiento opera independientemente, o tiene relaciones con otras redes y organizaciones, si los insurgentes le dan más peso a la acción política, o a la violenta.

También, cada dirigente es motivo de un escrutinio detallado: su papel en la organización, actividades conocidas y asociadas, historia personal y trayectoria, creencias, motivaciones e ideología, educación y entrenamiento, temperamento («por ejemplo, cuidadoso, impulsivo, pensativo, o violento»), importancia en la organización, popularidad fuera de ella. En las sesiones de tortura en Irak, Afganistán, Guantánamo, y otros «oscuros rincones del planeta», estas son, sin duda, algunas de las preguntas realizadas a los detenidos por las fuerzas de ocupación estadounidenses; también formarán parte de las *materias* que los mentores yanquis enseñaron a miembros de las fuerzas armadas mexicanas en los cursos de «combate al terrorismo» denunciados por *La Jornada*.

Asimismo, estrategias y tácticas de los rebeldes merecen especial cuidado: acciones conspirativas, militarismo, guerrilla urbana, guerra popular, emboscadas, incendios, bombas y explosivos, armas químicas, biológicas, radiológicas, o armas nucleares, manifestaciones, contrainteligencia de los insurgentes, ejecución de soplones, secuestros, toma de rehenes, infiltración y subversión, propaganda, ataques a instalaciones, sabotaje, entre otros. Se analizan todos los tipos de inteligencia: humana, operaciones militares, interrogatorio a detenidos y desertores, informes de asuntos civiles, operaciones psicológicas, de los oficiales del ejército y fuerzas policíacas del gobierno pelele, contratistas, delaciones telefónicas anónimas, periodistas, académicos, etcétera. También se obtiene información de inteligencia de rutinas de reconocimiento y vigilancia, sensores y cámaras, inteligencia espacial, análisis de archivos de propiedad, financieros, del contenido de celulares y computadoras. Sería un error subestimar las capacidades y los alcances de este trabajo de inteligencia

de los imperialistas estadounidenses, como pensar que son invencibles. También es importante que la comunidad de antropólogos en el ámbito latinoamericano se manifieste en contra de la utilización mercenaria de su disciplina.

GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS

Doctor en Antropología, profesor investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México.

Cuba



EN EL BORDE DE TODO

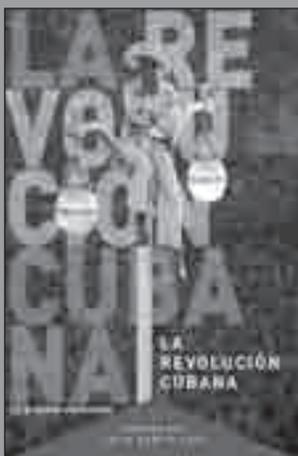
El hoy y el mañana de la Revolución en Cuba

Julio César Guanche

Partiendo del discurso de Fidel Castro en noviembre de 2005, en que alertaba sobre la posible reversibilidad del socialismo en Cuba a manos de “errores propios” de la construcción revolucionaria, surge este abierto debate.

Quienes participan en este libro construyen un diálogo complejo sobre cuestiones propias de las revoluciones en general y en particular de la cubana. Es una afirmación de cómo las soluciones revolucionarias solo pueden encontrarse en la discusión colectiva y la participación ciudadana.

368 páginas, ISBN 978-1-921235-50-4



LA REVOLUCIÓN CUBANA

45 grandes momentos

Editado por Julio Luis García

La Revolución cubana es uno de los acontecimientos que define el perfil del siglo XX. Para comprender la acción de Fidel Castro, sus compañeros de lucha y su pueblo, este tomo reúne por primera vez 45 grandes momentos del proceso que transformó la cómoda posición neocolonial de Estados Unidos hasta los años 50, en abanderada de la revolución y el socialismo. Una obra necesaria para todo investigador o estudioso. 45 documentos que ayudan a explicar por qué Cuba ha sobrevivido al colapso de la URSS y Europa del Este.

360 páginas, ISBN 978-1-920888-08-4



LA REVOLUCIÓN DEL OTRO MUNDO

Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI

Jesús Arboleya

Una revisión al concepto mismo de socialismo. El autor analiza la historia convergente de Cuba y Estados Unidos, que nos lleva a entender el fenómeno de la revolución en un mundo globalizado. Comparando el caso de la Revolución cubana con otros procesos como el venezolano, reivindica la importancia de la dialéctica en los análisis políticos y sociales contemporáneos

308 páginas, ISBN 978-1-921235-01-6

Colonialismo, neocolonialismo y socialismo*

JESÚS ARBOLEYA CERVERA

Una vez rebasado el estadio de la comunidad primitiva, la historia de la humanidad reporta la sucesión de grandes imperios. En la Antigüedad y el Medioevo, estos imperios intentaban dominar el espacio físico que los circundaba. El tamaño de la periferia estaba relacionado con la capacidad de sus ejércitos y el control político que fuesen capaces de ejercer sobre las comunidades sometidas a su poder.

Con el advenimiento del capitalismo, los imperios se expandieron por todo el planeta, y la supremacía en los mares primero y en el espacio aéreo después, desplazó en importancia al control territorial periférico. Al final, la expansión de la periferia dejó de tener límites físicos, el poder militar llegó a ser una constante absoluta, y el mundo quedó subordinado a un «imperio colectivo» de las grandes potencias –al decir de Samir Amin–, comandado por los Estados Unidos y puesto en función de los intereses de las grandes corporaciones transnacionales.

El discurso «civilizador» siempre ha acompañado la expansión de los imperios, y la religión ha caminado junto a los soldados, para hacernos creer que Dios también es imperialista. No obstante, en esencia se trata de restringir el desarrollo de otros pueblos, ya que en esta asimetría radica la capacidad de dominio. Como afirman algunos teóricos, el desarrollo y el subdesarrollo están íntimamente conectados y forman parte de un proceso universal.¹ En cuanto a las formas de dominación empleadas, este proceso ha transitado del colonialismo al neocolonialismo en los últimos cien años.

* Tomado del libro *La Revolución del otro mundo*, Ocean Sur, México D.F., 2007.

¹ Theotonio dos Santos: *A teoria da dependencia, balanço e perspectivas*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2000, p. 27.

Requerido de zonas de influencia que limitaran el acceso de los imperios competidores, el proyecto colonial siempre fue muy abarcador y consistió en establecer un orden más o menos extendido de dominación. Este orden implicó una organización política específica de las colonias y su periferia, el establecimiento de sistemas de alianza o el enfrentamiento con otras potencias, el aliento y la explotación de las contradicciones domésticas a favor del poder colonial, y la difusión de una ideología capaz de debilitar la capacidad de resistencia de los pueblos oprimidos.

La dinámica de estos procesos no siempre pudo regirse por el plan original de los imperios. Nuevas contradicciones, resistencias y oportunidades imprevistas, así como la aparición de otros actores, dieron forma específica a cada sistema y determinaron las características de los ciclos históricos coloniales. La búsqueda de oro y plata y la adquisición de mercancías de alta demanda –como las especias– constituyeron el centro de las motivaciones de los imperios capitalistas europeos en un primer momento. Después, el acelerado crecimiento de la producción incentivó la obtención de materias primas en las colonias y fue dando forma a un mercado mundial para los productos elaborados en los países metropolitanos. La aparición de los monopolios financieros completó la repartición territorial del mundo a finales del siglo XIX. Surgió así lo que Lenin denominó la «fase imperialista» del capitalismo desarrollado. El nuevo imperialismo vino a ser suma y síntesis de todos los imperios anteriores; fue el momento en el cual la sociedad clasista se desplegó en toda su dimensión e hizo uso de su máxima capacidad de dominación.

Según Lenin, el nuevo imperialismo estaría caracterizado por cinco rasgos fundamentales: la formación de grandes monopolios capitalistas, como resultado de la concentración de la producción y el capital; la fusión del capital industrial y el bancario, para dar forma al capital financiero; la exportación de capital, más que la exportación de mercancías; el surgimiento de lo que hoy llamamos empresas transnacionales; y el reparto del mundo en colonias o zonas de influencia.²

En la fase imperialista del capitalismo, el control del mercado colonial por los monopolios continuó siendo una pieza clave dentro de la estructura económica del sistema. La incesante renovación tecnológica trajo consigo una superproducción relativa que no podía ser asimilada –con la tasa de ganancia intacta– por el mercado interno de las metrópolis, por lo que la colonia constituyó una vía para la ampliación de la demanda en un contexto libre de competidores. Visto desde esta perspectiva, el colonialismo no fue más que la aplicación extraterritorial de la misma política proteccionista que caracterizó el desarrollo del capitalismo en los países imperialistas.

A su vez, las colonias pasaron a formar parte de las opciones de inversión del capital excedente. La exportación de capital hacia ellas permitió utilizar este excedente sin reducir la tasa de ganancia, limitar la capacidad industrial o constreñir

² V. I. Lenin: *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960, pp. 736 y 799.

el mercado interno metropolitano. Al invertir en las colonias, los monopolios aumentaron su tasa de ganancia reduciendo el capital variable; o sea, pagando la fuerza de trabajo por debajo de su valor, con lo cual elevaron los niveles de pobreza de los pueblos oprimidos.

Para Lenin, el sistema colonial era lo único que garantizaba de manera completa el éxito del sistema monopólico, ya que constituía la manera más beneficiosa y «cómoda» de ejercer la dominación. Su criterio era que la semicolonía constituía una «forma de transición», por lo que puede inferirse que el proceso debía conducirla al Estado colonial.³ Este análisis se asentó en la realidad conocida hasta entonces, sin embargo, apenas medio siglo después, los Estados dependientes no colonizados pasaron a convertirse en el patrón de la dominación imperialista.

La vida demostró que el imperialismo moderno podía prescindir del sistema colonial. De hecho, el desmantelamiento del sistema colonial a escala mundial fue el resultado de las contradicciones imperialistas después de la Segunda Guerra Mundial. Por la vía de la descolonización, los Estados Unidos redujeron el potencial de sus competidores y establecieron su hegemonía sobre el resto de los países capitalistas. Se produjo un nuevo reparto del mundo, mediante la adopción de formas nuevas de dominación, que ya no requerían de la subordinación política formal de los Estados dependientes.

La razón por la que el nuevo reparto del mundo transitó este camino, y no el de una recolonización a favor de los Estados Unidos, fue consecuencia de dos procesos convergentes: la existencia del campo socialista –el cual establecía un equilibrio y ofrecía alternativas a los pueblos coloniales– y el auge de los movimientos de liberación nacional, los cuales hacían muy «caro y peligroso» el mantenimiento del Estado colonial. Lenin con probabilidad tenía razón respecto a que el Estado colonial era lo más beneficioso y cómodo para los monopolios, pero en el mundo de la segunda posguerra, después de la derrota del fascismo, ya se había cimentado una cultura política nueva y existían fuerzas políticas suficientemente poderosas como para hacer impracticable su imposición.

Este fenómeno no fue nuevo en su totalidad; lo mismo ocurrió con América Latina después de la independencia de España. Por mucho que Inglaterra logró hacerse dominante en la mayoría de los Estados liberados, el sentimiento anticolonial le impidió emplear la misma política que aplicó en otras partes del mundo. La razón, antes y después, fue el fortalecimiento de la burguesía nativa de los países coloniales y las modificaciones que ello introdujo en sus relaciones con las potencias extranjeras.

Al igual que ocurrió en el siglo XIX latinoamericano, diversos sectores de la burguesía nativa africana y asiática encabezaron los movimientos anticoloniales del siglo XX y su importancia radicó en que alteraron la cadena de dominación imperia-

³ *Ibidem*, p. 787.

lista establecida hasta entonces. Al margen de que los elementos más progresistas de esta burguesía vincularon el nacionalismo con el desarrollo autóctono, promovieron reformas sociales en sus países y contribuyeron al fortalecimiento del movimiento antimperialista a escala internacional, la tendencia dominante fue prorratar el poder con los centros imperialistas, mediante una alianza que implicó su plena integración al nuevo sistema de dominación.

En las colonias, las diferencias entre extranjeros y nativos eran tan sólidas que resultaba imposible traspasar la barrera del origen. A los obstáculos para el crecimiento económico y el desplazamiento político, se sumaba la discriminación racial y étnica. No importaba cuánta riqueza alcanzaran, cuán vasallos fueran del imperio colonial, ni cuánto lograran vincularse con el poder establecido, su condición jamás podía equipararse a la de los colonialistas. Incluso entre los habitantes de las metrópolis y sus descendientes criollos se produjo un distanciamiento cultural, con profundas raíces económicas y políticas. En la medida en que los criollos vincularon sus intereses con la vida de la colonia, la metrópoli devino ajena y enemiga. El resultado fue que la burguesía nativa –integrada por criollos e indígenas– se convirtió, a veces sin quererlo, en la «representación» de la colonia frente a la metrópoli y en su competidora en la apropiación de las riquezas nacionales.

En tanto la condición colonial limitaba su desarrollo y se interponía en su participación directa en el mercado mundial capitalista, la burguesía nativa de los países coloniales asumió generalmente una actitud de confrontación a este sistema de dominio y encabezó las luchas por la liberación nacional en sus respectivos países; un papel muy distinto al que pasaron a desempeñar cuando la condición colonial se superó y se estableció el neocolonialismo.

En la neocolonia, los sectores dominantes de la burguesía nativa resolvieron sus contradicciones básicas con el capital extranjero y se integraron al sistema de dominación para participar de manera subordinada, pero orgánica, en este. A cambio de compartir los beneficios resultantes de la explotación de sus pueblos, asumieron la importante función del control político y social del país. La burguesía nativa dejó entonces de ser la representante de su nación frente a la metrópoli, para convertirse en representante de la metrópoli dentro de la nación.

¿Qué es entonces una neocolonia?

El historiador cubano Ramiro Guerra planteó que era un método de «colonización a distancia», el cual no requería transportar y establecer grandes masas de población metropolitana en las tierras conquistadas. Según él, en lo social, lo económico y lo político, el fenómeno continuaba siendo lo mismo que la colonización.⁴ De

⁴ Ramiro Guerra y Sánchez: *La expansión territorial de los Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 14.

la afirmación de Guerra puede inferirse que el neocolonialismo es un sistema de dominación más barato y ello determina su implantación.

Digamos que esto es verdad, pero solo en parte. Desde el punto de vista económico, la neocolonia no se diferencia mucho de los Estados coloniales. Su mercado, tanto externo como interno, se conforma a partir de los intereses de la metrópoli y está controlado por las corporaciones transnacionales. El capital extranjero se establece en los sectores más dinámicos de la economía y domina ramas vitales como la banca y los servicios indispensables para la vida nacional. Más importante aún, en la neocolonia se reproduce íntegramente la condición colonial de dependencia respecto a los intereses metropolitanos, y el subdesarrollo se mantiene como una cualidad del sistema.

No obstante, la «independencia formal» de las neocolonias respecto a los antiguos Estados coloniales tuvo implicaciones que trascendieron el plano jurídico, para influir en toda la superestructura política, social e ideológica de los nuevos Estados. El acceso al poder político marcó la diferencia en cuanto al papel de la burguesía nativa en uno y otro caso, así como determinó la naturaleza de los movimientos opositores al sistema y, en correspondencia, la forma que asume la política imperialista para contrarrestarlos. En resumen, la diferencia entre la colonia y la neocolonia radica en el papel de la burguesía nativa en uno y otro caso, en los recursos extraeconómicos que se utilizan para controlar el país y en el grado de penetración ideológica que, mediante la burguesía nativa y los recursos propios, logra alcanzar el sistema imperialista. El poder militar continúa siendo la muestra más evidente de la superioridad de la metrópoli respecto a los países dependientes y el factor disuasivo por excelencia frente a la resistencia popular, cuando este control escapa coyunturalmente de las manos de la burguesía nativa. Por ello, para mantener el dominio neocolonial, el Estado imperialista requiere de un ejército potente, incluso más potente que lo exigido por sus necesidades militares, toda vez que, psicológicamente, se trata de demostrar una fuerza invencible, dotada de la capacidad de movilizarse con un máximo de eficacia hacia los lugares donde, por lo general, no está establecido. A ello se suma la penetración ideológica imperialista, ejercida de manera directa o por medio de los resortes de la burguesía nativa, la cual debe ser capaz de abarcar todo el tejido social, aplacando los conflictos resultantes de la situación neocolonial y creando una cultura de la dependencia que debilite la autoestima de los pueblos, incentive la enajenación consumista y trate de adulterar los intereses nacionales.

Para consolidar el Estado neocolonial se requieren dos condiciones básicas: la presencia hegemónica de un poder transnacional que domine de manera absoluta la vida del país y una burguesía nativa orgánicamente subordinada a este poder específico, dígase una «burguesía testafarro», capaz de establecer el control político requerido para su funcionamiento. También es necesario que la metrópoli cuente con los capitales y la capacidad productiva para satisfacer el mercado interno de la neocolonia, así como asumir el procesamiento de sus materias primas fundamentales,

ya que, a diferencia de algunos antiguos imperios coloniales –particularmente el español y el portugués–, no vive de la renta del comercio con terceros.

Desde mediados del siglo xix, Inglaterra había demostrado algunas de estas capacidades gracias a su poder indiscutido en el mar, sus inversiones en el exterior, el continuo estímulo al comercio mundial y las comunicaciones, así como su inmensa capacidad para asimilar materias primas y reenviarlas a los mercados locales convertidas en productos elaborados. No obstante, aunque ensaya mecanismos neocoloniales en aquellos países donde no puede establecer soberanía política, la dependencia inglesa de los mercados externos y la competencia de los imperios europeos –especialmente la pujante Alemania–, la obligó al sostenimiento de un sistema colonial, que sobrevivió hasta la segunda mitad del siglo xx.

Por otra parte, al responder a las exigencias de la «modernidad», el neocolonialismo requiere demostrar una superioridad ideológica y cultural respecto a los viejos imperios coloniales, una pretensión ajena totalmente a la monarquía británica. Los Estados Unidos, que llegaron tarde a la repartición del mundo, pero mejor dotados para ejercer nuevos mecanismos de dominación –acordes con las exigencias ideológicas del momento–, se convirtieron en el modelo político ideal de los nuevos tiempos y en el patrón de la cultura mundial, toda vez que constituían los únicos depositarios posibles tanto de las ideas de la Revolución Francesa, como del progreso resultante de la revolución industrial inglesa. Sostenida por las inmensas riquezas existentes en su propio territorio y un mercado interno casi cautivo, que se equiparaba con los más grandes del mundo, la «democracia» norteamericana y, más importante aún, la cultura del *american way of life* se extendieron como paradigmas universales de la sociedad moderna, y relacionaron el neocolonialismo con el imperialismo norteamericano, más que con cualquier otro imperio. Así, puede afirmarse que los Estados Unidos inauguran esta forma de dominación, al menos en su versión más acabada.

El Estado neocolonial no está consolidado cuando no existe una potencia imperialista que predomine sobre las otras de manera absoluta en el control del país dependiente; cuando ella, aun siendo predominante, no ha logrado alcanzar el grado necesario de integración con la burguesía nativa e importantes sectores de esta clase se le oponen planteando un proyecto nacionalista; cuando no existen estos sectores, pero la burguesía testaferra no es capaz por sí misma de establecer un control relativamente estable del país o cuando la penetración ideológica y cultural no ha alcanzado niveles suficientes y es común la inestabilidad generada por conflictos religiosos y étnicos. Entonces, pudiéramos estar en presencia de los «casos intermedios», concebidos por Lenin para explicar la situación semicolonial.

Este término ha sido utilizado como sinónimo de neocolonia, pero pudiera servir mejor para establecer diferencias en el grado de dominación y en la madurez alcanzada por el sistema neocolonial en un país y momento determinados. Desde

el punto de vista teórico, esta distinción es importante, ya que la condición semicolonial explica la existencia de una burguesía vinculada a los intereses nacionales en algunos países del Tercer Mundo y su resistencia a la dominación externa. Este sector de la burguesía nativa fue el impulsor de proyectos nacionalistas que resultaron sumamente populares en ciertos países, y su reflujo es posible en las condiciones de un debilitamiento relativo del sistema de dominación neocolonial, a pesar de que la globalización neoliberal ha tenido tal impacto en las estructuras capitalistas nacionales y el dominio de los Estados Unidos es tan abarcador, que la condición semicolonial ha pasado a ser una rareza.

En definitiva, lo que ha cambiado respecto al pronóstico de Lenin es que la evolución no transitó hacia la colonia, como él había previsto, sino de manera preponderante hacia el Estado neocolonial. La resultante de este proceso es que la revolución antineocolonial no puede estar encabezada por la burguesía nativa, como ocurrió en la lucha contra el colonialismo. Al contrario, para emanciparse del dominio imperialista, los pueblos de los países dominados tienen que enfrentar primero el control político de la burguesía testafarro, el cual no es más que la concreción doméstica del poder imperialista. Debido a ello, el nacionalismo adquiere una dimensión revolucionaria, en la medida en que se contrapone al sistema neocolonial y se enfrenta al imperialismo que lo determina.

Marx dejó claro que «por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional».⁵ No obstante, los primeros teóricos marxistas consideraron las fronteras nacionales como un obstáculo para el desarrollo del movimiento proletario internacional, y el nacionalismo ha sido visto como un recurso de la burguesía para dividir a los obreros. Tal cosa ha ocurrido tanto en los países imperialistas como en los países dependientes, pero en la actualidad esta generalización pasa por alto la consolidación del sistema mundial capitalista y las diferencias que ello comporta en la dinámica política de unos y otros.

En los países dependientes, donde por lo general no existe un proletariado industrial capaz de encabezar la revolución e integrarse con sus similares en otras partes del mundo, el movimiento nacionalista puede asumir proyecciones revolucionarias, en tanto se enfrenta a la relación de dependencia que sirve de base al sistema mundial capitalista. Gracias a la explotación de terceros, el capital financiero atenúa las contradicciones con la clase obrera de sus respectivos países y es posible movilizar al pueblo con fines de dominación.

En el nacionalismo tercermundista se ven expresadas, por tanto, las corrientes más revolucionarias de la época imperialista. A todas luces no se trata de un movimiento clasista tan bien delimitado como el de las luchas obreras de los países

⁵ Carlos Marx y Federico Engels: «El Manifiesto Comunista», *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1955, tomo I, p. 31.

desarrollados, tampoco responde a una ideología homogénea, pero sí constituye un movimiento enfrentado al sistema de dominación capitalista, cuya naturaleza revolucionaria está dada por su impacto en las estructuras de dominación, sin las cuales no puede sobrevivir el sistema en su conjunto, toda vez que se trata de un sistema orgánicamente integrado, donde los países dominados actúan como los electrones respecto al núcleo atómico. La desintegración del capitalismo y su transformación en socialismo, no tiene necesariamente que originarse en el núcleo del sistema, sino en alteraciones de la periferia capaces de influir sobre el conjunto, hasta romper el equilibrio de fuerzas que lo sostienen. No hace falta negar la tesis de Marx respecto a que la batalla decisiva contra el capitalismo tendrá lugar en los países desarrollados, solo que el detonador de esas luchas pudieran ser los procesos nacionalistas de los países dominados.

Las luchas nacionalistas de los países dependientes transitaron de la colonia a la neocolonia. La burguesía nativa fue la que asumió la dirección del movimiento anticolonial; de ahí sus límites estructurales y su alcance político. Aun así, en los movimientos nacionalistas anticoloniales fue posible observar la emergencia de un pensamiento que se afianzó en el ideario político vigente y se proyectó hacia el futuro, para entroncar con los procesos antineocoloniales más avanzados e integrar, de esta manera, un movimiento revolucionario de alcance mundial, que se ha reconocido en la identidad del Tercer Mundo.

En la década del cincuenta, obtuvieron su independencia casi todas las colonias africanas. Salvo algunos casos, la descolonización de este continente transitó por un proceso relativamente pacífico, auspiciado, en buena medida, por las propias metrópolis europeas que aspiraban a transferir a las burguesías nativas la representación política del país, a cambio de conservar el control sobre sus economías. Algo similar había ocurrido un poco antes en Asia, con la independencia de Pakistán y de la India, donde se desarrolló un movimiento pacifista de resonancia internacional bajo la dirección de Mahatma Gandhi. No obstante, factores ideológicos complicaron el proceso en las antiguas potencias coloniales y nuevas contradicciones se desarrollaron a partir del momento en que muchos de estos países obtuvieron la independencia. En el caso de África, Ghana y Egipto encabezaron una corriente nacionalista que se enfrentó con el sistema de dominación imperialista y los acercó al campo socialista. Sin embargo, Kwame N'Krumah, al que sus conciudadanos llamaban *Osagyefo*, que quiere decir redentor, fue derrocado por los militares en 1966, y Gamal Abdel Nasser, líder del nacionalismo árabe, murió cuatro años después, ya debilitado políticamente como resultado de sus derrotas frente a Israel.

Con la muerte de Nasser, el movimiento nacionalista árabe perdió su esencia política unitaria, se distanció del problema palestino y se diluyó en el movimiento fundamentalista islámico, el cual ha servido tanto para legitimar las viejas monarquías de la región, como para alentar movimientos de resistencia armados contra los

Estados Unidos e Israel, los cuales, a pesar de contar con un evidente apoyo popular, no han podido estructurarse en un movimiento político coherente que incluya las necesarias transformaciones sociales de sus propios países.

El movimiento nacionalista africano más trascendente en esta época fue la Revolución Argelina. Enfrentados a la obstinada resistencia del colonialismo francés, los revolucionarios argelinos desarrollaron un movimiento de masas que sirvió de sostén a la intensificación de la lucha armada, hasta alcanzar el triunfo en 1962. A partir de ese momento, encabezaron un proyecto continental anticolonialista y propiciaron una teoría de la resistencia, que tuvo en Frantz Fanon a su principal divulgador. Fue tal la importancia del fenómeno revolucionario argelino, que su impacto tuvo resonancia mundial e influyó en la propia política doméstica de Francia y de otras naciones europeas.

Muchos de estos países se declararon socialistas, aunque su modelo económico se acercaba más a un capitalismo de Estado, basado en la nacionalización de las empresas extranjeras más importantes. No era la solución del conflicto clasista doméstico, pero constituía una forma de propiedad social en la que el pueblo se sentía representado y ello tendió a reforzar la conciencia nacional, aunque los frutos de esa propiedad no se distribuyeran equitativamente y la burguesía nativa se apropiara de los principales beneficios. Por otra parte, en tanto «administradora» de los bienes del pueblo, la burguesía nativa estableció cierto grado de autonomía respecto al capital transnacional y era propensa a una política nacionalista que encarnaba el ideario independentista. Sin embargo, en su afán por enriquecerse a costa del Estado y en permanente contradicción con el pueblo, que no tenía razones objetivas para financiar el desarrollo de su propia burguesía a costa de su sacrificio, la burguesía nativa tendió a privatizar los bienes nacionales y a dismantelar el «falso socialismo» –al decir de Engels– adoptado por algunos antiguos países coloniales.

Con la excepción de Vietnam, la tónica de los procesos anticolonialistas fue transitar hacia el camino del neocolonialismo. En Vietnam, por su parte, el proceso de descolonización tuvo dos vertientes, una, encabezada por la burguesía nativa que terminó en el gobierno corrupto y antinacionalista de Viet Nam del Sur y otra, en el norte, bajo la dirección del Partido Comunista, con Ho Chi Minh al frente, la cual derrotó sucesivamente a japoneses, franceses y norteamericanos y logró unificar el país. Aunque en la fase final, la Revolución Vietnamita se desarrolló en Estados que ya gozaban de una independencia formal, en buena medida no fue más que la continuación de las luchas anticoloniales y, en tal sentido, constituyó el único movimiento de este tipo que desembocó en el establecimiento de un Estado socialista consolidado.

El caso chino fue diferente. Aunque parte importante de su territorio fue ocupado por las potencias imperialistas durante el siglo XIX, China no fue una colonia y tampoco puede decirse que fue una neocolonia, en el sentido clásico del término.

Analizada como proceso político, la Revolución Socialista China pudiera parecerse bastante a la rusa, en tanto fue el resultado de la desintegración de un Estado imperial, que transitaba por un período relativamente breve de transformaciones democrático-burguesas, en medio de estructuras feudales establecidas desde tiempos ancestrales. Muchos consideran que se trató de un caso excepcional, pero afectó a la quinta parte de la población mundial y se correspondió con la experiencia de otros pueblos asiáticos.

La Revolución China tuvo una considerable repercusión en Asia durante la segunda mitad del siglo xx. Gran parte de los movimientos anticolonialistas de la región se inspiraron y tuvieron el apoyo de los comunistas chinos, particularmente en el caso de Corea, donde el proceso condujo a la primera guerra imperialista del período. La influencia china también se hizo presente en sectores de izquierda del Tercer Mundo. La teoría de una revolución socialista a partir de la movilización del campesinado —«rodear la ciudad», según Lin Piao— resultó bastante atractiva para muchos grupos revolucionarios incapaces de identificar en sus países un movimiento obrero capaz de plantearse la toma del poder político. Además, fueron los chinos quienes argumentaron la tesis de que la contradicción fundamental del mundo en esos momentos, no radicaba en el conflicto entre el sistema mundial capitalista y el sistema socialista integrado alrededor de la URSS, sino en la explotación del Tercer Mundo por ambos. Si el Movimiento de Países No Alineados planteaba aprovechar las contradicciones entre los bloques hegemónicos, los chinos proponían pelear contra ambos al unísono, lo cual sonaba muy radical.

Al margen de la discusión respecto a la validez teórica de estas propuestas, lo más importante en cuanto a su repercusión es que se aplicaron a partir del extraordinario dogmatismo que prevaleció en el pensamiento chino bajo los postulados de la Revolución Cultural. Por lo general, los partidos y movimientos «pro chinos» se desgastaron en la contradicción con los partidos comunistas «pro soviéticos» y, en muchos casos, degeneraron en cuerpos enajenados de la sociedad, como resultado de posiciones excluyentes y tácticas represivas, aplicadas incluso contra las comunidades que pretendían liberar. Esta tendencia, prácticamente, se diluyó hasta desaparecer como resultado de los cambios ocurridos en la propia China a partir de la muerte de Mao.

En el proceso de descolonización se agotaron las posibilidades revolucionarias a partir de las burguesías nativas, al menos de los sectores dominantes vinculados orgánicamente al dominio externo, por lo que la revolución antineocolonial no parece tener otra opción que concretarse en el socialismo. No obstante, se trata de un proyecto socialista aún difuso, que no tiene su propia teoría, toda vez que los principales pensadores marxistas centraron sus preocupaciones en el mundo europeo y plantearon la revolución como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas en los países ricos.

Marx consideraba que la revolución proletaria tendría lugar en aquellos países más desarrollados, donde el proletariado crecía y maduraba al ritmo del capital. Sus trabajos de la época reflejaron esta apreciación, por lo que esta idea se identificó como su «teoría de la revolución» y ello tuvo una influencia significativa en el pensamiento marxista europeo hasta principios del siglo xx.

Según Engels, gracias a la toma del poder político por el proletariado, se convierten en propiedad pública los medios sociales de producción y se redimen de su condición de capital individual. A partir de ese momento, es posible organizar la producción con arreglo a un plan determinado y superar la anarquía productiva que prevalece en el capitalismo. Una vez alcanzado este objetivo, deviene anacrónica la existencia de diversas clases sociales y se extingue la función política del Estado. El «gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción».⁶ Los teóricos marxistas coinciden en que se trata de un proceso histórico inexorable, condicionado por la contradicción entre la creciente socialización de la producción generada por el capitalismo y la apropiación individual del producto del trabajo ajeno por la burguesía. No obstante, la posible dinámica de estos acontecimientos ha sido objeto de las más diversas interpretaciones, por lo que no puede hablarse de un consenso generalizado respecto al tema de la teoría marxista de la revolución.

Engels la explica a partir de la constante necesidad de expansión de la producción, como resultado de la anarquía que genera la competencia, y la incapacidad del mercado de moverse a este ritmo. Según él, ello conduce a ciclos de crisis de superproducción, donde el modo de producción se rebela contra el modo de cambio, dando lugar a explosiones sociales violentas que conducen a la revolución proletaria. Creyó que «a ese punto» se había llegado en fecha tan temprana como 1877⁷ y Marx, también influido por el auge del movimiento obrero de la primera mitad del siglo xix, mostró un excesivo optimismo respecto a la derrota del capitalismo. Ello lo condujo a pronosticar que la revolución proletaria sería un proceso «inminente y breve», por lo que el aborto de la «revolución mundial proletaria», en la segunda mitad del siglo xix, se concibió entonces como el fracaso integral de su teoría de la revolución y no como un error en su análisis de la coyuntura.

Los socialdemócratas desecharon la posibilidad de la revolución proletaria y plantearon que al socialismo se llegaría como resultado natural del desarrollo del capitalismo en todas sus fases. Supuestamente, el «ultraimperialismo» atenuaría las contradicciones interimperialistas y el proletariado asumiría el poder por vías pacíficas, mediante las luchas legales que serían posibles en el espacio democrático

⁶ Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1955, tomo II, p. 146.

⁷ *Ibidem*, p. 147.

creado por tal situación. Rosa Luxemburgo fue la primera en enfrentar esta tesis que condujo a la enajenación definitiva de la socialdemocracia del movimiento revolucionario de su época e impidió al proletariado de Europa occidental, sobre todo en Alemania, a aprovechar el momento político generado por la Primera Guerra Mundial. Al aliarse con sus respectivas burguesías nacionales en la guerra, la socialdemocracia se integró para siempre al sistema de dominación imperialista.

Los comunistas rusos, sin embargo, pasaron por encima de los supuestos relacionados con la incapacidad del proletariado en ese país para hacer la revolución y los bolcheviques terminaron por apoderarse del poder político y establecer un Estado de naturaleza socialista. Esta experiencia permitió a Lenin adelantar la tesis de que, como resultado del desarrollo desigual del capitalismo, la revolución mundial socialista comenzaría por los eslabones más débiles de la cadena de dominación. Teóricos tan reconocidos como Gramsci contrapusieron la experiencia rusa a las tesis supuestamente defendidas por Marx. Según Gramsci «los hechos han provocado la explosión de los esquemas críticos en cuyo marco la Historia de Rusia habría tenido que desarrollarse según los cánones del materialismo histórico» y agregaba, «*El Capital*, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado, pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías».⁸

La «teoría» de la revolución de Marx fue entonces considerada obsoleta, y el fenómeno bolchevique trasladó el foco de atención de los teóricos marxistas hacia los sucesos del oriente europeo. No obstante, aun entonces estamos en presencia de teóricos con una visión eurocentrista de la revolución mundial socialista, que apenas habían sido testigos de la consolidación de la fase imperialista del capitalismo y desconocían a profundidad la problemática interna de los países de la periferia colonial y semicolonial del sistema. Su realidad eran las luchas del proletariado europeo —claramente identificado en la clase obrera— contra sus respectivas burguesías nacionales, también plenamente identificadas en su condición de clase social hegemónica. Incluso la tesis de Lenin respecto al eslabón más débil estaba referida a Rusia dentro del escenario europeo. Si para Marx la revolución en Alemania era el «preludio» de la revolución mundial, para Lenin, la Revolución Rusa era el «preludio» de la Revolución Alemana. Al igual que Lenin, Trotsky consideró a la Revolución Rusa como un proceso «ininterrumpido» que desembocaría en la revolución proletaria europea, la cual, según ambos, era indispensable para la supervivencia del nuevo Estado soviético.

⁸ Antonio Gramsci: «La revolución contra *El Capital*», *Antología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 34.

Sin embargo, enfrentado al problema nacional desde la realidad rusa, Lenin comprendió que los pueblos colonizados tenían un papel muy relevante en las luchas revolucionarias de su tiempo. Contra la opinión de Rosa Luxemburgo respecto a que «reconocer el derecho a la autodeterminación equivale a apoyar el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas», Lenin planteó criterios básicos respecto al problema nacional de los pueblos oprimidos, y sin llegar a elaborar una teoría integral para un fenómeno que alcanzó su madurez en la segunda mitad del siglo xx, introdujo el presupuesto del carácter progresista de los movimientos de liberación nacional de los pueblos coloniales, así como la estrategia que correspondía a los comunistas en este sentido: «Apoyar con la mayor decisión a los elementos más revolucionarios de los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional de dichos países y ayudar a su insurrección –y, llegado el caso, a su guerra revolucionaria– contra las potencias imperialistas que los oprimen».⁹

En realidad, el asunto no había sido totalmente ignorado por Marx, y el desarrollo de la revolución en los países colonizados no fue abordado por él con la rigidez que otros le achacaron con posterioridad. Marx no llegó a conocer la extraordinaria expansión colonial de finales del siglo xix y principios del siglo xx, por lo que no estaba en condiciones de pronosticar acontecimientos como la Revolución Rusa, ni el impacto que tendrían los procesos políticos de los países periféricos, en el conjunto del sistema de dominación capitalista. Asumió que los cambios revolucionarios en el mundo colonial dependerían del desarrollo del capitalismo en los países metropolitanos y en ello centró su atención. En algunos casos, llegó a la conclusión de que una masa crítica de proletarios, capaces de encabezar la revolución, no podía desarrollarse bajo las condiciones coloniales, y en ello tenía razón.

En el tan criticado caso de la India, planteó que se requeriría de un proceso muy largo para superar los problemas estructurales heredados por el capitalismo y pronosticó que la liberación vendría como resultado del triunfo del proletariado en «los pueblos más avanzados». No obstante, no fue renuente a la posibilidad de otras alternativas, «los hindúes no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la misma Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los propios hindúes no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico».¹⁰

⁹ V. I. Lenin: *La lucha de los pueblos de las colonias y los países dependientes contra el imperialismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1978, p. 166.

¹⁰ Carlos Marx y Federico Engels: «Futuros resultados de la dominación británica en la India», *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1955, tomo I, p. 335.

Esta fue también su línea de pensamiento cuando se enfrentó al hecho concreto de la posibilidad inmediata de la independencia irlandesa frente al dominio inglés. En una carta escrita a principios de 1870, Marx dejaba saber sus opiniones al respecto:

Los años de estudio de la cuestión irlandesa me hacen deducir que el golpe decisivo contra las clases dominantes de Inglaterra (y es decisivo para el movimiento obrero de todo el mundo) no se podrá dar más que *en Irlanda y no en Inglaterra* [...] Irlanda provee constantemente su excedente (de mano de obra) al mercado obrero inglés y baja así el salario y empeora la situación económica y moral de la *clase obrera inglesa* [...] El obrero inglés ordinario detesta al obrero irlandés [...] Se siente, por su parte, miembro de una nación *dominante*, cosa que lo hace instrumento de sus aristócratas y capitalistas *contra Irlanda* y consolida con ello el poder de estos *sobre él mismo* [...] *Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa*, a pesar de su organización. Es también el secreto del persistente poderío de la clase capitalista, que se da perfecta cuenta de ello [...] Inglaterra, metrópoli del capital, potencia dominante hasta hoy del mercado mundial, es por el momento el país más importante para la revolución obrera y el *único* en que las condiciones materiales de esta revolución han llegado a cierto grado de madurez. Por eso el objetivo más importante de la Asociación Internacional de los obreros es acelerar la revolución social en Inglaterra. Y el único medio de lograrlo es hacer a Irlanda independiente [...] La tarea especial del Consejo Central de Londres es despertar en la clase obrera inglesa la conciencia de que *la emancipación nacional de Irlanda no es para ella una cuestión abstracta de justicia o filantropía, sino la primera condición de su propia emancipación social*.¹¹

Gramsci continuó esta línea de pensamiento y dijo:

la situación internacional tiene que considerarse en su aspecto nacional. Realmente la relación «nacional» es el resultado de una combinación «original» única (en cierto sentido) que tiene que entenderse y concebirse en esa originalidad y unicidad si se quiere dominarla y dirigirla. Sin duda que el desarrollo lleva hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es «nacional». [...] Una clase de carácter internacional [...] tiene que «nacionalizarse». [...] Los conceptos no nacionales [...] son erróneos [y] han llevado a la inercia y a la pasividad. [...] Las debilidades teóricas de esta forma moderna del viejo mecanicismo quedan enmarcadas por la teoría general de la revolución permanente, que no es sino una previsión genérica presentada como dogma, y que se destruye por sí misma, por el hecho de que no se manifiesta fáctica y efectivamente.¹²

¹¹ Carlos Marx y Federico Engels: «Carta de Carlos Marx a Sigfrido Meyer y Augusto Vogt, abril de 1870», *Acerca del colonialismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, tomo I, pp. 144–146. Subrayados en el original.

¹² Antonio Gramsci: «Texto de los cuadernos posteriores a 1931», *Antología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 351–352.

De esta manera, el marxista italiano tomaba partido teórico respecto al tema de la «construcción del socialismo en un solo país» y sus implicaciones revolucionarias, el cual había pasado a formar parte de la disputa interna del Partido Comunista de la URSS, a partir de la muerte de Lenin. La intensidad de este conflicto y la falta de ética intelectual con que fue conducido por ambas partes, viciaron desde su origen los argumentos y dejaron una estela de confusiones históricas, en buena medida todavía no resueltas. En realidad, ni la tesis de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país renunciaba doctrinalmente al internacionalismo, como decía Trotsky, ni la tesis de la revolución permanente excluía la defensa del socialismo en la URSS, como afirmaba Stalin. Ambos fueron golpes bajos para sacar de juego al contendiente, en una lucha por el poder político, donde la teoría revolucionaria fue un ingrediente menor.

La consigna de construir el socialismo en la URSS fue la única alternativa frente al aislamiento internacional y la contrarrevolución que enfrentaba el Estado soviético. Lo contrario era capitular, en espera de que los proletarios de otros países hicieran primero sus respectivas revoluciones. Plantearse sobrevivir a toda costa implicó una voluntad de resistencia capaz de sortear escollos monumentales y constituyó una táctica política legítima –en tanto consigna de movilización popular– cuando estalló la guerra y la solidaridad con la Unión Soviética se estableció como un imperativo en la lucha contra el fascismo. Los problemas de la política exterior soviética respecto al internacionalismo, no tuvieron su origen en la tesis de la construcción del socialismo en un solo país, sino que fueron reflejo de las concepciones y los métodos autoritarios, burocráticos y represivos característicos del período estalinista.

Resulta interesante la opinión de algunos intelectuales trotskistas: «el aislamiento de la revolución en un país atrasado fue la premisa para el surgimiento de una burocracia soviética, [la cual] hundía sus raíces en el atraso económico y cultural que la revolución había heredado del zarismo [y no tenía] ninguna confianza en la capacidad de los trabajadores occidentales para llevar a cabo la revolución».¹³ Más allá de la disputa entre ambos personajes y sus seguidores, esta tesis podría explicar la incapacidad de la dirección estalinista para comprender en toda su complejidad la dinámica internacional, su real subestimación del movimiento revolucionario en otros países y la intención de controlarlo a partir de métodos de ordeno y mando.

Los efectos negativos de esta política se agudizaron después de la victoria frente al fascismo. Con ello, se desaprovechó un momento de auge del movimiento revolucionario internacional y el enorme prestigio alcanzado por la URSS entre las fuerzas más progresistas del mundo. La prioridad de proteger el Estado soviético se expresó mediante la construcción de un cordón geopolítico de seguridad, que lo convirtió

¹³ Ted Grant y Alan Woods: *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2000, p. 137.

en una potencia opresora de sus vecinos, los cuales se vieron obligados a asumir un supuesto socialismo que llegó montado en los tanques del Ejército Rojo.

Al margen de la importancia real que revestía la preservación del Estado soviético, la política estalinista trastocó los términos, subordinando el movimiento comunista a los mal interpretados intereses de la Unión Soviética. Al renunciar a la solidaridad en busca de un falso equilibrio de poder con las potencias imperialistas, la URSS debilitó las bases ideológicas internacionalistas del modelo socialista, limitó su capacidad de convocatoria política y creó contradicciones insalvables dentro del movimiento revolucionario internacional. Fue una política miope, porque al obviar las necesidades del movimiento revolucionario en cada país, la URSS abortó el desarrollo de un clima internacional realmente seguro para su propia supervivencia.

Esta política influyó negativamente en la práctica de muchos partidos comunistas, los cuales pretendieron sostener alianzas con la burguesía y continuar con un juego democrático que la guerra fría se encargó de destruir. Eso condujo a la adopción de tácticas ajenas a las condiciones concretas de sus luchas nacionales, para subordinarse en cuerpo y alma a un movimiento comunista internacional oficialista dominado por la URSS. La dependencia política respecto a la URSS, hizo muy vulnerables a estos partidos frente a la propaganda que los identificaba como «agentes extranjeros» en sus respectivos países, un estereotipo que en muchos casos resultó fatal para su integración a los procesos de liberación, toda vez que estos encontraron en el nacionalismo el factor de cohesión de las masas populares frente al imperialismo.

A pesar de sus limitaciones, la política soviética no fue una política colonialista, equiparable a la dominación imperialista. Cualquiera que pueda ser la crítica a la política exterior de la URSS a partir del período estalinista, en ningún momento la hegemonía soviética se expresó mediante la explotación de otros pueblos. Al contrario, sus propios enemigos señalaron como una debilidad del sistema, el costo sin beneficios económicos que implicaba su expansión. De todas formas, la imposición del poder político en los países limítrofes de la URSS y la exigencia de una subordinación incondicional al resto de los partidos comunistas, fue también una forma de opresión justamente criticada por muchos revolucionarios y aprovechada por sus enemigos para crear contradicciones que resultaron mortales para el sistema socialista europeo.

En el contexto de la guerra fría, los países del Tercer Mundo se percibieron atrapados entre dos bloques hegemónicos. En muchos casos, los sectores más progresistas de estos países no identificaron a la Unión Soviética como un aliado seguro y ello creó grandes confusiones, que debilitaron el movimiento revolucionario, en la medida en que la liberación se concibió ajena a la alianza con el campo socialista. Esta situación explica la orientación neutralista que tuvo el Movimiento de Países No Alineados entre los países del Tercer Mundo, a pesar de que la hostilidad contra

ellos provenía del campo capitalista y no del socialista. Ello tuvo implicaciones muy negativas para el marxismo como teoría revolucionaria, ya que limitó su adecuación a las condiciones de lucha que imponía el establecimiento del modelo imperialista a escala mundial y lo dejó vacío de una estrategia revolucionaria para el Tercer Mundo, algo que ocurrió, además, en el peor momento, precisamente cuando hacia estos países se desplazó el centro del movimiento revolucionario mundial.

Las luchas anticoloniales en Asia y África, la Revolución China en 1949 y la Revolución Cubana, diez años después, pusieron a debate los modelos teóricos existentes. No obstante, salvo excepciones, la mayoría de los teóricos marxistas de la época no centraron su atención en los procesos revolucionarios del Tercer Mundo. Fueron los revolucionarios de los países tercermundistas los que intentaron elaborar su propia teoría de la revolución y lo hicieron a partir de su experiencia inmediata, como resultado de la práctica revolucionaria. Al igual que ocurrió con los primeros pensadores marxistas, los principales teóricos tercermundistas de esta época serán, en la mayoría de los casos, los dirigentes de los procesos revolucionarios que analizan. Esta condición no aseguraba la certeza de todos sus postulados ni la construcción de un cuerpo conceptual altamente elaborado, pero al menos ubicó el debate en el meollo del conflicto. Mao, Ho Chi Minh, Fidel Castro y el Che Guevara serán los principales teóricos de la revolución socialista en la segunda mitad del siglo xx y quizá ello responda a una exigencia propia del marxismo, toda vez que se trata no de «interpretar el mundo, sino transformarlo».

Resulta evidente que la revolución socialista antineocolonial no puede transitar la fase democrático-burguesa prevista por Marx y la mayor parte de los primeros pensadores marxistas. Tampoco existe en los países neocoloniales una clase obrera capaz de encabezar la revolución proletaria como fue concebida para el entorno europeo. No es la revolución de la burguesía ni del proletariado industrial, es simplemente una revolución del «pueblo» –con todo lo difuso que resulte el término– contra un poder externo y de ello le viene su naturaleza nacionalista. No obstante, este movimiento nacionalista asume una connotación clasista a partir del enfrentamiento con la burguesía testaferrero y en tal sentido se identifica con la revolución proletaria, toda vez que sus fines son la transición hacia formas de organización de la sociedad sin clases y el establecimiento de un nuevo orden internacional. El error de los anarquistas y de muchos socialistas ha sido considerar que los proletarios «no tienen patria», la tienen, pero distinta a la de la burguesía. La revolución socialista antineocolonial es la revolución del Estado-Nación, bajo premisas clasistas diferentes.

La riqueza teórica del socialismo en los países del Tercer Mundo –y quizás en cualquier parte– radica en su eclecticismo, algo que no quieren comprender los dogmáticos. Ello no constituye una particularidad del sistema; ha ocurrido con el capitalismo y con cualquier otro régimen anterior, ninguno de los cuales se ha presentado mostrando formas «puras» del modelo diseñado por los teóricos, con más razón en

el socialismo, que está concebido como un tránsito hacia la sociedad sin clases. No existe algo como «el tránsito hacia el socialismo», el socialismo es un tránsito en sí mismo. La característica del socialismo es moverse de forma consciente hacia esta sociedad sin clases, desplazando brusca o gradualmente a la burguesía como clase dominante de la sociedad y acercándose a formas distributivas igualitarias tanto como sea posible. Ello no se logra a partir de reglas rígidas, sino adecuando el sistema a sus circunstancias específicas, por lo que no tiene sentido pretender explicar el socialismo a partir de un modelo único, amarrado a supuestos principios teóricos universales, convertidos por los dogmáticos en fundamentalismo político. El éxito de estos procesos dependerá de la capacidad de sus fuerzas dirigentes para interpretar la realidad, adecuar la estrategia a las exigencias específicas del momento y movilizar al pueblo en esa dirección. Ello requiere de una naturaleza popular muy abarcadora, impulsada por nuevos patrones paradigmáticos.

La revolución socialista antineocolonial debe desarrollarse en un entorno totalmente distinto al concebido por los marxistas europeos, donde el socialismo se plantea como la consecuencia del desarrollo, mientras que en el Tercer Mundo el socialismo es una condición para alcanzarlo –y por lo tanto liberarse– y no su resultante. En el capitalismo, la base financiera del desarrollo ha sido la explotación, primero dentro del propio país, pero sobre todo de los países dependientes en las condiciones del imperialismo. Dado que la acumulación originaria para el desarrollo de los países pobres no puede ser esta, a falta de un orden mundial que propicie el desarrollo, hay que buscarla mediante la liberación de la explotación externa y en una mejor distribución de la riqueza propia. Esta es la esencia económica del movimiento de liberación nacional en las condiciones del neocolonialismo. El socialismo no es solo una opción política e ideológica, es una necesidad del desarrollo, toda vez que no existe otra manera de acumular el capital que requiere tal inversión. El grado en que un país se acerque a esta meta explica la madurez del sistema. No obstante, por sí mismo, el solo proyecto de alcanzarlo constituye una quiebra del actual régimen de dominación, ya que reblandece la ideología en que se sustenta. En ello radica el valor revolucionario de los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo, que en la actualidad tienen como blanco fundamental –y factor de coherencia política– el enfrentamiento a la hegemonía mundial alcanzada por el imperialismo norteamericano.

El tránsito de la neocolonia al socialismo va a encontrar en la Revolución Cubana su aplicación práctica y su referencia teórica. Cuba es el único país del mundo que ha transitado el ciclo colonia-neocolonia-socialismo y tal proceso ha ocurrido íntimamente vinculado a la evolución de los Estados Unidos y a su consolidación como imperio neocolonialista por excelencia. De por sí, esta cualidad convierte a Cuba en laboratorio social de la revolución antineocolonial y aclara sus implicaciones estratégicas.

En buena medida, por haber establecido un modelo de socialismo conceptualmente distinto al aplicado en los países del antiguo campo socialista, Cuba ha sido capaz de sobrevivir a la debacle de estos países y establecerse como ejemplo de la resistencia posible en el mundo unipolar regido por los Estados Unidos. En Cuba, se resume la historia más reciente de la humanidad y el debate sobre las alternativas del futuro. Vale entonces la pena analizar la naturaleza de este misterio y seguir la ruta histórica de los dos países que hoy por hoy se ubican en los polos del conflicto mundial del siglo XXI.

JESÚS ARBOLEYA CERVERA

Doctor en Ciencias Históricas, es profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana y del Instituto Nacional de Relaciones Internacionales de Cuba. Durante 30 años trabajó en el Servicio Exterior de Cuba. Ha publicado varios libros y numerosos ensayos relacionados con la Revolución Cubana, las relaciones bilaterales Cuba y los Estados Unidos y la emigración cubana, entre ellos, *Havana-Miami* y *La revolución del otro mundo: Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI*, publicados por Ocean Press y Ocean Sur. En 2004 obtuvo el Premio Internacional Pensar a Contracorriente.



che guevara *presente*

una **antología** *mínima*

Una antología de escritos y discursos que recorre la vida y obra de una de las más importantes personalidades contemporáneas: Ernesto Che Guevara.

Che Guevara Presente recoge trabajos cumbres de su pensamiento y obra, y permite al lector acercarse a un Che culto e incisivo, irónico y apasionado, terrenal y teórico revolucionario.

Incluye cuatro secciones: la guerra revolucionaria en Cuba (1956-1958); los años de gobierno y construcción socialista en la Cuba revolucionaria (1959-1965); la solidaridad internacional, con especial mirada a la revolución latinoamericana, y una sección de cartas.

Publicado en conjunto con el Centro de Estudios Che Guevara

453 páginas, ISBN 978-1-876175-93-1

www.oceansur.com - info@oceansur.com

Retos y dilemas del movimiento global y del Foro Social Mundial

HÉCTOR DE LA CUEVA

El Foro Social Mundial (FSM) ha logrado convertirse en la máxima cita y en el mayor referente social global. No obstante, desde hace varios años, y tanto externa como internamente, se han producido debates intensos sobre su futuro, su pertinencia y su utilidad para la construcción y el avance de los movimientos sociales y la sociedad civil en general: sobre su capacidad como espacio de generación de acciones y alternativas. Los debates son de forma y de fondo; algunos, sobre todo de forma, se han ido solucionando en la práctica o por la vía de los hechos, mientras otros penden sobre el Foro y amenazan con paralizarlo o dejarlo en la inocuidad de la inercia y la rutina, si no se resuelven. El más importante, desde mi punto de vista, es de fondo, y no tiene que ver directamente con el Foro en sí, sino con el destino del movimiento que lo originó, por lo cual resulta fundamental vincular a este las decisiones que conduzcan a la evolución o a la transformación del FSM.

El movimiento y el Foro

El FSM no fue el inicio –conviene no olvidarlo–, sino la expresión y el vehículo pertinentes y oportunos de una necesidad que flotaba en el ambiente por parte de un movimiento global que venía en ascenso; en cierta forma era, más que el punto de partida, la culminación de un período y de los retos que entonces estaban planteados.

De un lado, a fines del siglo xx la caída del muro y del «socialismo real» y la ofensiva global neoliberal, que venían produciendo retrocesos ideológicos y barriendo inexorablemente conquistas sociales y nacionales, imponían la necesidad de rearmar con nuevas formas y estrategias al movimiento social de cara al nuevo milenio.

En contrapartida, temprana, y aparentemente a contracorriente, en 1994 el levantamiento indígena zapatista había demostrado, a la vez con ternura y contundencia, la posibilidad de resistir aun para los más marginados y olvidados, y extendía su influencia a escala planetaria (¡e «intergaláctica»!), para convertirse en actor global a partir de un nuevo discurso, con toda la fuerza de lo elemental, contra la exclusión, la barbarie del capital y en defensa de la humanidad, y cuestionar, al mismo tiempo, los viejos esquemas de la izquierda y el rol que asignaba a los sujetos sociales.

En sintonía, en el transcurso de los años noventa fueron creciendo, en distintas regiones del mundo, nuevos movimientos sociales de resistencia que retaban a los grandes poderes neoliberales, y al mismo tiempo escapaban de las estructuras sociales tradicionales, de los aparatos de la vieja izquierda, de los frentes antimperialistas usuales, para buscar nuevas formas de articulación global. En especial, surgió con toda su irreverencia un nuevo actor social debido a una nueva ola de radicalización de la juventud, sobre todo, y significativamente, en las metrópolis del «Primer Mundo»; si no los únicos, fueron estos jóvenes –llamados despectivamente «globalifóbicos» por los globalifílicos neoliberales–, los principales protagonistas de una serie de batallas contra los poderes establecidos y sus grandes reuniones.

Además, se produjo una reanimación de diversos movimientos populares de resistencia, incluso en sus sectores tradicionales como el campesinado y los sindicatos. El mundo de las organizaciones no gubernamentales (ONG), que había crecido a la sombra de cierto *default* de las organizaciones sociales y políticas, también comenzaba a desempeñar un papel cada vez más importante. Diversas redes sectoriales y temáticas fueron expandiéndose regional y mundialmente como parte de un nuevo movimiento global. En nuestro continente, por ejemplo, se desarrollaban exitosamente experiencias como la de la Alianza Social Continental –un caso inédito de alianza multisectorial y plural– en la lucha contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

En alianzas explícitas, o en convergencias en los hechos llenas de fricciones y discordancias, estos movimientos comenzaron a retar y verdaderamente a sitiar las cumbres de los grandes poderes mundiales, los cuales se vieron obligados a reunirse en los lugares más inaccesibles y a exhibir su aparato represivo como única garantía. Así, el Foro Social Mundial nació rodeado de verdaderas batallas como la de Seattle, Quebec y Génova. El éxito inmediato de la convocatoria del FSM reflejaba, entonces, la existencia real de un movimiento global antineoliberal –y en algunos de sus estamentos y a su manera, anticapitalista– con que cerraba el siglo xx y se inauguraba el nuevo milenio, y la necesidad de encontrarse en toda su diversidad y de buscar articulaciones horizontales más allá o al margen de los viejos alineamientos organizativos y políticos (aunque es necesario admitir que el FSM no consiguió atraer a una buena parte de los nuevos movimientos de la juventud).

Logros del FSM

Además de reflejar una necesidad del movimiento, el FSM tuvo la virtud de crear un espacio idóneo; fue la culminación lógica de un período y a la vez el disparador de nuevos procesos e iniciativas; retroalimentó al movimiento y le dio una nueva identidad global.

La decisión de no solo perseguir a los grandes poderes en sus cumbres, sino crear un contrapunto propio del movimiento al otro lado del mundo, en el Sur, fue, desde luego, acertada. Brasil, y Porto Alegre en particular, representaban una esperanza en aquel tiempo. El FSM habría de conseguir mostrar la otra cara, la alternativa surgida desde la sociedad civil frente a los poderes neoliberales reunidos en el Foro Económico Mundial de Davos, y, además, desplazar a este en importancia frente a la opinión pública, al surgir como tal un nuevo actor mundial, uno que podría representar el otro «poder», el social, de naturaleza distinta frente a los dueños del dinero, con voz propia y no solo a partir de la respuesta o el hostigamiento a aquellos. Se había comenzado a ganar una primera batalla al neoliberalismo, una batalla clave: la de la legitimidad, la de las ideas, la de la opinión pública.

El formato no centralizado, no resolutorio, y facilitador de las más diversas expresiones del movimiento social y de la sociedad civil permitió sin duda, en un primer momento, la integración, el encuentro y la articulación acorde a lo planteado por los propios actores sociales. No dejó por ello de propiciar el surgimiento de iniciativas y campañas, si no totales, incluyentes de un espectro social más amplio que en el pasado, como sucedió en las manifestaciones contra la guerra en su momento. Aun así, habría de surgir, en su seno, la Asamblea de los Movimientos Sociales como expresión temprana de la necesidad de las luchas populares de ir más allá en la articulación de acciones globales.

No menos importante ha sido el acento, cada vez más pronunciado, de concebir el Foro como un espacio no solo de resistencia, sino de construcción de alternativas surgidas desde la sociedad civil.

El hecho de comprender el Foro como un proceso facilitador de las convergencias regionales y nacionales –además de un evento–, fue otro paso importante, así como impulsar su rotación hacia diversas regiones del mundo, entre otros logros.

El nuevo período

Meses después del primer FSM en Porto Alegre, un hecho marcaría un cambio drástico en el contexto internacional: los ataques del 11 de septiembre, pretexto formidable para que el imperio se desatase las manos y crease un nuevo escenario mundial dominado por lo que se puede caracterizar como «neoliberalismo de guerra» –para usar las palabras de don Pablo González Casanova–, el cual añade abiertamente a la ofensiva neoliberal –que no se ha detenido y va ensayando modelos cada vez más

perversos— una nueva estrategia militarista, con escenarios de guerra de ocupación y reediciones de colonialismo orientadas al control de recursos estratégicos; promueve después la militarización de la sociedad, recorta los derechos civiles con el pretexto del combate al «terrorismo» y, al final, criminaliza la protesta social.

Aunque el impulso del movimiento global y del FSM posibilitaron un período de desarrollo, de acciones importantes, e incluso se pudo responder en un primer momento con grandes movilizaciones contra la guerra, poco a poco el escenario se fue tornando desfavorable y defensivo, en términos generales. Paulatinamente, el movimiento altermundista protagonizado por la juventud radicalizada del «Primer Mundo», y sus nuevos métodos de organización y acción directa contra las citas de los poderosos, se fue desgastando y muestra ahora señales claras de agotamiento.

A pesar de la nueva ofensiva imperial, al menos en una región del mundo, América Latina, el impulso de los movimientos populares y las alianzas sociales permitió derrotar el proyecto hegemónico norteamericano del ALCA y cambiar los escenarios políticos en América del Sur, pues llevaron al poder político, directa o indirectamente, a fuerzas alejadas de la subordinación a los Estados Unidos y, por el contrario, resistentes, en mayor o menor medida, a las políticas neoliberales, e incluso a proyectos claramente de izquierda.

Por otra parte, la estrategia del imperio hace agua en los territorios ocupados, muestra signos de agotamiento e importantes contradicciones internas, y enfrenta una situación económica complicada.

Sin embargo, aún estamos lejos de ver un giro en la situación mundial; no se ha superado el período abierto por el 11 de septiembre. Junto al desgaste del movimiento de la juventud altermundista, aun en Sudamérica el impulso de nuevos escenarios políticos favorables a las fuerzas populares está llegando a un nuevo límite y a una encrucijada, y las reta desde hace rato a articular nuevas estrategias.

En medio de una situación sorda, contradictoria, es fundamental reconocer que el FSM, a pesar de mantenerse con cierto éxito y con algunos aciertos, ha tendido a estancarse, a repetirse a sí mismo, a no ser el espacio natural para el imprescindible rearme del movimiento en este período. Si el FSM no consigue ser nuevamente el vehículo de esa necesidad del movimiento, no logra desempeñar el papel propulsor del mismo, quedará en la inocuidad por más ajustes internos que se le hagan. Ahí está el reto.

Los debates

A la luz de la necesidad de pasar a una nueva etapa acorde con el período actual del movimiento global, los viejos y nuevos debates sobre qué hacer en el FSM deben retomarse sin circunscribirlos al interesante ámbito de la «metodología».

Se ha discutido largamente, por ejemplo, sobre la periodicidad del FSM. En los hechos, ha prevalecido la realización de la cita mundial cada dos años, como lo

venían planteando los movimientos sociales, si no consideramos como tal el Foro «policéntrico», que, en realidad, fue un malabarismo para lograr una dudosa intermediación. Por otro lado se argumentó, sobre todo, la necesidad de no dejar un vacío, dados el papel y la identidad pública ganada por el FSM. Es cierto que este consiguió ocupar un lugar propio e importante en sus citas anuales, pero hoy es evidente que si el sujeto convocado no consigue articularse y actuar en la práctica a escala local y regional, o en los temas globales específicos, es decir existir, la cita del Foro no resuelve por sí ese problema y deja de tener sentido y fuerza, pues al absorber esfuerzos considerables para su ejecución, debilita la posibilidad de fortalecer los procesos que al final son los que le dan vida. La identidad y respuesta públicas pueden ser llenadas de muchas formas, no únicamente con la cita mundial; esta tiene sentido si hay algo para lo cual reunirse. Crear la expectativa de la cita mundial después de un período efectivo de iniciativas y acciones del movimiento le da mucha más fuerza y atractivo. Su repetición rutinaria en realidad lo vacía y alimenta solo a los organismos especializados en foros y «metodologías».

Por ello, fue un acierto convocar a una jornada de acción global en 2008 en lugar de un nuevo foro. No obstante, tanto por las dificultades para empatar agendas como por los tiempos y realidades nacionales, esta primera experiencia no estuvo a la altura de las expectativas, pero avanzó en la dirección correcta, pues puso el énfasis en la necesidad de pasar a las acciones globales concertadas con las cuales el movimiento puede reanimarse. Ciertamente, de las discusiones en el encuentro se espera que las organizaciones actúen en consecuencia y de manera autónoma en sus propias realidades, pero mostrar la capacidad de las redes convocadas y auspiciadas por el Foro para actuar de conjunto es un gran paso adelante.

Lo anterior conduce a un tema más general dentro del FSM, referido a si este debería adoptar resoluciones y llamados a la acción. Sin duda, ha sido una gran virtud y un aporte del Foro su apertura, su diversidad, su horizontalidad, el evitar ser un cónclave declaratorio más, no convertirse en un frente sobre ejes limitados, rehuir una estructura centralizada, y alejarse de las competencias por la hegemonía ideológica o política. Así lo imponían los tiempos en que surgió. Sin embargo, habría que preguntarse si la virtud no acabó convirtiéndose en vicio; si a la vuelta del tiempo no terminó hegemonizando al Foro una visión particular que se conforma con el encuentro por sí mismo, que no se propone elevar cualitativamente la acción del sujeto social, y que ve al Foro como un actor en sí mismo que, con su naturaleza actual, termina siendo limitado y hasta funcional al sistema que dice combatir.

Habría que preguntarse si, en todo caso, los tiempos, el período, han cambiado y la acumulación conseguida permite ir más allá de lo que se planteó inicialmente. El movimiento global necesita espacios como los que brinda el Foro para reflexionar, articularse, encontrar los ejes de acción común, y es fundamental preservar la pluralidad, la diversidad y no convertir al Foro en una estructura centralizada, pero

además es esencial no estancarse y avanzar; ser de nuevo útiles al movimiento significa propiciar espacios y tiempos dentro del Foro que, verdaderamente, alienten la convergencia y la concertación de planes de acción globales. No basta con los intentos tímidos que se han hecho en las últimas versiones de «espacios de convergencia» que nadie atiende; es necesario que sean parte, en realidad, de la estructura básica del Foro. A lo largo de estos años se han logrado consensos sobre grandes temas de preocupación mundial que podrían permitir al FSM salir con declaraciones de peso que involucran a miles de organizaciones y millones de personas y que convocan a acciones, iniciativas o campañas globales; eso sí reafirma el papel y la identidad del FSM, respetando a la vez su diversidad y horizontalidad.

Lo anterior se vincula a la discusión del FSM como marco organizativo. Algunos de los argumentos que fundamentan la periodicidad anual, sobre todo por parte de quienes han hecho del Foro su actividad principal, rozan la justificación de este como un fin en sí mismo, y todos sabemos lo peligroso que puede resultar comenzar a defender organizaciones –¿es el FSM una organización?– y siglas como fin y no como medios –válidos siempre que sean útiles–, de los procesos sociales reales que contienen. Fue sin duda correcto resolver el falso dilema de si el FSM era un evento o un proceso señalando que era ambos. También la constitución de foros regionales ha sido una contribución a la búsqueda de convergencias antes impensadas, y los foros nacionales donde ha sido posible han colaborado en procesos de unidad, al menos en algunos países. Ello es muy diferente a pensar o pretender, como algunos han hecho, que todos los procesos pueden llegar a ser subsumidos en el FSM, que deben levantarse «estructuras» del Foro en todas partes, que este debe llegar a ser el marco organizativo de referencia primordial. A nivel regional, lo alcanzado por los foros ha sido desigual y discontinuo, y existen procesos de convergencia efectiva que no tienen por qué ser sustituidos. A nivel nacional, solo en algunos países el Foro ha prendido como marco de referencia de unidad, mientras en otros ha sido muy marginal o hasta artificial, si bien se ha mostrado en algunos casos la virtud del FSM de convocar a los no organizados más allá de la voluntad o escepticismo de las grandes organizaciones.

Esto es natural; solo puede vérselo como problema si se aspira a que el Foro sea una organización permanente, pero no puede ni debe ser visto así, y mucho menos como una organización centralizada, si no se quiere liquidar su amplitud y potencialidad. La izquierda debe buscar por otras vías, en todo caso, la constitución de un movimiento global con una identidad y actuación políticas definidas. Esto no se contradice con lo ya dicho sobre la necesidad y posibilidad de resoluciones y convocatorias a la acción consensuadas en el ámbito más amplio del movimiento y del FSM. También debe mejorarse la representatividad en las instancias de conducción del FSM, pero no con el ánimo de constituir una dirección, sino de reflejar mejor las tendencias del movimiento global.

Otro tema ligado al anterior es el de la politización o no del FSM. Ha sido completamente acertado que en él se participe solo como individuos o entidades sociales, sin que esto ignore o condene las militancias políticas, así como no dar categoría «oficial» a los actos con fuerzas políticas o gubernamentales. De no haber sido así, el carácter amplio e incluyente del Foro hubiera sucumbido muy rápidamente y no hubiera reflejado los replanteamientos y la recomposición que se han dado en los movimientos sociales. Sin embargo, no hay duda de que el Foro no puede pretender ser «apolítico» ni dejar de buscar la coincidencia con las nuevas realidades políticas afines, como sucedió en Caracas. Sin perder autonomía ni su naturaleza social, el FSM puede buscar el diálogo con aquellas fuerzas políticas, incluso en el gobierno, que coinciden, así sea parcialmente, con sus principios y objetivos. De esa forma también se contribuye a cambiar la correlación de fuerzas.

Con independencia de las adecuaciones o transformaciones que se le puedan hacer al FSM, incluso en el sentido de proponerse impulsar más las convergencias y las acciones, no se le puede exigir convertirse en el marco de un movimiento global centralizado o anular su naturaleza amplia y diversa. Sin embargo, el pasado período de luchas muestra la necesidad del movimiento global de ir más allá de lo que se ha avanzado hasta ahora, en términos de estrategias, marcos organizativos y acciones comunes, con un piso político e ideológico más definido. De ahí que la Asamblea de los Movimientos Sociales está retada a reflexionar a fondo sobre esto. No se trata tampoco de que ella se convierta en alguna especie de estructura social internacional, pero ya no basta con hacer en cada FSM alguna declaración general y un plan de acción con un chorizo de citas y reivindicaciones. Respetando los marcos y naturaleza del FSM, a partir de una convocatoria a la que lleguen quienes de antemano están dispuestos a asumir un nivel de compromiso mayor con un marco común del movimiento global popular, la Asamblea de los Movimientos Sociales debería discutir seriamente dar un nuevo paso en este sentido.

Así, pues, el movimiento global tiene que resolver sus dilemas para pasar a un nuevo período de construcción, y el FSM y la Asamblea de Movimientos Sociales deben evolucionar y reinventarse, para ser el vehículo de esa necesidad.

HÉCTOR DE LA CUEVA

Coordinador general del Centro de Investigación Laboral y Asesoría Sindical en México, integrante del Consejo Educativo de la Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio y miembro del Grupo Coordinador Continental, en representación de las redes de América del Norte, de la Alianza Social Continental, de la que fue su primer secretario ejecutivo.

Feminismo en la construcción colectiva de alternativas*

MIRIAM NOBRE y WILHELMINA TROUT

La historia de la Marcha Mundial de Mujeres (MMM) está entrelazada con la del Foro Social Mundial (FSM). El primer Encuentro Internacional de la MMM, que definió su plataforma de demandas y propuestas de acción, se celebró en 1998. En aquel momento, los movimientos de resistencia al neoliberalismo se granjeaban el reconocimiento internacional y salían del aislamiento. En los años siguientes, las manifestaciones contra los Tratados de Libre Comercio (TLC), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) reunieron organizaciones de varios países y sectores en demostraciones masivas realizadas tanto en los locales de las reuniones de presidentes y ministros como en actos simultáneos en todo el mundo. El FSM se constituyó en una de las expresiones de este movimiento antiglobalización, una de las más fuertes, porque continúa en el tiempo y amplía sus contenidos y convocatorias.

En 2000, la MMM realizó su primera jornada internacional en la que combinó educación popular y manifestaciones en las calles, para lo cual partió de la articulación de las organizaciones de base de mujeres. Inicialmente, la convocatoria tenía como objetivo realizar una campaña que se extendería desde el 8 de marzo hasta el 17 de octubre. En ese período, varias Coordinadoras Nacionales de la MMM tomaron la decisión de darle continuidad, por lo menos en el ámbito nacional. El 18 de octubre de 2000, cuando hicimos la evaluación de la jornada, comprendimos que debíamos continuar sumando fuerzas en el plano internacional, pero no teníamos ninguna propuesta concreta de cómo hacerlo. Ya habían activistas de la MMM de América Latina, Francia, Italia y Suiza involucradas en la conformación del FSM y entonces vimos ahí la posibilidad de mantener nuestra agenda de trabajo internacional.

* Este artículo fue escrito a partir de la discusión sobre el FSM realizada en la reunión del Comité Internacional de la Marcha Mundial de Mujeres, en Quinta do Ulmeiro, Portugal, del 4 al 7 de octubre de 2007. Todos los textos citados están disponibles en su página web (www.marchemondiale.org).

Fortaleciéndonos en el proceso FSM

La Marcha Mundial de Mujeres es una actora del Foro Social Mundial desde el inicio del proceso en el cual participa porque se trata de un lugar privilegiado donde actualizar el deseo de cambiar el mundo y crear alianzas con otros movimientos sociales para ese fin.

La MMM, mediante las Coordinadoras Nacionales o el Secretariado Internacional, ha organizado talleres, paneles, acciones sobre diversos temas, de acuerdo con los foros, como las asambleas de mujeres, entre otros. También tuvo un activo papel en el campamento de la juventud y en la creación y seguimiento de la Asamblea de los movimientos sociales (declaración, organización, coordinación, etcétera). La Marcha estuvo presente en todos los Foros Sociales Mundiales y en muchos foros regionales y nacionales.

En el proceso FSM, la MMM ganó visibilidad, reforzó su presencia en diversos países y regiones del mundo, construyó alianzas con movimientos sociales y otras organizaciones feministas. El Foro es también un espacio privilegiado de formación política para las militantes de la Marcha.

La relación establecida con los movimientos sociales tiene una proyección permanente. Las organizaciones que participan en la Asamblea funcionaron como punto de referencia, de aglutinación en momentos cruciales del movimiento antiglobalización. Se desarrollaron procesos organizativos como en el combate por la Soberanía Alimentaria con Vía Campesina, Amigos de la Tierra y otros, en el debate sobre integración en la Alianza Social Continental, o incluso, en actividades de formación política con el Comité por la Cancelación de la Deuda de los Países del Tercer Mundo (CADTM).

Además se inició o intensificó el trabajo con mujeres de otras organizaciones. Así, se actuó de conjunto en el proceso Foro con la Red Latinoamericana Mujeres Transformando la Economía (REMTE), Alai-mujeres, Diálogo Sur-Sur, Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgéneros (LGBT) y mujeres de la Vía Campesina. Ellas contribuyeron al debate interno en la MMM sobre alternativas económicas feministas, problemas agrarios y ambientales, al igual que en el cuestionamiento a la imposición de la heterosexualidad como norma. Este colectivo fue un punto de referencia para impulsar el debate feminista en Nyéleni –Foro de Soberanía Alimentaria–, y otros procesos de alianza, sobre todo en América Latina, donde han ayudado a expandir la agenda antineoliberal hacia una agenda igualitaria.

Contribuciones del proceso FSM

El fortalecimiento de los movimientos que encuentran sus pares en otras partes del mundo y la articulación en torno a una agenda común, como lo fue la oposición a la

guerra y al imperialismo, son frecuentemente señalados como resultados positivos del FSM. Además, uno de sus principales aportes fue cambiar el ambiente en que se realizan el debate y la acción política. En los tiempos de hegemonía neoliberal, el pragmatismo de resultados debilitó el debate político y atrofió el análisis crítico. Cualquier idea de transformación social debería estar agradablemente envuelta en el discurso de los derechos humanos. Mientras algunos sectores de los movimientos acabaron por incorporar ese discurso y operar en los límites de las instituciones (normas, políticas públicas, acuerdos internacionales), otros se radicalizaron en las acciones, por ejemplo, contra el libre comercio y las corporaciones transnacionales. El FSM promovió la reaproximación de ambas tendencias, y se convirtió en un territorio justo. Ese nuevo espacio evitó el aislamiento de unos y amplió la agenda política de otros.

Este efecto resulta más visible cuando el proceso FSM llega a una nueva región del mundo y crea una dinámica de trabajo común. En otras regiones, o junto a sectores de movimientos, esta dinámica ya evolucionó hacia la formulación de agendas conjuntas; o entonces se ha mostrado insuficiente para proveer la necesaria conexión entre resistencias cotidianas organizadas o no. Es ahí donde se escucha cada vez más la pregunta de si hay un agotamiento en el proceso FSM.

Para contribuir a este debate traemos aquí nuestras preocupaciones en relación con la dinámica del FSM y de la presencia feminista en el mismo.

Nosotras, feministas

Queremos inscribir el análisis del patriarcado en el corazón del cuestionamiento al neoliberalismo y al imperialismo –hoy simbolizado sobre todo, pero no únicamente, por el FSM–. Ese objetivo es ambicioso y, probablemente, difícil de evaluar de manera global. Sabemos que nuestra presencia en el Foro permitió darle visibilidad a la lucha de las mujeres y a nuestras resistencias. Hemos creado alianzas políticas y estratégicas con ciertos movimientos sociales, pero lo logrado es aún insuficiente para superar el machismo de izquierda o de derecha bien presente en el FSM.

Consideramos fundamental la autonomía política de nuestro movimiento. La alianza con los movimientos mixtos no puede constituir una simple adhesión nuestra a estrategias y políticas predeterminadas; por el contrario, debe ser el resultado de una construcción colectiva. También nos preguntamos de forma permanente sobre el equilibrio de energía en nuestra propia construcción y en el trabajo de alianzas, como lo es el FSM.

La tarea muchas veces nos parece enorme. Tenemos que actuar para que el análisis feminista no esté restringido al tema donde se espera que esté –salud, derechos reproductivos, participación política–, sino que contamine núcleos duros en el debate de alternativas como la economía, y para que nuestro enfoque no sea periférico

o aislado. También debemos crear condiciones para que las mujeres, en especial las jóvenes en los campamentos que se realizan durante el Foro, se sientan seguras, sin miedo a la violencia o al hostigamiento. Tenemos el reto de construir el FSM como un territorio libre de machismo donde podamos tener una experiencia de autonomía, de relaciones igualitarias y de confianza.

Esto significa para nosotras un gran desafío organizativo: comprometer el trabajo de militantes en los diferentes niveles, desde el internacional hasta el local; y mantener, entre todas y de forma permanente, la articulación y la construcción colectiva, para evitar que se reproduzcan jerarquías de lo internacional sobre lo local, aunque las estructuras del FSM (Consejo Internacional, Secretaría Ejecutiva, Foros regionales, Comités Organizadores locales) no siempre estén bien coordinadas entre sí.

La construcción de alianzas en el sector feminista

La trayectoria del movimiento feminista internacional está marcada por la propia institucionalización descrita anteriormente, que trae como resultado diferentes puntos de vistas y estrategias políticas en cuanto a las prioridades de agenda y de construcción de alianzas. En el feminismo ya existían sectores que jerarquizaban demandas y políticas: aquellas asociadas al cuerpo, la sexualidad y la reproducción son consideradas como agenda central y estratégica, mientras que las referidas al trabajo o a la tierra son asociadas a demandas prácticas o a pautas generales. Esta visión se manifestó en la segmentación temática, en la profesionalización, en el *lobby* y en políticas públicas de género, muchas veces descontextualizadas del neoliberalismo o de la privatización del Estado.

La Marcha Mundial de Mujeres tiene características diferentes a las de muchos grupos feministas reconocidos. Integra mujeres organizadas en movimientos mixtos, además de las provenientes de grupos de mujeres. Asumirse como feminista no es una condición previa de adhesión a la MMM; lo que queremos es que todas sus militantes se identifiquen con el feminismo en el proceso. Tratamos de articular en el análisis y en la acción la superación de las causas de la violencia y de la pobreza, expresiones estas del capitalismo y del patriarcado.

Desde hace varias ediciones del FSM, actuamos en conjunto con REMTE, Alai-mujeres, Diálogos Sur-Sur y mujeres de la Vía Campesina. Esta relación «potenció la intervención crítica al capitalismo neoliberal y amplió las posibilidades de trabajar las conexiones entre este modelo y las imposiciones que el libre mercado ha traído para las mujeres, que significó incluso retrocesos respecto a derechos conquistados y disminución de la autonomía y las posibilidades de autodeterminación de las mujeres».¹

Realizamos actividades puntuales, talleres y paneles, con otras organizaciones, con aproximadamente mil mujeres por la paz alrededor del mundo.

No está en el centro de nuestra actuación en el FSM intervenir en los Diálogos Feministas que hace algunos años lo anteceden. No fuimos invitadas a formar parte de ellos, pero tampoco demandamos participar. No nos pareció correcto invertir energías en un seminario de un grupo selecto de feministas «puras», donde la participación es limitada y está sujeta a un proceso de inscripciones y de selección por parte de una comisión. En vez de eso, preferíamos contribuir con la organización de asambleas masivas de mujeres, previas al FSM, como en el Foro Social Europeo que se realizó en París en noviembre de 2003.

Algunas aliadas nos demandan mayores iniciativas para construir amplios procesos de afirmación del feminismo en el FSM, y se cuestionan por qué aún estamos inmersas en nuestra propia construcción. Hasta el momento tratamos de trabajar en ella como un reflejo del Foro que queremos. La percepción que la investigadora Janet Conway tuvo sobre la MMM en el proceso FSM es ilustrativa:

En sus eventos, la MMM se involucra a través del internacionalismo con las personas del lugar, usando la oportunidad para darle voz a los movimientos de mujeres de África y para fortalecer su liderazgo dentro de la MMM.

La MMM construye en la práctica un nuevo tipo de movimiento feminista a través de la atención concreta sobre asuntos específicos que conciernen a las mujeres pobres y marginadas en lugares específicos y con menos preocupación sobre si ellas se llaman a sí mismas de feministas, si comparten el mismo discurso sobre derechos sexuales, etcétera.

La MMM tiende más bien a mancharse las manos a través de un trabajo de alianza sobre asuntos concretos, incluyendo un amplio rango de prácticas activistas, en el cual es una socia feminista fuerte, pero no define las reglas del acuerdo. Lucha para que el feminismo sea reconocido dentro del proceso organizador del FSM –como una respuesta a la globalización neoliberal– [...] como un movimiento social que está llevando algo que es central y no simplemente como uno más de un número infinito de grupos, identidades, y estrategias [...] Con esta visión, el feminismo es en sí un proyecto radical e igualitario de transformación social. Esos discursos y prácticas, con su fuerte énfasis en el anticapitalismo, antimperialismo y la construcción de alianzas con otros movimientos, recurre a los legados del feminismo socialista.²

Inquietudes sobre el camino

Con el devenir de los años hemos emitido diversas críticas sobre la forma en que el FSM evoluciona y es organizado. En nuestra reunión más reciente del Comité

¹ Nalu Faria: «El feminismo latinoamericano y caribeño: perspectivas frente al neoliberalismo», *Mujeres y Cambio: construir alternativas en la lucha*, REMTE, 2006.

² Resumen elaborado por Celia Alldridge de los textos de Janet Conway: «Transnational Feminisms and the World Social Forum: Encounters and Transformations in Anti-globalization Space», *Journal of International Women's Studies*, Vol. 8:3, Abril 2007;

Internacional de la MMM, realizada en Portugal, un punto extenso de la agenda estuvo dedicado a la discusión sobre el Foro. Una vez más se hizo énfasis en la importancia de ese espacio de convergencia, de su preservación y de la presencia continua en él de la Marcha. Las críticas que existen –y son cada vez mayores– tienen un sentido de alerta y de contribución para el debate del futuro del FSM. Diane Matte organiza algunas de nuestras inquietudes relacionadas con el proceso:

La Carta de Principios del FSM es tan amplia que permite la adhesión de grupos que tienen mensajes opuestos, como aquellos en torno a la cuestión del aborto. No podemos dejar espacio al odio y a la misoginia en el FSM y esperar construir un mundo mejor.

La amplitud del evento se volvió su peor enemigo. Hemos asistido a una escalada de participación en el FSM, pasando de algunos miles a decenas de miles y centenas de miles [...] El éxito del FSM debe ser evaluado en función de su capacidad de movilización y de adaptación a las realidades y a las luchas de los movimientos del país donde se realiza.

El FSM debe ser visto como una herramienta y no como un fin en sí mismo. No reemplaza los movimientos de base, sino que debe fortalecerlos.

La metodología debe estar al servicio del FSM y no al contrario. La metodología debería ser también evaluada y revisada en función de los objetivos deseados. La idea de que existe «un solo método» FSM es contradictoria con la necesidad de reflejar las particularidades y las resistencias de los pueblos, según el lugar donde se realiza el FSM.

La frecuencia del FSM contribuye a disminuir el impacto de las movilizaciones y requiere tantos recursos militantes o financieros que el Foro podría volverse un problema para cambiar el mundo. El FSM solo tiene sentido cuando existen luchas locales o nacionales, lugares donde se construyen alternativas concretas. Las actrices y actores de esas luchas pueden reconocerse y respaldarse mejor, si el ritmo de los foros no deja sin aliento a la acción.

En el corazón del FSM debe estar la convergencia y no el supermercado de ideas y egos. Necesitamos más interacciones entre movimientos para poder hacer realidad nuestras alternativas, debatirlas, integrarlas en nuestras prácticas.

El reto de la inclusión real del análisis feminista y de la representación de las mujeres como sujetos de la lucha contra la globalización en ese contexto es inmenso. No hay reconocimiento, al interior del Consejo Internacional o en la metodología de las relaciones de poder presentes. La REMTE y la MMM ya propusieron una política de igualdad pero su puesta en marcha siempre queda en letra muerta.

y «Troubling Transnational Feminism(s): Contesting the Future of Feminism at the World Social Forum» (submitted June 2007), en *Transnationalising Women's Movements: Solidarities Without Borders*, eds. P. Dufour, D. Masson, D. Caouette, UBC Press.

Hay una flagrante falta de coherencia entre la organización del FSM y nuestros objetivos de transformación social. La comercialización del evento, la presencia de grupos anti-elección son hechos irritantes que deben ser afrontados.³

Algunas de estas evaluaciones las comparten otros movimientos en el Consejo Internacional del Foro. En la reunión del CI/FSM celebrada en junio de 2007 en Berlín, se inauguró un proceso de evaluación estratégica sobre el futuro del FSM. Para seguir en este camino no podemos caer en la paranoia de que el debate político entre nosotros crea desistimientos irreconciliables o que la diversidad solo existe en la yuxtaposición y no en los ejercicios de síntesis. También tenemos que evitar una visión economicista sobre la utilidad del FSM, que nos conduzca a pensar «cómo podemos usar el FSM al máximo teniendo el mínimo de trabajo».

Desafíos para el proceso FSM

Celebramos el hecho de que el pensamiento único neoliberal fue, de muchas maneras, derrotado en el campo de las ideas. Al mismo tiempo, constatamos que «algunas de las cuestiones planteadas desde el altermundialismo fueron apropiadas por el discurso del capital y replanteadas bajo nuevas formas de mercado al servicio de ese capital».⁴

Sin embargo, permanecen y se recrudecen las tendencias conservadoras, como por ejemplo en el caso de Nicaragua, donde el gobierno de Daniel Ortega, considerado de izquierda, negó a las mujeres víctimas de violación o con peligro para la vida, el derecho al aborto; así como la criminalización de los movimientos sociales, las ocupaciones militares, las acciones de los grupos paramilitares que causan la destrucción de infraestructuras, heridas y muertes de miles de civiles, o el genocidio de poblaciones por la despreocupación en la prevención y la actuación ante las catástrofes naturales.

También ahora la resistencia está diseminada, pero muchas veces es desesperada. El sentido político de la resistencia se plasma en las alternativas en el presente y en el futuro.

Reafirmamos nuestro compromiso como Marcha Mundial de Mujeres con la construcción de procesos de convergencias de luchas y alternativas. Tenemos como referencia nuestra Carta Mundial de Mujeres para la Humanidad basada en los valores de igualdad, libertad, justicia, solidaridad y paz, y en el actual contexto político enfocamos la desmercantilización y la desmilitarización del mundo.

³ Diane Matte: «La Marcha Mundial de las Mujeres y el Foro Social Mundial. Evaluación de la Situación», octubre de 2007, documento de subsidio a la reunión del CI/MMM.

⁴ Documento elaborado por la comisión de estrategia del CI/FSM para fomentar y organizar la discusión de estrategia en el Consejo Internacional, en noviembre de 2007.

El problema que tenemos ahora es cómo mantener las energías en nuestra construcción e ir más allá. Junto con la representación de la REMTE elaboramos una propuesta de política de igualdad para el FSM,⁵ que, discutida en su Consejo Internacional, fue posteriormente referencia en la organización del Foro Social Mundial Policéntrico de Caracas en 2006. Ella presenta sugerencias de mecanismos para las instancias del Foro, contenidos destinados al debate político en el proceso e iniciativas con el propósito de que el espacio y el tiempo del evento FSM «nos acerquen al mundo que queremos, para hacer realidad relaciones sociales diferentes».

Es fundamental aunar fuerzas en torno a esta propuesta para lograr materializarla y ampliarla. Una gran asamblea de mujeres, expresión de los contenidos y de las formas de acción feminista, con un carácter organizativo dentro del FSM y que, si es posible, articule una agenda más allá de él, contribuiría mucho a estos objetivos.

Decimos que para cambiar la vida de las mujeres, es necesario transformar al mundo, pero también que para cambiar al mundo, es necesario transformar la vida de las mujeres. Todo al mismo tiempo y ahora.

MIRIAM NOBRE

Coordinadora del Secretariado Internacional de la Marcha Mundial de Mujeres.

WILHELMINA TROUT

Integra el Comité Internacional de la MMM y es su representante en el Grupo de Enlace del FSM.

⁵ REMTE y MMM: «Elementos para la política de igualdad del FSM», texto mimeografiado, 2005.

Movimientos sociales, gobiernos y partidos políticos en el FSM

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ

Lectura crítica preliminar de la *Carta de Principios*

El Foro Social Mundial surgió como un proceso caracterizado por la diversidad de visiones y tendencias políticas, expresadas, de una forma u otra, en su construcción estructural, y en un contexto histórico matizado por un escenario de recomposición de las fuerzas políticas y sociales vinculadas a la amplia y nueva gama de tendencias que se han venido dando en las izquierdas políticas, lo cual tuvo su reflejo en las contradicciones que animaron la construcción de principios y reglas para el funcionamiento de sus estructuras de coordinación y el proceso en sí mismo. Todo ello se produce en la antesala de un reforzamiento de las políticas imperiales, las que se verían exponenciadas en la desenfrenada carrera armamentista estimulada por la falsa lucha contra el terrorismo.

Con la promulgación de su *Carta de Principios*, quedan al descubierto algunas de las contradicciones claramente ubicadas en la diversidad de las visiones y tendencias políticas presentes, contradicciones que, en cierta medida, resultaron necesarias y entendibles, si tomamos en cuenta el contexto político en que surgen, pero que a la luz de las realidades actuales, necesitan ser encaradas.

Una de esas contradicciones o visiones equívocas de carácter político lo constituye el tema referido a las relaciones entre los movimientos sociales, los gobiernos y los partidos políticos, que tiene su origen en la propia *Carta de Principios* cuando expresa: «El Foro Social Mundial es un espacio plural y diversificado, no confesional, no gubernamental y no partidario [...]»; «No deben participar del Foro representaciones partidarias [...] Podrán ser invitados a participar, en carácter personal, gobernantes y parlamentarios que asuman los compromisos de esta Carta».¹

¹ *Carta de Principios del FSM*, puntos 8 y 9 (www.forumsocialmundial.org.br).

Igualmente se presenta al Foro Social Mundial como «un espacio abierto de encuentro para intensificar la reflexión, realizar un debate democrático de ideas, elaborar propuestas, establecer un libre intercambio de experiencias y articular acciones eficaces por parte de las entidades y los movimientos de la sociedad civil».²

La expresa reticencia a la interrelación con gobiernos y partidos políticos tiene que ver, entre otros factores, con la naturaleza misma e influencia de algunos actores principales, especialmente los llegados desde zonas donde las dinámicas políticas no contaban con las capacidades necesarias para las transformaciones políticas y sociales que demandan los pueblos en su lucha contra el capitalismo en su actual fase de globalización neoliberal. En ellos se expresaba el conservadurismo de una visión de izquierda más *light*; estaban poco interesados en un posicionamiento renovador real y coherente con dichas exigencias; se encontraban menos comprometidos con las necesidades y realidades de las ideas más revolucionarias y radicales; y desempeñaban, por tanto, el triste papel de aparentar ser «desconocedores» o estar «desconectados» de las nuevas dinámicas políticas en curso y sus perspectivas, lo cual no es real, toda vez que consta se ha actuado con suma intencionalidad política.

Todo ello ocurre en un momento en el que los movimientos sociales y nuevos actores políticos –aún con sus limitaciones y carencias para la articulación global, pero con capacidad de convertirse plenamente en actores de cambio y protagonistas de profundas transformaciones políticas–, venían remontando la cuesta e iban teniendo una mayor presencia en los procesos políticos transformadores.

Otro factor, al parecer no tomado en cuenta plenamente para ese entonces, fue el diferente impacto y significación causado por el naciente proceso FSM en sectores y regiones específicas, dado el acumulado de experiencias de luchas y articulaciones de los movimientos sociales reales, particularmente en América Latina, región en la cual esa práctica atesoraba tradiciones y una cultura de resistencia demostrada durante años, y donde se abrían las posibilidades de concretar en el ejercicio de gobierno, las aspiraciones políticas, económicas y sociales por las que se había luchado.

En la coyuntura sociopolítica actual, circunscribir solo a «entidades y los movimientos de la sociedad civil» la posibilidad del escenario Foro Social Mundial para el debate democrático, la elaboración de propuestas, el libre intercambio de ideas y la articulación de acciones, tiene implícito el desconocer las actuales capacidades de otros elementos (gobiernos y fuerzas políticas) para contribuir con los mismos objetivos promulgados por los movimientos sociales. En no pocos casos, son estos otros actores los que realmente están en capacidad de materializar esas aspiraciones, y si ellas se materializan con la participación conjunta de los pueblos –única manera de poder llevar a vías de hecho las aspiraciones políticas y sociales exigidas–, producen

² *Carta de Principios del FSM*, punto 1 (www.forumsocialmundial.org.br).

el efecto deseado en el enfrentamiento a los embates de las políticas imperiales y en el accionar en su propio beneficio social.

Hoy existen, especialmente en América Latina, ejemplos de actores sociales que se convierten, por medio de procesos democráticos y revolucionarios, en actores gubernamentales, bien sea de manera directa o en calidad de representaciones políticas, y llegan, en algunos casos, a convertirse en gobiernos o simplemente a acompañar procesos políticos progresistas, de marcada tendencia nacionalista o al menos, enrumados en un camino que los «aparta» de las prácticas neoliberales y los pone en sintonía con las necesidades de sus pueblos.

Por otra parte, resulta difícil creer en la existencia de actores sociales (particularmente vinculados a los movimientos sociales), desconectados de representación política alguna, aun cuando la misma no sea asumida directamente en el escenario del Foro Social Mundial, al cual le está reservada una clara determinación política.

En el transcurso del proceso Foro Social Mundial, esta realidad se ha impuesto y va siendo asimilada, de manera que tempranamente se intentó encontrar soluciones metodológicas y programáticas dirigidas a facilitar la presencia de actores gubernamentales y políticos en sus escenarios. Una muestra de ello fueron las llamadas Mesas de Diálogo, el Foro de Autoridades Locales y el Foro Social Parlamentario, lo que expresaba en sí mismo una visión positiva, pero aún limitada del entendimiento de esa necesidad, atravesada por la carencia de una voluntad política para desarrollar una interrelación abierta y expresa con dichos sectores gubernamentales y representaciones partidarias.

La insuficiencia ante las dinámicas sociopolíticas actuales, ha hecho necesario –a instancia y promoción de los movimientos sociales– encontrar soluciones más allá de lo metodológico y pasar a acciones más centradas en los beneficios políticos que para el proceso Foro Social Mundial han de significar la presencia de actores gubernamentales y representaciones políticas; el mejor ejemplo es la presencia y los encuentros con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, en la tercera, quinta y sexta ediciones del FSM, así como la participación de representaciones gubernamentales y políticas de Cuba en todas las ediciones e igualmente, la participación activa del Foro de São Paulo, este último admitido recientemente en el Consejo Internacional del Foro Social Mundial en calidad de observador. Estas acciones han marcado referencias en el posicionamiento político del proceso.

Según se han venido operando transformaciones políticas vinculadas a las exigencias, necesidades y aspiraciones expresadas en las luchas de los movimientos sociales, se va haciendo cada vez más necesario establecer de manera selectiva un canal de diálogo entre los movimientos sociales, los llamados por algunos, «gobiernos amigos» y las fuerzas políticas afines e identificadas con los objetivos de lucha de las fuerzas sociales, sobre todo cuando, en ciertos casos –como ya ha ocurrido–, se producen mezclas e interrelaciones entre ellos.

En tal sentido quedan cuestionados determinados «principios» que han venido caracterizando el proceso FSM. Hoy es una necesidad su lectura crítica y revisión, pues resulta complicado entenderlo como un espacio «abierto», «plural y diversificado» donde no hay espacio para algunos, aun cuando sus concepciones y prácticas coincidan con los objetivos y aspiraciones de los movimientos sociales, por el solo hecho de que su identidad sea *gobierno* o *representación política*. Seguramente muchos quisieran que sus respectivos gobiernos o representaciones políticas alcanzaran tal cualidad.

La participación creciente de nuevos actores vinculados a los movimientos sociales en el proceso y en sus instancias de coordinación, brindan hoy las posibilidades de encaminar las voluntades políticas en esa dirección, de manera que el proceso Foro Social Mundial, en su dimensión estratégica, se parezca cada vez más a su tiempo y rinda los propósitos que como hecho político significa. Esto no estará exento de resistencias y detractores, según intereses políticos encubiertos detrás de «fachadas democráticas izquierdistas», toda vez que los mencionados cuestionamientos a determinados principios, las nuevas dinámicas y correlación de fuerzas dentro de las estructuras de coordinación del proceso, las transformaciones estratégicas que deben operarse en él y las acciones encaminadas para facilitar la participación y diálogo entre movimientos sociales, gobiernos y partidos políticos, les factura una pérdida de control sobre los rumbos y destinos del Foro, limitaciones en el ejercicio de influencia y poder, así como la derrota política a la que están destinados quienes, viendo al proceso como «la industria del Foro», piensan que el mismo está agotado por el hecho de dejar de serles útil como modo de vida y único escenario de actuación virtual, dado que cada vez más, al proceso le están reservadas capacidades para transformarse en un hecho político contemporáneo. En ello deberá estar centrado el esfuerzo venidero.

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ

Funcionario del Departamento de Relaciones Internacionales de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y representa a la Red Encuentros Hemisféricos contra el ALCA ante el Consejo Internacional del Foro Social Mundial. Integra la coordinación del Capítulo Cubano de la Alianza Social Continental.

¿Por dónde anda el «otro mundo posible»?

EMIR SADER

Vivimos un momento histórico marcado por dos elementos estructurales que lo diferencian radicalmente del período anterior: el paso de un modelo regulador al modelo neoliberal –desregulado–, y el tránsito de un mundo bipolar a otro unipolar, bajo la hegemonía imperial estadounidense.

Nos encontramos ante la máxima extensión de las relaciones mercantiles en la historia de la humanidad. Lo imaginable y lo inimaginable, lo esencial y lo accesorio, lo básico y lo superfluo pasaron a tener precio, a ser vendidos y comprados, a ser transformados en mercancías. El capitalismo realiza su utopía máxima: todo se vende, todo se compra, educación, salud, agua, todo; y lo que no tiene precio –como un desempleado, al cual el mercado se niega a pagarle siquiera los sueldos mínimos miserables de cada país– es desechable, no tiene valor para el capitalismo.

Bajo hegemonía imperial de los Estados Unidos, el mundo ha ingresado en un período de guerras, de turbulencias, de inestabilidades. Los dos factores tienden a sobrevivir todavía en el tiempo, aun en crisis, por la inexistencia, hasta ahora, de alternativas tanto al modelo neoliberal como a la hegemonía estadounidense, lo cual apunta hacia un período relativamente largo caracterizado por una profunda crisis de hegemonía a escala local y mundial. El agotamiento del modelo neoliberal y la modalidad de hegemonía imperial actual, no encuentran todavía en el horizonte histórico, alternativas, por lo que reproducen situaciones de crisis no resueltas, que se alargan en el tiempo y dan lugar a nuevas crisis.

El capitalismo presenta sus límites evidentes: degradación ecológica, concentración máxima de renta y de riqueza, generalización de guerras, casi siempre vinculadas a necesidades energéticas. Sin embargo, el mayor drama histórico contemporáneo es que, a la vez, las condiciones para la construcción de una alternativa al capitalismo sufrieron muy graves retrocesos. Se ha debilitado todo lo relacionado con socialismo, proyectos colectivos, regulación y derechos, a favor del mercado, del consumidor, del libre comercio.

En estas circunstancias, siete años después de la convocatoria al primer FSM, el gran balance que debemos hacer es cómo anda la «construcción del otro mundo posible».

Nuestro primer objetivo entonces, había sido afirmar que «otro mundo era posible», frente a la fuerte hegemonía del «pensamiento único» y del Consenso de Washington. Era una afirmación de tesis, de que interpretaciones alternativas eran posibles, de que otras vías históricas eran factibles, de que el neoliberalismo no es el fin de la historia. Gran parte de nuestras luchas iniciales giraban alrededor del tema del libre comercio, de la Organización Mundial del Comercio (OMC), incluso por el papel que las históricas movilizaciones de Seattle habían representado, como irrupción a la superficie de la resistencia al neoliberalismo que se venía acumulando en los años anteriores, para hacer inviable la reunión de ese organismo conductor de las políticas de libre comercio en el mundo. Seguramente un primer tema del balance de la lucha por el «otro mundo posible» tiene que darse alrededor de la fuerza y la debilidad del libre comercio, así como de la construcción de alternativas a esa política.

Hemos presenciado en América Latina –continente cuna del neoliberalismo, que por ello presentó las más grandes resistencias a ese modelo–, el surgimiento del primer espacio, a escala mundial, de intercambios alternativos al libre comercio y a las normas de la OMC: la Alternativa Bolivariana para la América (ALBA). Se trata no solo de un espacio de integración privilegiada y complementaria entre países del continente, sino también de un intercambio que se hace sobre la base de las necesidades y de las posibilidades de cada uno de los países. Así, los intercambios entre Venezuela y Cuba no se establecen según los precios de mercado, sino de acuerdo con lo que cada país puede ofrecer. Venezuela suministra a Cuba petróleo y recursos para inversiones, mientras Cuba aporta personal calificado y tecnología de la mejor medicina social del mundo, así como métodos de lucha contra el analfabetismo –en la actualidad, Cuba y Venezuela son los dos países del continente que han eliminado el analfabetismo, según la UNESCO– y entrenadores deportivos.

Es un modelo de lo que llamamos en el FSM un comercio justo, un intercambio solidario, que se ha generalizado ahora como Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) e integra los gobiernos de Bolivia, Cuba, Nicaragua y Venezuela –y como países invitados, a Ecuador y a Haití–. En el marco de ese modelo de intercambio son posibles proyectos como la Operación Milagro –gracias a la cual cientos de miles de personas han recuperado su capacidad de visión–, ya no solo en Cuba o en Venezuela, pues se ha extendido a Bolivia, a Paraguay y a otros países latinoamericanos. Igual ha ocurrido con la Escuela Latinoamericana de Medicina, que ya ha formado las primeras generaciones de médicos pobres en el continente, y se extiende ahora hasta Venezuela.

Todas son iniciativas posibles porque se realizan en la esfera no mercantil, en la esfera pública, de la solidaridad y la complementariedad. Innumerables proyectos van en esa dirección, en el área energética, de medios de comunicación alternativos, en el plano cultural, de inversiones de infraestructura, entre otros. Queda claro que democratizar, luchar contra el neoliberalismo es desmercantilizar, crear espacios de intercambio de ese orden, que pueden multiplicarse ampliamente.

La reciente creación del Banco del Sur sigue esa misma lógica de integración, ahora en el plano financiero. Gobiernos de la región crean un banco con una parte de sus reservas, para financiar proyectos de la integración regional, en lugar de depositarlas en bancos del Norte y después pedirles préstamos para proyectos nacionales o regionales. Aun en sus comienzos, es un Banco que apunta a una nueva lógica financiera, opuesta a las del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, que puede desembocar en la creación de una moneda única regional y en un Banco Central regional, con la construcción de políticas económico-financieras comunes.

Es ahí donde se está creando el «otro mundo posible». Allí se está generando el primer espacio concreto de construcción de alternativas al neoliberalismo, a la OMC, al libre comercio, al mundo dominado por el poder del dinero y de la mercantilización.

Podemos considerar que el mundo actual está dominado por tres grandes poderes, articulados entre sí: el poder del dinero, el de las armas y el de la palabra. La construcción del «otro mundo posible» requiere, necesariamente, superar esos poderes, generando alternativas en los tres planos.

El poder del dinero responde al mundo neoliberal, mercantil, del libre comercio, donde todo es mercancía, todo se vende, todo se compra. Es el mundo generado y reproducido cotidianamente por el modelo hegemónico actual del capitalismo. Un espacio como el ALBA-TCP es la conquista más avanzada de espacios de sociabilidad no fundados en el reino del dinero: tienen que ser fortalecidos, ampliados y multiplicados.

El poder de las armas es el fundamento de la hegemonía imperial de los Estados Unidos de América –como cabeza de la coalición dominante en el mundo del siglo XXI–. Habíamos logrado la mayor movilización popular en la lucha contra la guerra de Irak, pero no hemos dado continuidad a esa lucha. Es nuestra obligación central hacerlo, apelar a nuestro Premio Nobel, así como a otras personalidades identificadas con el FSM y a entidades vinculadas a la lucha por la paz en el mundo, para organizarnos con el propósito de reaparecer en el escenario mundial y demostrar que «otro mundo es posible» también en este plano, que encontrar soluciones pacíficas, justas, y atender las demandas de las partes involucradas en cada conflicto es una alternativa superior. Se impone ahora hacerlo a partir de los principales epicentros de guerra en el mundo: Irak, Afganistán, Palestina, Colombia.

En caso de que no actuemos contra la guerra y por la paz, nos quedaremos al margen de los grandes combates que se desarrollan en el mundo, porque, aunque no quisiéramos que fuera así, los Estados Unidos plantean el tema de la guerra como central. El FSM estará ausente de ese escenario fundamental, si no tomamos la iniciativa en la lucha por soluciones pacíficas, justas, duraderas, para los conflictos que están surgiendo en el mundo –Chechenia, Darfur, entre otros.

Los procesos de integración –América Latina es la única región del mundo que presenta proyectos en esa dirección, relativamente autónomos respecto a la hegemonía estadounidense, opuestos a los tratados de libre comercio y al ALCA– también contribuyen a la construcción de un mundo multipolar. Este debe ser uno de los objetivos más importantes de nuestra lucha, para debilitar el poder imperial unipolar de los Estados Unidos, que conduce el mundo a la multiplicación de los conflictos bélicos.

El poder de la palabra –estructurado sobre el monopolio privado de los medios de comunicación– termina siendo el esencial, porque construye, de forma antidemocrática, los consensos que permiten la reproducción del poder de las armas y del dinero. En este campo hemos avanzado poco. Disponemos de órganos de prensa alternativos, pero no están articulados en gran escala entre sí. Tenemos poca experiencia en los medios de comunicación de carácter público. Como resultado de diversos factores, a pesar de la decadencia del neoliberalismo y de las debilidades de la hegemonía imperial de los Estados Unidos, las ideas dominantes siguen siendo las del libre comercio, las del liberalismo y el neoliberalismo, las del «modo de vida norteamericano».

Debemos evaluar y medir, regularmente, nuestros avances, nuestros puntos fuertes, nuestras debilidades, para orientarnos en la lucha por el «otro mundo posible».

Lo fundamental ahora es adecuar la organización y las formas de acción del FSM a la evaluación de la lucha antineoliberal y contra la hegemonía imperial en el mundo, no los avatares internos de sus instancias.

Por todo un período de defensiva de las fuerzas antineoliberales, los movimientos sociales han tenido el papel protagónico en la resistencia, ya sea porque parte importante de las fuerzas políticas se han adherido al neoliberalismo, o debido a que otra parte ha participado, pero de manera tímida, en esa lucha, o también porque expresan los intereses más atacados por el neoliberalismo: derechos sociales, medio ambiente, empleo, entre otros.

Desde finales del siglo pasado, empezaron a notarse síntomas de agotamiento del modelo neoliberal, en particular en América Latina, con la crisis del modelo en los tres principales países del continente: México, en 1994; Brasil, en 1999; y Argentina, en 2001. Surgieron fuerzas políticas que pasaron a proponerse la superación del neoliberalismo. La primera fue el bolivarianismo dirigido por Hugo Chávez, en Venezuela, en 1998. Enseguida, se eligió Lula en Brasil, en 2002; Néstor Kirchner en Argentina, en 2003; Tabaré Vázquez en ese mismo año en Uruguay; Evo Morales

en Bolivia, en 2005; Rafael Corea en Ecuador, en 2006. En pocos años cambió la cara política de América Latina. Si Clinton no había cruzado el Río Grande siquiera para firmar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México, de repente los Estados Unidos pasaron a tener cada vez más gobiernos que se pronunciaban contra el ALCA, y que privilegian la integración regional respecto a los tratados bilaterales de libre comercio.

Algunos de esos gobiernos han mantenido, en lo esencial, el modelo neoliberal heredado, y han realizado ajustes y aportes en políticas sociales, cambios importantes en las políticas externas, con la derrota del ALCA y avances en el MERCOSUR y, más recientemente, en otros proyectos de integración, como el Banco del Sur y el gasoducto continental.

Otros, además de privilegiar la integración regional, rompen con el modelo neoliberal y dan inicio a la construcción de un mundo posneoliberal. Se agrupan en el ALBA y están en proceso de construcción de un espacio modelo de intercambios alternativos –«el otro mundo posible» por el cual luchamos.

Muy significativo de ese tránsito de un período a otro ha sido la fundación, por los movimientos sociales bolivianos, de un partido –el Movimiento al Socialismo (MAS)–, para la disputa hegemónica. Ese paso permitió, por primera vez, la elección de un Presidente de la República indígena, así como las nacionalizaciones en curso, y la convocatoria a una Asamblea Constituyente, para la refundación del Estado. Era indispensable, si querían construir «otro mundo posible» y no simplemente resistir al neoliberalismo. Camino similar –la recomposición de la relación entre la esfera social y la política, en una nueva forma de ejercer el gobierno– está poniéndose en práctica en Ecuador y en Venezuela, donde se inaugura una nueva etapa en la lucha por el «otro mundo posible» –la batalla por otra hegemonía, por un mundo posneoliberal.

La esfera social, por la cercanía con las aspiraciones de distintos sectores de los pueblos, es particularmente sensible y se adapta a las luchas de resistencia, pero las mismas virtudes de estas luchas –reivindicaciones concretas, organización de base– no les propician la capacidad de transformarse por sí mismas en fuerzas políticas. Hay múltiples experiencias de coordinación de movimientos sociales, pero su agregado, por más amplio que sea, no compone una fuerza política de carácter nacional, en condiciones de luchar por una hegemonía alternativa. En resumen, sin ahondar aquí en el tema, la suma de reivindicaciones sociales no da como resultado una plataforma política, ni la unidad de fuerzas sociales deviene en una fuerza política. La política no es el agregado de las fuerzas sociales, es una síntesis de otro carácter. El MAS boliviano fue fundado por los movimientos sociales, pero no es un partido federativo. Tuvo que formular una estrategia política, alianzas políticas, una plataforma con capacidad de conquistar hegemonía, ser la plataforma del país.

La lucha por el «otro mundo posible» se desarrolla por movimientos sociales, culturales, entidades civiles y fuerzas políticas. No se puede pensar en un FSM hoy

sin la participación de fuerzas como el mencionado MAS boliviano, la Alianza País de Ecuador, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que son los partidos dirigentes de los procesos políticos de construcción del «otro mundo posible», en sus puntos más avanzados. Ya no son los partidos tradicionales, sino los que han rearticulado sus relaciones con las fuerzas sociales, los que lograron transformar la fuerza de la resistencia al neoliberalismo en fuerza política hegemónica.

América Latina tiene un papel fundamental en este comienzo del nuevo siglo, por esas razones. La construcción de alternativas concretas al neoliberalismo, del paso a un período posneoliberal, es el tema central para el FSM actualmente. La rearticulación entre la fuerza social y la esfera política es condición para la resolución de la crisis hegemónica que caracteriza el mundo contemporáneo. Alrededor de esos temas el FSM tiene que redefinir su naturaleza, sus funciones y sus actividades.

EMIR SADER

Sociólogo, ejerce la docencia en las universidades de São Paulo (USP) y del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Es secretario ejecutivo de CLACSO.

Foro Social Mundial 2009

CARLOS HENRIQUE ÁRABE

El FSM como encuentro de la diversidad de resistencias en la búsqueda de vías internacionalistas

El Foro Social Mundial (FSM) continúa siendo el principal esfuerzo internacional de reflexión crítica frente a la globalización capitalista y de aproximación de los movimientos políticos y sociales de crítica y oposición a ella. Aunque sus resultados para la globalización de las luchas sociales estén regidos por varios factores y se puede decir que aún son muy modestos, la conquista o reconquista de elementos internacionalistas en las concepciones de alternativas tiene una enorme importancia. Ninguna otra gran articulación internacional de los oprimidos parece haber surgido en condiciones de sustituir o superar al FSM. Para ser más claro, nos estamos refiriendo al tiempo presente, al gran período abierto por la simultaneidad entre crisis de las formas de dominación imperialista, por un lado, y por el otro, las movilizaciones sociales de oposición, de presentación de alternativas radicales en busca de representatividad popular y de intentos parciales de sustituir los regímenes alineados al imperialismo que se vienen desarrollando desde finales de los años noventa.

Al señalar los aspectos críticos sobre el propio FSM no subestimamos su papel; por el contrario, ese ejercicio forma parte de la lucha para que florezcan sus mejores características internacionalistas.

El mundo y sus partes

Uno de los mayores retos del proceso de internacionalización de las luchas sociales y políticas es la interconexión con los procesos nacionales. En el transcurso de las diferentes ediciones del FSM hay momentos en que la identidad de las resistencias y de la búsqueda de alternativas se aproxima a las luchas nacionales concretas (y viceversa), mientras en otros esa relación parece muy distante y fluida. En el primer caso está el FSM, versión América Latina (realizado en Caracas); en el segundo, se encuentra la última etapa realizada en Nairobi.

Es posible que en 2009 tengamos un FSM más relacionado con los procesos nacionales y regionales para vencer el neoliberalismo, sobre todo en América del Sur. Más que eso, debemos trabajar con este propósito, para que Belém do Pará sea un marco en la construcción de un nuevo nivel de coordinación de las luchas, de la solidaridad activa y de convergencia de debates estratégicos de los movimientos sociales y políticos en América del Sur. Para lograr ese objetivo, no basta esperar por ese momento; es necesario identificar hoy los caminos de construcción y de aproximación, dentro de la preparación del FSM, que puedan significar cúmulos concretos en esa dirección.

Si esa dimensión internacionalista parece posible, otras dimensiones parecen distantes. ¿Cuál es el balance del post-VII FSM en Nairobi? ¿Qué avances obtuvimos en los territorios de América del Norte y en Centroamérica, en África, en Asia y en Europa, e incluso, en las campañas transversales entre continentes que han estado ausentes, para decir lo mínimo?

Es lógico pensar en avances desiguales en las luchas sociales y políticas entre los continentes, pero no resulta razonable considerarlos estancados y mucho menos satisfacernos con avances localizados, aunque no combinados con las demás áreas de conflicto y crisis del planeta. Por tanto, no se trata de elogiar un latinoamericanismo.

Si ya en la América del Sur, donde podemos identificar avances relativos, no parece que se desarrolle en la escala y en el ritmo deseable un proceso de integración, ¿qué podemos decir del resto de los continentes? No proponemos esa cuestión para exasperarnos ni tampoco para cobrarle al FSM la solución de un problema tan gigantesco. Es necesario su análisis para comprender la fase bastante inicial y muchas veces precaria de nuestro movimiento y de las condiciones que le dieron origen, que lo alimentan, pero que también implican limitaciones estructurales.

Un internacionalismo renovado y en construcción debe proponerse dar pasos hacia el conjunto de las luchas en todo el mundo, aunque parezca imposible, por ahora, dar todos los pasos necesarios al mismo tiempo.

Sin restringir los avances organizativos y políticos posibles en nuestra América, debemos colocar en la agenda la reanudación de las campañas mundiales y la elevación del nivel de contacto de las experiencias, de los debates y de las luchas en el conjunto de los continentes.

Doble sincronización en América del Sur: de los procesos nacionales de superación del neoliberalismo, pero también de las reacciones conservadoras

Constatamos en América del Sur avances nacionales en la lucha por vencer al neoliberalismo en Brasil, en Bolivia, en Venezuela y en Argentina, sin excluir también otros procesos como el de Uruguay y Ecuador. La reelección de Lula en 2006, con la vigorosa manifestación popular en favor de la continuidad de su gobierno y contra

la torturante campaña de la derecha y de los medios de comunicación, alimentó esperanzas de cambio de ritmo y calidad de la transición difícil que se opera en Brasil. Se constató que uno de los momentos cruciales de la disputa de Lula y del Partido de los Trabajadores (PT) con la derecha brasileña fue el punto de la relación con Bolivia, en la cual Lula defendía el derecho legítimo del pueblo boliviano y la derecha llamaba al uso de la fuerza militar para defender los «derechos» de la empresa petrolífera brasileña en suelo boliviano. Lula venció, la izquierda venció. La reciente visita de Lula a Bolivia y la renovación de pactos de solidaridad con el gobierno de Evo Morales, en un momento en que este es atacado violentamente por parte de la derecha boliviana, no es un hecho menor. La defensa de Chávez emprendida por Lula y del referendo constitucional en Venezuela también contribuyó a la solidaridad entre los procesos nacionales en curso en esos países. La aproximación firme entre Brasil y Argentina, en sus relaciones políticas y comerciales, constituye otro factor positivo y estructural para la construcción de la Unión Sudamericana.

A esos factores de origen brasileño, podemos, sin dudas, agregar otros de diversos países, que se encaminan en la misma dirección. Sin embargo, eso no quiere decir que todo va bien en la construcción de una esfera soberana ante el imperialismo en América del Sur. Este continúa pesando negativamente, sobre todo en Brasil, con grandes limitaciones en política económica y en distribución democrática de poder internamente.

Además, parece haber una nueva sincronía de derecha, que se va irguiendo para obstaculizar la evolución democrática de los procesos en curso dirigidos a derrotar al neoliberalismo. La más grave de todas ocurre en Bolivia, donde la derecha avanza en la organización de designios declaradamente golpistas. En Venezuela, esa reacción se expresó en el movimiento de oposición a la reforma constitucional, aunque no todos los factores de la derrota son de la competencia de la derecha. En Brasil, la reciente derrota del gobierno de Lula en la renovación de un tributo destinado a financiar la salud pública y, al mismo tiempo, eficaz en el combate al fraude y al crimen organizado a gran escala, derrota dirigida, personalmente, por el ex presidente Fernando Henrique Cardoso y justificada por el argumento de que era necesario vencer a Lula y retirarle recursos para las políticas sociales –uno de los puntos centrales del apoyo popular a Lula– se inserta en la escalada del combate de la derecha. Al mismo tiempo, ese hecho viene a cuestionar el esquema esencialmente tradicional y sin llamado a la movilización social que ha caracterizado el modo de gobernar de Lula.

Esa sincronía de las acciones de la derecha para obstaculizar los procesos encaminados a vencer al neoliberalismo, con diferencias en el grado de radicalización de los conflictos, parece constituirse en un hecho nuevo, y debe motivar una rápida reflexión y la acción correspondiente por parte de los movimientos sociales que se desarrollan paralelamente a las experiencias de gobierno.

El problema democrático parece más difícil de ser abordado que la cuestión económica en las vías de transición posneoliberal en América del Sur

La conquista de gobiernos nacionales en diversos países de América del Sur por movimientos político-sociales en oposición al neoliberalismo permitió promover reorientaciones en las políticas económicas de esos países, con diversos grados de coherencia, de dificultades y de eficacia, pero en la dirección de constituir rutas alternativas frente a las hasta entonces dominantes, marcadamente neoliberales y bajo el yugo de los Estados Unidos. El impulso popular aliado a la crisis de las reformas liberales propició elementos de cambios económicos más o menos significativos. En gran parte eso se debe a que el Estado-patrón sudamericano no haya sido totalmente destruido y que conservase, por el poder de regulación o por la posesión de empresas, estructuras de acción económica que han venido siendo, más o menos, revertidas en beneficio del desarrollo nacional.

Ese proceso no tiene correspondencia automática con cambios de la propia estructura de poder. En ese punto fundamental, las variaciones entre los procesos son cualitativas. En Brasil, cambió el mando de gobierno, pero no las estructuras y el modo de gobernar, aunque el reclamo popular a Lula ejerza un papel fundamental y, en ocasiones, hasta inhibitorio, en sustitución de un proceso de participación popular. En Venezuela, después del golpe, se intensificó una amplia reforma del Estado, una amplia movilización popular; sin embargo, no parece que se llegó a un proceso de ejercicio más directo del poder por parte del pueblo, a pesar de los grandes esfuerzos en ese sentido. En Bolivia el proceso de la constituyente expresó una vía democrática radical de refundación democrática de la nación; no obstante, también parece que fue aprovechado por la derecha para su rearticulación y rearme golpista.

El desafío democrático-popular parece estar en el centro de la definición de los procesos en curso en América del Sur. La democratización radical del poder, con participación popular y con el ejercicio directo del poder por parte de las masas, es un tema clave en las transiciones que estamos atravesando.

En Brasil el debate en el PT señaló la necesidad de convocar una Constituyente, respaldada por la movilización popular, para cambiar el sistema representativo, aún dominado por la corrupción, por las oligarquías y por nuevas «castas» parlamentarias. La derecha inmediatamente lo repudió, como era de esperar, y asoció el movimiento a la hipótesis de un tercer mandato para Lula, caballo de batalla ficticio erigido por esa misma derecha y sus medios de comunicación. La batalla, no obstante, recién comienza y ya tiene tropiezos. Todavía no está claro cuánto tiene de verdad, o sea, hasta qué punto el gobierno de Lula y el PT están dispuestos a cuestionar y a transformar el modo tradicional de hacer política en Brasil, en franca

contradicción con el intento de cambiar el patrón de desarrollo nacional. Dentro de esa disyuntiva mayor, un tema continúa como «tabú» en el PT, el del combate a la corrupción y el de la adopción de una ética pública y popular en la conducción de la representación parlamentaria, en el ejercicio de los mandatos ejecutivos e incluso, hasta en las conductas de disputa interna del mayor partido de izquierda brasileño.

Ese conjunto de cuestiones de carácter democrático-popular, socialista para ser más exactos, está en el centro de los desafíos de la revolución sudamericana y puede ser nuestra contribución al avance del internacionalismo en el presente. El debate internacional sobre ese tema ya se mostró en Caracas, durante el FSM latinoamericano de 2006. Puede y debe volver a presentarse en 2009, en Belém do Pará.

CARLOS HENRIQUE ÁRABE

Investigador social, político y economista, es miembro de la Dirección Nacional del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil.

TEORÍA MARXISTA



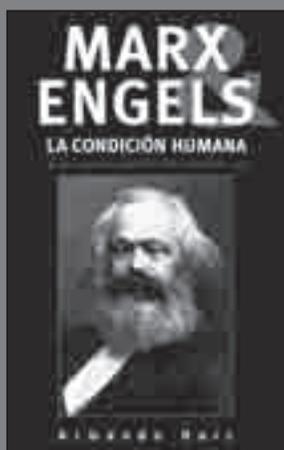
INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO SOCIALISTA

El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión

Néstor Kohan

El actual movimiento de resistencia global pone de manifiesto la necesidad de comprender y debatir la teoría socialista. Este texto ofrece una síntesis de la historia del pensamiento socialista mundial, desde una perspectiva latinoamericana. Incluye textos claves de la obra de Carlos Marx, Che Guevara, Fidel Castro, Rosa Luxemburgo, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Flora Tristán, entre varios otros.

263 páginas, ISBN 978-1-921235-52-8



MARX, ENGELS Y LA CONDICIÓN HUMANA

Una visión desde Latinoamérica

Armando Hart

Los materiales que integran la presente recopilación, constituyen una muestra de la recepción y actualización que hizo el autor de las ideas de Marx y Engels a partir de la tradición revolucionaria cubana, tras los difíciles momentos del derrumbe del campo socialista en Europa Oriental y la Unión Soviética, hasta la actualidad. Compila documentos de diversos autores, incluyendo la carta que el comandante Che Guevara le envió al autor en diciembre de 1965.

250 páginas, ISBN 978-1-920888-20-6



MANIFIESTO

Tres textos clásicos para cambiar el mundo

Carlos Marx, Federico Engels, Rosa Luxemburgo y Ernesto Che Guevara

Prefacio de Adrienne Rich, Introducción de Armando Hart

Una selección que presenta tres textos clásicos sobre socialismo y liberación: "El Manifiesto Comunista" de Marx y Engels, "Reforma o Revolución" de Rosa Luxemburgo, y "El socialismo y el hombre en Cuba", del Che Guevara, que inspiran a las nuevas generaciones que creen en una sociedad más justa.

185 páginas, ISBN 978-1-920888-13-8

le Lecturas para la reflexión...



Una colección que presenta en folletos algunos textos claves del pensamiento de Ernesto Che Guevara.

Los escritos y discursos seleccionados para esta colección, organizados cronológicamente, reflejan el conjunto de sus principales presupuestos y abarcan temas de un valor inestimable para adentrarse en el sistema general de su legado.

ESCRITOS:

- Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana
- El partido de la clase obrera
- Sobre el sistema presupuestario de financiamiento
- La planificación socialista, su significado
- El socialismo y el hombre en Cuba
- Crear dos, tres, muchos Viet Nam (Mensaje a la Tricontinental)

DISCURSOS:

- Soberanía política e independencia económica
- Discurso a los estudiantes de medicina y trabajadores de la salud
- Una nueva cultura de trabajo
- La filosofía del saqueo debe cesar
- En las Naciones Unidas
- En la conferencia Afroasiática en Argelia

... y otros textos en producción.



Imago y escritura de la mujer negra en el Caribe*

NANCY MOREJÓN

Nigra sum, sed ferrosa
Cantar de los cantares

En un breve ensayo, «Afroamérica, ¿la invisible?», senté las bases de una inconformidad aplicable a varios planos (intelectual, sentimental) y que provenía de mi experiencia como estudiosa de la literatura escrita por y sobre los negros de nuestra América. Esa inconformidad aún subsiste pues, a pesar de todo el cuerpo literario creado desde la segunda década del siglo xx hasta nuestros días, las expresiones literarias caribeñas anglófonas, francófonas e hispanas recogen, como se sabe, una experiencia histórica común que nació del transplante de cuantiosas masas de esclavos africanos desde el siglo xvi. En las carabelas de los conquistadores españoles ya había desembarcado, junto con ellos, algún esclavo etíope o musulmán. La historia de esta región está plagada de análisis sobre este hecho económico y sus consecuencias. No fue, sin embargo, hasta el siglo xix que apareció una narrativa, acompañada de crónicas costumbristas, en cuyo centro gravitaba el fenómeno de la esclavitud. Es más, toda la historia política del Caribe giró en torno a este punto:

* Conferencia pronunciada en el congreso anual «Raza, Cultura e Identidad Nacional en la Diáspora» auspiciado por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de la Florida en Gainesville entre el 22 y el 24 de abril de 1996. Por su trascendencia y actualidad *Contexto Latinoamericano* lo publica. Para esta edición se ha incorporado al texto original los poemas «Mujer negra» y «Amo a mi amo».

abolición o permanencia de un sistema esclavista sustentado por una economía de plantación que había adquirido en cada territorio una especificidad inviolable.

La teoría literaria registra este fenómeno bajo la rúbrica de literatura abolicionista incluso sin deslindar la diferencia entre los textos que luchaban contra la trata y los que se proclamaban contra la esclavitud. Esa literatura marcó la pauta, asimismo, hacia el camino de lo que hoy conocemos como una incesante búsqueda de nuestra identidad. Nadie puede explicar la historia caribeña sin reconocer la esencia primera de la esclavitud y el papel que, como consecuencia absoluta, iban a desempeñar las culturas negras forjadas en su propio trasplante y en la búsqueda de su liberación en el marco de cada nacionalidad.

El llamado tema negro, la cuestión racial, experimentaron distintos niveles de percepción según el escritor que los abordara. Paradigma de esta literatura abolicionista es *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde. En *Fundación de la imagen*, que incluye varios estudios sobre las novelas de esta corriente y de esta época que me parecieron altamente significativas según mis concepciones al respecto, intento establecer una metáfora que permitiese al lector comprender la dinámica social cubana esclavista del siglo XIX vista a través del prisma de una pirámide en cuya base estaría la propia Cecilia, es decir, la imagen de la mujer, símbolo de la escala más ínfima. Y de una mujer tocada por el síndrome de la esclavitud en su historia personal. Cecilia, mulata, intenta librarse del fardo de la sumisión, del lugar oscuro al que las jerarquías tratan de someterla a ella y a todo ser viviente, mujer en especial, como ella.

Fueron pocos, casi no existieron, los testimonios literarios en el género de la poesía que hicieran señales de humo, o simples avisos, acerca de estos tópicos. A excepción de la autobiografía del esclavo Juan Francisco Manzano –quien pudo escribir algún que otro verso sin haber logrado estructurar una obra coherente imposible de reprochársele–, apenas contamos con textos que tengan la profusión de datos, interpretaciones y matices que la novela y la crónica costumbrista nos legaran. No hay que olvidar que Plácido es más importante a la posteridad por su biografía específica, amarga y desgarradora, que por el planteamiento explícito de sus conflictos mediante la escritura. La cuestión racial solo aflora, abiertamente, en un desconocido «Epigrama satírico».

Juan Francisco Manzano, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*) y J. Echemendía forman un trío de variantes sociales bajo el sistema esclavista. La escritura de cada uno advierte el lugar que ocuparon en la base de la pirámide. Manzano, un esclavo, denuncia en su autobiografía el espanto del sistema inamovible en su época. Plácido, un mulato, con oficio de peinetero, combate la esclavitud en su acción individual y lleva a su escritura su anhelo de libertad en el marco de la nación cubana. Echemendía, un amanuense, un hombre de color, está todavía sujeto al grillete psíquico y moral de su tiempo. La mujer, negra y/o mulata, al igual que en la novela, aparece en la crónica costumbrista y en la poesía como una referencia, como

personaje de ficción. La historia literaria cubana del siglo XIX no registra ninguna autora de origen africano, ni criolla, ni negra, ni mulata.¹

Negrismo y negritud

Dos movimientos literarios fundamentales para entender las raíces de la literatura caribeña durante el siglo que casi termina son los de negrismo y negritud. Caras de una misma moneda, ambos reflejan un estado de ánimo y la coincidencia de contextos sociohistóricos. Naturalmente, estos movimientos pueden ser registrados geográficamente y, sobre todo, en el plano lingüístico. El primero se produjo en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, y se extendió a países como Argentina, México y Chile en donde ha sido mucho más tenue el influjo cultural africano. Sus textos literarios se escribieron en el español de América, imbuidos todavía de cierta estética modernista aunque se expresaran como una reacción a la hegemonía de esta escuela hispanoamericana que habían encabezado, cada cual en su estilo, el cubano José Martí y el nicaragüense Rubén Darío.

Durante tres décadas (veinte, treinta, cuarenta) el negrismo causó un impacto tal que sus ecos fueron llegando a la música sinfónica y de cámara cuando ella misma se había nutrido de aires populares, guarachas y sones. Fue un verdadero apogeo (Guillén, Carpentier; Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla; Luis Carbonell y Eusebia Cosme; Bola de Nieve). La clave estilística de este movimiento se encuentra en dos vertientes: a) la que proviene de la tradición oral (letras de comparsas, ritos) y b) la que de algún modo proviene de ciertos arquetipos de la poesía del Siglo de Oro español en cuyo teatro y formas métricas aparece el habla (bozal) de los negros esclavos, consagrados por sus amos a la servidumbre.

¹ La pintura cubana, a lo largo del siglo XIX, tampoco registra imágenes de mujeres negras o mulatas. Solo el vasco Víctor Patricio Landaluze, monárquico y colonial, llevó a sus óleos y litografías esa presencia de manera tal que su obra (según Fernando Ortiz «la mejor documentación iconográfica de las costumbres y tipos folklóricos de Cuba en aquella mitad del siglo XIX») es el único documento disponible para reconstruir la memoria colectiva urbana y hasta rural de la esclavitud. Aun así, la imagen de la negra deja mucho que desear: «Media una centuria desde la muerte del vasco hasta nuestros días. De pie, ante uno de sus cuadros (me refiero al titulado *En la ausencia*), medité sobre aquel hombre del que solo conocía su tremenda enemistad. El tema del cuadro era degradante: una mujer negra, joven y hermosa, se probaba la ropa de su dueña en un descanso durante la jornada de la limpieza. Una criada de mano, escogida por el ojo experto del amo entre las de mejor ver y las más despiertas, presta siempre a agrandar. Algo en su ropaje me confundió, y cuando descubrí lo que era, cambié el título del cuadro, que para mí ha sido desde entonces *La esclava disfrazada*». Lázara Castellanos: *Víctor Patricio Landaluze*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1991, p. 14. Véase también Adelaida de Juan: *Pintura cubana: temas y variaciones*, Ed. Unión, La Habana, 1978.

Creo que los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, inspirados quizás en esta huella del Siglo de Oro, fueron los que descubrieron el uso de la lengua bozal como toque mágico de una poesía burlesca que, aunque escrita con la mejor voluntad, dejaba entrever un incuestionable desprecio a los africanos presente en la escena española y en la Nueva España. El empleo de onomatopeyas, aliteraciones, jitanjáforas y ese sentido del ritmo siempre elogiado en el africano son características del negrismo en toda su trayectoria poética.

En algunos casos, se produjeron obras herederas de ambas vertientes. Por ejemplo, Nicolás Guillén bebió de la tradición oral cubana, trascendiéndola, y de las formas métricas españolas del Siglo de Oro, desentendiéndose del mensaje burlesco implícito en obras de Góngora y Lope. Su poema «Sensemayá» (*West Indies, Ltd.*, 1934) es una transposición literaria del poema «Canto para matar culebras» que Ramón Guirao recoge en su antología clásica, el cual reproduce un diálogo entre «una negrita» y un «diablito». El carácter maléfico de la culebra para los congos de Cuba se traslada al poema de Guillén sin los personajes originales del texto anónimo. Su tratamiento del lenguaje es muy creador y se destaca por la ausencia de lugares comunes.²

Solo en la segunda mitad de la década del treinta surge el movimiento de la negritud según ha estipulado la investigadora belga Lylian Kesteloot. A partir del encuentro en París del guyanés León Gontran Damas, el senegalés Léopold Sédar Senghor y el martiniqueño Aimé Césaire, se producen las primeras manifestaciones de la negritud cuyo antecedente fue el periódico *L'Étudiant Noir*. Aunque polémica, esta interpretación de Lylian Kesteloot es la más conocida. Lo cierto es que la palabra negritud había sido acuñada por Césaire en su precioso *Cuaderno de retorno al país natal* (1939). En sus páginas se forja, por primera vez, la exaltación de los valores del mundo negro en su diáspora universal. La negritud se expresa, por su parte, en francés, y si bien su estética es deudora de la escritura automática surrealista (Césaire), del verso ampuloso y libre a lo Paul Claudel (Senghor) y de algunos préstamos de giros coloquiales a lo Claude McKay y cuyos orígenes jamaicanos pocos conocen,

² Poco antes de la explosión artística del negrismo cubano cuya obra fundacional respira en los ocho breves *Motivos de son* (1930), de Nicolás Guillén, y que apareció por esos años tanto en Puerto Rico como en República Dominicana, el movimiento conocido como Harlem Renaissance había irrumpido en Nueva York con fuerza y una originalidad todavía conmovedora. Muchos años después la figura de Zora Neale Hurston, aclamada por Toni Morrison (y también Alice Walker) como «una de las grandes escritoras de nuestro tiempo» descolló como una sensibilidad femenina, pionera del Harlem Renaissance; su obra se tornó hacia la búsqueda de una identidad afroamericana con amplias ventanas y ramificaciones hacia las islas caribeñas de Haití y Jamaica cuyas potencialidades religiosas servirían de retroalimentación a su búsqueda existencial en los Estados Unidos. Véase Zora Neale Hurston: *Tell my Horse*, Ed. Turtle Island Foundation, Berkeley, 1983; y de varios autores: *Harlem Renaissance; Art of Black America*, introd. by Mary Schmidt Campbell, Ed. Harry N. Abrams, New York, 1987.

e integrante del Harlem Renaissance de Nueva York (Damas), su cuerpo literario es mucho más profundo y eficaz literariamente que el de sus predecesores del negrismo del Caribe hispano. Martinica, Guadalupe, Guyana francesa e incluso Haití, son los territorios caribeños donde se asienta con más espontaneidad y pasión esta modalidad.

La mirada del otro

La existencia de negrismo y negritud, cada cual a su modo, trajo consigo una mirada de los valores del mundo negro que no siempre ocurrió desde dentro, es decir, desde los autores que habían experimentado en su propia cultura el fenómeno de la esclavitud propiamente dicho. Si los poetas del negrismo recibieron cordialmente las incursiones en el tema de escritores peninsulares cuyas obras, en la mayoría de los casos, cantaban a un negro exótico; los de la negritud cantaron ellos mismos desde dentro. Es entonces que irrumpe con una fuerza demoníaca la presencia de la mujer negra tanto para unos como para otros.

La imagen de la mujer negra que el lector común de cualquier época va a encontrar tanto en el negrismo como en la negritud está constituida por un personaje ficticio pocas veces inspirado en mujeres de carne y hueso. Arrastrados por un comercialismo evidente pues el tema negro fue más que rentable en los años treinta y cuarenta, los caribeños de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana construyeron verdaderos corrales para el lujurioso pasto de negras y mulatas regionales. Así, crearon un arquetipo de mujer negra, dispuesta a la conquista, a la mordida, a un sadomasoquismo pestilente y a ciertas aberraciones solo imaginables en víctimas de un sistema opresivo y aniquilador de individualidades. Son infinitas las páginas escritas bajo el amparo de una supuesta sensualidad inherente a la mujer de color. Esta actitud iba a ser legitimada por algunos críticos al apoyarse, posteriormente, en las tesis de Senghor, un escudo sobre el cual echar a rodar ideas tan discutibles como que «la emoción es negra» y, por lo tanto, la razón blanca. La mirada del colonizador se sobrepuso a cualquier otra opción. Y lo peor es que fueron seguidos por los oriundos de las islas.

Veamos un *collage*:

*La negra da media vuelta,
sube los brazos,
y en la epilepsia de las caderas
hay fognazos
y batacazos,
y entre los senos,
boas perversas,
como en los ojos de borrachera,*

*laten los perros de los ancestros
y de los ritos de África negra*

Hugo Salazar Valdés (Colombia)
«Baile negro»³

*Es un compuesto de todo,
es entre hereje y cristiana,
es como su misma piel,
entre negra y entre blanca;
es lo mismo que la trucha
que fluctúa entre dos aguas;
pulga que quieta atormenta,
y pacífica si salta;
pimiento que visto, gusta,
y que comido da rabia;
licor que olido conforta,
y que bebido emborracha;
cantárida que da vida
unas veces, y otras mata.
[...]
majá que ondulante sigue
con velocidad su presa.*

Creto Gangá (España)
«La mulata»⁴

*Oscura, de tinta china,
era la María Teresa
[...]
y las manos como dos
guillotadoras negras.
[...]
María Teresa jugaba
las manos como culebras,
[...]*

³ En José Luis González y Mónica Mansour: *Poesía negra de América* (antología), Ed. Era, México, 1976, p. 59.

⁴ *Ibidem*, pp. 68 y 69.

*Prendida de ron podía
verse el fuego de la herencia:
negra, de africana stirpe,
por la sala cumbiambera,
dengueándose de lujuria,
ya de ron, ya de candela,
ya de aguardiente o guarapo,
repicando con las piernas,
iba enseñando las fauces
de sus enaguas tremendas.*

Hugo Salazar Valdés (Colombia)
«La negra María Teresa»⁵

*Un divino demonio, ¡oh Buenos Aires!,
Viene cruzando el mar,
Un demonio-mujer que Venus de Ébano
se hace llamar.*

[...]

*Ya de lascivia los violines
Lloran su pena singular.
Mujer demonio, Venus de Ébano. Negro azahar.*

*«¡Viva la reina!», gritó el diablo
más sabio de Madagascar,*

[...]

*¡Rey Salomón de las idolatrías,
tú, pescador sin par;
tú, Salomón, tú la querías
desposar!*

*Que me perdone Josefina Baker
tanta mentira de juglar,
ella que al fin ha de ir al cielo
con la blancura ya ejemplar
del lirio bueno de su risa
y de su alma de azahar.*

Arturo Capdevila (Argentina)
«Canción de la bailarina negra»⁶

⁵ *Ibidem*, pp. 60 y 61.

⁶ *Ibidem*, pp. 48 y 49-50.

*La mulata de ébano
mece en una canción
como en fácil hamaca
su candor animal.*

[...]

*¡Oh poeta maligno
que a Salomón arrancas
el Nigra sed hermosa
broquel de tu deslíz!*

*Tapándose los ojos
quedan tus novias blancas;
Y tú, desde el crepúsculo
de un pésame infeliz.*

*Ves, al huir la Conga,
que sus móviles ancas
en el desierto pierden
las yeguas de Belkiss.*

*Lágrimas que vertía
la prostituta negra
¡Blancas, como las mías!*

José Juan Tablada (México)
«La conga» y «Jaikai»⁷

*Bajo el manto de sombras de la primera noche,
la mano de Elohim, ahita en el derroche
de la bíblica luz del fiat omnifulgente,
te amasó con la piel hosca de la serpiente.*

*Puso en tu tez la tinta del cuero del «moroco»,
y en tus dientes, la espuma de la leche del coco,
dio a tu seno prestigios de montañesa fuente
y a tus muslos textura de caoba incrujiente.*

*Virgen, cuando la carne te tiembla en la cadera,
remedas la potranca que piafa en la pradera.
Madre, el divino chorro que tu pecho desgarras*

⁷ *Ibidem*, p. 119.

*rueda como un guarismo de luz en la pizarra.
Oh, tú, digna de aquel ebrio de inspiración,
cántico de los cánticos del rey Salomón.*

Luis Lloréns Torres (Puerto Rico)
«La negra»⁸

*¡Mulata! ¿Será tu nombre
injuria, oprobio o refrán?
¡No sé! Solo sé que al hombre
tu nombre es un talismán.*

[...]

*De blanco y negro inexplicable engendro,
sublime, cuando quiere se enamora,
insaciable en sus iras como el tigre,
apacible en su amor como paloma.*

[...]

*Elástica culebra, hambrienta boa,
la mulata a su víctima sujeta,
lo oprime, estrecha, estruja, enreda, aprieta,
y chupa y lame y muerde su furor.*

[...]

*¡No más, por Dios, no más! No es piedra el hombre.
No hay más que un ser de bronce: la mulata.
Plegaria inútil. Ella goza y mata,
abre y cierra la tumba a su querer.*

Francisco Muñoz del Monte (R. Dominicana)
«La mulata»⁹

*¿Conocéis a la negra Dominga?
Es retoño de cafre y mandinga,
es flor de ébano, henchida de sol.
Ama el ocre y el rojo y el verde,
y en su boca, que besa y que muerde,
tiene el ansia del beso español.*

*Serpentina fogosa y violenta,
con caricias de miel y pimienta*

⁸ *Ibíd.*, p. 149.

⁹ *Ibíd.*, pp. 164, 165, 166 y 167.

*vibra y muestra su loca pasión;
fuegos tiene que Venus alaba
y envidiara la reina de Saba
para el lecho del rey Salomón.*

*Vencedora, magnífica y fiera,
con halagos de gata y pantera
tiende al blanco su abrazo febril,
y en su boca, do el beso está loco,
muestra dientes de carne de coco
con reflejos de lácteo marfil.*

Rubén Darío (Nicaragua)
«La negra Dominga»¹⁰

El arco de variantes que ofrecen las citas seleccionadas va desde el credo literario de un precursor español, aplanado en la Cuba de la primera mitad del siglo XIX, Creto Gangá hasta la firma del poeta modernista por excelencia, Rubén Darío. La referencia bíblica al rey Salomón fue un detonante para el resto de los bardos del negrismo. Desde el argentino Arturo Capdevila hasta el colombiano Hugo Salazar se percibe una preferencia a la satanización de la mujer negra quien, además de ser homóloga de Lucifer, es asociada casi como una obligación con potrancas, yeguas y panteras. Darío tira la primera piedra salomónica y, por supuesto, como príncipe de los modernistas, engendró una parafernalia similar a los ejércitos de cisnes que todo poeta postmodernista reclutó en sus desvelos. De un extremo a otro, los cultivadores del negrismo se sintieron compelidos a saquear el tema bíblico. Lejos, muy lejos de la «Sonatina» («La princesa está triste, qué tendrá la princesa»), el poema «La negra Dominga» fue surtidor de impropiedades que la torpeza literaria logró extremar. Hoy diríamos que una intertextualidad paraliza el quehacer de este modo.¹¹

Hay, además, dos elementos sobre los que me parece saludable detenerme. Es la alusión constante en estos poemas a la negra y a la mulata, no como antinomias sino como sinónimos. No hay diferencia en el tratamiento. La misma ceguera sensual que se le achaca a la mulata, se le atribuye a la negra. Ambas son lo mismo: flor de arrabales, signo pecaminoso. Los valores morales de la cristiandad y del catolicismo se entremezclan sordamente para satanizar a un ser aparentemente cercano pero, en la realidad, sobradamente alejado. Cualquier lector podrá advertir una incitación

¹⁰ *Ibidem*, p. 129.

¹¹ Poetas fundamentales de Hispanoamérica en este siglo como Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Xavier Villaurrutia y Efraín Huerta «cultivaron el tema negro con la misma autenticidad y brillantez de sus mejores creaciones». En José Luis González y Mónica Mansour: *ob. cit.*, nota de contracubierta.

y un elogio incesantes hacia la consecución de un mestizaje racial (nunca cultural) en donde cada autor supone que el componente africano es bárbaro y salvaje y que, por lo tanto, debe ser asimilado al hispánico que equivale a alcanzar civilización.

Volvamos a Darío:

*Ama el ocre y el rojo y el verde,
y en su boca, que besa y muerde,
tiene el ansia del beso español.*

«La negra Dominga»¹²

En toda la literatura colonial cubana, en especial la del siglo XIX, se advierte en muchos cronistas la censura hacia la manera de vestir de los negros curros de La Habana y Matanzas. Es muy recurrente la sátira hacia los colorines que estas personas presentaban durante la celebración de sus ritos y festejos civiles, solo aprobado por las autoridades correspondientes. El sentido explosivo del color en Cuba y en la mayoría de las islas del Caribe proviene de esta característica que hemos heredado también como resistencia. Rubén Darío subraya un supuesto sentido del ridículo en la negra Dominga a quien revela como alguien que «tiene el ansia del beso español». La negra Dominga va en pos de un ideal de belleza así como de una segura posición social. Es ella la que se dirige hacia lo alto de la pirámide. Estamos ante el mismo proceso que hizo sucumbir hacia un destino trágico a Cecilia Valdés. Por consiguiente, el mestizaje por amancebamiento, el mestizaje que supone la inferioridad del negro, es un escalón más en la escala de valores de una sociedad colonial, de clases y racista. El héroe blanco nunca busca el amor conyugal; no concibe a ninguna negra ni a ninguna mulata como mujeres capaces de establecer una familia. Hay un miedo a la tara, a la degeneración. En Hispanoamérica, desgraciadamente, muchos teóricos del mestizaje solo lo han visto bajo este aspecto engañoso. Y así lo han propagado como un factor de desculturación, de asimilación cultural. Mis inclinaciones hacia el mestizaje provienen de la concepción que aprendí en la obra de Nicolás Guillén en cuyo centro gravita, sobre todo, el sentido primero de la nación y la legitimidad de un vasto proceso de transculturación, nunca de asimilación. Degradadas hasta lo indecible, estereotipadas hasta la crueldad, la mujer negra y la mulata se miran en un mismo espejo de inferioridad programada.

Los malogrados poemas del negrismo guardan todos una especial característica. Recurren a símiles que perduraron en un lastimoso lugar común. Ese lugar común está habitado por un estudio a ultranza e involuntario del cuerpo femenino. Gran paradoja. El cuerpo de la mujer negra y la mulata aparece minuciosamente descrito.

¹² En González y Mansour: ob. cit., p. 129.

Los símiles a los que me refiero establecen un nexo con frutas, naturalmente tropicales; asimismo, estos poetas siempre encuentran referencias a la naturaleza volcánica, ecuatorial, huracanada de estas mujeres.

Llama la atención la socorrida imagen de los dientes blancos de las negras homologados a la blancura de la leche, del coco. Inmediatamente, estos poetas caen en la trampa de homologar de igual manera el contraste de esa blancura dental con una blancura del alma. Quiere esto decir, para ellos, que esas mujeres –como es el caso también de muchos hombres– eran negras como el carbón, la noche, pero su alma era blanca. Es decir, se contraponen como virtud lo blanco a la condición satánica de lo negro. Dos antinomias cuyo profundo análisis podría inclinar a cualquier investigador a redactar un ensayo con este punto de vista. Esta tradición se cumple hasta los días de Nicolás Guillén. Recordemos su hermoso poema «¿Qué color?» dedicado a la memoria de Martin Luther King. Este poema nació de su reacción ante el poema que le dedicara al pastor negro el poeta ruso Evgueni Evtuchenko quien, al conocer su asesinato, escribió: «Su piel era negra, pero con el alma purísima como la nieve blanca».

*Qué alma tan blanca, dicen,
la de aquel noble pastor.
[...]*

*(En fin, valiente hallazgo:
«El negro que tenía el alma blanca»,
aquel novelón.)*

*Pero podría decirse de otro modo:
[...]*

*¿Por qué no,
por qué no iba a tener el alma negra
aquel heroico pastor?*

Negra como el carbón.

«¿Qué color?»¹³

Recordemos el «jaikai» del poeta mexicano José Juan Tablada: «Lágrimas que vertía / La prostituta negra / ¡Blancas, como las mías!». O estos versos del argentino Arturo Capdevila: «Que me perdone Josefina Baker / tanta mentira de juglar, / ella que al fin ha de ir al cielo / con la blancura ya ejemplar / del lirio bueno de su risa / y de su

¹³ Nicolás Guillén: *La rueda dentada*, Ed. Unión, La Habana, 1972, p. 11-12.

alma de azahar».¹⁴ La relación amo-esclava sobrevuela en estos textos más allá de sus bondades literarias. No puedo hacer otra lectura que la que me indica mi experiencia personal como negra cubana.

El turno de la ofendida

Haber escrito el poema «Mujer negra» fue un deber, un desgarramiento y, a la vez, una alegría. Si bien muchos poetas del negrismo incurrieron en la parafernalia racista y sexista que he intentado traer aquí mediante las citas correspondientes, no es menos cierto que otros supieron tocar el tema con una dignidad que aún hoy sorprende. Pienso, naturalmente, en Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, Luis Palés Matos y Efraín Huerta. He declarado en varias oportunidades que «Mujer negra» es un poema deudor de los poemas negros de Guillén a quien, como se sabe, he dedicado largos estudios con un amor invariable. El toque interesante de ese poema mío es, justamente, la perspectiva femenina, la cual, por otra parte, era imposible encontrar en Guillén o en cualquier otro poeta blanco, negro o mulato de las Antillas.

En algún coloquio sobre el tema de la literatura femenina en el Caribe, he escuchado algunos reproches a los madrigales de Guillén. Yo los considero fuera de los enfoques y de los estereotipos al uso en la poesía negrista. Y este es mi interés en haberles traído algunos ejemplos de ella en este sentido. Si bien Guillén aborda el tema de la mujer negra desde un erotismo innegable, su percepción es respetuosa y se convierte, en su alta calidad literaria, en un manifiesto de reivindicación de la belleza negra como valor estético; reafirma, de este modo, el antecedente africano de *su*, de *nuestra* cultura:

*Tu vientre sabe más que tu cabeza
y tanto como tus muslos.
Esa
es la fuerte gracia negra
de tu cuerpo desnudo.*

«Madrigal»¹⁵

¹⁴ En González y Mansour: ob. cit., p. 119. Contracorriente al poeta argentino Arturo Capdevila, Guillén, muchos años después, emplea la imagen de Josephine Baker no como símbolo sexual sino como un reclamo de sus derechos civiles que fueron atropellados en el Hotel Nacional de La Habana donde se le negó la posibilidad de alojarse por el color de su piel: «¡Bien pudieran lincharte, Josefina, / y apenas si te niegan la entrada a un cabaret!». Se trata del poema «Brindis», en *Obra poética*, t. II, Ed. Unión, col. Bolsilibros, La Habana, 1974, pp. 233-234. Véase también el artículo «Josefina Baker en Cuba», publicado en el diario *El Nacional*, de Caracas (Venezuela), en diciembre de 1950 y recogido en Nicolás Guillén: *Prosa de prisa*, t. II, Ed. Arte y Literatura, col. Letras Cubanas, La Habana, 1975, pp. 88-91.

¹⁵ Nicolás Guillén: «Madrigal», *Obra poética* (1920-1958), t. I, Ed. Unión, col. Bolsilibros, La Habana, 1974, p. 182.

Aun así el tema aquí tiene como imponderable la mirada del otro. El punto de vista femenino que «Mujer negra» trae consigo es una aproximación al tema clásico de la esclavitud, una experiencia histórica pocas veces expresada en nuestra literatura por medio de la mujer (son excepciones la Condesa de Merlin y Gertrudis Gómez de Avellaneda). Esa es su diferencia. Sin embargo, debo confesar que no escribí el poema planificadamente. Fue un grito de mi conciencia lastimada por dos vías: una, por la vía familiar de mis dos abuelas y de otras muchas mujeres de mi entorno social; otra, por la vía de las lecturas que ya para entonces había realizado de cuanta página sobre negros y negras se hubiese publicado por aquel entonces en el hemisferio occidental. En otros sitios he contado detalladamente cómo recuerdo el proceso creador del poema. No se trata de eso ahora, aquí.

La cuestión es bien distinta. Un impulso vital, pleno de irracionalidad, fue empujando mi mano hasta acabar el poema. Hay una historia plural, épica si se quiere, desde el trasplante de los esclavos desde las costas africanas hasta la época de mayor convulsión del proceso revolucionario cubano en la justa mitad de los años setenta. El yo que acusa el discurso poético es un nosotros whitmaniano.

*Todavía huelo la espuma del mar que me hicieron atravesar.
La noche, no puedo recordarla.
Ni el mismo océano podría recordarla.
Pero no olvido al primer alcastraz que divisé.
Altas, las nubes, como inocentes testigos presenciales.
Acaso no he olvidado ni mi costa perdida, ni mi lengua ancestral.
Me dejaron aquí y aquí he vivido.
Y porque trabajé como una bestia,
aquí volví a nacer.
A cuánta epopeya mandinga intenté recurrir.*

Me rebelé.

*Su Merced me compró en una plaza.
Bordé la casaca de Su Merced y un hijo macho le parí.
Mi hijo no tuvo nombre.
Y Su Merced murió a manos de un impecable lord inglés.*

Anduve.

*Esta es la tierra donde padecí bocabajos y azotes.
Bogué a lo largo de todos sus ríos.
Bajo su sol sembré, recolecté y las cosechas no comí.
Por casa tuve un barracón.
Yo misma traje piedras para edificarlo,
pero canté al natural compás de los pájaros nacionales.*

Me sublevé.

*En esta misma tierra toqué la sangre húmeda
y los huesos podridos de muchos otros,
traídos a ella, o no, igual que yo.*

*Ya nunca más imaginé el camino a Guinea.
¿Era a Guinea? ¿A Benín? ¿Era a Madagascar? ¿O a Cabo Verde?*

Trabajé mucho más.

*Fundé mejor mi canto milenario y mi esperanza.
Aquí construí mi mundo.*

Me fui al monte.

*Mi real independencia fue el palenque
y cabalgué entre las tropas de Maceo.*

*Solo un siglo más tarde,
junto a mis descendientes,
desde una azul montaña,*

bajé de la Sierra

*para acabar con capitales y usureros,
con generales y burgueses.
Ahora soy: Solo hoy tenemos y creamos.*

Nada nos es ajeno.

Nuestra la tierra.

Nuestros el mar y el cielo.

Nuestras la magia y la quimera.

*Iguales míos, aquí los veo bailar
alrededor del árbol que plantamos para el comunismo.*

Su pródiga madera ya resuena.

«Mujer negra»

(De *Octubre imprescindible*, 1982)

Esa irracionalidad que me complace archiva, sin embargo, un deseo vibrante de reivindicación histórica de la esclava sin nombre que cuenta por mí su gesta americana. Más adelante, intenté escribir el reverso del argumento en el poema «Amo a mi amo» cuya acción es más vertical en el espacio que la esclavitud, como sistema, ha permitido. Y allí, en un tono completamente lírico, cuestiono la relación amo blanco-esclava negra, desde mi perspectiva. Si en «Mujer negra» no hay un cuerpo físico presente, en «Amo a mi amo» existe para conducir al lector a un final inesperado. Por eso hablo del turno de la ofendida. Ambos poemas traen consigo la voz de las

sin voz y sin historia. Creo que se termina con estos dos poemas la era de la invisibilidad, de la opacidad, y el horror del silencio.

Amo a mi amo.

Recojo leña para encender su fuego cotidiano.

Amo sus ojos claros.

Mansa cual un cordero

esparzo gotas de miel por sus orejas.

Amo sus manos

que me depositaron sobre un lecho de hierbas:

Mi amo muere y subyuga.

Me cuenta historias sigilosas mientras

abánico todo su cuerpo cundido de llagas y balazos,

de días de sol y guerra de rapiña.

Amo sus pies que piratearon y rodaron

por tierras ajenas.

Los froto con los polvos más finos

que encontré, una mañana,

saliendo de la vega.

Tañó la vihuela y de su garganta salían

coplas sonoras, como nacidas de la garganta de Manrique.

Yo quería haber oído una marímbula sonar.

Amo su boca roja, fina,

desde donde van saliendo palabras

que no alcanzo a descifrar

todavía. Mi lengua para él ya no es la suya.

Y la seda del tiempo hecha trizas.

Oyendo hablar a los viejos guardieros, supe

que mi amor

da latigazos en las calderas del ingenio,

como si fueran un infierno, el de aquel Señor Dios

de quien me hablaba sin cesar.

¿Qué me dirá?

¿Por qué vivo en la morada ideal para un murciélago?

¿Por qué le sirvo?

¿Adónde va en su espléndido coche

tirado por caballos más felices que yo?

Mi amor es como la maleza que cubre la dotación,

única posesión inexpugnable mía.

Maldigo

*esta bata de muselina que me ha impuesto;
 estos encajes vanos que despiadado me endilgó;
 estos quehaceres para mí en el atardecer sin girasoles;
 esta lengua abigarradamente hostil que no mastico;
 estos senos de piedra que no pueden siquiera amamantarlo;
 este vientre rajado por su látigo inmemorial;
 este maldito corazón.*

*Amo a mi amo pero todas las noches,
 cuando atravieso la vereda florida hacia el cañaveral donde a
 hurtadillas hemos hecho el amor,
 me veo cuchillo en mano, desollándolo como a una res sin culpa.*

*Ensordecedores toques de tambor ya no me dejan
 oír ni sus quebrantos, ni sus quejas.
 Las campanas me llaman...*

«Amo a mi amo»

(De *Octubre imprescindible*, 1982)

Confieso que siempre fui la primera sorprendida en encontrar tantos amigos y amigas interesados en descifrar las claves de estos poemas, pero muy en especial de «Mujer negra». Alguna vez dije que era un poema más feliz que yo. Cuando los estudiosos o los periodistas me preguntaban cuál era la escritora negra cubana que yo prefería o que me había influido más, respondía, entre desconcertada y perpleja, que yo no tenía o que, al menos que yo supiera, no existía ese antecedente. Bajaba la cabeza, pensando, por ejemplo, en la poetisa Phillis Wheatley, de fines del siglo XVIII. No hay escritora negra norteamericana que no le haya debido algo. En el siglo XX, Zora Neale Hurston, o Gwendolyn Brooks o Margaret Walker. Yo solo tenía a Nicolás Guillén. A nadie más. Huérfana de madre literaria, sentía un vacío inmenso en un pasado apenas existente. Todo lo achacaba a la invisibilidad que estudio en Afroamérica.

Hace menos de un mes, a propósito de la celebración en La Habana de un coloquio entre mujeres de la diáspora cubana, una colega me hizo revolver la Biblioteca Nacional hasta dar con un libro encuadernado con tapas duras y humildes.¹⁶ Eran los versos de la poetisa Cristina Ayala,¹⁷ quien para mi alegría y tristeza, corroboraba

¹⁶ Cristina Ayala: *Ofrendas mayabequinas*, pról. de Valentín Cuesta Jiménez, Güines, 1926.

¹⁷ Poco se sabe de la poetisa Cristina Ayala. En los últimos tiempos, me he dedicado a develar el misterio de su rica existencia que transcurriera a caballo entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX, junto a las márgenes del río Mayabeque –gran musa inspiradora suya– en la zona occidental de la Isla. Cristina escribió y luchó contra la esclavitud,

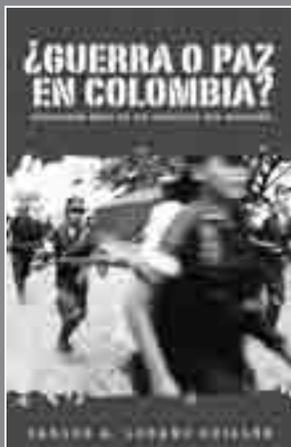
con su vida y su breve producción literaria mi teoría de la invisibilidad, de la opacidad. Esta negra cubana, patriota y feminista cuyos datos biográficos deberé rastrear de ahora en lo adelante, no aparece registrada en ningún diccionario, en ninguna antología. A caballo entre el siglo XIX y el siglo XX, ejerció su vocación poética y revisteril. Anheló la libertad de Cuba y luchó contra el prejuicio racial que lastró tanto las propias gestas independentistas como el advenimiento de la nueva república. Le cantó al paisaje rural de su provincia y admiró a Salvador Rueda, a Plácido, a Juan Gualberto Gómez. Cristina Ayala no figura en ninguna de las antologías de poetisas cubanas. Su sombra ha perdurado casi un siglo como una flor oculta, que floreció sin amparo. Su opacidad es la lección más contundente que he experimentado. Trataré de revelar sus secretos, sus contradicciones y alguna vez volver a traerles la imagen de una mujer negra que fue uno de mis más legítimos antecedentes.

NANCY MOREJÓN

Poeta y ensayista, es una de las voces más relevantes de la literatura cubana contemporánea. En su obra poética se encuentran libros como *Mutismos* (1962), *Amor, ciudad atribuida* (1964), *Richard trajo su flauta y otros argumentos* (1967), *Parajes de una época* (1979), *Octubre imprescindible* (1982), *Where the Island Sleeps Like a wing* (1985), *Piedra pulida* (1986), *Botella al mar* (1996), *Cuerda veloz* (2002), *Looking Within / Mirar adentro* (2003) y *Carbones silvestres* (2005), entre otros. Ha sido merecedora del Premio Yari-Yari de Poesía Contemporánea 2004 (Universidad de Nueva York), del Premio Nacional de Literatura 2004 (Cuba), del Premio Corona de Oro Struga 2006 (Macedonia) y del Premio Internacional de la Asociación de Escritores Gallegos 2008.

contra la desigualdad social proveniente de la condición racial y/o sexual así como a favor de la independencia nacional forjada entre los cubanos de todas las gamas, procedencias y colores. El poema «Redención» aparece fechado en 1889; es decir, solo tres años después de la proclamación teórica de la abolición de la esclavitud cubana en 1886. Cuba y Brasil fueron los dos últimos reductos esclavistas del continente. Al final de su vida, sumida en una extraña e injusta opacidad, Cristina Ayala pudo ver publicado un volumen de sus poemas que auspiciara el benemérito historiador Valentín Cuesta Jiménez, miembro de honor de la Academia de la Historia en Güines, su ciudad natal. La historia literaria del país no registra, en ninguna de sus fuentes importantes, los significativos versos de esta poetisa negra, campesina, feminista y revistera.

américa latina



¿GUERRA O PAZ EN COLOMBIA?

Cincuenta años de un conflicto sin solución

Carlos A. Lozano Guillén

Un significativo aporte a la discusión del largo conflicto interno, político y armado, que ha azotado Colombia durante los últimos cincuenta años, y la constante búsqueda del pueblo colombiano y la insurgencia por conseguir una solución política al conflicto que lleve a la paz con justicia social.

Ofrece una perspectiva histórica y coyuntural, así como un análisis teórico desde una perspectiva de izquierda, como lo define el propio autor, y analiza el papel del militarismo, impulsado y respaldado por Estados Unidos.

184 páginas, ISBN 978-1-921235-14-6

AMÉRICA LATINA ENTRE SIGLOS Dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda

Roberto Regalado

Analiza el contexto político y social Latinoamericano, con particular énfasis en su conflictiva relación con los Estados Unidos. El autor hace un análisis teórico e histórico de la polémica respecto a la reforma o la revolución en el continente. También analiza diferentes experiencias políticas durante los últimos cincuenta años de historia, con atención particular a las alternativas que la izquierda ha construido.

278 páginas, ISBN 978-1-921235-00-9



LAS GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA

Alberto Prieto

Las guerrillas latinoamericanas son portadoras de una larga tradición. Desde la conquista hasta nuestros días, ha sido una de las formas de lucha más recurrida en el continente americano.

Alberto Prieto nos introduce a los movimientos guerrilleros contemporáneos, desde la epopeya de Sandino hasta la actualidad, profundizando en acontecimientos relevantes y figuras significativas como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

280 páginas, ISBN 978-1-921235-54-2



CENTROAMÉRICA

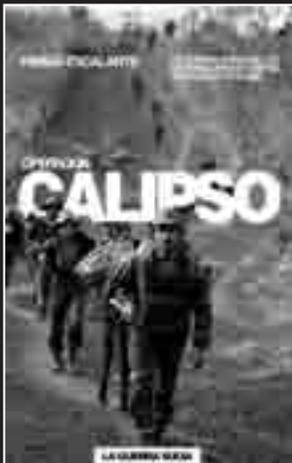


UNA GUERRA PARA CONSTRUIR LA PAZ

Schafik Handal

Breve reseña del proceso histórico de la revolución en El Salvador, en palabras de unos de sus principales participantes. Contienen un documento escrito por Schafik Handal sobre la historia política de este país, que explica las causas de la guerra y su finalización por medio de acuerdos políticos. Incluye entrevistas y la denuncia que Schafik hiciera sobre el incumplimiento de los Acuerdos de Paz por parte del gobierno.

150 páginas, ISBN 978-1-921235-13-9



OPERACIÓN CALIPSO

**La guerra Sucia de los Estados Unidos
contra Nicaragua 1979-1983**

Fabián Escalante

Poco o nada se ha escrito sobre la Guerra Sucia desarrollada por parte de los Estados Unidos y sus aliados del área contra la Revolución nicaragüense desde el mismo momento de su victoria. El libro narra el periodo de 1979 a 1983 de esta Guerra Sucia poco conocida, verdadero terrorismo de estado que enfrentó un pequeño país al imperio más poderoso que ha existido.

163 páginas, ISBN 978-1-921235-57-2



CON SUEÑOS SE ESCRIBE LA VIDA

Autobiografía de un revolucionario salvadoreño

Salvador Sánchez Cerén (Leonel González)

Recoge la ejemplar trayectoria de Salvador Sánchez Cerén, "Comandante Leonel González", quien a través de su memoria describe sus pasos por las luchas sociales y por la guerrilla salvadoreña, guiado por ideales humanistas y revolucionarios. Su vida es como una gran fotografía llena de detalles que muestra a lectoras y lectores como la razón y la pasión, cuando caminan unidas, pueden hacer de las personas conductoras de pueblos, líderes para una mayor humanidad.

235 páginas + 20 páginas de fotos, ISBN 978-1-921235-85-6

La reunión del Consejo Internacional del FSM en Belém do Pará 2007

ANA MARÍA PRESTES RABELO

Con extrema hospitalidad la sociedad civil y política de la ciudad de Belém do Pará recibió la última reunión del Consejo Internacional (CI) del Foro Social Mundial (FSM) en octubre de 2007. El encuentro cumplió con éxito una extensa agenda de trabajo que incluía la preparación de la jornada de acción global de 2008, el establecimiento de un comité de trabajo para el FSM de 2009 y un importante paso en la redefinición del formato de trabajo del Consejo Internacional.

Fue notoria la participación y el grado de articulación entre las entidades de los movimientos sociales y las organizaciones no gubernamentales de Pará y de los demás estados de la Amazonia brasileña en la preparación de la reunión. En cuanto conocieron la decisión del Consejo Internacional de Berlín (mayo, 2007) de realizar el FSM 2009 en la región amazónica, específicamente en la ciudad brasileña de Belém, iniciaron un proceso de organización interna y distribución de tareas que tendrá una fuerte incidencia en el éxito del proceso preparatorio y en el desarrollo del Foro en enero de 2009.

Después de siete años de realizar el FSM, en los más variados formatos y temas, subsistió la enseñanza de la importancia e influencia de la cultura política y social local en la preparación y desarrollo de los eventos. Durante los días en que el CI estuvo en la ciudad de Belém, sus miembros pudieron respirar el aire y experimentar los sabores de la región amazónica, que le darán el tono al Foro de 2009: biodiversidad, conflictos étnicos, trabajo esclavo, desarrollo sostenible, el problema agrario, los biocombustibles, la problemática de los indígenas, condiciones climáticas, preservación de los recursos naturales serán abordados, entre otros temas.

Para la conformación de este proceso se encuentra ya en pleno funcionamiento un Grupo de Facilitación, denominado GF 2009, en el cual se incluyen organizaciones que integran alguna red o son miembros del CI con sede en Belém y otras de la

Oficina de São Paulo (antiguo secretariado), pues se trata de organizar un comité más amplio que aglutine organizaciones de los nueve estados brasileños de la región amazónica y de los nueve países amazónicos. En resumen, el Foro fue aprobado para que sea una realización panamazónica y no meramente brasileña, una polémica que originó diversos debates en los días de la reunión del CI en Belém.

La preparación del Foro de Belém: el desafío de construir un Foro Panamazónico

Desde el año 2002 las organizaciones de los países de la región amazónica vienen realizando ediciones anuales del Foro Social Panamazónico que, según los propios organizadores, cuenta con una amplia participación de los movimientos sociales de los nueve países amazónicos. Para ello fue necesario un amplio esfuerzo en el desarrollo de encuentros fronterizos en ciudades como Leticia (Colombia), Santa Helena del Uairén (Venezuela) y Oiapoque (Brasil), donde se reunieron, por primera vez, los pueblos que viven distantes a pesar de habitar lado a lado. También las caravanas fluviales, en opinión de los organizadores, se convirtieron en un sello distintivo del Foro Social Panamazónico, al posibilitar el encuentro de distintos pueblos y países. El reto actual es aprovechar esa experiencia acumulada y vencer los obstáculos financieros y logísticos para constituir un comité efectivamente panamazónico en la preparación del FSM 2009.

La selección de Belém ayudará en este proceso, pues además de ser el segundo centro urbano de la Amazonia con 1 500 000 habitantes, es una ciudad histórica, de tradición revolucionaria, que fue escenario de una de las mayores sublevaciones populares de la región –el Cabañal, o la Rebelión de los Cabañeros– entre 1835 y 1840. En realidad se necesitará hacer una inversión en la infraestructura básica para recibir cerca de cien mil personas, de acuerdo con la expectativa de público que se estima, pero tiene una ubicación geográfica excelente para los pueblos que vienen de la región amazónica, por encontrarse en la desembocadura del río Amazonas, y también para la población que viene de otras partes de Brasil, por estar en el extremo norte de la red vial de este país. Posee un aeropuerto internacional que, sin embargo, necesita de un gran esfuerzo por parte de las compañías aéreas nacionales e internacionales para viabilizar una mayor frecuencia de vuelos y más alternativas de rutas que se puedan implementar.

Otro aspecto importante de la reunión fue la discusión sobre la preparación de la Jornada de Acción Global de enero de 2008 que culminó el día 26 con numerosas actividades concomitantes. El objetivo del Día de Acción Global fue dar a conocer las diversas articulaciones y luchas antiglobalización neoliberal que se están produciendo en el mundo. La idea era fortalecer estas luchas, otorgarles una identificación global, interconectar iniciativas e involucrar a nuevos actores en el proceso Foro Social Mundial.

Lo importante es que no se sugirió a las organizaciones que abandonaran sus propios trabajos para preparar una acción, sino que realizaran sus acciones particulares en este período predeterminado. Desde esta perspectiva, una de las grandes preocupaciones del CI, evidenciada en la reunión, fue fortalecer y promover acciones en las regiones y países donde el proceso FSM aún es muy débil, como en Asia Central, el Medio Oriente, y en los países de la ex Unión Soviética.

Un nuevo actor dentro del CI: el Grupo de Enlace

El Consejo Internacional vive un intenso debate en relación con su funcionamiento interno y con sus responsabilidades en la construcción del proceso Foro Social Mundial y en sus encuentros mundiales. Como fruto de este debate, ya se analizaron diversas alternativas para la constitución de un cuerpo más ejecutivo o técnico que implemente las decisiones tomadas en las plenarios que reúnen a más de cien entidades miembros del Consejo. Muchas críticas surgieron en el transcurso de los años referidas a la concentración de poder en manos del secretariado técnico brasileño que organizó las tres primeras ediciones del FSM en Porto Alegre.

El gran desafío, para la mayoría de los miembros del CI, es no caer en una jerarquización que remita a un modelo «internacional de los movimientos sociales». Según los miembros de la comisión que preparó una propuesta del Grupo de Enlace, es necesario coordinar, de forma innovadora, un movimiento que es innovador en sí mismo: el FSM. Entiéndase como innovador todo aquello que se diferencie de los modelos internacionalistas partidistas, especialmente los de herencia leninista que trillaron una fuerte tradición de movimiento internacional anticapitalista y que aún tienen una fuerte influencia en el hoy denominado movimiento antiglobalización neoliberal.

El Grupo de Enlace (GE) es una expresión y no una representación del CI. Agrupa a dieciséis entidades miembros: once titulares y cinco suplentes. La reunión del CI tuvo el éxito de constituir un cuerpo que contempla a todas las regiones del mundo y con un importante balance de género en las representaciones de las entidades que lo integran. Organizaciones como la Alianza Social Continental, la COSATU (Central de Trabajadores de Sudáfrica), la OCLAE (Organización de los Estudiantes Latinoamericanos), la entidad que organiza los Encuentros Hemisféricos contra el ALCA (con sede en Cuba), asumirán una gran responsabilidad dentro de este grupo para hacer que los movimientos sociales tengan un mayor protagonismo en la construcción de este proceso que busca «otro mundo posible».

ANA MARÍA PRESTES RABELO

Miembro de la Asociación Nacional de Postgraduados (ANPG), y representa a la Organización Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE) en el Grupo de Enlace del Consejo Internacional del FSM.

Tribunal Internacional de Opinión sobre el desplazamiento forzado en Colombia

Salón Elíptico del Congreso de la República de Colombia
Bogotá, 21, 22 y 23 de noviembre de 2007

El clamor de los millones de desplazadas y desplazados forzados de Colombia llegó a la Comunidad internacional. Como respuesta solidaria, este Tribunal de Opinión se instaló en Bogotá, del 21 al 23 de noviembre de 2007, para escuchar a las víctimas de este crimen contra la humanidad, víctimas despreciadas y perseguidas, y con el objetivo de contribuir a la plena restauración de la justicia y del derecho.

El Tribunal Internacional compuesto por ocho miembros recogió los datos existentes sobre el desplazamiento y sus causas, tanto de parte de las instancias oficiales del gobierno de Colombia y de las Naciones Unidas (ACNUR), como de organismos no gubernamentales. Cinco audiencias regionales tomaron lugar en Valle del Cauca, Chocó, Zona centro, Arauca y Costa atlántica, donde varios centenares de testimonios fueron recogidos. Finalmente un jurado internacional sesionó en el Congreso de la República, para recoger más de treinta testimonios y tomar conocimiento de tres estudios socio-jurídicos que fueron añadidos a la documentación ya recogida. Las autoridades colombianas previamente convocadas para presentar sus puntos de vista no se presentaron. Además, los dirigentes de la Coordinación Nacional de Desplazados y los miembros del Tribunal recibieron constantes amenazas por el grupo paramilitar autodenominado las Águilas Negras, por realizar este tribunal.

El desplazamiento de poblaciones en Colombia

El carácter masivo del desplazamiento forzado en Colombia revela el carácter estructural de la crisis humanitaria que afecta dentro del país a más de cuatro millones de personas hasta 2007, una cifra mucho más alta que las estadísticas oficiales, porque estas últimas conciernen solamente a los desplazados registrados, además de los millares de refugiados en el exterior. La actual oleada de desplazamientos forzados data de principios de la década del ochenta. Sin embargo, ella tiene raíces más antiguas. Así, ya en la mitad de los años cuarenta, la represión por paramilitares

hacia el Movimiento Gaitanista provocó una migración interna, fruto de una violencia política que Jorge Eliécer Gaitán calificó de práctica de Estado contra el pueblo. Un genocidio similar se produjo en los años sesenta con el Frente Unido liderado por Camilo Torres.

Desde mediados de la década del ochenta, los narcotraficantes colombianos decidieron traer sus divisas (dólares) al país y lavarlas mediante la compra de grandes extensiones de las mejores tierras. En general, bienes baldíos de cuyas mejoras o posesiones se apropiaron de manera ilegítima e ilícita mediante diferentes modalidades de despojo, siempre acudiendo a la intimidación o a la eliminación. Los carteles del narcotráfico junto a sectores de la oligarquía del país, de la clase política y las fuerzas militares, crearon una nueva versión del paramilitarismo, estas últimas le ofrecieron apoyo y entrenamiento afirmando que era necesario luchar contra la insurgencia.

De esa manera se fraguó una alianza mediante la cual, el paramilitarismo eliminaba los miembros de los partidos izquierdistas de oposición (Unión Patriótica) y los movimientos cívicos que clamaban por mejores condiciones de vida, a cambio de que el establecimiento les permitiera continuar con su actividad ilícita, la cual a su vez financiaba el poder político. La apropiación ilícita de estas tierras promovió no solamente una fuerte concentración inequitativa de las tierras en el país, sino una transformación en su uso. Grandes extensiones aptas para agricultura y bosques, fueron dedicadas a la ganadería.

Esta oleada de desplazamiento tuvo un nuevo incremento durante la primera mitad de la década del noventa, cuando entraron en auge las políticas neoliberales que facilitaban el paso de la inversión transnacional. Grandes empresas multinacionales requirieron un camino libre para avanzar en la apropiación de uno de los principales factores productivos del país, la tierra, sobre la cual se localizarían grandes megaproyectos de inversión (agrícola, industrial, minero, portuario, turístico, vial, entre otros). Con el pretexto de contrarrestar el avance insurgente de las guerrillas, pero con el fin de controlar el poder político y económico en determinadas regiones del país, viene el Plan Colombia desde el año 1997, estrategia militar financiada por el Estado norteamericano. Con ello, se motiva un nuevo incremento en el desplazamiento forzado a las cifras anuales más altas registradas. Bombardeos indiscriminados, capturas masivas, criminalización de diferentes manifestaciones sociales, fuerte presencia militar en regiones, entre otros, explican este incremento.

A principios de la presente década, las cifras oficiales de desplazamientos forzados disminuyen aunque siguen siendo aterradoras. Las mismas razones anteriores explican los desplazamientos solo que ahora ya hay zonas despobladas disponibles e inmensas extensiones de tierras desposeídas. Se presentan también desplazamientos interurbanos e intraurbanos, así como nuevas causas (fumigaciones indiscriminadas aun de regiones donde no hay coca, detenciones masivas, ejecuciones

extrajudiciales, criminalización de organizaciones y de líderes sociales) que no son reconocidos por el gobierno, y toma auge una nueva modalidad de guerra como el confinamiento de población. Actualmente, a pesar de lo que se afirma en los medios de comunicación, las cifras de desplazamientos siguen siendo por año muy altas, y afectan diferentes regiones de acuerdo con la movilidad que adopta el conflicto armado en Colombia.

El gobierno colombiano ha promovido una legislación que pretende legalizar los despojos de tierras de la población desplazada, y dejar en la impunidad los crímenes de lesa humanidad cometidos en medio del conflicto armado (Estatuto de Desarrollo Rural, Ley de Justicia y Paz, Ley de Tierras, Ley de Minas, Ley de Petróleo, etcétera.)

Las bases jurídicas del veredicto

El problema de los desplazados preocupa a las Naciones Unidas desde hace más de un cuarto de siglo. Por eso varias instancias han sido creadas e instrumentos jurídicos desarrollados. La legislación internacional y nacional consideran el desplazamiento forzado como un delito de lesa humanidad. Colombia ha ratificado la mayoría de los convenios sobre los derechos humanos y sobre el Derecho Internacional humanitario, obligándose el Estado y los llamados actores armados a respetar estos principios.

La Constitución Política de 1991 consagró como un derecho vital la protección a la vida, la movilidad y la prohibición expresa de desaparición forzada, derechos que precisamente violan el Estado y sus agentes en el marco de su política de aplicación del desplazamiento forzado. Se trata de una estrategia fundamental para la imposición de un modelo económico. Recientemente la legislación penal ha consagrado como delitos estas conductas y les ha dado el carácter de lesa humanidad. Sin embargo, la estructura de impunidad que impera en la justicia colombiana hace inaplicables no solo la normatividad interna sino también la internacional, victimizando doblemente a las personas objeto de esta violación, especialmente a niñas, niños, mujeres y ancianos.

Un esfuerzo a destacar son los fallos de la Corte Constitucional que han obligado al Estado a respetar los derechos de los desplazados y a aplicar las llamadas políticas sobre desplazamiento forzado, cumplidos de manera parcial y de mala fe. Hay que destacar que el Estado Colombiano viola los principios rectores de las Naciones Unidas sobre el desplazamiento en el interior del país, especialmente los principios 1, 2, 3, 4, 6-C, 9, 10-1-2, 11, 13-1-2, 14, 16, 18-1-2, 21-1-2, 23, 25-1-3, 26, 27-1, 28-1 y 29, no solo de manera directa, sino también resguardando con impunidad la conducta de los funcionarios públicos responsables de este delito, como en el caso de la exterminación del movimiento político Unión Patriótica, cuyos sobrevivientes se vieron obligados a demandar ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

El Tribunal llama al Estado colombiano, a las multinacionales y a los gobiernos de países desarrollados y a sus agentes a cesar en estas prácticas, que violan gravemente los derechos humanos de la población y a respetar los principios, al igual que las normas del Derecho Internacional Humanitario, de los Derechos Humanos y Derecho de los Refugiados. Este Tribunal pide también al gobierno de Colombia generar un proceso de verdad que revele los autores intelectuales y materiales para que la justicia los juzgue y los castigue buscando la reparación a las víctimas.

Los testimonios y sus contenidos

El Tribunal recibió testimonios directos que se añaden a los numerosos otros recibidos en las audiencias regionales y a la amplia documentación reunida, que son una muestra significativa de lo que sucede en todo el territorio colombiano. Los testimonios vinieron de Norte de Santander, Vichada, Casanare, Arauca, Meta, Antioquia, Choco, Sur de Bolívar, Nariño, Cauca, Sucre, Bogotá, Cartagena, Boyacá, Valle, Eje cafetero, Guaviare, Putumayo. Dentro de los casos, veintiocho han tenido un origen económico y diez sociopolítico. Los responsables fueron: el ejército, veintiuno; la policía, tres; el ejército y paramilitares juntos, ocho; y paramilitares, seis.

Se verificó que en los veintiocho casos donde hubo motivación económica, se realizaron básicamente en zonas donde se desarrollan proyectos de Minería y Energía como Choco donde hay yacimientos de oro, cobre, molibdeno, uraninita, carbón, petróleo, gas, áreas de producción de energía eléctrica, bosques y nacimientos de agua. También existen proyectos ligados a la madera, la palma africana y de «ecoturismo». Similares motivos existen en Arauca donde las empresas Repsol, Occidental Petroleum Company, son acusadas de violar gravemente los derechos humanos de trabajadores, de indígenas y de la población en general. En Antioquia y Nariño se desarrollan exploraciones y explotaciones de petróleo, gas y oro, por parte de compañías canadienses y estadounidense, utilizando similares métodos. En el Sur de Bolívar la Anglogold Ashanty pretende expulsar a pequeños mineros y apropiarse de los inmensos yacimientos de oro que existen en la región, con el abierto apoyo a los paramilitares, de militares y del gobierno colombiano. Este último entregó listados de los manifestantes del éxodo de 1998 que luego fueron retenidos, desaparecidos o asesinados. Se destacó también la situación de Norte de Santander donde la acción militar y paramilitar a favor de empresas como Harken Energy, Anglocoal e inversionistas ligados a la familia Uribe Vélez explotan el carbón, el gas y el petróleo de la zona.

En el Cauca, donde también hay yacimientos de minerales, petróleo y gas, la operación militar y paramilitar se ha dirigido a expropiar de sus tierras a indígenas y afrodescendientes, para entregársela a las compañías palmeras y madereras en convivencia con los terratenientes de la zona. Hay que destacar que el desplazamiento forzado ha tenido mayor incidencia en zonas pobladas por afrodescendientes como

el Chocó, Nariño, Cauca, Valle del Cauca, Norte de Bolívar y Uraba Antioqueño. Otros departamentos como Putumayo, Vichada, Casanare, Sucre, Meta, Valle del Cauca, han sufrido desplazamientos forzados como medida que «garantiza» la presencia de empresas petroleras, gasíferas, mineras, madereras, de palma africana, etcétera. Finalmente se destaca que donde ocurrieron desplazamientos como forma de control social, fue en departamentos donde las organizaciones sociales eran muy fuertes, como por ejemplo en Arauca. En este Tribunal no se presentaron casos de desplazamiento forzado causado por la guerrilla.

Los actores y las razones

Muchos testigos vincularon el Estado con el desplazamiento forzado, por acción y por omisión. Grupos paramilitares con complicidad de las fuerzas militares y de la policía ejercieron el terror hacia la población campesina en muchas regiones del país. Grupos paramilitares como las ÁGUILAS NEGRAS, NUEVA GENERACIÓN, BLOQUE CACIQUE NUTIBARA, BLOQUEO CALIMA, siguen asesinando y desplazando. El Ejército Nacional mediante sus respectivas brigadas actúa de manera conjunta o simplemente no interviene aunque sepa de la presencia de estos grupos en las regiones donde operan y desplazan a la población.

Una parte de la clase política y de los terratenientes de muchas regiones del país, han sido señalados como miembros o aliados de grupos paramilitares, que utilizan el terror para saquear y apropiarse de las tierras de los pequeños campesinos y mantener el control político en las administraciones municipales, el congreso, el senado y el gobierno nacional, como estrategia de control social, sin tolerar de ningún modo una oposición política, ni el ejercicio democrático de los derechos civiles.

El poder judicial de Colombia actúa muchas veces de manera parcial y venal hacia la población desplazada, al no reconocer su derecho a la propiedad y registra sus tierras a paramilitares, terratenientes y políticos que las desplazaron.

Las multinacionales como son Harken Energy, GreyStar Resources, Cemex, Holcim, BHP Billiton, Angloamerican, Xtrata, Drummond, Chiquita Brands, Oxy, Repsol, B.P., Union Fenosa, Codensa, Urapalma, Glencore, Anglogold Ashanty, Petrocanada, Consorcio Colombiano del Cerrejon, Kedada, son cómplices del desplazamiento al financiar y prestar sus instalaciones a los grupos paramilitares que amenazaron y masacraron a miles de sindicalistas, y a las comunidades afrodescendientes, indígenas y campesinas.

Se ha demostrado también la responsabilidad del gobierno de los Estados Unidos en el desplazamiento forzado en Colombia por el apoyo militar a través del Plan Colombia y del Plan Patriota, la ayuda militar, el envío de mercenarios, y fumigaciones extensivas e indiscriminadas.

Estas acciones se han realizado mediante masacres, asesinatos selectivos, amenazas, quema de casas, falsos operativos, detenciones masivas, violencia contra las

mujeres, reclutamiento forzado, desapariciones, terrorismo de Estado y terrorismo psicológico hacia las víctimas.

Los desplazamientos urbanos son también el resultado de la acción de los bancos que con tasas de interés inaguantables provoca la disolubilidad de las familias y recurre a la fuerza policial para expulsarlos de sus casas.

Las causas estructurales del desplazamiento

Los primeros desplazamientos forzados fueron aquellos impuestos por los conquistadores españoles que despojaron a los indígenas de las tierras planas, donde luego colocaron a los ganados, haciéndolos moverse hacia las laderas donde muchos de ellos o sus descendientes todavía cultivan intensamente la tierra. Los nuevos dueños procedieron después a reunir a la fuerza pueblos pequeños en más grandes con el fin de vaciar la tierra y crear haciendas. El resultado fue un genocidio, con millones de muertos indígenas y esclavos importados del África tanto en las plantaciones como en las minas. En esta primera fase del capitalismo, la región fue implicada en el famoso comercio triangular (Europa, África, América) y contribuyó a la acumulación del capital monetario en Europa. Se creó en el interior una riqueza básica codiciada por las clases pudientes, sin reatos de conciencia, ni religiosa, ni cívica, sino principalmente con afán de lucro y poder económico, una constante histórica en Colombia.

En el período actual, la entrada del capital exterior y la dominación de las empresas transnacionales corresponden a la apertura de los mercados mundiales fruto del modelo neoliberal de desarrollo. La sobreexplotación de las materias primas (petróleo, oro y otros metales), la extensión de los monocultivos para la exportación de productos agropecuarios y últimamente para la producción de agrocombustibles, son el origen de las expulsiones de sus tierras de los campesinos y de las comunidades indígenas y afrodescendientes. Obedecen a las exigencias de la globalización del capital y acentúan el carácter dependiente de las clases dominantes colombianas frente al capital principalmente norteamericano y europeo. A la catástrofe social se añade un desastre ecológico.

La continuidad de este modelo económico lleva al Gobierno actual a implementar la última fase de expropiación territorial y de reordenamiento poblacional que está en la base de la verdadera contrarreforma agraria que hoy se cumple en el mundo entero. Los retornos no modifican el proceso y se implementan en aquellas zonas en donde el control paramilitar ya está consolidado, bajo el orden establecido por las empresas transnacionales y con la ayuda de una parte de la cooperación internacional. En el mejor de los casos, la respuesta estatal es de corte asistencial. En cuanto a los desplazamientos urbanos, los actores principales son los bancos, obedeciendo a la lógica del capital financiero.

Además, el lugar geoestratégico de Colombia en un continente donde se abren nuevos espacios alternativos económicos y políticos y nuevos proyectos de integración, explica la brutal intervención del imperialismo deseando conservar su hegemonía y cómo la implementación del Plan Colombia y del Plan Patriota, acentúa la violencia y los desplazamientos. Se entiende así que las soluciones al problema exigen no solamente cambios internos combatiendo proyectos de muerte, sino otra orientación de la economía mundial.

Para dar una solución a este drama humano del desplazamiento, se necesitan: 1) una política de retorno basada sobre principios de justicia, es decir la devolución de las tierras a los campesinos y a las comunidades, aplicando la Constitución colombiana; 2) una compensación financiera por los daños materiales ocurridos; 3) un reconocimiento de los crímenes cometidos bajo la mirada de la justicia, la verdad, la reparación integral y la garantía de no repetición, poniendo fin a la impunidad; y 4) la constitución de una Comisión de reconciliación.

Acusación:

Oídos los testimonios, verificadas las pruebas aportadas por las víctimas, sopesadas y contrastadas con los expertos, condenamos por acción directa y por conductas omisivas, respecto del desplazamiento forzado de casi cuatro millones de colombianos y colombianas a:

1. El Estado y el gobierno colombiano y sus agentes a saber: funcionarios públicos administrativos, miembros de las Fuerzas Armadas y de Policía, jueces y funcionarios judiciales parciales, miembros de los servicios de inteligencia del Estado, militares y paramilitares, funcionarios de la procuraduría, defensoría y personeros, por conductas omisivas o cómplices del delito de desplazamiento forzado.
2. Las compañías multinacionales arriba mencionadas que, como operadores de la imposición de un modelo económico que garantiza el saqueo de recursos naturales de propiedad de la nación, utilizan a militares y paramilitares, mercenarios, miembros de la policía y de los servicios de inteligencia del Estado, como agentes del desplazamiento forzado. Garantizan con este delito de lesa humanidad el copiamiento de las zonas donde se generan megaproyectos para el exclusivo beneficio de estas compañías. Denunciamos también en tanto que cómplices de los varios tipos de desplazamiento a miembros del establecimiento colombiano como ganaderos, terratenientes, industriales, narcotraficantes, las instituciones financieras y los bancos.
3. Los gobiernos de países como los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Suiza, España, Israel, Sudáfrica y la Unión Europea por proporcionar ayuda militar a los gobiernos de Colombia, por permitir que compañías multinacionales de estos países financien directamente las operaciones militares y paramilitares,

que desplazan a millones de colombianos y colombianas para «garantizar» la operación de estas en el territorio nacional.

Finalmente el Tribunal responsabiliza a las autoridades colombianas por la seguridad de todos los que han participado como organizadores o testigos en esta sesión sobre los desplazados.

Bogotá, 23 de noviembre de 2007

François Houtart (Bélgica), presidente

Orlando Fals Borda (Colombia), vicepresidente

Patricia Dahl (Estados Unidos)

Don Tomas Balduino (Brasil)

Louis Nicodeme (Bélgica)

João Lucio da Costa (Brasil)

Dieter Misgeld (Canadá)

Francisco Ramírez (Colombia), fiscal

Reseña de *La formación del imperio norteamericano*

LUIZ BERNARDO PERICÁS

Libro polémico, *La formación del imperio norteamericano. De la guerra contra España hasta la guerra en Irak*, del historiador y científico político Luiz Alberto Moniz Bandeira,¹ suscitó, al mismo tiempo críticas ácidas y elogios desmedidos de diferentes sectores (de variados matices políticos) de los medios periodístico, académico e institucional, principalmente en el año de su publicación. Tal vez esta sea, de hecho, una de las grandes cualidades de la obra: provocar un intenso debate en torno a uno de los temas más candentes de la actualidad, el imperialismo norteamericano. No es que este asunto no haya sido abordado en otros períodos, especialmente en el campo de la izquierda, a lo largo de la mayor parte del siglo xx, pero desde el fin del socialismo real, el término sonaba por demás ideologizado para ciertos grupos más conservadores, como si fuese algo que debiera permanecer en el pasado. Para los críticos postmodernos, sería casi una herejía utilizar este concepto en la actualidad.

Moniz Bandeira, sin embargo, trae de nuevo, con todo vigor, la palabra «imperialismo», al colocar de forma cruda y al desnudo el papel de los Estados Unidos como potencia económica y militar que busca desmedidamente, por la fuerza, el dominio global. Para ello, hace uso del referencial teórico del «ultra-imperialismo», elaborado en 1914 por Karl Kautsky, el «supuesto» perdedor del famoso debate con V. I. Lenin. Para Kautsky, el capitalismo pudiera eventualmente entrar en una nueva fase, cuando los monopolios dejaran de competir entre sí. Las potencias industriales, entonces, uniéndose como empresas de mercado, formarían algo similar a un cartel. Por tanto, si el imperialismo (como resultado del capitalismo industrial) precisaba exportar capitales para sobrevivir, tendría que promover la guerra de conquista, que

¹ Luiz Alberto Moniz Bandeira: *Formação do império americano: da guerra contra a Espanha à guerra do Iraque*, Editora Civilização Brasileira, 2005. También publicado en español, puede consultarse Luiz Alberto Moniz Bandeira: *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.

en la práctica es una necesidad económica; todo ello para garantizar el libre flujo de sus mercancías a nivel mundial. Como los conflictos bélicos serían demasiado costosos, los países hegemónicos formarían un trust de naciones, algo así como un único gran Estado mundial, que asimilaría al resto de los mercados.

Moniz estima que esto fue exactamente lo que ocurrió. De acuerdo con el ganador del premio Juca Pato de intelectual del año de la UBE (recibido en 2006), todo comenzó en la propia génesis del pueblo norteamericano, con las primeras comunidades de puritanos ya imbuidas de una visión mesiánica sobre su papel en el mundo. Los norteamericanos se verían, en este caso, como el «pueblo elegido». De esta forma, hubo inicialmente un expansionismo interno (con la Marcha hacia el Oeste, la masacre de los pueblos indígenas y la explotación de los esclavos) hasta la anexión, por guerras o compras, de diversos territorios al país. Y entonces, finalmente, la «necesidad» de ampliar su expansión *externa*.

En este inmenso volumen, de más de 800 páginas, en el cual utiliza una gran variedad de fuentes (como libros, textos clásicos, informes de gobierno, documentación de archivo, memorias y artículos periodísticos), Moniz presenta una serie de ejemplos para comprobar su tesis, ejemplos esos que van desde la guerra hispanoamericana, en Cuba, al final del siglo XIX hasta la actual guerra de Irak. Todo ello con una profusión de detalles, rigor historiográfico y vasta información.

No se pueden dejar de establecer paralelos con la obra de Immanuel Wallerstein, aunque, estilísticamente, los dos autores sean muy diferentes. Si existe un historiador contemporáneo que se puede comparar a Moniz Bandeira, este es el norteamericano Howard Zinn. Ambos trabajan con la formación histórica de los Estados Unidos y ambos se colocan del lado de los oprimidos, aunque Zinn vea el proceso desde dentro, como nativo del país, y Moniz como un extranjero y trabajando, en varios de sus libros, en el ámbito de la historia diplomática.

A pesar de la fuerza política, económica y militar del «imperio» norteamericano, Moniz no ve una continuidad eterna de su *status* como superpotencia hegemónica global. Esa nación, con todas sus contradicciones, puede estar comenzando a ver el inicio de su gradual proceso de decadencia, aunque esto, ciertamente, pueda demorar algún tiempo. De cualquier manera, el libro de Moniz Bandeira es un instrumento muy útil para conocer a fondo todo el largo proceso histórico que llevó a los Estados Unidos a convertirse en el gran poder imperialista de nuestra época.

LUIZ BERNARDO PERICÁS

Graduado de Historia por la Universidad George Washington y doctor en Historia Económica por la Universidad de São Paulo. Realizó un postdoctorado en Ciencias Políticas, en FLACSO, México, donde fue profesor e investigador visitante. Sus colaboraciones aparecen en diversas publicaciones periódicas. Es autor de *Noite sobre a cidade* (1944); *Che Guevara e a luta revolucionária na Bolívia* (1997) y *Che Guevara e o debate econômico em Cuba* (2004), entre otros libros.

Reseña de *Universalismo europeo*

LUIZ BERNARDO PERICÁS

Si existe un axioma que representa bien el pensamiento del sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein, es el enunciado mariateguiano «pesimismo de la realidad; optimismo de la acción». Ya lo decía el periodista y teórico político peruano que «aquellos de nosotros que no nos contentamos con la mediocridad, y los que, menos aún, nos conformamos con la injusticia, somos frecuentemente llamados pesimistas. Pero, en realidad, el pesimismo domina mucho menos nuestro espíritu que el optimismo. No creemos que el mundo deba ser fatal y eternamente como es. Creemos que puede y debe ser mejor. El optimismo que rechazamos es el fácil e indolente optimismo panglosiano de los que piensan que vivimos en el mejor de los mundos posibles».

La conexión aquí queda más clara cuando leemos los diversos libros, artículos y entrevistas del autor de *The Modern World-System*. Wallerstein, actualmente investigador *senior* de Yale, recorrió una larga trayectoria académica, desde su graduación hasta el doctorado en la Universidad de Columbia, e impartió docencia en distintas instituciones, como las universidades MacGill (Montreal) y Binghamton (Nueva York), entre otras. A partir de la década del setenta desarrolló con mayor profundidad su concepto de «sistema-mundo», bebiendo en diferentes fuentes, como el marxismo, la escuela de los Anales y sus propios estudios sobre el proceso de descolonización africana.

Considerado uno de los propugnadores del activismo altermundista, estima que el mundo pasará por cincuenta años de convulsiones sociales (inclusive en los países centrales), hasta culminar en la agonía del sistema capitalista. En su opinión, la primera mitad del siglo **xxi** será más difícil y perturbadora que todo lo que conocemos hasta hoy: el colapso del sistema a nivel internacional (y de su sustento político), la ruptura del orden social y el surgimiento de movimientos antisistémicos por todo el orbe.

Tal vez sea pesimista al hablar de los supuestos «avances» de la «modernidad»: tiene dificultades en creer que la longevidad humana, de hecho, aumentó, o que la población pobre viva mejor ahora en las favelas urbanas que en las antiguas comu-

nidades agrícolas. Para la clase media y los estratos más altos de la sociedad, todo puede haber mejorado, pero para la mayor parte de los que viven en el planeta, de forma general, no. Por eso, ve como única solución para el futuro de la humanidad la construcción de una sociedad que siga parámetros relativamente «democráticos» e «igualitarios», en formato horizontal, no jerárquico y descentralizado. Es decir, una propuesta que dé las espaldas a la búsqueda desenfrenada de la ganancia y a la organización autoritaria o «semiautoritaria» de control social. Es lo que él mismo llama un «optimismo irracional».

Por ello, la publicación más reciente de Wallerstein en Brasil (también publicado en español) *Universalismo europeo. El discurso del poder*,¹ es una racha de buen sentido en el ambiente estancado y mediocre que vive nuestro país, atrapado aún en la urdimbre de una política económica conservadora, de relaciones promiscuas entre el gran capital, los mercados internacionales y el gobierno, así como de total desinterés del Estado en construir (o apoyar) formas autónomas y «conscientes» de bases sociales. En resumen, Wallerstein decía, algunos años atrás, que Brasil podría desempeñar un papel importante en la configuración mundial en los próximos veinticinco años, por su tamaño e importancia regional, pero solo si lograrse proponer una «nueva alternativa», algo que estamos lejos de vislumbrar con el actual gobierno.

No obstante, en *Universalismo europeo*, va más allá. En este libro corto, ligero y agradabilísimo de leer, basado en una serie de conferencias en el Saint John's College, de la Universidad de British Columbia, Wallerstein coloca el dedo acusador en la «imposición» de un «universalismo» europeo (y occidental), y muestra, al mismo tiempo, su posible contraposición, un «verdadero» universalismo «universal». Expone y ataca el *statu quo* y la retórica de los países centrales (así como su intento de hegemonía política, cultural y militar a escala mundial), al discutir cómo las potencias «dominantes» construyen narrativas ideológicas y provocan conflictos que justificarían sus ataques contra intereses económicos y geopolíticos en todos los rincones del planeta. Se constatan, ciertamente, ecos de Bettelheim, Fanon y Chomsky en la obra de Wallerstein. Y por cierto, indirecta e involuntariamente, existen resquicios de la clásica discusión entre cosmopolitismo y localismo (entre lo «universal» y lo «particular») propalada por Mariátegui a comienzos del siglo pasado.

Las críticas hechas por Wallerstein a lo largo de los años, aparecen nuevamente en este libro, cuando presenta los síntomas de la probable decadencia de la hegemonía norteamericana, de las raíces del pensamiento neoconservador de la era Bush hasta culminar en la guerra de Irak, en la actualidad. Una obra que, en realidad, muestra con gran habilidad y maestría, la estructura ideológica del actual «sistema-mundo».

¹ Immanuel Wallerstein: *O universalismo europeu: a retórica do poder*, São Paulo, Boitempo Editorial, 2007. También publicado en español, puede consultarse Immanuel Wallerstein: *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Siglo XXI Editores, S.A., Madrid, 2007.

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana

oficinas de ocean sur

- México:** Juan de la Barrera N. 9, Colonia Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México DF
Tel. (52) 5553 5512 ▪ E-mail: mexico@oceansur.com
- Cuba:** Tel: (53-7) 204 1324 ▪ E-mail: lahabana@oceansur.com
- El Salvador:** Tel: (503) 2223 0104 ▪ E-mail: elsalvador@oceansur.com
- Venezuela:** Tel: (58) 412 295 5835 ▪ E-mail: venezuela@oceansur.com
- EE.UU.:** E-mail: info@oceansur.com

distribuidores de ocean sur y contexto LATINOAMERICANO

ARGENTINA: Cartago Ediciones S.A.
www.cartago-ediciones.com.ar
Tel: 011-4304-8961
E-mail: info@cartago-ediciones.com.ar

CHILE: Editorial "La Vida es Hoy"
Tel: 222 1612
E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

COLOMBIA: Ediciones Izquierda Viva
Tel/Fax: 2855586
E-mail: ediciones@izquierdaviva.com

CUBA: Ocean Sur
E-mail: lahabana@oceansur.com

ECUADOR:
Ediciones La Tierra
(distribución de Contexto Latinoamericano)
Tel: (2) 256 6036
E-mail: ediciones_latierra@yahoo.com

Libri Mundi S.A. (Ocean Sur)
Tel: (2) 224 2696
E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EL SALVADOR Y CENTROAMÉRICA:
Editorial Morazán
E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

MÉXICO: Ocean Sur
Tel/Fax: 5553 5512
E-mail: mexico@oceansur.com

PERÚ: Ocean Sur Perú
Tel: 330 7122
E-mail: oceansurperu@gmail.com

PUERTO RICO: Libros El Navegante
Tel: 7873427468
E-mail: libnavegante@yahoo.com

VENEZUELA: Ocean Sur
E-mail: venezuela@oceansur.com

AUSTRALIA: Ocean Press
Tel: (03) 9326 4280
E-mail: info@oceanbooks.com.au

EE.UU. Y CANADÁ: CBSD
www.cbsd.com
Tel: 1-800-283-3572

GRAN BRETAÑA Y EUROPA:
Turnaround Publisher Services
E-mail: orders@turnaround-uk.com

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com



Contexto Latinoamericano, en su primera edición de 2008, reúne en su sección *Contexto Actual*, artículos de coyuntura que profundizan sobre el mapa político de América Latina: el conflicto colombiano, los desafíos de la izquierda en Bolivia y Venezuela, el primer año de gobierno de Rafael Correa en Ecuador, las elecciones presidenciales en Argentina y Guatemala; también aborda el tema de la Integración regional y repudia los inescrupulosos nexos entre antropología, contrainsurgencia y terrorismo global utilizados por el imperialismo. La sección *Contexto Analítico* cuenta con un dossier sobre el altermundialismo y los desafíos del Foro Social Mundial (FSM); mientras que en la sección *Contexto Histórico* se reflexiona sobre la condición colonial, el sistema de dominación neocolonial y el tránsito al socialismo. Conceptos como género y raza, y sus influencias en la conformación de estereotipos, son abordados en la sección *Contexto Cultural*. Por último, la sección *Enlaces* informa sobre el Consejo Internacional del FSM, el Tribunal Internacional de opinión sobre el desplazamiento forzado en Colombia y reseña libros de política contemporánea.

US\$14.95

ISBN 978-1-921235-86-3



9 781921 235863



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au